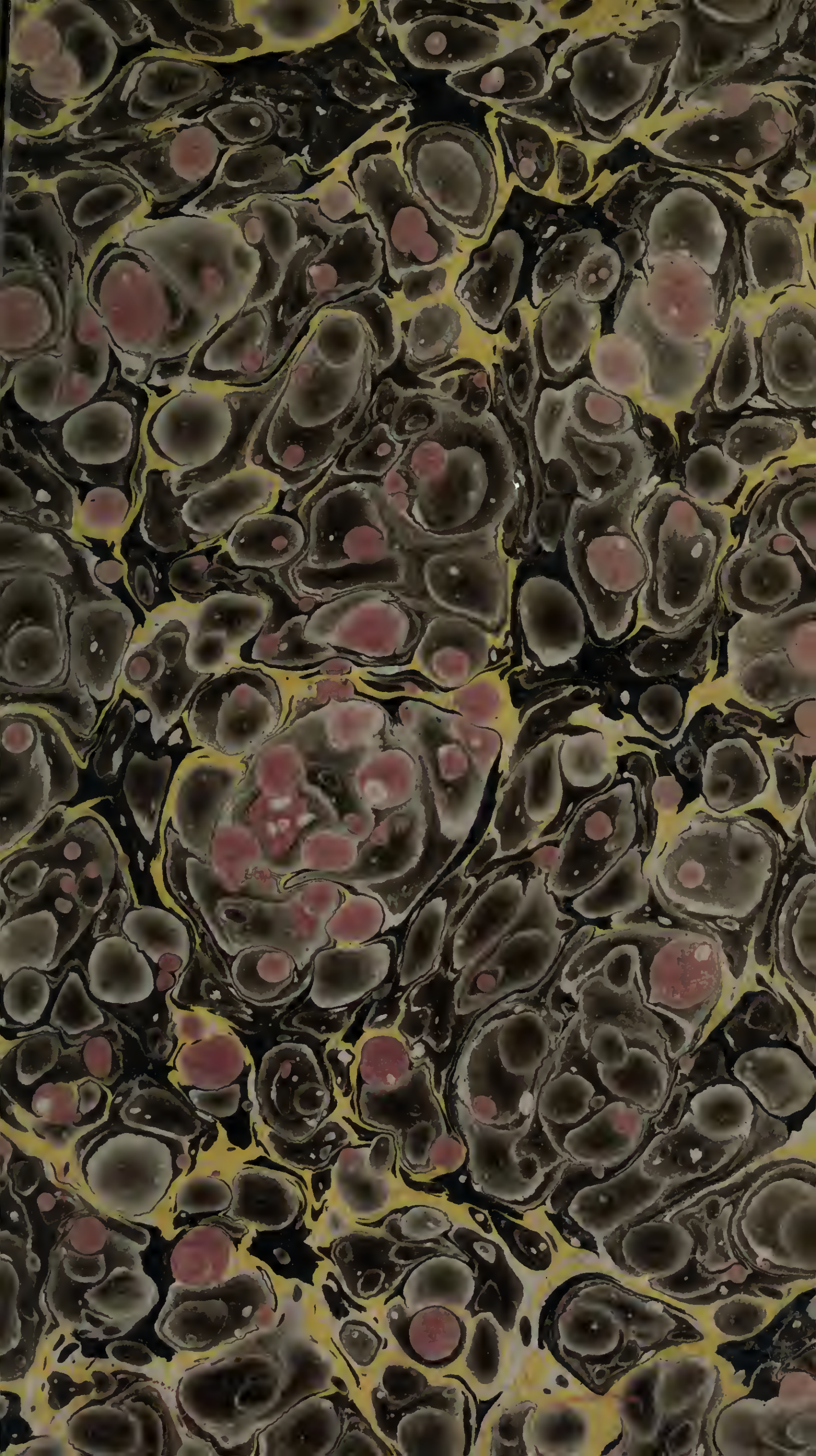




29

Milton A Buchanan.
Univ. of Toronto
1909

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

*****

TOMO PRIMERO.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

ROBADAS A ESPAÑA Y ADOPTADAS EN FRANCIA

Por Mr. Le Sage;

RESTITUIDAS A SU PATRIA Y A SU LENGUA NATIVA

POR UN ESPAÑOL ZELOSO

QUE NO SUFRE SE BURLEN DE SU NACION.

TOMO I.

Barcelona:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE GORCHS.

AÑO 1836.

CONVERSACION PRELIMINAR,

QUE COMUNMENTE LLAMAN PROLOGO

Y DEDICATORIA AL MISMO TIEMPO,

A los que me quisieren leer.

Señor Lector: no estrañe V. el tratamiento. Es cierto que en casi todos los prólogos se usa *tutear* á los lectores. Tambien lo es que yo, llevado de la costumbre, en tal cual friolera que he dado á luz, me he dejado arrastrar de esta, al parecer mala crianza. Estoy por ahora arrepentido: propongo la enmienda, pero sin constituirme fiador de mi perseverancia.

Por malo que sea un libro puede tener lectores de todas clases, á quienes correspondan tratamientos muy diferentes, sean los *tues*, los *ustedes*, los *usías*, los *ausencias*, *paternidades*, los *ilustrísimos*, los *escelencias*, los *altezas*, los *magestades*; y hasta los mismos *santidades* y *beatitudes* los leen. ¿No seria desacato y una avilantez intolerable introducirse á la conversacion de tan altos personages, tratándolos con un *tú por tú*, y con la gorra calada? *¿En qué bodegon hemos comido?* me preguntarian, ó (lo que seria peor) mandarian á algun lacayo que me moliese á palos, y en verdad que no les faltaria razon.

¿Qué remedio para evitar una rusticidad tan selvática? No hay otro que el que ya está admitido en todas las naciones cultas. Siempre que hay necesidad de hablar por escrito con personas de diferentes clases, se sacan de un mismo ejemplar las copias que se consideran precisas, y cuando se llega al tratamiento del sugeto con quien se habla, se escribe una sola *V*, que es la letra inicial de todos los tratamientos respetosos, para que cada uno se aplique aquel que le corresponda.

Esto supuesto, todas las veces que hablando yo en el prólogo con el lector le sirva con una *V*, sea de la figura que se fuere, él mismo se aplicará el tratamiento que le toca y no podrá quejarse de que no se le da aquello que se le debe.

Pero si en todo prólogo seria de desear que se practicase es-

ta buena crianza, en un prólogo dedicatorio, como lo es el presente, seria especie de locura no ponerla en práctica por mi propia autoridad.

No solicitando yo otros Mecénas que mis lectores para esta casi mecánica fatiga, vamos claros que seria linda gracia introducirse á implorar su proteccion y su benevolencia perdiéndoles el respeto. Por tanto, señor lector, mi venerado dueño, no tema V. que le trate como pudiera á un gañan; estimo mucho á V., venero mucho á V. y necesito mucho de V., para esponerme á merecer su desprecio, cuando imploro y necesito tanto de su favor.

Ni los autores, ni los traductores ó copistas (entre los cuales suele haber bien poca diferencia) debemos temer otros enemigos que nuestros propios lectores. Si logramos que estos nos abriguen, y se contenten de nosotros, se nos debe dar un pito por todos los demas que no nos leen. Defiéndannos de sí mismos los primeros, y ládrennos cuanto quieran los segundos. Harémos con ellos lo que hacen los mastinazos con aquellos gozquecillos que les ladran de memoria:

Alzan la pata, los mean,
y prosiguen su camino.

Añádese á esto, que los libros solamente se escriben para que se lean; con que por su misma naturaleza parece que estan ya dedicados únicamente á los lectores. Ponerlos bajo la proteccion de uno que quizá no los leerá, como suelen hacer muchos personages de alto bordo, parece que es sacar las cosas de su quicio, y viene á ser casi lo mismo que regalar á uno que en muestra de agradecer la buena voluntad, paga la maula mas de lo que vale el regalo, y tal vez sin mirarle le vuelve á los hocicos de quien se le envia, ó le reparte entre sus criados y familia.

Aun hay otra ventaja tanto de parte del escritor, como de parte del Mecénas, en dedicar las obras á los lectores. Como el autor ó el traductor no sabe quiénes serán estos, escusa las mentiras, lisonjas y adulaciones, de que suelen estar atestadas las dedicatorias; pues ignorando las circunstancias de las personas particulares, está dispensado en hacer su panegírico; y los lectores de juicio sólido y de gusto delicado no padecen el sonrojo de verse alabados cara á cara. *Sabida cosa es* que nada empalaga tanto á un hombre machucho y de buen seso, como verse alabado facha á facha, y, como dicen, en sus mis-

mas barbas. *Quem, si male palpere, recalcitrat undique totus*

Esto supuesto, señor lector y venerado dueño mio, dé V.. por concluida la dedicatoria, y demos principio entre los dos á la *conversacion preliminar*, que en vulgar se llama prólogo. Sospecho que tendrá V. varias preguntas que hacerme, y asi comienzo, porque estoy pronto á servirle, y en cuanto pueda á satisfacerle.

Preguntará V. (como si le oyera) ¿por qué razon, ó con qué fundamento se dice en el fróntis de esta version que las Aventuras de Gil Blas fueron adoptadas por Mr. Le Sage, quitándole el honor de ser su padre legítimo y natural? Pues qué? No lo fue ciertamente aquel monsieur?

¿Qué llama *ciertamente?* señor lector. En los partos metafóricos del entendimiento hay casi las mismas dudas (si ya no son mayores) que en los físicos, corpóreos y materiales. En estos se sabe, ó se puede saber con certeza, la madre que los parió, pero nunca se puede saber con la misma el padre que los engendró. Para atajar los inconvenientes que estas dudas podian producir, acudió la ley con la famosa decision: *Pater est, quem nuptiæ demostrant;* pero como en las producciones mentales no hay matrimonio que las legitime, tampoco estamos obligados á creer que sea su verdadero padre el que suena serlo en el frontispicio, salvo únicamente en las producciones de los libros sagrados. La corneja que se vistió de plumas agenas, es una mera fábula. Solamente los ladrones y los plagiarios son las cornejas verdaderas.

Convengo en eso (me replicará acaso V.) mas quisiera yo saber ¿qué fundamento hay para agregar á esa especie cornejiana á nuestro bonísimo monsieur? El mas sólido y el mas grave que cabe en una prudente conjetura. Sus mismos paisanos y panegiristas modestamente lo confiesan, y aun lo prueban con hechos, al parecer concluyentes. Los imparciales y moderados autores del *Dictionnaire historique portatif*, esto es, *Diccionario histórico portátil* ó manual, los cuales formaban una compañía ó asociacion de literatos de Páris, hombres todos maduros y retirados del gran mundo, que no pertenecian á cuerpo alguno regular, eclesiástico, político ni académico, y por consiguiente estaban libres de todo espíritu de cuerpo ó de partido, cuando llegan á tratar de Monsieur Alano Renato Le Sage en la edicion de Amsterdam de 1771, tom. 4, pág. 145, dicen asi en su nativo idioma:

Sage (Alain René Le) poète françois, né à Ruys en Bretagne vers l' an 1677, mourut en 1747 à Boulogne-sur-mer. Son premier ouvrage fut une traduction paraphrasée des Lettres d' Aristenete, auteur grec. Il apprit en suite l' espagnol, et goûta beaucoup les auteurs de cette nation, dont il a donné des traductions, ou plutôt des imitations, qui ont eu beaucoup de succès. Ses principaux ouvrages en ce genre sont: 1. Guzman d'Alfarache en 2 vol. in-12, ouvrage, où l' auteur fait passer le sérieux à travers le frivole qui y domine. 2. Le Bachelier de Salamanca en 2 vol. in-12, roman bien écrit, et semé d' une critique utile des moeurs du siècle. 3. Gil Blas de Santillane en 4 vol. in-12. On y trouve des peintures vraies des moeurs des hommes, des choses ingénieuses, et amusantes; des réflexions judicieuses mais quelque fois prolixes. Il y a du choix, et de l' élégance dans les récits. 4. Nouvelles aventures de D. Quichotte en 2 vol in-12. Ce nouveau D. Quichotte ne vaut pas l' ancien; il y a pour tant quelques plaisanteries agréables. 5. Le Diable boiteux, 2 vol. in-12, ouvrage qui renferme des traits propres à égayer l' esprit et à corriger les moeurs. 6. Mélanges amusans, des saillies d' esprit, et de traits historiques les plus frappans, in-12. Ce recueil est, ainsi que tous ceux de ce genre, un mélange de bon et de mauvais. Cet auteur avoit peu d' invention, mais il avoit de l' esprit, du goût, et l' art d' embellir les idées des autres, et de se les rendre propres. Este pasage traducido fielmente en nuestra lengua, dice asi:

»Alano Renato Le Sage, poeta frances, nació en Ricis de »Bretaña hácia el año de 1677 y murió en el de 1747 en Bo»lonia de Francia. Su primera obra fue una traduccion para»frástica de las *Cartas de Aristenete*, autor griego. Aprendió »despues la lengua española, y le gustó tanto, que *publicó »muchas traducciones*, ó por mejor decir imitaciones de ella.

»Sus principales obras *en este género* fueron: 1.ª *Guzman »de Alfarache*, en dos tomos en 12.°; obra en que el autor »introduce lo serio á vueltas de lo frívolo que en ella domina. »2.ª el *Bachiller de Salamanca*, en dos tomos en 12.°; novela »bien escrita, y sembrada de una crítica provechosa de las cos»tumbres del siglo. 3.ª *Gil Blas de Santillana, donde se en»cuentran pinturas muy propias y muy vivas de las costumbres »de los hombres, cosas ingeniosas y divertidas*; reflexiones lle»nas de juicio, aunque alguna vez prolijas. El estilo, sin dejar

»de ser natural, es elegante, las voces castizas, y la narracion »flúida, limpia, y desembarazada. 4.ª Nuevas aventuras de D. »Quijote, en dos tomos en 12.° Este nuevo Don Quijote no »llega al antiguo, ni con mucho. 5.ª El *Diablo Cojuelo*, dos »tomos en 12.°; obra donde se encuentran algunos pasos que »sirven á la diversion y á la enseñanza. 6.ª, *Miscelánea de »materias divertidas é ingeniosas, y de muy curiosos histórí- »cos sucesos:* coleccion en que hay bueno y malo, como en »todo género de coleccion es. Este autor tenia poca invencion, »pero estaba dotado de ingenio y de buen gusto, como tam- »bien de un gran talento para engalanar las ideas ó concep- »tos de otros, haciendo suyos los pensamientos agenos.»

Hasta aqui dichos autores del *Diccionario histórico manual* en el artículo de Mr. Le Sage. Y pues los mismos paisanos y elogiadores, hombres por otra parte de la mayor imparcialidad, y de una delicadísima crítica, cuentan al *Gil Blas de Santi- llana* entre las traducciones ó imitaciones de la lengua españo- la, en que Mr. Alano ejercitó el *gran talento* de hacer suyos los pensamientos agenos: ¿qué mayor fundamento habia yo menester para desplumar al frances corneja, y restituir al es- pañol Gil Blas, en su pelo ó su pluma original?

Pero si V. quiere saber de mí qué español fue el verdadero padre de aquel hijo, y cómo, ó por donde vino á parar la pobre criatura en manos del señor frances, eso es lo que no podré ser- vir con la seguridad que yo quisiera y V. mismo deseara. Solo he podido averiguar que el tal Mr. Le Sage estuvo muchos años en España, segun unos como secretario, y segun otros como á amigo ó comensal de un embajador de Francia. Que su inclina- cion á nuestra lengua, y lo mucho que le gustaban los graciosos escritos satíricos y morales, que poco antes se habian publicado en ella, algunos anónimos, y otros con el nombre de sus ver- daderos autores, le incitó á solicitar el conocimiento y trato con los unos y con los otros. Tuvo estrecha amistad con cierto abogado andaluz que le dió el famoso *Sueño político* que co- mienza: *Pasaba yo el Bocalini por estudio ó por recreo*, el cual era una furiosa sátira contra el ministerio de España: que este mismo abogado le confió á Mr. Le Sage el manuscrito de la nove- la de Gil Blas, que era otra mas graciosa, mas llana y mas inte- ligente sátira contra el gobierno de los grandes señores, que sucesivamente se vieron á la frente del ministerio, para que traducido en frances le hiciese estampar en Paris, y publicar como nacido en aquel reino, supuèsto que durante el actual go-

bierno de España no se podia imprimir en ella sin que peligrase la vida del impresor, y de todos los que tuviesen parte en su publicacion. Aun hay otra razon muy poderosa para creer que Le Sage no fue el verdadero autor de esta graciosa novela. Cualquiera que la lea se persuadirá que se escribió en los reinados de Felipe III y Felipe IV, cuyos ministros y privados son satirizados en ella. Mr. Le Sage, habiendo nacido el año de 1677, en que ya habia muerto Felipe IV, no podria venir á España, ni como secretario ni como amigo ó comensal del embajador frances hasta fines de aquel siglo ó principios del siguiente: tiempo que ya Gil Blas andaria oculto en las manos de algunos curiosos, como escrito anónimo y autor desconocido. Y asi como dicho Mr. se aficionó tanto á nuestras novelas para imitarlas ó traducirlas en su idioma, es de creer que ejecutase lo mismo con la de Gil Blas, haciéndole que hablase de molde y en frances lo que antes habia hablado en castellano, y manuscrito. Esto es cuanto he podido averiguar en el asunto, pero sin documentos suficientes que lo prueben, ni testimonios respetables que lo califiquen. Lo que á mí me parece del tejido de esta relacion es, *che si non sia vero, al meno è bene trovato*. Y asi señor lector de mi alma, y mi estimadísimo Mecénas, puede V. creer aquello que mejor le pareciere.

Lo que no admite duda es, que en el tercero y cuarto tomo de Gil Blas se habla con menos respeto del que fuera justo de aquellos dos grandes señores, nombrándolos con todos sus pelos y señales, á pesar de la veneracion tan debida á sus personas, aunque no fuera mas que por su alto nacimiento. No se me esconde que no los tratan con mayor miramiento algunos historiadores, aun de nuestros nacionales ; pero como semejantes ejemplos no deben servir á la imitacion, tampoco á mí me hicieron fuerza , y asi disfracé en la traduccion sus títulos y dictados, sin faltar á la verdad. Los que estan instruidos en la historia, ya lo sabrán aunque yo quiera ocultarlos; á los que no lo estan no se lo quiero decir.

Viendo estoy, señor lector, que todavía no acaba V. de persuadirse á que el escritor frances no sea el verdadero padre de Gil Blas, porque dirá : si fuera español el autor de esto romance, no es verisímil que siendo tan hábil y tan instruido en la geografía y mapa de España , como se manifiesta en toda la obra, incurriese en el garrafalísimo despropósito que se lee en el tomo. 4 lib. 10 cap. 1, donde se dice que habiendo Gil Blas

y su fiel criado Scipion partido de Madrid para Asturias *durmieron la primera noche en Alcalá, y la segunda en Segovia.* Saben hasta los mas zafios arrieros de España que Alcalá respecto de Madrid está á la parte opuesta de Asturias y de Segovia, y por consiguiente que era menester volver á pasar por Madrid, ó por sus aledaños para dormir la segunda noche en Segovia. Añádase á esto, que desde Alcalá á dicha ciudad de Segovia hay por lo menos 20 leguas, con un gran puerto que pasar. No era verisímil que se encontrase en España alquilador, ni mucho menos calesero tan poco amante de sus mulas que las quisiera esponer á la fatiga de andar en un dia el camino que difícilmente se puede concluir en dos. De donde se infiere que de ningun manuscrito español, y mas tan bien pensado como el manuscrito en cuestion, pudo tomar el escritor frances tan craso y desatinado error, y consiguientemente que fue originalmente suyo el romance de Gil Blas.

Pero dígame V., veneradísimo señor lector, ¿y no pudo Mr. Alano Renato escribir muy de propósito este despróposito para ocultar mejor su hurto? ¿Piensa V. que solo Caco, númen tutelar de los ladrones, tuvo habilidad para inventar ciertos artificios que deslumbrasen á los curiosos indagadores de sus ingeniosos y delicados robos? No señor; esta habilidad, en mayor ó menor grado, la han poseido todos los ladrones de las bolsas, y todos los plagiarios de los libros. Pues ahora, siendo tan celebrado *Mr. Le Sage por su gran talento de hacer suyos los pensamientos agenos*, considere V. si le faltaria el de dejarse caer adredemente tal cual error garrafal para ocultar mejor su juego, y tener el hurto mas encubierto.

Pero en conclusion, ¿para qué nos cansamos? ¿ui á qué fin es aporrear la Sibila, cuando está tan claro el oráculo? ¿Qué necesidad hay de probar que el *Gil Blas de Santillana* fue originalmente español, cuando sus mismos paisanos y panegiristas lo confiesan? ¿No cuentan ellos esta obra *entre las traducciones ó imitaciones* de la lengua española, en que se ejercitó Mr. Le Sage? ¿No dicen que sus principales obras *en este género fueron el Guzman de Alfarache, el Bachiller de Salamanca, el Gil Blas de Santillana, el Diablo Cojuelo* etc.? ¿No añaden inmediatamente, *que este escritor tenia poca invencion, pero que estaba dotado de ingenio y de buen gusto, como tambien de un gran talento, para vestir de gala las ideas, y hacer su*

yos los pensamientos agenos? ¿Pues qué mas habia de menester yo para tenerle por un español afrancesado, desnudarlo de su trage purísimo, vestirle de maragato, presentarle en calzas y jubon, haciéndole hablar en su lenguage propio, castizo, primitivo y natural?

Viendo estoy que todavía no está V. muy sosegado, y tiene algo que replicarme ó proponerme. Si el que ha hecho esta restitucion es un viejo colmilludo, ó *carrasqueño* (como él mismo se llama) *y que no sufre cosquillas, cuando se trata de minchonar*, ó burlarse de su nacion, ¿cómo un hombre de su edad ha empleado tan mal el tiempo en una obra semi-bufonesca, tomándose una fatiga, que sobre tener tanto de mecánica parece muy agena de sus años, y quizá tambien de otras sus circunstancias personales, de las cuales se podian esperar trabajos mas serios, mas útiles, y no menos divertidos? Vamos poco á poco, que la réplica, ó la preguntilla pica en historia, tiene varios cabos que atar, y es menester cogerlos todos.

En primer lugar, por lo mismo que soy viejo colmilludo, carrasqueño, y muy amante de mi nacion, no podia ni debia sufrir que un frances, fuese el que fuese, se nos viniese con sus manos lavadas, ó por lavar, á querernos persuadir que un asturiano nacido (como él asegura) del puerto de Pajáres allá habia sido engendrado, concebido y parido del otro lado de los Pirineos, suponiendo que Mr. Alano Renato Le Sage le habia dado á luz, ni mas ni menos como nos quieren decir que Júpiter parió á Minerva.

En segundo lugar la obra nada tiene de *semi-bufonesca*, aunque está escrita con bastante sal, y con tal cual granito de pimienta. El *ridentem dicere verum quid vetat?* está recibido por todos los de buen gusto, y no se llama *bufonería*, sino sazon y gracejo. *Castigat ridendo mores*, ha muchos siglos que se dijo por una obra de las mas instructivas y mas sazonadas que nos dejó la antigüedad. Aunque la vejez esté sujeta á malos humores, no siempre está reñida con el buen humor. *Quien tuvo retuvo, y dejó para la vejez*, dice nuestro adagio vulgar, que en suma viene á ser lo mismo que aquello que dice:

Quo semel est imbuta recens
servabit odorem testa diu.

¿Por qué se ha de llamar *semi-bufonesca* una obra *que está llena de pinturas muy vivas y muy propias de las costumbres de los hombres, y de reflexiones no menos llenas de juicio, es-*

crita en un estilo, que sin dejar de ser natural es elegante, las voces castizas, y la narracion flúida, limpia, y desembarazada, como tambien de cuando en cuando graciosa, pero nunca chocarrera? Una obra de este carácter nada tiene de bufona, y no debiera parecer mal en las manos de cualquiera Matusalen, aunque fuese el último año de su larga vida.

Pase (me volverá á replicar V.); pero dedicarse á una fatiga tan mecánica, como es una traduccion, un hombre de cuya edad y circunstancias se podian esperar trabajos en asuntos mas serios, mas útiles, y no menos divertidos, verdaderamente que es lástima, *e fa molta pietà*. Mil gracias por lo que V. me favorece, esperando tanto de mí; pero aun cuando fuera lo que V. quiere figurarse, hallándome como me hallo sin salud, sin cabeza, sin memoria, sin libros, lleno de ajes, y oprimido de cuidados, no puedo hacer otra cosa que ocuparme en este mecanismo, para divertir la ociosidad, distraerme un poco de mis males, y servir á mi nacion en lo poco que ya puedo.

La novela de Gil Blas es un romance muy juicioso, muy instructivo, y al mismo tiempo de grande diversion por los innumerables sucesos que se van enlazando con la mayor conexion, consecuencia y naturalidad; pintándose en ellos con toda viveza y propiedad las costumbres de los hombres, y haciéndose sobre ellas las reflexiones mas sólidas, y mas conformes á la natural honestidad, y á la moral evangélica. Si tal vez se introducen algunas aventuras galantes, se tratan con toda decencia, y con todo el decoro que se puede desear en una pluma anciana y circunspecta, debiéndose observar que las aventuras de esta especie se describen de manera, que su relacion incita á la fuga de ellas por medio del escarmiento.

Pero ¡oh señor! que toda esa moralidad está fundada en hechos fabulosos, puesto que es fabuloso hasta el mismo héroe del romance! ¿Y qué importará que los hechos sean imaginarios y fabulosos, con tal que sean parecidos á los verdaderos, si la moralidad es sólida, castiza, y en todo conforme á lo que dictan la religion y la razon? Las fábulas de Fedro y de Esopo, por ventura son mas que fábulas? con todo eso, ¿quién ha negado hasta ahora que aquellos hechos y dichos de las plantas y de los brutos no han enseñado mucho á los hombres? El eruditísimo Pedro Daniel Huet, obispo de Avranches, uno de los hombres mas sabios que ha tenido la Francia, escribió un libro sobre *el orígen de los romances ó novelas. No hay*

mas que leerle (dice un crítico moderno) *y cualquiera quedará convencido, no solo de su antigüedad y de su uso, sino tambien de su utilidad, como escuela de moral, mucho mas eficaz que la de cualquiera maestro.*

El mismo crítico (*) pretende (y en verdad que no son débiles las razones en que lo funda) que la lectura de las novelas ó romances bien escritos son mas útiles á lo menos para las personas particulares, que la de la historia... En esta, á lo sumo, solo se aprende lo que se ha hecho, y aun esto pocas veces, porque son muy raros los historiadores, que por la pasion, por el espíritu de partido ó nacional no desfiguren los hechos verdaderos, vendiendo por tales los mas alterados, y no pocas veces los mas contrarios; pero en los romances se enseña lo que se debe hacer, fundándose la instruccion en lo mismo que claramente se confiesa que no se hizo. Entre los historiadores ningunos suelen ser mas falaces, que los mas jactanciosos de su fidelidad: *nulli jactantius fidem suam obligant, quam qui maximè violant*, que dijo uno de ellos (**), muy acreditado entre los modernos; pero los novelistas desde luego entran confesando ser fingido todo lo que dicen, aunque tan parecido á lo que se ve y á lo que se palpa, que la misma ficcion conduce por la mano al desengaño, é introduce insensiblemente el documento. La lectura de la historia por lo comun solamente se dirige á cargar la memoria de sucesos inciertos y pasados, para hacer ostentacion de una pueril y pedantesca erudicion, ya en las conversaciones privadas, ya en los escritos públicos; pero la lectura de los romances, aunque sirva á la diversion por la variedad y maraña de los fingidos sucesos, se dirige principalmente al conocimiento práctico del mundo, al descubrimiento de sus enredos, y á la manera de gobernarse discreta, cristiana, y prudentemente en él.

Las novelas, las fábulas y las parábolas todas son muy parecidas en el fin que se proponen. No es otro que enseñar á los hombres á ser hombres: solo se diferencian en que las primeras son largas y divertidas, las segundas todas breves y graciosas, las terceras á veces largas, y á veces breves; pero estas, aquellas y las otras todas son morales.

(*) Abogado Constantini, *Lettere critiche tom. 2. pag.* 32.

(**) Fam. de Estrada en el prólogo á su historia de *Bello Belgico.*

Los que dudaron de la real esistencia de Job, la tuvieron por una parábola larga, y por un romance corto, pero lleno de grandes documentos. Los pocos que piensan lo mismo de la historia de Tobias la suponen un superior y precioso romance, tegido de lances singularísimos, que todos inspiran las mas altas máximas de la religion, el concepto mas elevado de Dios, y los principios mas conducentes á estampar en el alma las obligaciones de la humana sociedad. Ninguna de aquellas dos opiniones se puede sostener católicamente, pero tampoco nos hacen falta. Las dos parábolas, una de Natan á David, despues de su adulterio con Bethsabé, y otra de la Thecuites, al mismo monarca, despues que habia resuelto quitar la vida á Absalon por el fratricidio cometido por él en su mismo hermano Amnon: aquellas dos parábolas, vuelvo á decir, son como dos pequeñas novelas; la primera para que aquel monarca se arrepintiese del adulterio, y homicidio de Urias cometido por su causa, y la segunda para que volviese á recibir en su gracia, y no diese muerte al hijo fratricida: parábola forjada por su capitan Joab.

No siendo pues otra cosa las parábolas, que unos breves romances reducidos á un solo suceso enteramente supuesto é imaginario, y no siendo el romance mas que una parábola larga, entretejida de varios sucesos fingidos, bien que muy parecidos á los que cada dia se ven, para que se palpe la verdadera monstruosidad de estos en la monstruosa irracionalidad de aquellos, de ninguna pluma pueden desdecir, como se traten con la decencia, discrecion y juicio que se debe.

Y valga la verdad ¿Qué libros son mas provechosos, que los que instruyen divirtiendo, y enseñan embelesando con el arte de disfrazar el tedioso pedantismo de la leccion con la máscara de un cuento hecho á placer, y fabricado de planta? esto hacen los romances bien escritos, y las novelas trabajadas con juicio, con pulso, y con eleccion. Ningun buen conocedor ha negado este mérito al romance de Gil Blas, que adoptó Mr. Le Sage. Antes bien hay críticos de fino olfato, que en su linea no le juzgan inferior al célebre *Telémaco* del incomparable señor Fenelon de Saliñac.

Dije adredemente: *el romance de Gil Blas, que adoptó Mr. Le Sage*, porque este solamente dió á luz en frances cuatro tomitos en 12.° poniendo fin á su divertida novela, describiendo el doble casamiento de Gil Blas con Doña Dorotea, hija de D. Juan de Juntella, y el de D. Juan de Juntella con Serafina, hija de

Scipion, y ahijada de Gil Blas. Estos cuatro tomos son precisamente los que han merecido grandes elogios á los críticos de buenas narices, no faltando algunos que le eleven hasta emparejarle con el príncipe de los romances, que compuso el célebre y discretísimo arzobispo de Cambray.

Esto es, señor lector, lo que presento á V. como lector, y lo que como á protector le dedico. Léame V. con benignidad, favorezca la obra con su proteccion, y si quiere saber cómo me llamo, ahora se lo va á decir

Su mas rendido servidor

D. Joaquin Federico Issalps.

Declaracion del autor.

Como hay personas que no saben leer un libro sin aplicar los caractéres viciosos ó ridículos que en él se censuran á personas determinadas, declaro á estos maliciosos lectores que harán mal, y se engañarán mucho en hacer la aplicacion á ningun individuo en particular de los retratos que encontrarán en esta obra. Protesto al público que solamente me he propuesto representar la vida del comun de los hombres tal cual es; y no permita Dios que jamas sea mi ánimo señalar á ninguno con el dedo. Si hubiere alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir á tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje, porque de otra manera él mismo se dará á conocer fuera de tiempo: *Stultè nudabii animi conscientiam*, dice Fedro.

No menos en Fancia que en España se usan médicos, cuyo método de curar no es otro que sangrar sobradamente á sus enfermos. Los vicios y los originales ridículos son de todas las naciones. Confieso que no siempre describí exactamente las costumbres españolas. Por ejemplo: los que saben cómo viven en Madrid los comediantes, quizá me notarán de haberlos pintado con colores demasiadamente mitigados: pero creí deber hacerlo asi, porque fuesen algo mas parecidos al mayor disimulo, ó sea civil hipocresía de las nuestras.

GIL BLAS DE SANTILLANA.

UNA PALABRITA AL LECTOR.

Antes de l eer la historia de mi vida, escucha lector amigo un cuento que te voy á contar.

Caminaban juntos y á pie dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos se sentaron junto á una fuente que estaba en el camino. Despues que descansaron y mitigaron la sed, observaron por casualidad una como lápida sepulcral, que á flor de la tierra se descubria cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que venia á beber á la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua pudieron leer estas pabras castellanas: *Aqui está enterrada el alma del licenciado Pedro García.*

El mas mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es no es atolondrado, apenas leyó la inscripcion cuando esclamó riéndose á carcajada tendida: ¡Gracioso disparate! *Aqui está enterrada el alma.* ¡Pues qué! *¿una alma puede enterrarse? Quién me diera á conocer al ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio.* Y diciendo esto se levantó para irse. Su compañero, que era algo mas juicioso y reflexivo, dijo para consigo: *aqui hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo.* Dejó partir al otro, y sin perder tiempo sacó un cu-

chillo y comenzó á socavar la tierra al rededor de la lápida, hasta que logró levantarla. Encontró debajo de ella un bolsillo. Abrióle, y halló en él cien ducados con estas palabras en latin: *Declárote por heredero mio, á ti, cualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripcion; pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él.* Alegre el estudiante con este descubrimiento, volvió á poner la lápida como antes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer á uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexion á las instrucciones morales que se encierran en ellas, ningun fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atencion, encontrarás lo *útil mezclado con lo divertido*, que tantas veces se ha repetido en los libros desde que Horacio lo decantó.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO PRIMERO.

*****

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento de Gil Blas, y su educacion.

Blas de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los ejércitos de la monarquía española, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por moza de cámara, y mi padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tio, que era canónigo de aque-

lla iglesia. Llamábase Gil Perez: era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion (lector mio) un hombre pequeño, de tres pies y medio de estatura, estraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y hé aqui la *vera efigie* de mi tio. Por lo demas era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida, quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo cual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme á su casa cuando yo era aun niño, y se encargó de mi educacion. Parecíle desde luego tan despejado que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer, cuyo ejercicio no le fue menos provechoso á él que á mí; porque al mismo tiempo que me enseñaba á conocer las letras, él se perfeccionaba en la lectura, á la que nunca habia sido muy inclinado; y á fuerza de aplicarse llegó á saber leer de corrido en el breviario, lo que jamas habia sabido hasta entonces. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez en su vida habia estudiado ni aun los primeros principios, y era quizá (esto no lo aseguro por cierto) el canónigo mas ignorante de todo el cabildo; y asi oia yo decir muchas veces que no habia obtenido el canonicato por su erudicion, antes bien que le debia á la recomenda-

cion de unas monjas, de quienes era demandadero ó sacristan (en cuyo importante punto no andaban acordes las noticias) y que las mismas habian tambien conseguido que en una sede vacante se ordenase de sacerdote sin exámen.)

Vióse, pues, precisado á ponerme bajo la férula de un preceptor, y me envió al doctor Godinez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los autores griegos, y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme despues á la lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos, ó no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Encontrábame algunas veces con ciertas figuras escocesas, no menos escolastizadas que yo, y entonces era indispensable disputar. ¡Qué voces! qué patadas! qué gestos! qué contorsiones! qué espumarajos en las bocas! Mas parecíamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré una gran fama de sabio en toda la ciudad. A mi tio se le caia la baba, y se alegró infinito con la esperanza de que, en virtud de mi reputacion, presto dejaria de tenerme sobre sus costillas. Díjome un dia: ola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos me-

nester pensar en ayudarte. Estoy resuelto enviarte á la universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dejarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viage te daré algun dinero, y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No me podia mi tio proponer cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo. Sin embargo supe vencerme y disimular mi alegría. Cuando llegó la hora de partir solo me mostré sensible al dolor de separarme de un tio á quien debia tantas obligaciones: enterneciose el buen señor de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leido ó penetrado lo que pasaba en el fondo de mi corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los cuales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exortáronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tio, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, ni mucho menos tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la ciudad.



Pablo Alabern la grabó.

GIL BLAS.

CAPITULO II.

De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñaflor, lo que hizo cuando llegó allí y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.

Éteme aqui ya fuera de Oviedo, camino de Peñaflor, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula, y de cuarenta buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tio. La primera cosa que hice fue dejar la mula á discrecion, esto es, que andase al paso que quisiese. Echéla el freno sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegría. Jamas me habia visto con tanto dinero junto. No me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, cuando la mula alzó de repente la cabeza en aire de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y examiné lo que podia ser. Ví en medio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa, y al mismo tiempo oí una voz lastimosa, que pronunció estas palabras: *Señor pasagero, tenga V. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en este sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia

donde venia la voz, y ví al pie de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la cual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme estrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empezé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y bonitica- mente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos tarines los fuí echando poco á poco, y uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna de los cristianos cobardes y atemorizados, á fin de que conociese el soldado que yo lo hacia noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad, y me dió tantas gracias como yo espolazos á la mula, para que cuanto antes me alejase de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia, no por eso caminaba mas apriesa. La vieja costumbre de caminar paso á paso bajo el gobierno de mi tio, la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viage. Veia que aun no estaba en Salamanca, y que me podian suceder otras peores. Parecióme que mi tio habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho; pero le parecia que dándome su mula gastaria menos en el viage; lo cual le

hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me esponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflor, si tenia la dicha de llegar á aquel lugar, y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo, sabia los nombres de todos los lugares por donde habia de pasar, habiéndome informado de ellos antes de ponerme en camino.

Llegué felizmente á Peñaflor, y me paré á la puerta de un meson, que tenia bella apariencia. Apenas eché el pie á tierra, cuando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. Él mismo desató mi maleta y mis alforjas, cargó con ellas, y me condujo á un cuarto, mientras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias; tan fácil en contar sin necesidad todas sus cosas, como curioso en informarse de las agenas. Díjome que se llamaba Andres Gorzuelo, y que habia servido al rey muchos años de sargento, y que se habia retirado quince meses habia, por casarse con una moza de Castropol, que era buen bocado, aunque algo morena. Despues me dijo una infinidad de otras cosas, que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venia, y á dónde caminaba. A todo lo cual me consi-

deré obligado á responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una larga conversacion con él, en la cual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula, y proseguir el viage con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciéndome que si queria vender mi mula él conocia un mulatero, hombre muy de bien, que acaso la compraria. Respondíle que me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarle mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entramos en el corral, donde habian sacado mi mula. Paseáronla y repaseáronla delante del mulatero, que con grande atencion la examinó de pies á cabeza. Púsole mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo mismo diria aunque fuera la mula del Papa. Protestaba que tenia cuantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenia sus razones para confor-

marse con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿cuánto pide V. por su mula? Yo, que la daria de valde, despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la atestacion del señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombría de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su conciencia le tocaba en lo mas vivo, y en lo que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tio la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados, que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me condujo á casa de un arriero que al dia siguiente habia de partir á Astorga. Díjome este que pensaba partir antes de amanecer, y que él tendria cuidado de dispertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al meson en compañía de Corzuelo, el cual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arriero. Encajóme cuanto se decia de él en la villa, y me iba ya á aserrar con su inestancable habladura, cuando

por fortuna le interrumpió un hombre de buena traza, que se acercó á él, y le saludó con mucha urbanidad. Dejélos á los dos, y proseguí mi camino, sin pasàrme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson pedí la cena. Era dia de viérnes, y me contenté con huevos. Mientras los disponian trabé conversacion con la mesonera, que hasta entonces no se habia dejado ver. Parecióme bastantemente linda, de modales muy desembarazados y vivos. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, hé aqui que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traia al lado un largo chafarote. Acercóse á mí con cierto aire alegre y apresurado: Señor licenciado, me dijo, acabo de saber que V. es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la filosofía. ¡Es posible que sea V. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublime, cuya reputacion es tan grande en todo este pais! Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mí, y echándome los brazos al cuello, escuse V. (me

dijo) mis rebatos, no soy dueño de mí mismo ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apenas me dejaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza le dije: nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflor. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono, nosotros tenemos registro de todos los grandes personages que nacen á veinte leguas en contorno. V. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia hará España tanta gloria de haberle producido, como la Grecia de ser madre de sus siete Sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anthéo. Por poca esperiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dejaria ser el dominguillo de sus demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y escesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos parasitos, pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya: pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real: y asi le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió pron-

tamente; antes bien estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo por hacer compañía á V. comiendo algunos bocados meramente por complacerle, y por mostrar cuánto aprecio sus finezas.

Sentóse enfrente de mí el señor mi panegirista. Trajéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia, y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia conocí que presto daria cuenta de ella. Mandé que se hiciese otra, lo que se ejecutó prontamente: pusiéronla en la mesa cuando acabábamos, ó por mejor decir, cuando mi huésped acababa de engullirse la primera. Sin embargo comia siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadia incesantemente alabanzas sobre alabanzas, las cuales me sonaban bien, y me hacian estar muy contento de mi pequeña persona. Bebia frecuentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto, no correspondia yo mal á sus repetidos brindis, con lo cual, y con sus

adulaciones me sentí de tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenia algun pescado. El señor Corzuelo, que, segun todas las apariencias, se entendia con el petardista, respondió: tengo una escelente trucha; pero costará caro á los que la coman, y es bocado demasiadamente agrio para V. ¿Qué llama V. *demasiadamente agrio?* replicó mi adulador. Traiga V. la trucha, y descuide de lo demas. Ningun bocado, por costoso que sea, es agrio para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto aire las últimas palabras del mesonero, en lo cual no hizo mas que prevenirme. Díme por ofendido, y dije con enfado al mesonero: venga la trucha, y otra vez piense mas en lo que dice. El mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha, y presentóla en la mesa. Á vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del parasito, que dió mayores pruebas del deseo que tenia de complacerme, es decir, que se abalanzó al pez, ni mas ni menos como se habia arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse, temiendo algun accidente, porque se habia hartado hasta el gollete. En fin, despues de haber comido y bebido hasta mas no poder, quiso poner fin á la comedia. Señor Gil Blas, me dijo alzándose de la mesa; estoy

tan contento de lo bien que V. me ha tratado, que no le puedo dejar sin darle un importante consejo, de que me parece tiene no poca necesidad. Desconfie siempre de todo hombre que no conozca; y esté siempre muy sobre sí para no dejarse engañar de las alabanzas. Podrá V. encontrase con otros, que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea V. su hazme reir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis bigotes, y volvióme las espaldas.

Sentí tanto esta burla, como cualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. ¿ Es posible, me decia yo, que aquel traidor se hubiese burlado de mí? ¡Pues qué! ¿solamente buscó al mesonero para sacarle el gusano de la nariz, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡ Ah pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la cual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exortarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno

me dejase engañar. Agitado de estos amargos pensamientos, y encendido en cólera, me cerré en mi cuarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apenas habia cerrado los ojos, cuando el arriero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la memoria del gasto, en la cual no se olvidaba la trucha, y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que mientras le estaba contando el dinero, tuve el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al parasito, al mesonero y al meson.

CAPITULO III.

Cap IV

De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y cómo Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.

No era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflor; un muchacho, ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un mozuelo ciudadano de Astorga, y una moza del Vierzo, con quien acababa de casarse. En poco tiempo nos hicimos amigos,

y cada uno contó dónde iba, y de dónde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan negra, y de tan poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso sus pocos años y su robustez inclinaron hácia ella al arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo, y dilató la ejecucion hasta la última posada. Esta fue en Cacabelos. Hízonos apear en un meson que está á la entrada del lugar, esto es, un poco fuera de él, cuyo mesonero sabia muy bien que era un hombre callado, y amigo de complacer. Dispuso que nos condujese á un cuarto muy retirado, donde nos dejó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena nos vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos á todos con ojos centellantes: ¡vive Dios! dijo, que me han hurtado cien doblones que traia en una bolsa de cuero, y por Jesucristo que han de parecer. Ahora, ahora me voy derecho al juez, para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron, y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un aire muy natural, volvió apresurada y broncamente las espaldas, dejándonos atónitos y mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavía no nos podíamos conocer bien. Antes desde luego sospeché yo que el ladron seria el muchacho de coro, asi

como él quizá sospecharia lo mismo de mí. Fuera de eso, todos éramos unos pobres simples, que no sabíamos las formalidades que preceden en semejantes casos antes de llegar á la prueba del tormento, y desde luego creimos que se habia de comenzar por aqui. Poseidos, pues, de esta aprension, precipitadamente nos salimos del cuarto, escapando unos á la calle, y otros al huerto, para salvarse cada cual como pudiese; y el novio de Astorga, turbado con la idea del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente de su muger. Entonces el arriero, segun supe con el tiempo, mas incontinente que sus machos, y muy alegre, porque su estratagema habia producido el efecto que pretendia, entró en el cuarto donde estaba la novia haciendo alarde de su invencion, y procuró aprovecharse de la ocasion; pero aquella Lucrecia asturiana, á quien daba mayores fuerzas la mala traza del arriero, hizo una vigorosa resistencia dando descompasados gritos. La patrulla que por casualidad se hallaba cerca de una posada, que sabia ser muy digna de su atencion, entró en ella, y preguntó quién daba, y cuál era el motivo de aquellos gritos. El mesonero estaba cantando en la cocina, y fingiendo que nada habia oido. No obstante se vió precisado á conducir al comandante y á la patrulla al cuarto de la persona que gritaba. Conoció luego el alférez el negocio de que se trataba, y como era hombre grosero y brutal

regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco ó seis buenos palos con el mangon de su alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor, como la accion que daba motivo á la arenga. No se contentó con esto. Echó mano del delincuente, y le condujo á la presencia del juez, juntamente con la agraviada delatora, que absolutamente quiso ir en persona á quejarse de él, no obstante el desórden en que se hallaba. Oyóla el juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenia escusa alguna, y que era indigno de perdon. Mandó al punto que le despojasen, y que en su presencia le diesen sendos azotes; y ordenó despues, que si el dia siguiente no parecia el marido de aquella muger, dos soldados la llevasen con toda decencia á Astorga á costa del arriero.

Por lo que toca á mí, atemorizado quizá mas que los otros, gané prontamente la campaña, y atravesando campos, penetrando matorrales, y saltando los fosos que hallaba en el camino, llegué finalmente á un lóbrego y espeso bosque. Iba á entrar en él y á esconderme en el mas erizado matorral, cuando me ví de repente con dos hombres á caballo que se pararon delante de mí. ¿Quién va allá? dijeron; y como el miedo y la sorpresa no me dejaron hablar, acercándose mas, cada uno me puso al pecho una pistola, intimándome pena de la vida, que les dijese quién era, de dónde venia, y qué iba

yo á hacer en aquel bosque. A esta manera de preguntar, que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se habia burlado de nosotros el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo, que iba á continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder, y confesando sencillamente que el miedo del tormento me habia hecho huir, sin saber dónde esconderme. Dieron una grande carcajada, cuando oyeron un discurso que tanto mostraba mi sencillez, y uno de ellos me dijo: no tengas miedo, querido: vente con nosotros, y no temas, que te pondrémos en toda seguridad. Diciendo esto, me hizo montar en la grupa de su caballo, y volviendo las riendas, nos envainamos todos tres en lo mas intrincado y mas espeso del bosque.

No sabia yo qué pensar de tal encuentro; mas no obstante no pronosticaba cosa mala. Si estos hombres fueran ladrones, me decia yo á mí mismo, ya me hubieran robado, y quizá tambien asesinado. Quizá seran algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí, y por caridad me llevan á su casa. No me duró mucho la duda. Despues de algunas vueltas y revueltas con grandísimo silencio, llegamos finalmente al pie de una colina, donde nos apeamos. Aqui hemos de dormir, dijo uno de los caballeros. Por mas que yo volvia los ojos á todas partes no veia casa, choza, ó cabaña, ni la mas mínima

señal de habitacion: cuando ví que aquellos dos hombres alzaron una gran trampa de madera, cubierta de tierra y de enramada que ocultaba una larga entrada subterránea muy pendiente, por donde los caballos por sí mismos se dejaron resbalar, como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hicieron entrar con ellos, y dejaron caer la trampa con unas cuerdas, que para este efecto estaban fuertemente atadas á ella. Y hé aqui al digno sobrino de mi tio el canónigo Gil Perez metido como raton en una ratonera.

CAPITULO IV.

Descripcion de la cueva subterránea, y de lo que vió en ella Gil Blas.

ENTONCES conocí entre qué especie de gente me hallaba yo, y fácilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaria el primer temor; pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Dí por supuesto que iba á perder la vida con mis pobres ducados. Y mirándome como una víctima que era conducida al sacrificio, caminaba mas muerto que vivo entre mis conductores, cuando advirtiendo ellos mismos que de piés á cabeza iba temblando, me exortaron con la mayor dulzura, pero inútilmente, á que depusiese todo temor. Habríamos caminado como unos doscientos pasos, siempre bajando y siempre caracoleando, cuando

entramos en una especie de caballeriza, á que daban luz dos grandes candiles que pendian de la bóveda. Habia en ella una buena provision de paja y muchos sacos atestados de cebada. Podian caber en ella cómodamente hasta veinte caballos, pero á la sazon solamente habia los dos que acababan de llegar. Vino á atarlos al pesebre un negro ya viejo pero en la traza fornido y vigoroso. Salimos de la caballeriza, y á la triste luz de otras lámparas, que parecian alumbrar solo para que se viese el horror de aquella caverna, llegamos á la cocina, donde una vieja estaba asando las viandas y disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno de los necesarios, é inmediata á ella estaba la despensa, bien abastecida de todo género de provisiones. La cocinera (porque es menester que la describa) era una persona de sesenta años, y encima de ellos algunos mas. Cuando moza eran sus cabellos de un blondo estraordinariamente vivo, porque aun en su presente edad no estaban tan blancos que de trecho en trecho no se conservasen algunas manchas, residuos del primitivo color. El de la cara era aceitunado; su barba puntiaguda, con alguna elevacion; los labios muy hundidos, y una nariz tan larga y encorvada, que casi llegaba á besar la boca con la punta, y sus ojos tan encarnados, que parecian dos tomates maduros.

Señora Leonarda, dijo uno de los caballeros,

presentándome á aquel bello ángel de tinieblas, mire este mocito que la traemos: y volviéndose despues á mí y viéndome pálido y consumido, me dijo: Vuelve, querido, en tí, y no tengas miedo, pues no te queremos hacer mal. Teníamos necesidad de un mozo que aliviase en algo á nuestra pobre cocinera. Te encontramos, y esta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo que murió quince dias ha, porque era de delicada complexion. La tuya parece mas robusta, y no morirás tan presto. A la verdad no volverás á ver el sol, pero en recompensa comerás bien, y tendrás siempre buena lumbre. Pasarás la vida con Leonarda, que es una criatura muy amable y humana. Tendrás cuantas conveniencias quisieres, y ahora conocerás que no has venido á vivir entre algunos pordioseros y despilfarrados. Al mismo tiempo tomó una luz, y me ordenó que le siguiese. Llevóme á una bodega, donde ví una infinidad de botellas, y grandes vasijas de barro bien tapadas, llenas todas de vinos esquisitos. Hízome pasar despues por muchos cuartos: unos atestados de piezas de lienzo muy delicadas, otros de ricos paños y telas de lana y seda. En este habia gran cantidad de plata y oro; en aquel igual ó mayor porcion de vajilla en diferentes armarios. Seguíle despues á un gran salon que alumbraban tres grandes arañas de metal, y conducia á otros cuartos que se comunicaban con él. Aqui me

hizo nuevas preguntas, es á saber, cómo me llamaba, y por qué habia salido de Oviedo. Despues que satisfice su curiosidad: ahora bien, Gil Blas, me dijo con mucho agrado, puesto que solo saliste de tu patria para lograr algun puesto, parece que naciste de pie, pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho: aqui vivirás en medio de la abundancia; nadarás en oro y plata, y estarás con toda seguridad. Tal es este subterráneo, que aunque venga cien veces á este bosque la Santa Hermandad, nunca dará con él. La entrada solo la conozco yo y mis camaradas. ¿Acaso me preguntarás cómo hemos podido nosotros fabricar este subterráneo sin que lo supiesen los paisanos de los lugares vecinos? Pero has de saber, mi amigo, que esta no ha sido obra nuestra, sino de muchos siglos. Despues que los moros se apoderaron de Granada, de Aragon, y de casi toda España, los cristianos que no se quisieron sujetar al yugo de los infieles, huyeron, y se ocultaron en este pais, en Vizcaya y Asturias, á donde se retiró tambien el valiente D. Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivian por familias en los bosques y en las mas ásperas montañas: unos escondidos en cavernas, y otros en subterráneos, que ellos mismos fabricaron, y este es uno de tantos. Despues que afortunadamente arrojaron de España á sus enemigos, se volvieron á sus ciudades, villas y lugares, y desde entonces los subterráneos sir-

vieron de asilos á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la Santa Hermandad ha descubierto y destruido algunos; pero todavía han quedado muchos, y yo, gracias al cielo, quince años hace que habito impunemente en este. Llámome el capitan Rolando, soy el gefe de la compañía, y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.

CAPITULO V.

Del arribo de otros ladrones al subterráneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí.

No bien habia dicho estas palabras el capitan, cuando aparecieron en el salon seis caras nuevas: que eran su teniente, y otros cinco de la gavilla. Venian cargados de botin. Traian dos grandes zurrones llenos de azúcar, canela, almendras y pasas. El teniente, dirigiéndose al capitan, le dijo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurrones, como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su espedicion en el despacho, se entregó en la despensa la hacienda del especiero. Hecho esto se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en el salon una gran mesa, y á mí me enviaron á la cocina para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedí á la necesidad, ya que mi mala suerte lo queria asi, y disimulando

mi sentimiento me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Dí principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas de escelente vino que el señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pie para servirles el vino. El capitan en pocas palabras les contó mi historia de Cacabelos, con la cual se divirtieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oir mis elogios sin peligro. Convinieron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la señora Leonarda era la que habia servido el néctar á aquellos dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimedes, sucesor de aquella maldita Hebéa.

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los señores ladrones, los cuales bebian tanto como comian, y en breve tiempo se pusieron todos de buen humor, y comenzaron á meter mucha bulla. Hablaban todos á un mismo tiempo;

uno comenzaba una historia, otro la interrumpia con un chiste ó con una frialdad; este grita, aquel canta, y en fin ya no se entendian unos á otros. Fatigado Rolando de una escena, en que él ponia mucho de su parte, pero todo inútilmente, levantó la voz, é impuso silencio á la compañía. Señores, les dijo, atencion á lo que voy á proponeros. En vez de aturdirnos unos á otros, hablando todos á un tiempo, ¿no seria mejor divertirnos, y hablar como hombres de juicio y de razon? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos recíprocamente de qué familia ó casa somos, ni de la série de aventuras de donde venimos á abrazar esta profesion. Con todo me parece esta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos, pues, esta confianza, que podrá servir no menos para nuestra diversion, que para nuestro gobierno. El teniente y los demas, como si tuvieran alguna cosa buena que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegría la proposicion del capitan, el cual comenzó á hablar en estos términos.

Ya saben ustedes, señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegría al verse con un heredero, y mi madre quiso criarme con su pro-

pia leche. Vivia entonces mi abuelo materno. Era un hombre que solo sabia rezar su rosario, y contar sus proezas militares, porque habia servido al Rey muchos años, y no se embarazaba en mas. Insensiblemente vine yo á ser el ídolo de estas tres personas. Continuamente me tenian en sus brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis primeros años me los dejaron pasar en los divertimientos mas pueriles. No conviene, decia mi padre, que los niños se apliquen á cosas serias, hasta que el tiempo haya madurado un poco su razon. Esperando á esta madurez no aprendia á leer ni escribir, mas no por eso perdia el tiempo. Mi padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocia perfectamente los naipes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las espediciones militares en que se habia hallado. Cantábame siempre unas mismas coplas acerca de dichas espediciones; cuando en espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis padres, los cuales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban menos mi agudo ingenio, cuando valiéndome de la libertad que tenia para decir cuanto me viniese á la boca, interrumpia sus conversaciones para decir á tuerto ó derecho todo lo que me ocurria. Entonces mi madre me sofocaba á caricias, y mi buen abuelo lloraba de puro go-

zo. No les iba en zaga mi padre: siempre que me oia algun despropósito ó alguna bachillería, mirándome con gran ternura esclamaba: ¡O qué gracioso eres, y qué lindo! Con estas alas no recelaba hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban, y todos me adoraban. Habia entrado ya en los doce años, y aun no tenia ningun maestro. Diéronme finalmente uno, pero mandándole espresamente que me enseñase, mas sin facultad para darme el menor castigo. À lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvióme de poco esta permision, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi madre ó á mi abuelo, diciéndoles que el ayo me habia maltratado. En vano acudia el pobre diablo á desmentirme: teníanle por un hombre brutal, y siempre me creian á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo, y me fuí á quejar del maestro porque me habia desollado: inmediatamente le despidió de casa mi madre sin querer darle oidos, por mas que pretestaba al cielo y á la tierra, que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fuí desembarazando de mis preceptores hasta que me presentaron uno como le deseaba, y me convenia para acabarme de perder. Era un bachiller de Alcalá, ¡escelente maestro para un hijo de fa-

milia! Era dado á las mugeres, al juego y á la tabernilla. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó á ganarme por el amor y por la dulzura. Consiguiólo, y por este medio logró que tambien le amasen mis padres, los cuales me entregaron enteramente á su gobierno. No tuvieron de que arrepentirse; porque en breve tiempo, y desde luego me perfeccionó en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo á todos los parages donde tenia su diversion, me inspiró de tal manera el gusto, que, á escepcion del latin, en lo demas era yo un muchacho universal. Cuando vió que ya no tenia necesidad de sus preceptos fue á enseñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis padres, cuando comencé á ser dueño de mis acciones tuve sin duda mayor libertad. En el centro de mi familia fue donde dí las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á todos momentos. Reíanse de mis intrepideces, y tanto mas las celebraban, cuanto eran mas vivas y mas intolerables. Mientras tanto cometia todo género de desórdenes con otros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros padres no nos daban todo el dinero que habíamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa, cada uno robaba en su casa todo lo que podia, y

cuando esto no alcanzaba nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oidos del corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga, y dímonos á ejercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entonces acá Dios me hizo la gracia de haber envejecido en la profesion á pesar de los peligros que estan anejos á ella.

Cuando el capitan acabó de hablar, el teniente tomó la palabra, y dijo asi: Señores, una educacion enteramente contraria á la del señor Rolando produjo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fue carnicero en Toledo, y el hombre mas brutal que habia en toda la ciudad; mi madre no era mas dulce que su marido. Desde mi niñez me comenzaron á azotar á cual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese era castigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda; no habia misericordia para mí, y las mas veces me castigaban sin razon. Cuando mi padre me sacudia, siempre mi madre se ponia de su parte, en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me inspiraron tanta aversion á la casa paterna, que antes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon, y llegué

á Zaragoza pidiendo limosna. Enebréme alli con unos pordioseros que pasaban una vida bastantemente feliz y acomodada. Enseñáronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y despues cada uno iba á coger su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reíamos de los que se habian compadecido de nosotros por el dia. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y queriendo juntarme con otra gente mas honrada, me asocié con unos *caballeros de la industria*. Enseñáronme á hacer bellos juegos de mano; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto ministro de justicia que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido: Yo que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos, me acomodé en una tropa de hombres valerosos que ponian en contribucion á los pasageros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entonces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas dulce, probablemente no seria ahora mas que un pobre carnicero, cuando me hallo hoy con el honor y con el grado de vuestro teniente.

Señores, dijo entonces un ladron que estaba sentado entre el teniente y el capitan, las his-

torias que acabamos de oir no son tan variadas ni tan curiosas como la mia. Debo mi nacimiento á una paisana ó labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz, como era todavía moza, bien parecida, aseada y muy robusta, la buscaron para que diese leche á cierto niño, hijo de padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la proposicion, y fue á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregáronsele, y apenas se vió con él en su aldea, cuando observó que él y yo éramos algo parecidos; y esta observacion la escitó el pensamiento de trocarnos, con la esperanza de que con el tiempo la agradeceria yo el buen oficio. Mi padre, que no era mas escrupuloso que su honrada muger, aprobó la superchería. De suerte, que habiéndonos mudado de pañales, el hijo de Don Diego de Herrera fue enviado con mi nombre á otra ama para que le criase, y á mí me crió mi madre bajo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los padres del caballerito fácilmente se dejaron engañar. No tuvieron la mas mínima sospecha de la pieza que los habian jugado, y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos: y siendo su intencion hacerme un caballero completo me dieron todo género de maestros; pero los mas hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor.

Yo fuí uno de estos. Tenia poca disposicion para los ejercicios que me enseñaban, y mucho menos inclinacion á las ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa yéndolos á buscar en la caballeriza y en la cocina. Pero el juego no fue mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino y me emborrachaba todos los dias. Retozaba con las criadas; pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza de cocina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecia mis primeras atenciones. Hacíale el amor con tan poca cautela, que hasta el mismo Don Rodrigo lo conoció. Reprendióme agriamente, afeándome la bajeza de mis inclinaciones, y por temor de que la presencia del objeto hiciese inútiles sus reprimendas, despidió de su casa á mi Dulcinea.

Irritóme mucho este proceder, y resolví vengarme. Robé todas sus pedrerías á la muger de Don Rodrigo; corrí en busca de mi bella Helena, que vivia en casa de una lavandera amiga suya, saquéla de ella á la mitad del dia, para que ninguno lo supiese, y aun pasé mas adelante. Llevéla á su tierra, donde nos casamos solemnemente, asi por dar este despique mas á los Herreras, como por dejar á los hijos de familia un ejemplo tan bueno de imitar. Tres meses despues de mi arrebatado matrimonio supe que D. Rodrigo habia muerto. No fuí insen-

sible á esta muerte. Partí prontamente á Sevilla para apoderarme de su herencia, pero hallé las cosas muy mudadas. Mi madre ya no existia, y antes de su muerte tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho en presencia del cura, y de otros varios testigos. El hijo de D. Rodrigo ocupaba ya mi lugar, ó por mejor decir el suyo, y acababa de ser reconocido por tal con tanto mayor aplauso y alegría, cuanto era menor la satisfaccion que yo les causaba. De manera que no teniendo nada que esperar en Sevilla, y fastidiado ya de mi muger, me agregué á ciertos caballeros de fortuna, bajo cuya disciplina dí principio á mis caravanas.

Acabó su historia aquel ladron, y comenzó otro la suya diciendo que él era hijo de un mercader de Burgos, y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devocion, habia tomado el hábito de cierta religion muy austera, de la cual habia apostatado algunos años despues. En fin todos los ocho ladrones hablaron por su turno, y cuando los hube á todos oido, no me admiré de verlos juntos. Mudaron luego de conversacion, propusieron varios proyectos para la próxima campaña, sobre los cuales tomaron su resolucion, y se fueron á la cama. Encendieron todos sus velas, y cada uno se retiró á su cuarto. Yo seguí al capitan Rolando hasta el suyo, y mientras le ayudaba á desnudar: ahora bien, Gil Blas (me dijo), ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos

alegres. Entre nosotros no se da lugar al tedio, ni á la envidia. Jamas se oye aqui discordia ni disension: estamos mas unidos que los frailes. Tú comienzas ahora, hijo mio, á gozar una vida muy agradable; pues no te tengo por tan tonto, que te dé pena el vivir entre ladrones. No, amigo mio; todos los hombres desean apropiarse el bien ageno. Este es un afecto universal. Toda la diferencia consiste en los medios. Los conquistadores, por ejemplo, se apoderan de los estados de sus vecinos. Los banqueros, tesoreros, agentes de letras de cambio, mercaderes, comerciantes y quinquilleros no son escrupulosos. De los abogados, procuradores y ministros de justicia no quiero hablar, porque ya se sabe lo que ellos saben hacer. Sin embargo se debe confesar que son mas humanos que nosotros; porque nosotros muchas veces por el dinero quitamos la vida á los inocentes, y ellos por el mismo, no pocas se la perdonan á los culpados.

CAPITULO VI.

Del intento de escaparse Gil Blas y suceso de su tentativa.

Despues que el capitan de bandoleros hizo esta apología de su honrada profesion, se metió en la cama, y yo levanté la mesa y puse todas las cosas en su lugar. Fuíme despues á la cocina, donde Domingo (asi se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenando. Aun-

que no sentia hambre me puse á la mesa. No podia atravesar bocado, y viéndome tan triste, como era regular de estarlo, procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras; pero sus consuelos contribuian mas á mi desesperacion que á mi alivio. ¿De qué te afliges, hijo? me preguntó la vieja: antes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros: eres mozo, y pareces dócil, con que presto te perderias en el mundo, donde hallarias libertinos que te metieran en todo género de disoluciones, cuando aqui está segura tu inocencia. Tiene razon la señora Leonarda, dijo el viejo negro en una voz muy grave; y se puede añadir á lo que ha dicho, que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Da muchas gracias á Dios, amigo mio, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.

Sufrí con paciencia estos discursos, porque de nada me servia el inquietarme. En fin, Domingo, despues de haber comido y bebido bien se fue á su caballeriza. Leonarda cogió una linterna, y me condujo á un zaquizamí, que servia de cementerio á los ladrones que morian de muerte natural, donde vi un lecho, que mas parecia tumba que cama. Este es tu cuarto, me dijo la vieja, pasándome la mano por la cara: el mozo, cuya plaza tienes el honor de ocupar, durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debajo de ella:

él se dejó morir en la flor de su edad. No seas tú tan simple que imites su ejemplo. Diciendo esto, entregóme la linterna y volvióse á su cocina; puse la lámpara en tierra, arrojéme sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar, cuanto para entregarme á mis tristes reflexiones. ¡O cielo! esclamé, ¿habrá situacion mas infeliz que la mia? ¡Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del sol; y como si no bastara hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido á servir unos ladrones, y á pasar el dia entre malvados, y la noche con los muertos! Estos pensamientos, que me parecian muy dolorosos, y con efecto lo eran, me hacian llorar amargamente y sin consuelo. Maldecia mil veces la gana que le habia venido á mi tio de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto miedo á la justicia de Cacabelos, y quisiera haber padecido el tormento antes de verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumia inútilmente en vanos llantos, comencé á discurrir en los medios de librarme. ¿Pues qué? me decia yo á mí mismo, ¿será por ventura imposible encontrar modo para escaparme de aqui? los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo: mientras todos esten profundamente dormidos, ¿no podré yo á favor de esta linterna hallar el camino por donde bajé á este calabozo infernal? A la verdad no sé si

tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada; pero probarémos. No quiero omitir nada de cuanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion, me levanté cuando me pareció que Leonarda y Domingo podian ya estar dormidos. Cogí la linterna, salí de mi camarote, y me encomendé á todos los santos del cielo. No dejó de costarme algun trabajo el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fuí marchando, y acercándome á la trampa con cierta alegría mezclada de temor: mas ¡ay! en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada, y cuyas barras estaban tan juntas que apenas podia pasar la mano por entre ellas. Víme cortado y perdido con aquel nuevo impedimento, que al entrar no habia advertido por estar abierta la reja. Con todo no dejé de probar si podia abrir el candado. Examiné la cerradura, haciendo todo lo que pude por forzarla, cuando de repente me aplicaron por las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buey. Dí un grito que resonó en toda la caverna, y mirando á tras ví al maldito negro en camisa con una linterna sorda en una mano y con el instrumento de mi suplicio en la otra. ¡Ola, bribonzuelo! me dijo: ¿querias escaparte? no amigo, no esperes sor-

prenderme. Creiste que estaria abierta la reja; pues sábete que siempre la encontrarás cerrada. Cuando atrapamos á alguno, le guardamos aqui, mal que le pese, y si logra escaparse ha de ser mas ladino que tú.

Mientras tanto, al grito que yo habia dado despertaron tres ladrones, los cuales se levantaron y vistieron á toda priesa, creyendo que la Santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demas, que en un instante se pusieron en pie. Toman sus espadas y carabinas, y medio desnudos acuden á donde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el orígen del rumor que habian oido, su inquietud se convirtió en grandes carcajadas. ¿Cómo asi, Gil Blas, me dijo el ladron apóstata: no ha mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harias si fueras cartujo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por San Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demas ladrones se volvieron á sus cuartos; el viejo negro, muy glorioso de su espedicion, se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

CAPITULO VII.

De lo que hizo Gil Blas no pudiendo hacer otra cosa.

Los primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolía que me devoraba; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme á parecer menos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra: supe disfrazarme tan bien que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el pájaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Mostrábame muy alegre cuando les daba de beber, y de cuando en cuando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufonada. Esta libertad que me tomaba, les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dijo el capitan en cierta ocasion que yo hacia del gracioso, has hecho bien en echar á pasear la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio; yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, exortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo, y aprovechándome de tan buena ocasion, señores (les dije) permítanme ustedes que les descubra mi corazon. Desde

que estoy en su compañia no me conozco á mí mismo; paréceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido los perjuicios ó preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado vuestro espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas espediciones. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dejarian servir por algun tiempo, para probar mi vocacion, y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme, y en ejercer mi oficio de copero. A la verdad quedé muy mortificado; porque solo pretendia ser ladron por tener libertad de salir con los demas, esperando que en algunas de sus correrías se me presentaria ocasion de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenia vivo. Sin embargo el tiempo de la probacion me parecia largo, y mas de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba muy alerta, tanto que no bastarian cien Orfeos para encantar á aquel Cervero. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarle. Veíame precisado á vivir con la mayor

circunspeccion, porque el negro era ladino, y observaba mucho todos mis pasos, palabras y movimientos. Asi pues apelé á la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescrito para recibirme en su congregacion, cuyo dia esperaba con tanta ansia como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al cielo, llegó al cabo de seis meses este dichoso dia. El señor Rolando dijo á sus camaradas: caballeros, es preciso cumplir la palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho, y espero que tendrémos en él un hombre de provecho. Soy de sentir que mañana lo llevemos con nosotros, para que dé principio á coger los laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guia á la gloria. Todos se conformaron con el parecer de su capitan, y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirles. Restituyeron á la señora Leonarda en el empleo que antes tenia, y de que la habian exonerado para honrarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, y consistia en una simple jaquetilla muy usada, y me acomodaron todos los despojos de un caballero que acababan de robar: despues de lo cual me dispuse á hacer mi primera campaña.

CAPITULO VIII.

Cap. VIII

Acompaña Gil Blas á los ladrones, y empieza su espedicion en los caminos reales.

Hácia el fin de una noche de setiembre salí del subterráneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habian cogido al caballero cuyos vestidos me habian tocado por suerte. Como habia estado tanto tiempo en la oscuridad, cuando amaneció no podia sufrir la luz; pero poco á poco se fueron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasamos por cerca de Ponferrada, y nos metimos en un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Alli estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, cuando descubrimos un religioso montado en una muy mala mula, contra la costumbre de los de su órden. ¡Bendito sea Dios! esclamó sonriéndose el capitan: hé aqui el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á examinar el bolsillo de aquel fraile: verémos cómo se porta. Todos los camaradas convinieron efectivamente que aquella comision era la que me correspondia, exortándome á que saliese de ella con lucimiento. Espero, señores, (dije) que quedaréis contentos. Voy á despo-

jar á aquel padre, y á dejarle tan desnudo como la mano, y traer aqui su mula. Eso no, dijo Rolando, no merece la pena: aliviale solamente del bolsillo, y tráelo: no te pedimos mas. En esto salí del bosque, y enderecéme hácia el religioso, pidiendo al cielo que me perdonase la accion que iba á ejecutar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me atraparian ó me espolearian por las espaldas con una descarga de sus carabinas, con la que me hubiera ido muy mal; y asi no me atreví á esponerme á una accion tan poco segura. Llegué pues al padre, y pedíle la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Detúvose un poco á considerarme, y sin mostrarse muy sobresaltado: muy mozo eres, hijo mio, (me dijo con voz melosa y bastantemente entera) y muy temprano te has puesto á tan vil oficio. Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrara de haberlo empezado mas presto. ¡Ah querido! (me replicó el buen religioso, que no podia comprender el sentido de lo que yo hablaba) ¿qué es lo que dices? ¡ O qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas. Oh, padre mio, le interrumpí con precipitacion, no se tome este trabajo, y déjese de moral, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero, y

no sermones. ¡Dinero! me dijo muy maravillado. Mal conoces la caridad de los españoles, si crees que las personas de mi profesion y mi carácter lo necesitan para viajar. En todas partes nos reciben y hospedan honradamente, nos tratan muy bien, y cuando partimos solo nos piden nuestras oraciones. En fin nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos abandonamos enteramente á la Providencia. Eso no, repliqué yo; no os abandonais tal. Siempre llevais buenos doblones, para que la Providencia no os haga alguna burla, y aseguraros mejor de ella. Pero al fin, padre mio, concluyamos: Mis compañeros me estan esperando en aquel bosque: eche prontamente la bolsa en tierra, ó sino le mato.

A estas palabras, que pronuncié colérico, y amenazándole, el buen religioso mostró temer por su vida. Espera, me dijo, que voy á satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa; veo que con vosotros es inútil toda figura retórica. Diciendo esto sacó de debajo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dejó caer en el suelo. Díjele entonces que podia continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió cuatro espolazos á la mula, que desmintió la mala opinion en que yo la tenia, pareciéndome tan caroña como la de mi tio; y la bestia, dándose por entendida al caritativo aviso, comenzó desde luego á tomar un buen trote. Apenas

el fraile se alejó de mí, cuando me apeé; recogí el bolson, que pesaba mucho, y volví á ganar el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apearme, segun se apresuraban en abrazarme. Animo, Gil Blas (me dijo Rolando), has hecho maravillas. Durante tu espedicion no apartamos los ojos de tí; observé tu firmeza, tu resolucion, con todos tus movimientos, y desde luego te pronostico que con el tiempo serás un heroico ladron y el terror de los caminos reales. El teniente y los demas aplaudieron la prediccion, asegurando que no podia dejar de verificarse algun dia. Dí á todos las gracias por el buen concepto que habian formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para desempeñarle.

Despues que alabaron tanto mas, cuanto menos lo merecia la villana accion que habia hecho, les vino la curiosidad de examinar la presa. Veamos, dijeron, qué contiene la bolsa del religioso. Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos padres no viajan como peregrinos. Desatóla el capitan, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con *Agnus Dei*, y con algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva, todos prorumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensa-

ron rebentar de risa. ¡Vive Dios! esclamó el teniente, que todos debemos estar muy obligados al señor Gil Blas. El primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañía. A esta bufonada se siguieron otras de los demas. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata, se divirtieron con mil impías truanerías sobre la materia, diciendo cosazas que mostraban bien la corrupcion de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reir. Verdad es que me la quitaban los bufones, que tanto se alegraban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitan me dijo: aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con frailes, porque son mas finos y mas chuscos que tú.

CAPITULO IX.

Del serio lance que se siguió á la aventura del fraile.

Estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel dia in haber visto pasagero alguno que supliese el chasco que nos habia dado el religioso. Salimos en fin para restituirnos á nuestro subterráneo, persuadidos á que las espediciones del dia se habian acabado con el risible suceso, que todavía daba materia á la conversacion y á las chufletas, cuando descubrimos á larga distancia un coche tirado de cuatro mu-

las. Acercábase á nosotros á gran paso y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecian bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para consultar lo que se habia de hacer, y la resolucion fue que se les atacase. Pusímonos todos en órden, segun la disposicion del capitan, y marchamos en batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que habia recibido en el bosque, se apoderó de mí un universal temblor, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frio, que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mia me hallaba á la frente del cuerpo de batalla en medio del capitan y el teniente, que de propósito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí, me miró con ojos torvos, y me dijo en voz bronca: oyes, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que si te acobardas, con un pistoletazo te levanto la tapa de los sesos. Estaba muy persuadido á que lo haria mejor que lo decia, para no aprovecharme del dulce y paternal aviso: y asi solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entre tanto el coche y los caballeros se nos venian acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos, y adivinando nuestro intento, por la ordenanza y postura en que nos veian, se pararon á tiro de fusil. Todos estaban armados; y mientras se dispo-

nian á recibirnos, saltó de la carroza un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano que uno de los montados tenia por la brida, y se puso á la frente de los tres. Aunque eran solos cuatro contra nueve, se avanzaron á nosotros con tal brio, que se aumentó mucho mi miedo y mi temor. No por eso dejé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo, como si estuviera azogado; mas por contar las cosas como pasaron, cuando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la accion, pues aunque me hallaba presente nada veia; porque turbada con el terror la imaginacion, me ocultaba el horror de un espectáculo, que verdaderamente me sacó fuera de mí. Todo lo que yo puedo decir es, que despues de un gran ruido de mosquetadas y carabinazos oí gritar á mis camaradas: *victoria! victoria!* Al oir esta aclamacion se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y ví tendidos en el campo los cadáveres de los cuatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por sus insulsas y frias gracias sobre los escapularios y medallas. Otro recibió una bala en la rodilla derecha; y el

teniente fue tambien herido, pero muy ligeramente, pues el golpe apenas hizo mas que lamerle un poco el pellejo.

Corrió luego el señor Rolando á la portezuela del coche, vió dentro una dama de veinte y cuatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega y aun no habia vuelto en sí. Mientras él se ocupaba en mirarla nosotros atendimos al botin. Lo primero que hicimos fue asegurarnos de los caballos que habian servido á los muertos, porque espantados con los tiros se habian descarriado despues de quedar sin guias. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pie á tierra para desprenderlas de los tirantes, y las cargamos con las mangas y maletas que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la dama por órden del capitan, la cual aun no habia recobrado sus sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dejando en el camino el coche y los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la dama, las mulas, los caballos y preseas.

CAPITULO X.

De qué modo se portaron los bandoleros con la señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y suceso que tuvo.

Llegamos á la cueva una hora despues de haber anochecido. Lo primero que hicimos fue meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre, y cuidar de ellas; porque el viejo negro habia tres dias que estaba en cama, rendido á los dolores de la gota, y á un fiero reumatismo, que apenas le dejaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorumpiendo en las mas horribles blasfemias. Dejamos aquel miserable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina para cuidar de la dama, que estaba rodeada de las sombras de la muerte. Hicímoslo tan bien que logramos volviese del desmayo. Mas cuando recobró sus sentidos, y se vió entre unos hombres que no conocia, sintió todo el peso de su desgracia, y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á una viva fantasía, todo se veia pintado en sus ojos, que levantaba al cielo, como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entonces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El capitan pareciéndole mejor abandonarla á sí misma que atormentarla con nue-

vos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dejándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasamos nosotros al salon, y uno de los ladrones, que habia sido cirujano, reconoció las heridas del teniente, y de su compañero, y les aplicó no sé qué bálsamo. Hecha esta operacion se pasó al exámen de lo que habia en las mangas y en las maletas. Halláronse algunas llenas de telas y de encajes, otras de vestidos, y la última que se registró contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluido este exámen la cocinera puso la mesa, y sirvió la cena. Desde luego cayó la conversacion en nuestra gran victoria, y Rolando volviéndose á mí, me dijo: confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto. No lo puedo negar, respondí yo; antes bien lo confieso de buena fe; pero déjenme Vds. hacer dos ó tres campañas, y entonces se verá si sé pelear como un paladin. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo se le debe perdonar, porque la accion fue muy viva, y para un mozo que jamas habia visto el fuego, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habíamos traido, y resolvióse que el dia siguiente iríamos todos á venderlos en Mansilla, donde verisímilmente no habria llegado todavía la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto acabamos de cenar, y nos fuimos á la cocina

para ver á la pobre dama. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apenas se percibia en ella un leve soplo de vida, algunos ladrones no dejaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos si el capitan no lo hubiera contenido, representándoles, que á lo menos debian esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la hacia poco menos que insensible. El respeto que tenian al capitan refrenó su incontinencia. Sin esto ninguna cosa hubiera salvado á la dama, y aun despues de su muerte no estaria seguro su honor.

Dejamos en tan triste situacion á aquella infeliz señora, contentándose Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retiramos cada cual á nuestro cuarto. Por lo que á mí toca, apenas me acosté, cuando en vez de entregarme al sueño solo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese una persona de distincion, y por lo mismo me parecia ser su suerte mas deplorable. No podia pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban; y me sentia tan vivamente conmovido, como si la sangre ó el amor me hubieran unido á ella. En fin, despues de haber llorado su destino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corria, y en librarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el negro no se podia mover á causa de sus do-

lores, y que la cocinera tenia la llave de la reja. Este pensamiento me recalentó la imaginacion, y me hizo concebir un proyecto que dirigí muy bien, y despues dí principio á su ejecucion en la manera siguiente.

Fingí que me habia asaltado un dolor cólico: Prorumpí desde luego en ayes y en gemidos: pasé despues á levantar la voz, dando gritos y dolorosos alaridos. Dispertaron al ruido los compañeros, acudieron todos á mi cuarto, y me preguntaron qué tenia. Respondíles que estaba padeciendo una horrible cólica, y para que lo creyesen mejor, apretaba los dientes, hacia gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todas partes, y agitándome estrañamente. Hecho esto de repente me quedé muy tranquilo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento despues comencé á revolverme en la cama y á retorcerme los brazos. En una palabra representé con tanta destreza mi papel, que los ladrones no obstante ser tan finos y tan astutos se dejaron engañar, y creyeron que efectivamente padecia violentísimos dolores. Asi pues todos se dieron la mayor priesa á socorrerme. Uno me traia una botella de aguardiente, y me hacia beber la mitad, otro á pesar mio me aplicaba una lavativa de aceite de almendras dulces, otro iba á calentar servilletas, y casi abrasando me las ponia sobre la boca del estómago. En vano pedia misericordia: ellos atribuian mis

clamores á la violencia del cólico, y me hacian sufrir dolores verdaderos, queriéndome aliviar de los que no tenia. En fin no pudiendo ya sufrir mas, me ví obligado á decir que ya no sentia retortijones y que no necesitaba de remedios. Cesaron de fatigarme con ellos y yo me guardé bien de quejarme porque no volviesen á socorrerme.

Duró esta escena casi tres horas; los ladrones juzgando que ya no podia tardar de venir el dia, partieron todos á Mansilla. Mostré gran deseo de acompañarlos, y me quise levantar para que lo creyesen; pero no lo permitieron. No, no, Gil Blas (me dijo Rolando), quédate aqui, hijo mio, porque te podria repetir el cólico: otra vez vendrás con nosotros, que por hoy no estás en estado de hacerlo. Mostréme muy sentido de no ser de la partida; y lo hice con tanta naturalidad que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron, lo que yo deseaba tanto que se me hacian siglos los instantes, entré en cuentas conmigo, y me decia á mí mismo: ea, Gil Blas, ahora sí que necesitas gran resolucion. Armate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en parage de oponerse á tu gloriosa empresa. Leonarda no te puede impedir su ejecucion. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte, quizá no encontrarás jamas otra tan favorable. Estas reflexiones me llenaron de alien-

to y confianza. Levantéme al punto de la cama: vestíme, tomé mi espada y mis pistolas, fuime derecho á la cocina; pero antes de entrar en ella, habiendo oido hablar á Leonarda me detuve, y apliqué el oido para entender lo que hablaba. Discurria con la dama desconocida, que, habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo, y comprendiendo entonces todo su infortunio, lloraba amargamente faltando poco para desesperarse. Llora, hija mia (la decia ella), y llora todo cuanto puedas: no reprimas los suspiros, y da libertad á los sollozos; con eso te desahogarás. Es cierto que parecia peligroso el accidente, pero ya que rompiste en llorar no hay que temer. Asi que se haya mitigado tu dolor (que poco á poco se desvanecerá) te acostumbrarás á vivir con estos señores, que todos son gente honrada y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que á una princesa. Todos á porfía se esmerarán en complacerte, y cada dia te mostrarán mas amor. ¡Oh! y cuántas mugeres envidiarian tu fortuna si la supieran!

No la dí tiempo á que dijese mas. Entréme en la cocina con intrepidez, púsela una pistola á los pechos, amenazándola que la quitaria en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente, y sin réplica, la llave de la reja. Turbóse á vista de mi accion, y aunque ya habia vivido sobrado tiempo, todavía tenia tanto amor á la vida, que no la quiso perder por

tan poca cosa como era entregarme ó no entregarme una llave. Alargómela prontísimamente, y luego que la tuve en la mano volviéndome á la bella afligida, la dije: señora, el cielo os ha enviado un libertador; levantaos para seguirme, que yo os conduciré y os pondré con toda seguridad donde me lo mandeis. No se hizo sorda á mi voz: mis palabras hicieron tanta impresion en su espíritu, que recobrando todas las fuerzas que la restaban, se levantó, arrojóse á mis pies, y solamente me suplicó que conservase su honor. Alcéla y la aseguré que se fiase de mí, y contase con mi honradez. Tomé despues algunos cordeles que habia en la cocina; y ayudándome la misma dama amarré con ellos á Leonarda á los pies de una gran mesa, protestándola que la quitaria la vida al menor grito que diese. Encendí despues una vela, y acompañado de la dama desconocida pasé al cuarto donde estaban las especies de plata y oro. Llené los bolsillos de todos los doblones que pudieron caber en ellos, obligando á la dama á que hiciese lo mismo, puesto que en eso no hacia mas que recobrar lo que era suyo. Despues de haber hecho una buena provision, marchamos á la caballeriza, donde entré yo solo con mis pistolas amartilladas. Daba por supuesto que el viejo negro no me dejaria ensillar y aparejar tranquilamente mi caballo, y estaba resuelto á curarle de una vez todos sus males si

no queria ser bueno; pero afortunadamente se hallaba á la sazon tan oprimido de los dolores que habia tolerado, y que le atormentaban aun, que saqué mi caballo sin que diese la menor señal de haberlo conocido. La dama me esperaba á la puerta. Cogimos prontamente el camino que guiaba á la salida de la cueva: abrimos la reja, y llegamos á la trampa que cubria la entrada. Costónos gran trabajo el levantarla, ó por mejor decir, para lograrlo hubimos menester nuevas fuerzas que nos prestó el deseo de salvarnos.

Comenzaba á rayar el dia cuando nos vimos fuera de aquel abismo; y de lo que mas cuidamos entonces fue de alejarnos cuanto antes de él. Yo monté á caballo; puse la señora á la grupa, y siguiendo á galope la primera senda que se nos presentó, tardamos poco en salir del bosque y entrar en una llanura, donde nos encontramos con varios caminos. Seguimos uno á la ventura, teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla, y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas, que seria fatal encuentro. Pero fue vano mi temor, porque entramos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atencion, como si fuera para ellos un espectáculo nunca visto el de una muger á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer meson y ordené luego que guisasen una liebre y asa-

sen una perdiz. Mientras esto se disponia conduje la dama á un cuarto, donde comenzamos á discurrir, lo cual no habíamos podido hacer en el camino, por la priesa con que viajamos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que la habia hecho, diciéndome, que á vista de una accion tan generosa no se podia persuadir que yo fuese compañero de los infames, de cuyo poder la habia libertado. Contéla entonces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empeñé á que me favoreciese con su confianza, y me refiriese sus infortunios, como lo hizo de la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

Historia de Doña Mencía de Mosquera.

Nací en Valladolid, y mi nombre es Doña Mencía de Mosquera. Mi padre, Don Martin, coronel de un regimiento, fue muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del Rey. Dejóme pocos bienes, y consiguientemente aunque era única no podia pasar por una gran conveniencia. Mas sin embargo de mi escasa fortuna no me faltaban pretendientes. Muchos caballeros de los mas principales de España solicitaron mi mano; pero el que se llevó mi atencion fue Don Alvaro de Mello. A la verdad era el mas

galan y airoso de todos; y ademas otras prendas muy sólidas me determinaron á su favor. Era discreto, entendido y valiente, acompañando á esto lo muy comedido, atento, pundonoroso, y el hombre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado, mas brioso ni mas diestro. En las justas era la admiracion de todos, su despejo, su entereza, habilidad y valor. Finalmente lo preferí á sus contrarios, y le concedí mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio, se encontró en cierto sitio retirado con Don Andres de Baeza, que habia sido uno de sus antiguos competidores conmigo. Picáronse los dos, sacaron las espadas, y costó la vida á Don Andres. Era este sobrino del corregidor de Valladolid, hombre de genio violento, y enemigo mortal de la casa de Mello, y por consiguiente juzgó Don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa, contóme lo sucedido, y me dijo: querida Mencía, es indispensable separarnos. Ya conoces al corregidor; me perseguirá vivamente. No ignoras lo mucho que puede en España, y asi no estoy seguro en el reino. No le permitió decir mas su dolor. Hícele que tomase dinero y algunas joyas. Tendióme despues los brazos, estrechóme en ellos, y estuvimos asi gran rato sin poder uno ni otro hablar palabra, confundiéndose nues-

tras lágrimas, suspiros y sollozos. Vino un criado á decir que estaba pronto el caballo, arrancóse de mí, partió y dejóme en un estado que no sabré pintar. ¡Dichosa yo si el esceso del dolor me hubiera quitado la vida! ¡Qué de penas y tormentos me hubiera ahorrado! Pocas horas despues que habia partido Don Alvaro, supo su fuga el corregidor. Hizo que le siguiesen, y no perdonó diligencia alguna para haberle á las manos. Engañólas todas mi esposo, y púsose en seguro. Viéndose el juez reducido á no poder tomar otra venganza que la satisfaccion de quitar todos sus bienes á un hombre, cuya sangre quisiera haber podido beber, confiscó cuanto pertenecia á Don Alvaro.

Halléme con esto en tan miserable situacion, que apenas tenia lo necesario para subsistir. Comencé á retirarme de todos quedándome con una sola criada. Pasaba los dias llorando amargamente, no ya mi necesidad, que llevaba con paciencia, sino la ausencia de un adorado esposo, de quien no tenia noticia alguna, sin embargo de haberme prometido en nuestra dolorosa despedida, que de cualquiera parte del mundo donde se hallase procuraria informarme de su suerte. No obstante se pasaron siete años sin haber oido hablar de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin, que combatiendo por las armas de Portugal en el reino de Fez habia perdido la vida en una batalla. Asi me lo refi-

rió un hombre recien venido de Africa, asegurándome que conocia perfectamente á Don Alvaro de Mello, con quien habia servido en el ejército portugues, y que él mismo le habia visto perecer en lo mas vivo de la accion. A esto añadió otras circunstancias que me acabaron de persuadir que ya no existia mi esposo.

Vino en este tiempo á Valladolid D. Ambrosio Mesia Carrillo, marques de la Guardia. Era uno de aquellos señores entrados en edad, que por sus galantes y cortesanísimos modales hacen olvidar sus años y consiguen aprecio entre las damas. Casualmente le refirieron la historia de D. Alvaro, y con esta ocasion oyó hablar de mí en términos que entró en mucha gana de verme. Para contentar su curiosidad se valió de una parienta mia, en cuya casa me encontró. Vióme, y quedó prendado de mí á pesar de la impresion de dolor que reparó en mi semblante; ¿pero qué digo *á pesar?* quizá lo que mas le tocó fue el mismo aire triste, melancólico y lánguido en que me veia, previniéndole en favor de mi fidelidad. Mi melancolía pudo ser la causa de su amor. Por eso me dijo mas de una vez, que me miraba como un prodigio de constancia, y que envidiaba la suerte de mi marido por desgraciada que fuese. En una palabra, quedó tan pagado de mí, que no necesitó verme segunda vez para tomar la resolucion de casarse conmigo.

Valióse de la misma parienta mia para pe-

dir mi consentimiento. Vino esta á mi casa, y me representó que habiendo dado mi esposo fin á su carrera en el reino de Fez no era razon que estuviese enterrada por mas tiempo; que habia llorado ya sobradamente á un hombre, cuya compañía habia gozado por solos pocos momentos, que debia no malograr la ocasion que se presentaba, y que seria la muger mas feliz y mas contenta del mundo. Aqui ponderó la nobleza del marques, sus grandes bienes y su amabilísimo carácter. Pero por mas que empleaba su elocuencia en hacerme palpables las ventajas que hallaria yo en aquel partido, no me pudo persuadir. No ya porque dudase de la muerte de Don Alvaro, ni por el miedo de volverle á ver cuando menos lo pensase. Lo único que mi parienta tenia que vencer era mi poca inclinacion, ó por mejor decir mi repugnancia á segundo matrimonio, despues de las desgracias que habia esperimentado en el primero. En virtud de esto no desconfió, ni se acobardó, antes bien, interesada ya por D. Ambrosio, aumentó sus instancias. Empeñó á toda mi parentela en la pretension del marques. Comenzaron mis parientes á estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos, importunándome y atormentándome con la continua cantinela de que no malograse tan favorable proporcion. Por otra parte mi miseria era mayor cada dia, y no fue esto

lo que menos contribuyó á dejar vencer mi resistencia.

No pude pues defenderme mas tiempo; rendíme en fin á tan repetidas porfías, y caséme con el marques de la Guardia, el cual el dia despues de la boda me condujo á una bellísima hacienda que tenia cerca de Burgos, entre Grajal y Rodillas. Desde luego concibió por mí un amor violento. Observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de darme gusto. Estudiaba en prevenir todo cuanto yo podia apetecer. Ningun esposo estimó nunca mas á su muger, ni jamas amante alguno aplicó mayor esmero en complacer á su dama. Sin duda que yo hubiera amado apasionadamente á D. Ambrosio, á pesar de la desproporcion de nuestras edades, si hubiera sido capaz de amar á otro que á D. Alvaro. Pero los corazones constantes no aciertan á dar entrada á segunda pasion. La memoria de mi primer esposo hacia inútiles todos los esfuerzos del segundo por hacerse amar de mí. No podia corresponder á sus ternuras sino con afectos y espresiones de gratitud y de respeto.

Hallábame en esta disposicion, cuando un dia asomándome á una ventana que caia hácia el jardin, ví en él un labrador que me miraba con particular atencion. Túvele por el criado del jardinero, y por entonces no hice caso de él; pero al dia siguiente habiéndole visto en el mismo sitio me pareció que estaba aun mas atento á mirarme: esto me dió golpe. Observéle

tambien yo por mi parte con algun cuidado, y se me figuró que descubria en él algunos rasgos y alguna idea del desgraciado Don Alvaro. Esta aparicion escitó en todos mis sentidos una turbacion inesplicable, y dí un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entonces con Inés, la criada de mi mayor confianza. Descubríla la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reir, creyendo que alguna ligera semejanza me habria alucinado. Serenaos, señora (me dijo), y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosímil que se presentase aqui con el disfraz de labrador, pues ni se hace creible que aun viva. Yo misma (añadió) voy ahora al jardin á ver á ese hombre á informarme quién es: y volveré en un momento á desengañaros. Partió al jardin y un instante despues la veo entrar en mi cuarto muy alterada: señora (me dijo) vuestra sospecha fue demasiadamente bien fundada. El hombre que visteis en el jardin es verdaderamente el mismo Don Alvaro. Luego se me descubrió, y desea veros á solas.

Podia recibirle entonces, porque el marques habia partido á Burgos, y asi dije á Inés que le condujese á mi cuarto por una escalera secreta. Ya se deja conocer la agitacion en que me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme cuanto viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le ví en mi presencia, como

si hubiera sido mi sombra. Asi él como Inés me socorrieron prontamente, y despues que volví del desmayo: tranquilizaos, señora, me dijo Don Alvaro, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la mas mínima amargura. No vengo como marido furioso á pediros cuenta de la fe que me jurasteis, ni á calificar de delito el segundo empeño que contrajisteis. Sé muy bien que todo fue movido por vuestra parentela; y tampoco ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte estoy informado de la voz de mi muerte esparcida en todo Valladolid, y tanto mas justamente creida de vos, cuanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Finalmente sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion, y que la necesidad mas que el amor os obligó á entregaros en los brazos de.... ¡Ah D. Alvaro! le interrumpí yo anegada en llanto: ¿por qué razon quereis disculpar á vuestra esposa? No tiene disculpa, puesto que vivis. ¡Desdichada de mí! ¡Ojalá me viera ahora en la miserable situacion en que me hallaba antes de desposarme con D. Ambrosio! ¡Funesto casamiento! ¡Ah! en aquella miseria tendria á lo menos el consuelo de veros sin sonrojarme.

Amada Mencía, replicó D. Alvaro en un tono que mostraba bien cuánto le habian penetrado mis lágrimas, yo no me quejo de tí, antes bien lejos de darte en cara con la brillantez en que

te veo, juro que rindo al cielo mil gracias. Desde el triste dia en que partí de Valladolid tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fue una cadena de desdichas, y por colmo de ellas nunca me fue posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor se me representaba continuamente la fatal situacion á que yo te habia reducido. Consideraba á mi adorada Mencía nadando en lágrimas. Esta consideracion era el mayor de mis tormentos. Confieso que algunas veces reputaba por delito la fortuna de haberte agradado. Deseaba que te hubieses inclinado á cualquiera otro de mis competidores, cuando hacia reflexion á lo mucho que te costaba la preferencia con que me habias honrado. Mientras tanto, despues de siete años de esclavitud, encendido mas que nunca en amor, quise absolutamente volverte á ver. No pude resistir á tan amoroso como vivísimo y deseo, y conseguida la libertad volví á Valladolid disfrazado en este trage á riesgo de ser conocido y descubierto. Alli me informé de todo, y vine á este castillo, donde hallé modo de introducirme con el jardinero para ayudarle á cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que tomé para lograr el consuelo de hablarte secretamente. No te imagines que con mi residencia aqui vengo á turbar la felicidad que gozas. Amote á tí mas que á mí mismo. Respeto tu reposo, y acabada esta conversacion parto lejos de este sitio á poner fin á mis tristes dias, que sacrifico á tu amor.

No, Don Alvaro, no; esclamé al oir estas palabras: no sufriré que segunda vez me abandones: quiero partir contigo, y solamente la muerte nos podrá separar. Créeme á mí, Mencía (me replicó), vive con Don Ambrosio, y no quieras asociarte á mis desdichas; deja que cargue yo solo con todo su peso. Añadia á esta otras razones semejantes; pero cuanto mas empeñado parecia en querer sacrificarse á mi felicidad, menos dispuesta me hallaba yo á consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle mudó de repente de tono, y con semblante mas alegre me dijo: Mencía, pues todavía amas tanto á Don Alvaro que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas, vámonos á vivir á Betanzos, ciudad del reino de Galicia, donde hallarémos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me hicieron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que me han puesto en estado de poder sacarte de esta casa, y llevarte á la de tu único y verdadero marido. Con este fin compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traigo por compañeros á tres amigos gallegos resueltos y valerosos. Todos estan armados de carabinas y pistolas, y todos con el equipage esperan mi aviso en el lugar de Rodillas. Aprovechémonos de la ausencia de don Ambrosio. Voy á dar órden de que traigan el carruage á la puerta de esta casa, y al momento partirémos. A todo

de mi consentimiento: voló D. Alvaro á Rodillas, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis mugeres, las cuales atemorizadas se escaparon donde pudieron. Solo Inés estaba informada de todo; pero no quiso juntar su suerte á la mia, porque estaba enamorada de un page de D. Ambrosio; lo que demuestra que la ley de los mas fieles criados no está á prueba del amor. Entré en el coche con Don Alvaro no llevando conmigo sino alguna ropa y algunas joyas que tenia antes del segundo matrimonio; porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el marques cuando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia sin saber si tendríamos la fortuna de llegar allá. Temíamos con razon que al volver de Burgos D. Ambrosio viniese en seguimiento nuestro acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminamos dos dias sin que ninguno nos siguiese. Esperábamos que sucederia lo mismo en la tercera jornada, y caminábamos tranquilamente. Contábame D. Alvaro la triste aventura que habia dado ocasion á la voz esparcida de su muerte, y el modo con que habia recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio, cuando encontramos en el camino los ladrones en cuya compañía estabais vos. El que mataron es el mismo que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora se desprende de mis ojos.

CAPITULO XII.

Del modo poco gustoso con que fue interrumpida la conversacion de la dama y de Gil Blas.

Con efecto se deshacia en lágrimas Doña Mencía al acabar de hacerme su relacion. Dejéla dar toda libertad á los suspiros, y lloraba yo tambien: tan natural cosa es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en el de una muger hermosa y afligida. Iba á preguntarla qué partido queria tomar en la coyuntura en que nos hallábamos, y aun quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversacion. Oimos en el meson un gran rumor, que llamó nuestra atencion. Causábale la venida del corregidor, que acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles se entró en el cuarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí fue un caballerito mozo que venia en compañía del corregidor: paróse á mirar muy despacio y muy de cerca mi vestido; y despues de alguna suspension esclamó diciendo: vive el cielo que esta es mi mismísima casaca; la conozco tan bien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra, que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este pais.

Al oir aquel discurso me persuadí que sin duda me habia tocado por desgracia mia el despojo de aquel caballero, y por consiguiente quedé sorprendido y desconcertado. El corregidor, que por su oficio debia juzgar antes mal que bien de la turbacion en que me veia, hizo juicio que la acusacion no era mal fundada; y sospechando que la dama podia tambien ser cómplice, nos hizo prender á los dos en cuartos separados. No era este juez de aquellos que tienen un semblante grave y ceñudo: antes bien mostraba un rostro alegre y risueño acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que me constituyó en la prision vino á ella con sus dos precursores, esto es, con sus alguaciles, los cuales, segun su buena costumbre, empezaron registrándome bien las faltriqueras. ¡Qué dia para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban estaba viendo que centelleaban sus ojos de alegría. Hasta el mismo corregidor parecia que estaba fuera de sí. Hijo, me decia, en un tono lleno de miel y dulzura, no estrañes ni tengas recelo de lo que ejecutamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Mientras tanto fueron dulcemente aliviando del peso á mis bolsillos, quitándome aun lo que habian respetado los ladrones, quie-

ro decir, los cuarenta ducados de mi tio. Registráronme de pies á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome revolver á todos lados, y despojándome de todos los vestidos para ver si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumplieron tan exactamente con aquella su importante obligacion, el corregidor me hizo sus preguntas. Satisficelas presto, refiriéndole ingenuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y mi dinero dejándome desnudo sobre el santo suelo.

¡O vida humana! esclamé, cuando me ví solo en aquel miserable estado. ¡Qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he esperimentado mas que desgracias. Apenas salgo de un peligro cuando entro en otro. Al llegar á esta ciudad estaba muy lejos de pensar que en tan poco tiempo habia de tener conocimiento con su corregidor. Haciendo estas reflexiones inútiles me vestí la maldita casaca y lo restante de la ropa que me habia puesto en aquel estado; y despues hablándome y confortándome á mí mismo: ánimo, Gil Blas, me dije, valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¿Será buena cosa el desesperarte porque te ves en una prision ordinaria, despues de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ay! añadí tristemente,

yo me alucino y me lisongeo. ¿Cómo sera posible que salga de esta cárcel, cuando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un pájaro á quien cortaron las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que habia mandado disponer me trajeron un pedazo de pan negro, y un jarro de agua, dejándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el alcaide, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Cuando le veia, afectaba quererle hablar, y trabar conversacion con él para desahogarme algun tanto; pero aquel hombre nada respondia á cuanto le preguntaba. Jamas me fue posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salia muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al décimo sexto dia se dejó ver el corregidor, y me dijo: ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Burgos la dama que venia contigo, examinéla sobre quién eras y sobre tu conducta, y sus respuestas te descargaron. Hoy mismo saldrás de la cárcel con tal que el arriero en cuya compañía veniste desde Peñaflor á Cacabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga, ya le he enviado á llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Dí gracias al juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer, y apenas habia acabado mi cumplido cuando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocíle inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenia dentro, temiendo que le obligasen á restituir el dinero que le habian dado, si confesaba que me conocia, negó descaradamente que jamas me hubiese visto hasta aquel instante. ¡Ah traidor! esclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y da ese testimonio á la verdad. Mírame bien. Yo soy uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos llenando á todos de miedo. El taimado respondió muy friamente que le hablaba una gerigonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se difirió hasta mejor ocasion. Hijo, me dijo el corregidor, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y asi no puedo soltarte por mas que lo deseo. Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia y resolverme á estar todavía á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Cuando pensaba que no podia salir de entre las garras de la justicia, siendo asi que no habia cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echaba menos el

lóbrego subterráneo. Todo bien considerado, me decia yo á mí mismo, alli me hallaba menos mal que en este hediondo calabozo. Por lo menos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la esperanza de poderme escapar algun dia; pero de aqui seré quizá muy feliz si solo puedo salir para ir á galeras, á pesar de mi inocencia.) Cap. XII

CAPITULO XIII.

Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y adónde se dirigió despues.

Mientras yo pasaba los dias y las noches en desvariar, entregado á mis tristes reflexiones, se esparcieron por la ciudad mis aventuras, ni mas ni menos como yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado por algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal tronera, (aun mas que ventanilla, la cual caia á un sucio corral, donde habitaba el silencio y el horror.) Esto me hizo creer que yo hacia ruido en la ciudad, pero sin acertar á pronosticar si seria para mal ó para bien.

Uno de los que ví en cierta ocasion fue aquel muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, por miedo del tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme, como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos una larga conversacion, en la cual me ví precisado á hacerle una nueva relacion de mis aventuras. Por su parte me contó lo que habia pasado en el meson de Cacabelos entre el arriero y la muger, despues que yo huí agitado del terror pánico. En una palabra: contóme todo lo que dejo ya dicho. Despidióse despues de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entonces todas las personas, que como él habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis desgracias las movian á compasion, ofreciéndoseme al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la cárcel.

Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mio al corregidor, que no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabia, tres semanas despues vino á la prision, y me dijo: Gil Blas, aunque si fuese yo un juez severo podria detenerte aqui, no quiero dilatar mas tu causa. Vete: ya estás libre, y puedes salir cuando quisieres. Pero dime (prosiguió): ¿si te llevaran al bosque donde esta-

ba el subterráneo, no lo podrias descubrir? no señor, le respondí; porque como entré en él de noche y salí antes del dia, no me seria posible dar con él. Con eso se retiró el juez diciendo que iba á dar órden al carcelero que me franqueasen la puerta. Con efecto un momento despues vino el alcaide con sus satélites, que traian un paquete de tela, los cuales con mucha gravedad, y sin decir una sola palabra, me despojaron de la casaca y de los calzones, que eran de paño fino, y casi nuevo, y me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raida, á manera de escapulario, y concluida esta ceremonia me pusieron á la puerta de la cárcel echándome fuera de ella.

La confusion que padecí, al verme en tan mal equipage, moderó mucho la alegría que comunmente tienen los presos cuando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la ciudad por huir la vista del pueblo, que no podia sufrir sin vergüenza y sin rubor; pero pudo mas mi agradecimiento. Fui á dar las gracias al cantorcillo ó niño de coro, á quien tenia tanta obligacion. No pudo dejar de reir luego que me vió. A lo que advierto, dijo, parece que la justicia ha hecho contigo todas sus habilidades. No me quejo de la justicia (le respondí): ella en sí es muy justa. Solamente desearia yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de

conciencia. A lo menos me pudieran haber dejado mi vestido; pues me parece que no le habia pagado mal. Convengo en eso, me replicó; pero dirán que estas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y sino dime : ¿crees por ventura que el caballo en que veniste se ha de restituir á su primer dueño? No pienses en eso. El tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del delito, y yo estoy persuadido á que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la gualdrapa. Pero mudemos de conversacion, continuó el cantorcillo : ¿qué animo tienes, y qué piensas hacer ahora? Mi ánimo es (le respondí) irme derecho á Burgos, á buscar á la dama que liberté de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el cual compraré unos hábitos largos, y partiré á Salamanca, donde negociaré con mi latin. Mi mayor embarazo es que estoy lejos de aquella ciudad, y es menester vivir en el camino. Ya te entiendo, me replicó, aqui tienes mi bolsa. Está un poco vacía á la verdad, mas ya sabes tú que un pobre cantor no es un obispo. Al mismo tiempo la sacó, y me la puso en las manos con tan buena gracia, que no pude menos de aceptarla. Agradecíselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle: cosa que nunca tuvo efecto. Despues de esto nos des-

pedimos; y yo salí de aquel pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á librarme de la prision, contentándome de darles dentro de mi corazon mil y mil bendiciones.

El cantorcillo tuvo mucha razon en no hacer ostentacion de su bolsa, porque en realidad encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida muy frugal y todavía me restaban algunos reales cuando llegué al lugar de Puente Mula, poco distante de Burgos. Detúveme en él para tomar algunas noticias de Doña Mencía. Entré en un meson, cuya mesonera era una muger pequeña, muy enjuta, vivaracha y de mala condicion. Luego conocí que no la habia gustado mucho mi chamarreta, lo que fácilmente la perdoné. Sentéme á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un cuarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me presentaron. Durante la comida, que era muy correspondiente á mi equipage, quise entablar conversacion con la huéspeda: preguntéla si conocia al marques de la Guardia, si estaba lejos su casa de campo, y sobre todo en qué habia parado la marquesa su muger. Muchas cosas me preguntais, respondió muy desdeñosa. Sin embargo me contestó en abreviatura, y de muy mala gracia, diciendo que la casa de campo de D. Ambrosio distaba una legua corta de Puente Mula.

Despues que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recojerme, y pedí un cuarto. ¡Un cuarto para él! me dijo la mesonera, mirándome fijamente con fiereza y con desprecio. ¡Un cuarto para él! mis cuartos los reservo yo para gente que no cenan pan y queso. Todas mis camas estan ocupadas, porque estoy esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á dormir aqui esta noche. Lo mas con que te puedo servir es con el pajar, porque creo que no será la primera vez que hayas dormido sobre paja. En esto decia mas verdad de lo que ella misma pensaba. No la repliqué palabra; abracé sabiamente el partido que me proponia; fuime al pajar y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho á la fatiga.

CAPITULO XIV.

Recibimiento que le hizo en Burgos Doña Mencia.

No fui perezoso en levantarme al dia siguiente. Fui á ajustar mi cuenta con la huéspeda, que ya estaba en pie, y me pareció de mejor humor que el dia antecedente. Atribuílo á la presencia de tres alguaciles de la Santa Hermandad, que con mucha familiaridad se estaban bufoneando con ella, y serian sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban ocupadas todas las camas. Pregunté

en el lugar por el camino que guiaba al castillo ó casa de campo á donde yo queria ir, y se lo pregunté á un paisano que me deparó la suerte, del mismo carácter que mi antiguo mesonero de Peñaflor. No contento con responderme á lo que le preguntaba, añadió que Don Ambrosio habia muerto tres semanas antes, y que la marquesa, su muger, se habia retirado á un convento en la ciudad, que me nombró. Al punto me encaminé derecho á Burgos, y sin pensar ya en la casa de campo, volé en derechura al monasterio donde me dijeron que se hallaba Doña Mencía. Supliqué á la tornera se sirviese decir á aquella dama que deseaba ponerse á sus pies un mozo recien salido de la cárcel de Astorga. Inmediatamente fue á darla el recado la tornera. Volvió esta y me hizo entrar en un locutorio, donde dentro de poco ví llegar muy enlutada á Doña Mencía.

Bien venido seas, Gil Blas, me dijo aquella viuda con modo muy afable. Cuatro dias ha que escribí á un conocido mio de Astorga suplicándole que te fuese á visitar, y que de mi parte te rogase me vinieses á ver inmediatamente que salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dije al corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya estabas libre con efecto, pero que no se sabia dónde te hallabas, ni dónde habias ido á parar. Temí

no volverte á ver mas, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento. Consuélate (añadió, conociendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable trage): no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz equipage en que te veo. Despues del gran servicio que me hiciste, seria yo la muger mas ingrata del mundo si no hiciera algo por tí. Dios me ha dado lo bastante para poder corresponderte sin incomodarme.

Las aventuras (continuó) que me sucedieron hasta el dia en que nos esperaron para meternos en prision ya las sabes como yo: ahora voy á contarte lo que me sucedió desde entonces. Hice al corregidor de Astorga una fiel relacion de toda mi trágica historia, y habiéndola entendido dispuso que me condujesen á Burgos, y me entregasen á D. Ambrosio. Causó mi arribo una general y estrema admiracion, pero me dijeron que ya venia tarde, porque el marques, profundamente herido de mi fuga, habia caido gravemente enfermo, y tanto que los médicos desesperanzaban de su vida. Esta triste noticia fue un motivo mas sobre los muchos que ya tenia para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen de mi venida: entré despues en su cuarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante y el corazon traspasado de dolor. ¿Quién te ha traido aqui? me dijo luego que me vió. ¿Vienes á compla-

certe en la obra de tus manos? ¿ No te bastó haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte? Señor le respondí, ya os habrá informado Inés que yo huí con mi legítimo esposo, y á no ser el funesto accidente que me privó de él nunca mas me hubierais vuelto á ver. Referíle al mismo tiempo como Don Alvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y como me habian conducido á mí á un lóbrego subterráneo, con todo lo demas que me habia sucedido hasta entonces. Apenas acabé de hablar cuando me alargó amorosamente la mano, y me dijo con ternura: basta, hija, ya no me quejo de tí. ¡Pues qué! ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y de tanto honor? Hallaste de repente con tu legítimo esposo á quien adorabas, y me abandonaste por irte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga al sagrado derecho que la hacia lícita y aun necesaria, como tambien el debido amor que profesabas á tu querido y verdadero esposo. En fin os hago justicia, y protesto que con haberte restituido á mi casa has vuelto á ganar toda mi ternura. Sí, querida Mencía, tu presencia me colma de gozo y consuelo; ¡mas ay! cuán poco me durará uno y

otro! Conozco que mi última hora se me va acercando. Apenas la suerte me volvió á juntar contigo, cuando me será necesario arrancarme de tí con el último á Dios. Redoblóse mi llanto al oir palabras tan amorosas, sintiéndome y prorumpiendo en una afliccion desmesurada. Aunque he adorado á D. Alvaro, no lloré tanto por él. Murió D. Ambrosio al dia siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavía moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, solo es propio de mugeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo que ya no tengo gusto por el mundo, y que quiero acabar mis dias en este convento, y ser su bienhechora.

Tal fue el discurso de Doña Mencía; acabado el cual, sacó de la faltriquera un bolsillo, y me le tiró por la reja del locutorio adonde lo pudiese alcanzar, diciendo: toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas, y despues vuélveme á ver, porque no quiero que se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Rendí mil gracias á la dama, y la juré que no partiria de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento (que estaba bien resuelto á no quebrantar) me fui á buscar algun meson. Entré en el primero que encontré: pedí un cuarto, y para precaver el mal concepto que por la chamarreta se podia

formar de mí, dije al mesonero, que aunque me veia en aquellos pobres trapos tenia con que pagar el gasto. Al oir estas palabras, el mesonero que se llamaba Majuelo, y era naturalmente un grandísimo bufon, mirándome y examinándome atentamente de pies á cabeza, me dijo con cierto aire maligno y chufletero que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haria yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de noble, que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dejé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufonescas frialdades saqué mi bolsillo, y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados; cuyas especies le obligaron á juzgar mas favorablemente de mí. Roguéle que me hiciese venir algun sastre, á lo cual me replicó que seria mejor llamar á algun ropero, el cual traeria diferentes vestidos de todas especies para que escogiese el que me pareciere mejor, con lo que me vestiria de una vez. Armóme el consejo, y determiné seguirle: pero como se acercaba ya la noche dilaté este negocio hasta el dia siguiente, y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que salí de la prision.

CAPITULO XV.

De qué modo se vistió Gil Blas; del nuevo regalo que le hizo la dama; y del equipage en que salió de Burgos.

SIRVIÈRONME un copioso plato de manecillas de carnero fritas, y le comí casi todo. Bebí á proporcion, y despues fuime á la cama. Era esta muy decente, y esperaba que luego se apoderaria de mis sentidos un profundo sueño. Pero engañéme, porque apenas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger. ¿Qué haré, decia, seguiré mi primer intento de comprar una sotana y hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? ¿Pero á qué fin vestirme de estudiante? ¿he de seguir acaso el estado eclesiástico, ni tengo vocacion? Nada de eso. Mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide. ¡Pues alto! quiero ceñir espada, y procurar hacer fortuna en el mundo.

Resolví, pues, vestirme de caballero, bien persuadido que esto bastaria para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisongeras esperanzas estuve aguardando el dia con grandísima impaciencia, y apenas rayó en mis ojos su primera luz cuando salté de la cama. Hice tanto ruido en el meson que dispertaron todos. Llamé á los criados que estaban todavía en cama, y me respondieron, echándome mil maldi-

ciones. Al fin se vieron obligados á levantarse, y les dí órden que me trajesen el ropero. No tardó en llegar este con dos mozos cargados cada uno con un gran saco. Saludóme con grandes cumplimientos, y me dijo: caballero, ha tenido V. fortuna en dirigirse á mí mas bien que á otro. No quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion. Mas aqui para entre los dos, ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia; todos son mas duros que judíos. Yo soy el único de mi oficio que la tiene. Me ciño á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada cuarto: equivoquéme, quise decir un cuarto por real.

Despues de este preámbulo, que yo creí tontamente al pie de la letra, mandó á los mozos que desatasen los fardos. Mostráronme vestidos de todos géneros y colores: muchos de ellos de paño enteramente lisos. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado espresamente para mí, el cual me deslumbró, sin embargo de que estaba un poco usado. Se componia de casaca, chupa y calzones, la casaca con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí este, y pregunté el precio. El prendero, que conoció cuánto me agradaba, me dijo: en verdad que es V. un señor de gusto muy delicado, y se ve bien que lo entiende: sepa V. que ese

vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del reino, que solo le usó tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor: ¿pues qué diré de la bordadura? no parece cabe mayor delicadeza ni primor. Y bien, le pregunté, ¿cuánto quieres por él? Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien. (A la verdad la imprecacion era convincente). Yo le ofrecí cuarenta y cinco, aunque acaso no valia la mitad. Caballero, replico él friamente, yo no soy hombre que pido mas de lo justo, ni rebajo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome V. este otro vestido, continuó presentándome el primero que yo habia desechado, que se lo daré mas barato. Todo eso solo servia para irritarme mas la gana que tenia del otro; y como imaginé que no rebajaria ni un maravedí de lo que habia pedido, le conté sus sesenta ducados. Cuando vió la facilidad con que se los habia dado, juzgó que, no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al fin, contento de haber ganado á real por cuarto, se despidió con sus mozos, á los cuales tampoco dejé de agasajar, dándoles para beber.

Viéndome ya con casaca, chupa y calzones muy preciosos, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me ocupó toda la maña-

na. Compré lienzo, sombrero, medias de seda, zapatos, y un espadin. Vestíme inmediatamente; ¡pero qué gozo fue el mio cuando me ví tan bien equipado! Ningun pavo real se complació nunca tanto al mirar y remirar el dorado plumage de su cola. En aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á Doña Mencía, la cual me recibió con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que le habia hecho, y á que siguió una salva de recíprocos cumplidos. Despues deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí, y se retiró, regalándome solo una sortija de treinta doblones, y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frio cuando me ví con la tal sortija, porque habia contado con regalo mucho mas considerable. En esta suposicion, mal contento de la generosidad de la dama, me restituí al meson haciendo mil kalendarios; pero apenas llegué á la posada cuando entró en ella un hombre que venia tras de mí, el cual desembozando la capa mostró un talego bastantemente largo que traia bajo el sobaco. Cuando ví el talego, que parecia lleno de moneda, abrí tanto ojo, y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes; y me pareció oir la voz de un serafin cuando aquel hombre me dijo poniendo el talego sobre una mesa: Señor Gil Blas, mi señora la marquesa suplica á V. se sirva admitir esta cortedad en prueba de su

agradecimiento. Hice mil profundas reverencias al portador, atestéle de cortesías, y luego que salió del meson me arrojé sobre el talego como un gavilan sobre su presa, y llevémele á mi cuarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa, y me encontré con mil ducados en él. Acababa de contarlos cuando el mesonero, que habia oido las palabras del portador, entró para saber lo que contenia el talego. Dióle mucho golpe la vista de tanta plata, y esclamó admirado: ¡Fuego de Dios, y cuánto dinero! Sin duda sabeis (añadió con malicia) sacar buen partido de las damas. Apenas ha veinte y cuatro horas que estais en Burgos, y ya poneis en contribucion á las marquesas!

No me desagradó esta sospecha, y estuve tentado á dejar á Majuelo en su error por lo que lisongeaba á mi vanidad. Y no me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mugeres; pero pudo mas en mí la inocencia que la vanagloria. Desengañé al mesonero, y le conté toda la historia de Doña Mencía. Oyóla con singular atencion, y despues le confié el estado de mis negocios, suplicándole, pues se mostraba tan interesado en servirme, me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo, y tomando luego un aire serio, me dijo: señor Gil Blas, confieso que desde que ví á V. le cobré particular inclinacion; y pues le merezco

la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponderle diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que V. es un hombre nacido para la corte, y asi le aconsejo se vaya á ella, y procure introducirse con algun gran señor procurando mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos; sin lo cual perderá V. el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los grandes. Ningun aprecio hacen del zelo y de la lealtad de un hombre de bien. Solo estiman las personas que les son necesarias para sus fines. Ademas de este tiene V. otro recurso: es mozo, bien hecho, galan, y esto, aun cuando fuere un hombre sin talento, bastaba y sobraba para encaprichar á su favor alguna viuda poderosa, ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece algunos ricos, tal vez sabe tambien hacer ricos á los que eran pobres. Soy pues de parecer, que vaya V. á Madrid: pero conviene se presente con ostentacion; pues alli, como en todas partes, se juzga de las personas, no por lo que son, sino por lo que aparentan ser; y V. solamente será considerado á proporcion de la figura que hiciere. Yo quiero darle un criado, mozo fiel, cuerdo y prudente; en fin un hombre de mi mano. Compre V. dos mulas, una para sí, y otra para él, y sin perder tiempo parta lo mas presto que le sea posible.

No podia menos de abrazar un consejo que

era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años y de una idea humilde y devota. Díjome ser rayano de Galicia, y llamarse Ambrosio Lamela. Lo que mas admiré en él fue que siendo los demas criados por lo comun muy interesados, este no se paraba en pedir gran salario. Díjome que en este punto se contentaria con lo que le quisiese dar. Compré botines, y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados; ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer partí de Burgos camino de Madrid.

CAPITULO XVI.

Donde se ve que ningùno debe fiarse mucho de la prosperidad.

DORMIMOS en Dueñas la primera jornada, y el dia siguiente entramos en Valladolid á las cuatro de la tarde. Apeamos en un meson que me pareció seria el mejor de la ciudad. Mi criado se fue á cuidar de las mulas, y yo mandé á un mozo de la posada llevase la manga al cuarto que me señalaron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché sobre una cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche cuando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el meson pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venia, y me respondió devoto y compungido,

que de una iglesia á dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devocion, y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba entró en mi cuarto el mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una dama ricamente vestida, la cual me pareció mas hermosa que jóven. Dábala el brazo un escudero, y un negrillo la levantaba y llevaba la cola. Halléme no poco sorprendido, cuando la dama despues de hacerme una airosa y profunda reverencia me preguntó si por ventura seria yo el señor Gil Blas de Santillana. Apenas la respondí que sí, cuando se desprendió del escudero, y vino apresuradamente á darme un abrazo, con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el cielo (esclamó ella) por tan dichosísimo encuentro! A V., señor caballero, á V. venia yo buscando. Al oir esto se me vino á la memoria el parásito de Peñaflor, y ya iba á sospechar que aquella dama era una solemne embustera ó una descarada petardista: pero lo que añadió me obligó á hacer un juicio mas benigno. Yo soy, me dijo, prima hermana de Doña Mencía de Mosquera, que debe á V. tantas obligaciones. He recibido hoy mismo una carta suya, en que me participa el viage de V. á la corte, y me encarga le trate bien, y le obsequie si transitare por esta ciu-

dad. Dos horas ha que ando corriendo por toda ella, yendo de meson en meson á informarme de los forasteros que se han apeado en ellos; y por la relacion que me hizo de V. el mesonero, conocí que podia ser el libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle, quiero hacerle ver lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi familia, y particularmente á mi querida Mencía. Me hará V. el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa, donde estará menos mal que en un meson. Pretendí escusarme, representando á la dama que no podia admitir su fineza sin incomodarla; pero fue preciso rendirse á sus eficaces instancias. Habia dejado á la puerta del meson su coche, que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de que se acomodase en la zaga la manga y todo mi equipage, porque en Valladolid (dijo) hay muchísimos bribones; lo cual era demasiadamente cierto. En fin tomamos el coche ella y yo, con su viejo Rodrigon; y me dejé sacar del meson de esta manera, con gran disgusto del mesonero, que ya habia consentido en ganar mucho en esta ocasion.

Despues de haber girado bastante, paró en fin el coche á la puerta de una casa grande, donde subimos á un salon bien adornado é iluminado con veinte ó treinta bugías. Habia tambien muchos criados, á quienes preguntó la dama si habia venido D. Rafael. Respondié-

ronla que no; y ella me dijo, volviéndose á mí: señor Gil Blas, estoy esperando á mi hermano, que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aqui. ¡Cuál será su gusto y su sorpresa cuando se encuentre en su casa con un huésped á quien está tan obligada toda nuestra familia! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras oimos ruido, y supimos que le causaba el arribo de D. Rafael. Dejóse presto ver este caballero, que era un jóven de bello talle y muy airoso. Hermano, le dijo la dama, no sabes cuánto me alegro de que hayas vuelto. Tú me ayudarás á cortejar como merece al señor Gil Blas de Santillana. Nunca acertarémos á pagar lo que ha hecho por nuestra parienta Doña Mencía. Toma esta carta, añadió, y lee lo que en ella me escribe. Abrióla D. Rafael, y leyó en voz alta lo siguiente.

Querida Camila: el señor Gil Blas de Santillana, que acaba de partir á la corte, me salvó el honor y la vida. Pasará sin duda por Valladolid. Yo te pido y suplico, menos por el vínculo de la sangre, que por el mas estrecho de la amistad que nos une, le cortejes y obsequies cuanto puedas, obligándole á que descanse algunos dias en tu casa. Espero que no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de ti y del primo D. Rafael todo género de obsequios. Burgos etc. Tu amada prima: Doña Mencía.

¡Cómo así! esclamó D. Rafael luego que

leyó la carta, ¡es posible sea este el caballero á quien debe no menos que el honor y la vida la parienta! Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente, dijo: ¡ó qué gusto y qué fortuna la mia en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aqui. Sabemos muy bien mi hermana y yo cómo debíamos tratar á un hombre que hizo el mayor servicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda la parentela. Respondí lo mejor que pude á todas aquellas espresiones, y á otras muchas que se siguieron acompañadas de mil caricias. Advirtiendo despues D. Rafael que todavía tenia puestos los botines mandó á sus criados me los quitasen.

Pasamos despues al cuarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa, colocándome á mí en medio de los dos hermanos, quienes entretanto cenábamos me dijeron mil espresiones cariñosas: celebraban todas mis palabras como otros tantos ejemplos de gracia y de discrecion; y era de ver el cuidado con que me hacian plato, sirviéndome de cuanto habia en la mesa. Don Rafael brindaba frecuentemente á la salud de Doña Mencía, y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos, y á veces me parecia que me miraba como á hurtadillas de una manera que podia significar

mucho, y aun llegué á creer que para hacerlo se tomaba su tiempo, como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bastóme esto para persuadirme que ya era conquista mia aquella dama, y para resolver aprovecharme del descubrimiento, por poco que me detuviese en Valladolid. En virtud de esta esperanza me rendí fácilmente á la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañía algunos dias. Estimaron mucho mi condescendencia; y la particular alegría que mostró Doña Camila me confirmó en la opinion de que habia hallado en mí un hombre muy de su gusto.

Viéndome D. Rafael determinado á detenerme algun tiempo, me propuso un viage á su quinta, de la que me hizo una magnífica descripcion, como tambien de las diversiones que habia de proporcionarme en ella. Unas veces, decia, nos divertirémos en la caza, otras en la pesca; y si V. gusta de pasearse encontrará bosques sombríos y jardines deliciosos. Ademas de eso no nos faltará gente, ni buena compañía; y espero que no echará V. menos la ciudad. Acepté la oferta, y quedámos en que al dia siguiente partiríamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolucion; y D. Rafael, transportado de alegría, me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome: señor Gil Blas, ahí le dejo á V. con mi hermana, yo voy á dar las órdenes necesarias

para el viage y para que se avise á las personas que han de ser de la partida. Diciendo esto se salió del cuarto, y yo quedé á solas con la dama dándola conversacion, en la cual no desmintió lo que yo habia juzgado de las dulces ojeadas de la cena. Tomóme la mano, y mirando con atencion la sortija, dijo: parece muy lindo este diamante, pero es pequeñito. ¿Entiende V. de pedrerías? Respondíle que no. Lo siento, me replicó ella; porque si lo entendiera me diria cuánto vale esta, mostrándome un grueso rubí que tenia en el dedo; y mientras yo le consideraba, añadió: regalómelo un tio mio que fue gobernador en Filipinas, y los joyeros y plateros de Valladolid le estiman en trescientos doblones. Lo creo, repliqué yo, porque me parece escelente. Pues ya que á V. le gusta, repuso ella, quiero hacer un trueque. Diciendo y haciendo, me cogió mi sortija, y metióme la suya en mi dedo. Despues de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y novedad, me apretó la mano y me miró con ternura: hecho lo cual se levantó de repente, y se retiró confusa y como avergonzada de haberse esplicado con sobrada claridad.

Aunque era yo entonces un cortejante de los mas novicios, no por eso dejé de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en el campo. Lleno de

esta lisongera idea y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el cuarto donde habia de dormir, previniendo á mi criado que me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme me entregué enteramente á los alegres pensamientos que me inspiraban mi bolsillo y mi rubí. Gracias á Dios, decia, que si antes fui miserable, ya no lo soy. Mil ducados por una parte, y una sortija de trescientos doblones por otra es un decente fondo para vandearme con él algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mugeres, cuando tan pronta y tan fácilmente se rindió Camila. Veníanseme á la imaginacion todas las espresiones y acciones de aquella dama, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que Don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo eso, á pesar de unas ideas tan gustosas, no dejaba el sueño de hacer su oficio; y asi sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el dia siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado, pero dije entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio estará en alguna iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, por dar lugar á otro menos favorable, aunque mas justo y verdadero; porque habiéndome levantado y no

hallado mi maleta en todo el cuarto, sospeché que me la habian robado por la noche. Para confirmar ó deponer mi sospecha abrí la puerta y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces, y con voz muy esforzada. A mis gritos vino un viejo, y me dijo: ¿á quien llama Vmd., señor? toda su gente salió de mi casa antes de amanecer. ¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. ¿Pues que no es esta la de Don Rafael? Yo no sé quien es ese caballero, respondió el huésped: solo sé que esta casa es una posada, que yo soy su dueño, y que una hora antes que llegase V. aquella dama con quien cenó anoche vino á pedirme un buen cuarto para un caballero principal que viajaba incógnito: yo la dí este, habiéndomelo pagado anticipadamente.

Caí entonces en cuenta, conocí lo que debia pensar de Doña Camila y de Don Rafael, y comprendí que mi criado, instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mí solo la culpa de tan desagradable incidente, y de conocer que no me hubiera sucedido á no haber tenido la ligereza y la indiscrecion de abrirme con Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna y eché mil maldiciones á mi estrella. El posadero á quien conté mi aventura (de la cual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo) mostró acompañarme en mi dolor. Compadecióse de mí, y protestó lo mucho que sentia que este

lance hubiera sucedido en su casa; pero yo creo á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en él como el mesonero de Burgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion de esta picardía.

CAPITULO XVII.

El partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la posada.

Despues de haber llorado bien, pero inútilmente mi desgracia, comencé á hacer reflexiones, y saqué de ellas que en lugar de entregarme á la desesperacion y desaliento debia animarme á combatir contra mi mala suerte. Volví pues á dispertar mi corage, y me decia á mí mismo mientras me estaba vistiendo: aun doy gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se hayan llevado tambien mis vestidos y algunos ducados que tengo en las faltriqueras, y les agradecia haber andado tan comedidos, pues habian tenido tambien la generosidad de dejarme mis botines, los que vendí al posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin salí de la posada, sin tener necesidad (gracias á Dios) de quien me llevase el hatillo. Lo primero que hice fue ir al meson donde me habia apeado el dia antecedente, á ver si mis mulas se habian librado de la borrasca, aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado; y ojalá que siempre

hubiera juzgado de él con tanto acierto, pues supe que aquella misma noche habia tenido gran cuidado de sacarlas. Con que dando por supuesto que ya no las volveria á ver, como tampoco á mi manga, caminaba triste y sin destino por las calles pensando en el rumbo que habia de tomar. Ofrecióseme volver á Burgos para recurrir segunda vez á Doña Mencía; pero considerando que esto era abusar de su bondad, y que ademas me tendria por una bestia, deseché este pensamiento. Juré sí que en adelante me guardaria bien de las mugeres, y por entonces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De cuando en cuando volvia los ojos hácia mi sortija; mas acordándome que habia sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor. ¡Ah! decia entre mí: nada entiendo de rubíes; pero entiendo y conozco bien la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á un joyero para conocer que yo soy un pobre mentecato.

Con todo no quise dejar de ir á saber lo que valia mi sortija, y la presenté á un lapidario, que la tasó en tres ducados. Al oir semejante tasa dí á todos los diablos la sobrina del gobernador de Filipinas, ó por mejor decir solo les repetí el don que mil veces les habia hecho. Al salir de casa del lapidario encontré un mozo que se paró á considerarme y mirarme fijamente. Yo no me pude acordar tan presto de él aunque en otro tiempo le habia conocido

perfectamente. ¿Cómo qué, Gil Blas? me dijo; ¿finges acaso no conocerme? ¡Es posible que en dos años me haya mudado tanto que no conozcas al hijo del barbero Nuñez! Acuérdate de Fabricio tu paisano, y tu condiscípulo de lógica, y de cuántas veces arguímos los dos en casa del doctor Godinez sobre los universales y los grados metafísicos.

Antes que acabase de hablar habia caido ya en cuenta de quien era. Abrazámonos estrechamente, con mil demostraciones de admiracion y de alegría. ¡Ah querido amigo, prosiguió Fabricio, y qué encuentro tan feliz! Y cuánto me alegro de volverte á ver. ¡Pero en qué equipage te veo! ¡Vive el cielo que estás vestido como un príncipe! Bella espada, medias de seda, calzon, chupa y casaca de terciopelo, bordadas de plata. ¡Fuego! Esto me huele á un fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo. Te engañas, le respondí: mi fortuna no ha sido tan feliz como la imaginas. A otro perro con ese hueso, replicó él. Tú quieres hacer del reservado; pero á mí, que las vendo. Dime por vida tuya: ese bellísimo rubí que brilla tanto en ese dedo, ¿de quién le hubiste? De una grandísima bribona, le respondí. Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el adonis de las mugeres de Valladolid he sido su dominguillo.

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso que Fabricio conoció muy bien que me

habian jugado alguna burla. Apuróme para que le dijese por qué razon estaba tan quejoso del bello sexo. Tuve poco que hacer en resolverme á satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queríamos separarnos tan presto, entramos en un figon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Alli nos desayunamos, y mientras tanto yo le hice puntual relacion de cuanto me habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Confesó que mis aventuras eran muy estrañas, y despues de protestarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, me dijo: amigo, es menester consolarnos y confortarnos en todas las desgracias de la vida. Esto es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Vese un hombre firme reducido á la miseria? espera con valor y paciencia otro tiempo mas feliz. *Nunca* (*dice Ciceron*), *nunca debe un hombre abatirse tanto que llegue á olvidarse de que es hombre.* Yo por mí soy de este carácter. Las desgracias no me acobardan; sé superarlas, y sé vencer los golpes de la mala fortuna. Por ejemplo; amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y ella me amaba á mí. Pedíla á su padre, negómela como era regular. Cualquiera otro se hubiera muerto de dolor; pero yo (admira la fuerza de mi espíritu) de acuerdo con la misma muchacha, la robé de casa de sus padres. Era viva, atolondrada, y alegre sobre manera; por consiguiente pudo

mas con ella el placer que la obligacion. Anduvimos seis meses paseándonos por Galicia; y llegó á tal punto su pasion de viajar, que resolvió irse á Portugal, pero tomó otro compañero para el viage, plantándome á mí. Si no fuera el que soy me hubiera desesperado, y me hubiera rendido al peso de esta nueva desgracia, pero no me dió gana de hacerlo. Mas prudente y sufrido que Menelao, en lugar de armarme contra el Páris que me habia robado mi Helena, me alegré mucho de verme libre de ella. No queriendo despues volver á Asturias por evitar discusiones con la justicia, me interné en el reino de Leon, donde anduve de lugar en lugar gastando el dinero que me habia quedado del rapto de mi ninfa; pues en aquella ocasion ambos nos proveimos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé, al llegar á Palencia con un solo ducado, del cual tuve que comprar un par de zapatos: con el resto hubo para pocos dias. Víme embarazado en aquella situacion. Comenzaba yo á hacer dieta; y era indispensable tomar algun partido. Resolví, pues, ponerme á servir. Acomodéme desde luego con un mercader de paños que tenia un hijo dado á todos los vicios. En su casa encontré un seguro asilo contra la abstinencia; pero al mismo tiempo me hallé en un grande embarazo. Mandóme el padre que espiase al hijo: suplicóme el hijo que le ayudase á engañar al padre. Era preciso resol-

verme, y obrar: preferí la súplica al precepto y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé despues á servir á un pintor viejo, el cual queria enseñarme por caridad los principios de su arte; pero al mismo tiempo me dejaba morir de hambre. Y esto me disgustó de la pintura y de la mansion en Palencia. Víneme á Valladolid, donde por la mayor fortuna del mundo me acomodé con un administrador del hospital. Con él estoy todavía, y cada instante mas contento. El señor Manuel Ordoñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo, pues siempre va con los ojos bajos, y un rosario de cuentas gordas en la mano. Dicen que desde mozo solo pensó en el bien de los pobres, y le tiene tanto apego y amor, que se ha dedicado á su administracion con un zelo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa. ¡Todo ha prosperado en sus manos! ¡Qué bendicion del Cielo! Él se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.

Luego que acabó Fabricio su discurso le dije: por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte, pero, hablando en confianza, ¡paréceme que podias hacer otro papel en el mundo! Un mozo de tu talento debia pensar en mayor suerte. Te engañas mucho, Gil Blas, me respondió: has de saber, que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situacion que la mia. Confieso que el oficio de lacayo es penoso para uno que tenga

poco meollo; mas para un mozo resuelto tiene grandes atractivos. Un genio superior, que se pone á servir, no sirve materialmente como un pobre mentecato. Entra menos á servir que á mandar en casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Halaga sus defectos, lisongea sus pasiones, sírvele en ellas, se grangea su confianza, y hételе que ya le tiene agarrado por la nariz. De esta manera me he conducido con mi administrador. Desde luego conocí de qué pie cojeaba. Advertí que todo su deseo era ser tenido por un santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta. Y aun hice mas: procuré imitarle representando con él el mismo papel que él representaba con los demas: engañé al engañador, y poco á poco vine á ser su testaferro, y como su primer ministro. Bajo sus auspicios y en su escuela espero que algun dia correrán por mi cuenta los bienes de los pobres. Me siento con tanto amor por ellos como el que les tiene mi amo; ¿y quién sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna?

¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué yo; doyte mil parabienes por ellas. Mas por lo que toca á mí vuélvome á mis primeros pensamientos. Voy á trocar mis vestidos bordados por unas bayetas, iréme á Salamanca, matricularéme en la universidad, y me pondré á preceptor. ¡Gran proyec-

to! repuso Fabricio: ¡graciosa idea! ¿Puede haber mayor locura que meterte á pedante en lo mejor de tu edad? ¿Sabes bien, pobrete, en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia te observará toda la casa. Examinarán escrupulosamente tus mas mínimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un esterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendras un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, se te irá todo el dia en enseñarle el latin, y en reprenderle y corregirle cuando diga ó haga alguna cosa contra la buena crianza ó la decencia. Y al cabo de tanto trabajo y sujecion, ¿qué premio te espera? Si el muchacho sale travieso y mal inclinado, á tí te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal, y sus padres te despedirán sin reconpensa, y aun quizá sin pagarte. Asi pues, no me hables del tal oficio de preceptor, porque es un beneficio con carga de almas. Háblame del empleo de lacayo, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? pues el talento superior del criado los sabe lisongear, convirtiéndolos á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto, por la noche se va á la cama, y como hijo de la casa duerme tranquilamente, sin tener que pensar en el carnicero, ni en el panadero.

Amigo Gil Blas, prosiguió Fabricio, nunca acabaria si te hubiera de contar todas las ventajas que se encuentran en la no muy lucida, pero muy provechosa carrera de criados. Créeme, desecha para siempre el pensamiento de preceptor, y sigue mi ejemplo. Sea asi, Fabricio, le respondí; pero no se encuentran todos los dias administradores como el que tú has hallado; y si yo me resolviera á servir, quisiera á lo menos encontrar con un buen amo. Oh, repuso él, en eso tienes razon. Yo tomo de mi cuenta el encontrártelo, y lo haré aunque no sea mas que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una universidad los talentos de un hombre como tú.

La próxima miseria que me amenazaba, la resolucion y seguridad con que Fabricio me habló, aun mas que sus razones, me persuadieron finalmente á que me pusiese á servir. Tomada esta determinacion salimos del figon, y Fabricio me dijo: ahora mismo quiero conducirte en derechura á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de cuanto pasa en todas las familias, sabe las que necesitan criados, y en un registro muy exacto lleva razon no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas calidades de los amos; en fin él fue quien me acomodó con el administrador.

Fuimos hablando de esta especie de despa-

cho y oficina pública tan singular, cuando llegamos á una callejuela, y en un rincon de ella á una casa baja, donde el hijo del barbero Nuñez me hizo entrar. Encontrámonos con un hombre de mas de cincuenta años, que estaba escribiendo. Saludámosle cortesana y aun respetosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien por estar acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas azas caballerescamente. No se alzó, ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. Con todo, poco despues me miró con particular atencion. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiese servir de lacayo, cuando podia pensar que yo iba á buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dijo al punto : señor Arias de Londoña, aqui le presento á V. el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir. Proporciónele V. una buena conveniencia, contando seguramente con su correspondiente agradecimiento. Señores, respondió Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes : antes de acomodarse prometen montes y morenas; pero despues de bien acomodados, servitor amigo, y de todo se olvidan. ¿Cómo qué? replicó Fabricio : ¿está V. quejoso de mí? ¿No me he portado bien? Pudieras haberte portado me-

jor. Tu conveniencia equivale á la de primer oficial de cualquiera oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé entonces la palabra, y para que conociese el tio Arias que no servia á un ingrato quise que el agradecimiento fuese delante del favor. Púsele en la mano dos ducados, prometiéndole que no se limitaria á tan poca cosa mi correspondencia como me acomodase en buena casa.

Mostróse contento de mi procedimiento, diciendo: asi gusto yo que se trate conmigo. Hay vacantes escelentes puestos: leerélos, y V. escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas, y comenzó asi: Necesita lacayo el capitan Torbellino, hombre colérico, fantástico y brutal. Gruñe sin cesar, jura, patea, y suele estropear á los criados. Pase V. adelante, dije yo prontamente: no me gusta el señor capitan. Sonrióse Arias de mi viveza, y prosiguió leyendo. Doña Manuela de Sandoval, viuda ya entrada en edad, agria de genio, descontentadiza y caprichosa, se halla sin lacayo. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apenas lo puede sufrir un dia entero. Diez años ha que solo hay en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, altos ó chicos. Se puede decir que no hacen mas que probarla, y todavía está nueva, aunque la han vestido dos

mil. Falta un criado al doctor Alvaro Fañez, médico químico. Trata bien á sus criados, dales bien de comer, y buenos salarios; pero suele esperimentar en ellos sus remedios, y se observa que en casa de este químico hay siempre vacantes muchas plazas de lacayos.

No lo dudo, interrumpió Fabricio, dando una carcajada; pero vamos claros, que nos va V. proponiendo admirables conveniencias. Ten un poco de paciencia, replicó Arias de Londoña; todavía no las he leido todas, y puede haber alguna que contente. Diciendo esto prosiguió en su lectura de esta manera. Tres semanas ha que está sin lacayo Doña Alfonsa de Solis: es una señora anciana y devota, que pasa en la iglesia las tres partes del dia, y quiere tener siempre junto á sí á su criado. Otro; ayer despidió al suyo el licenciado Sedillo, hombre ya viejo, y canónigo de este cabildo. Alto ahí, señor Arias de Londoña, interrumpió Fabricio: á este puesto nos atenemos: el canónigo Sedillo es grande amigo de mi amo, y yo le conozco mucho; sé que gobierna su casa con título de ama una vieja beata que se llama la señora Jacinta, y es la que todo lo manda. Es una de las mejores casas de Valladolid, porque en ella se vive con gran paz, y se da un trato muy honrado á la familia. Fuera de eso el canónigo es un señor enfermizo, viejo, gotoso, que tardará poco en hacer testamento, y se puede esperar algun legadillo: ¡gran espe-

ranza para un criado! Gil Blas, continuó Fabricio volviéndose hácia mí, no perdamos tiempo. Vámonos derechos á casa del licenciado: yo mismo te quiero presentar, y constituirme por tu fiador. Habiendo dicho esto, por no malograr la ocasion, nos despedimos con priesa del señor Arias, quien me ofreció por mi dinero, que si no lograba aquella conveniencia me encontraria otra tan buena, y aun quizá mejor.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEGUNDO.

*****

CAPITULO PRIMERO.

Entra Gil Blas por criado del licenciado Sedillo; estado en que este se hallaba, y retrato de su ama.

Por miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamamos y bajó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponian entre los dos parentesco mas estrecho. Preguntamos si se podria hablar al señor canónigo; cuando se dejó ver la señora Jacinta. Era una muger entrada ya en edad de discrecion, pero todavía de buen parecer, y sobre todo de un

color fresco y hermoso. Venía vestida con una especie de túnica de tela burda, que ceñia con una ancha correa de cuero, de la cual pendia por un lado un manojo de llaves, y por otro un gran rosario de cuentas gordas. La saludamos con mucho respeto, y nos correspondió con igual cortesanía, pero con un aire devoto y los ojos bajos.

He sabido (la dijo mi camarada) que el señor licenciado Sedillo necesita un mozo honrado, que le sirva, y vengo á presentarle este, que espero le dará gusto. Alzó entonces la vista el ama, miróme fijamente, y no acertando á componer mi vestido bordado, con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendia entrar á servir. Sí señora, respondió el hijo de Nuñez, él mismo es, porque tal como V. le ve le han sucedido desgracias en su casa que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañía de la virtuosa señora Jacinta, la cual es digna de ser ama y gobernadora de un patriarca. Al oir esto la buena de la beata apartó los ojos de mí por volverlos al que le hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro que no le parecia desconocido. Tengo alguna idea, le dijo, de haber visto ya esa cara, y estimaria que V. ayudase á mi memoria. Casta señora Jacinta, la respondió Fabricio, es y ha sido grande honor mio haber merecido la atencion

de V. Dos veces he entrado en esta casa acompañando á mi amo el señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital. Justamente, replicó entonces el ama; acuérdome muy bien, ya caigo en cuenta. Basta decir que está en casa del señor Manuel Ordoñez para saber que será V. un hombre muy de bien. Su empleo es su mayor elogio, y no era fácil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga V. conmigo, hablará al señor Sedillo, que sin duda tendrá gran gusto en recibir un criado venido por tal mano.

Seguimos al ama del canónigo, el cual vivia en un cuarto bajo, compuesto de cinco piezas á un mismo piso, todas muy decentes. Díjonos que esperásemos un momento en la primera mientras iba á avisar al señor canónigo, que estaba en la segunda. Despues de haberse detenido algun tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió á nosotros, y nos dijo que podiamos entrar. Vimos al viejo gotoso repantigado en una silla poltrona, con un gran gorro en la cabeza, una almohada tras de la misma, sobre la cual se apoyaba, y las piernas sobre otro almohadon. Acercámonos á él sin escasear las reverencias, y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que habia dicho de mí á la señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegírico de mi mérito, estendiéndose principalmente sobre el grande honor que me habia grangeado bajo el

magistrado del doctor Godinez en las disputas de filosofía, como si fuese necesario ser gran filósofo para servir á un canónigo. Sin embargo no dejó de alucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba á la señora Jacinta: amigo, respondió á mi fiador, desde luego recibo á este mozo, basta que tú me lo presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres supuesto que me lo propone un criado del señor Manuel Ordoñez.

Luego que Fabricio me vió admitido hizo una gran reverencia al canónigo, otra mas profunda á la señora Jacinta, y se despidió diciéndome al oido que me quedase alli, y que ya nos veríamos. Apenas habia salido de la sala cuando el licenciado me preguntó cómo me llamaba, y por qué habia salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia de mi vida en presencia de la señora Jacinta. Divertílos á entrambos sobre todo con la relacion de mi última aventura. Doña Camila y Don Rafael los hicieron reir tan fuertemente, que le hubo de costar la vida al pobre gotoso; pues la risa le escitó una tan violenta tos, que temí fuese llegada su hora. Aun no habia hecho testamento. Considérese cuánto se turbaria la buena ama. Víla toda trémula y azogada, correr de aqui para alli por socorro al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños cuando tosen con violencia, fro-

tarle la frente, y darle golpecitos en las espaldas; pero al fin todo fue un puro miedo. Cesó de toser el licenciado, y el ama de atormentarle. Quise entonces proseguir mi relacion; mas no me lo permitió la señora Jacinta, por temor que repitiese la tos. Llevóme al guarda-ropa, donde entre otros vestidos estaba el de mi predecesor. Hízomele poner, y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavía podria servirme. Desde el guarda-ropa pasamos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizage bajo la disciplina de la señora Leonarda, que podia pasar por buena maestra de cocina: bien que no comparable con la señora Jacinta, la cual merecia ser cocinera de un arzobispo. Sobresalia en todo género de guisos y platos. Daba al gigote singular gusto, y lo mismo á la chanfaina, y en general á toda especie de picadillo; de manera que eran sumamente gratos al paladar. Cuando estuvo dispuesta la comida volvimos al cuarto del canónigo, donde mientras yo ponia los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le acomodaba una servilleta, prendiéndosela con alfileres en las espaldas. Se le sirvió una sopa, que se podia presentar al mas famoso director de Madrid, y una fritada, que podia avivar el apetito de un virey, si el ama de propósito no hubiera escaseado las especias,

por no irritar la gota del canónigo. A vista de tan apetitosos bocados, mi buen viejo, que yo creia paralítico de todos sus miembros, dió pruebas de que aur no habia perdido del todo el uso de sus brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada y demas impedimentos, disponiéndose á comer alegremente. Las manos tampoco se negaron á servirle. Aunque trémulas iban y venian con bastante ligereza donde era menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Cuando vi que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdiz orleada de algunas codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó con el mayor aseo y pulidez. De cuanto en cuanto le hacia beber algunos tragos de vino mezclado con agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda, aplicándosela ella misma á la boca, y teniéndola con las manos, como si fuera un niño de quince meses. Devoró las pechugas, no perdonando las alas. Siguiéronse los postres, y cuando acabó de comer, el ama le desprendió la servilleta, volvióle á poner la almohada y los almohadones, y dejándole tranquilamente dormir la siesta, nos retiramos nosotros á comer.

Esta era la comida ordinaria de nuestro canónigo, acaso el mayor tragon de todo el cabildo. Pero la cena era mas parca. Contentábase con un pollo, y con algun gubilete de fruta. En

su casa, por lo que toca á la comida, estaba yo bien, y lo pasaba alegremente. Solo tenia un trabajo, no poco pesado para mí. Erame preciso estar dispierto una gran parte de la noche velando al amo. (Padecia este una retencion de orina, que le obligaba á pedir el orinal diez veces cada hora. Ademas sudaba mucho, y era menester mudarle camisa con frecuencia.) Gil Blas, me dijo á la segunda noche, tú tienes maña y actividad, y veo que me acomodará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo, que dés tambien gusto á la señora Jacinta, complaciéndola y obedeciéndola en todo como si yo lo mandase, y vivas con ella en la mayor harmonía. Quince años ha que me sirve con un zelo y un amor particular. (Tiene tanto cuidado de mí, que no sé cómo pagárselo: y confiésote que por esto) la estimo mas que á toda mi familia. (Por ella despedí de mi casa á un sobrino carnal, hijo de mi propia hermana. No podia ver á esa pobre muger, y lejos de agradecerla lo que hacia conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud, y tratándola de embustera, porque á la gente moza de hoy todo lo que suena á recogimiento y devocion le parece hipocresía; pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soy hombre que prefiero á todos los respetos de la sangre el amor que me tienen, y el bien que me hacen. V., señor, tiene muchísima razon, le respondí yo; el agradeci-

miento debe siempre poder mas que las leyes de la naturaleza. Sin duda, replicó él; y en mi testamento haré ver el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él, y no me olvidaré de tí, como prosigas sirviéndome segun has comenzado. El criado que despedí ayer perdió una buena manda por su mal modo: si no me hubiera visto precisado á despedirle, porque ya no le podia sufrir, yo solo le hubiera hecho rico; pero era un soberbio, que no tenia el mas mínimo respeto á la señora Jacinta, y era muy holgazan. Desagradábale mucho acompañarme de noche y se le hacia insufrible el estar dispierto para asistirme en lo que podia ocurrir. ¡Qué bribon! esclamé yo, (como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio;) no merecia por cierto estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de zelo infatigable. Ha de complacerse en su trabajo, y ha de creer que nada hace, aun cuando sude sangre por serviros.

Conocí que le habian gustado mucho al canónigo estas últimas palabras, y no le gustó menos la que le dí de estar siempre pronto y obediente á las insinuaciones de la señora Jacinta. Queriendo pues pasar por un criado que no temia á trabajo ni á fatiga, procuré servir en todo con el mayor zelo, y con el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin

embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. A no ser por la esperanza del legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa. A la verdad descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama (á la cual debo hacer esta justicia) cuidaba mucho de mí; lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo grangearme su voluntad por todo género de complacencias y respeto. Cuando comiamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla, tenia yo el mayor cuidado de mudarlas platos, servirlas de beber, y en fin hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios vine á ganar su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué provisiones, hallándome solo con Inesilla, comencé á darla conversacion, y la pregunté si vivian todavía su padre y su madre. ¡Oh! no; me respondió la niña: mucho tiempo ha que murieron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conocí. Creíla piadosamente, aunque su respuesta no fue muy categórica, y la fui poniendo en tanta gana de parlar, que poco á poco me dijo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme ó por mejor decir descubrí yo mediante su sencillez, que la señora tia trataba estrechamente con un su amigo que estaba en casa de otro canónigo viejo en calidad de mayordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos y gozarla en paz por medio de un casa-

miento, cuyos privilegios disfrutaban de antemano. Ya dejo dicho que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenia de muy buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse bien. Todas las mañanas se hacia echar una lavativa, y asi entre dia como al acostarse tomaba confortativos. Por otra parte dormia tranquilamente, mientras yo estaba en pie velando al amo. Pero sobre todo lo que mas contribuia á mantenerla aquel color vivo y fresco era (segun me dijo Inesilla) una fuente que tenia en cada pierna.

CAPITULO II.

De qué modo fue tratado el canónigo habiendo empeorado en su enfermedad; lo que sucedió, y lo que dejó á Gil Blas en su testamento.

Serví tres meses al señor licenciado Sedillo sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó muy malo al cabo de este tiempo; escitósele calentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió ya á los médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al doctor Sangredo, que estaba reputado en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera gustado mas que el canónigo ante todas cosas comenzase por el testamento, y aun le dijo algo en el asunto; pero ademas de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en cier-

tas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fui, pues, á buscar al doctor Sangredo, y condújele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de cuarenta años á lo menos tenia en continuo ejercicio la tijera de las parcas. Su esterior era grave, serio, con un si es no es de desdeñoso; su voz gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las espresiones. Sus discursos parecian medidos geométricamente, y sus opiniones muy singulares.

Despues de haber observado al enfermo comenzó á hablar asi en un tono magistral. Trátese aqui de suplir el defecto de la transpiracion escasa, dificultosa y detenida. Otros médicos ordenarian sin duda aqui remedios salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones químicas me parecen ideadas para arruinar la naturaleza: yo echo mano de medicamentos mas simples, y seguros. ¿Qué es lo que V. acostumbra comer? preguntó al enfermo. Pastas dulces, y viandas suculentas, respondió el canónigo. ¡Pastas dulces y viandas suculentas! esclamó suspenso y admirado el doctor. Ya no me maravillo de que V. haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma

á los hombres para hacerlos perecer con mayor seguridad. Es preciso que V. renuncie á todo alimento de buen gusto: los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos que se conformen á su naturaleza. ¿Y bebe V. vino? le volvió á preguntar. Sí señor, pero aguado, respondió el enfermo. ¡Qué dice V. aguado! esclamó el doctor. ¡Qué desórden! ¡Qué desarreglo asombroso! Debia V. haber muerto cien años ha. ¿Y cuántos años tiene V.? Voy á entrar en los sesenta y nueve, repuso el licenciado. Justamente, continuó el médico, la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si V. hubiera bebido solo agua clara toda la vida, y si hubiera usado de alimentos simples, como manzanas asadas, habas, ó guisantes, no se veria ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros ejercitarian aun libremente sus respectivas funciones. Con todo eso no desconfio restablecerle como se entregue ciegamente á cuanto yo ordenare. El canónigo, aunque gustaba de buenos bocados, ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entonces me ordenó que fuese prontamente á llamar á un cirujano, que él mismo nombró, y le hizo sacar á mi amo doce buenas onzas de sangre para suplir la falta de transpiracion. Despues dijo al cirujano: maestro Martin Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras doce, y mañana repetiréis lo mismo. Es error

creer que la sangre sea necesaria para la conservacion de la vida. Por mucha que se le saque á un enfermo nunca será demasiada. Como en tal estado apenas tiene que hacer movimiento ni ejercicio, sino el preciso para no morirse, no necesita mas sangre para vivir, que la que ha menester un hombre dormido. En uno y en otro la vida solo consiste en el pulso y en la respiracion. No creyendo mi buen amo que un tan gran médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dejarse sangrar. Despues que el doctor ordenó frecuentes y copiosas sangrías, añadió era menester tambien dar á beber al enfermo agua caliente á cada momento, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto levantó la vista, y se fue diciéndonos á la señora Jacinta y á mí, que él salia por fiador de la salud del señor canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaria con la mas escrupulosa exactitud. Con efecto inmediatamente pusimos á calentar el agua; y como el doctor nos habia recomendado tanto que fuésemos liberales de ella, luego le hicimos beber dos ó tres cuartillos: una hora despues repetimos lo mismo, y de tiempo en tiempo volvíamos á la carga, de manera, que en el espacio de pocas horas le metimos un

diluvio de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el cirujano con la cantidad de sangre que le sacaba, en menos de dos dias pusimos al pobre canónigo en el último trance de la vida.

Ya no podia mas el buen eclesiástico, y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese: detente, amigo Gil Blas, me dijo con voz lánguida; ya no puedo beber mas. Conozco que me es preciso morir á pesar de la gran virtud del agua, y que no me siento mejor, aunque apenas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre: prueba clara de que el médico mas hábil y mas sabio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida cuando llegó el término fatal. Anda, pues, y tráeme aqui un escribano, que quiero hacer testamento. Cuando oí estas palabras, que ciertamente no me disgustaron, me mostré muy triste como hace en tales casos todo heredero; y disimulando la gana que tenia de cumplir cuanto antes con la comision que me acababa de dar: oh! señor, le respondí, dando un profundo suspiro, no está su merced tan malo, por la misericordia de Dios, que todavía no pueda esperar levantarse. No, no, hijo mio; eso ya se acabó. Estoy viendo que se me remonta la gota, y que la muerte se va acercando: vé, pues, y haz cuanto antes lo que te he mandado. Conocí efectivamente que se le mudaba el semblante, y que iba perdiendo terreno á ojos

vistas; por lo que persuadido á que la cosa apuraba, partí volando á ejecutar lo que se me habia ordenado, dejando con el enfermo á la señora Jacinta, la cual temia aun mas que yo, que nuestro canónigo se nos muriese sin testar. Entréme en casa del primer escribano que encontré: señor, le dije, mi amo, el licenciado Sedillo, está ya para morir, quiere declarar su última voluntad, y no hay que perder tiempo. Era el escribano un hombre rechoncho y pequeñito, de genio alegre, y amigo de bufonear. ¿Qué médico le asiste? me preguntó. El doctor Sangredo, le respondí. ¡Vive Dios! repuso él tomando su capa, vamos, vamos aprisa, porque ese doctor es tan espeditivo, que no da lugar á los enfermos para llamar á los escribanos. Es un hombre que me ha quitado la ganancia de muchos testamentos.

Diciendo esto salimos juntos, andando aceleradamente para llegar antes que el enfermo entrase en la agonía; y yo dije en el camino al escribano: ya sabe V. que á un pobre testador cuando está enfermo suele faltarle la memoria, por lo que suplico á V. que si es menester le haga alguna de mi lealtad y de mi zelo. Yo te lo prometo, me respondió, y fiate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y asi por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le exortaré á que te deje alguna manda de consideracion. Cuando llegamos á casa hallamos

todavía al enfermo despejado, y cabal en todos sús sentidos. Estaba junto á él la señora Jacinta con la cara bañada en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al canónigo á que la dejase lo mejor que tenia. Quedó el escribano solo con el amo, y los dos nos salimos á la antesala donde encontramos al cirujano, que venia á hacerle la última sangría. Deténgase, maestro Martin, le dijo el ama, ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangraréis como gustareis cuando haya acabado.

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que encontrándome al paso, dándome una palmadita sobre el hombro, y sonriéndose, me dijo: *no nos hemos olvidado de Gil Blas*: palabras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras á Dios despues de su muerte, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado el cirujano, el pobre viejo, que ya estaba casi exangue, espiró en el mismo momento. Apenas acababa de exalar el último suspiro, cuando entró el médico, que quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar cuanto antes á sus enfermos. Con todo eso, lejos de atribuir su

muerte á tanta agua y á tantas sangrías, volvió las espaldas diciendo con frialdad que habia muerto, porque le habian sangrado poco y no le habian dado bastante de beber. El ejecutor del soberano medicamento, quiero decir, el cirujano, viendo que ya no se tenia necesidad de su ministerio, se partió tambien siguiendo al doctor Sangredo.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la señora Jacinta, Inesilla y yo comenzamos una música de fúnebres alaridos, que fue oida de toda la vecindad. La beata, sobre todo, que tenia mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecia la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraida mas de la curiosidad que de la compasion. Los parientes del difunto se presentaron tambien muy luego, y hallaron tan desconsolada á la beata, que se persuadieron á que el canónigo habia muerto *ab intestato*. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento revestido de las formalidades necesarias; y cuando vieron que el testador dejaba las mejores alhajas á la señora Jacinta y á su nieta, hicieron una oracion fúnebre del canónigo poco decorosa á su memoria, apostrofando al mismo tiempo á la beata, y dándome á mí algunas alabanzas, que verdaderamente no merecia. El licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se esplicaba

asi en el artículo del testamento que hablaba conmigo. *Item, por cuanto Gil Blas es un mozo que tiene algun tinte de literatura, para que acabe de perfeccionarse, y se haga hombre sabio, le dejo mi librería con todos los libros y manuscritos, sin escepcion.*

No sabia yo dónde podia estar la tal soñada librería, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en el cuarto del canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles: y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se intitulaba el *Cocinero perfecto;* otro trataba *de la indigestion, y del modo de curarla.* Los demas eran las cuatro partes del breviario, algo roidas de ratones, mugrientas, y llenas de sudor. En cuanto á los manuscritos, los mas curiosos eran todos los autos de un pleito que habia litigado el canónigo para entrar en la prebenda. Despues que examiné mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, le abandoné á los parientes del difunto, que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia á cuestas, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuime á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la señora Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el canónigo la habia dejado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.

CAPITULO III.

Entra Gil Blas á servir al doctor Sangredo, y se hace famoso médico.

Resolví ir á buscar al señor Arias de Londoña, para escoger en su registro otra casa donde servir; pero cuando estaba ya muy cerca del rincon donde vivia me encontré con el doctor Sangredo, á quien no habia visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro trage, y mostrando particular gusto de verme: hijo mio, me dijo, ahora mismo iba pensando en tí. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir. Como V. no pida mas, délo todo por hecho. Pues siendo asi, replicó, vente conmigo, por que tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegremente, te trataré con distincion, no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirte con decencia, te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades, y en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Armóme el plan, y acepté la proposicion del doctor, con la esperanza de hacerme un ilustre médico bajo la disciplina de tan gran maestro. Llevóme luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reducíase este á escribir el nombre, la calle y casa donde vi-

vian los enfermos que le llamaban mientras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la cual se reducia toda su familia: pero sobre no saber palabra de ortografía, escribia tan mal, que por lo comun no se podia entender lo que escribia. Encargóme, pues, á mí este registro que se podia intitular con razon *registro mortuorio*, ó *libro de difuntos*, porque morian casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribia, por decirlo asi, los nombres de los que querian partir de este mundo; ni mas ni menos como en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruage ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el doctor Sangredo era el médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una locuela especiosa, sostenida de cierto aire grave, y al mismo tiempo meloso, junto con algunas afortunadas curas, que fueron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho el oficio y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivia muy frugalmente. Peras, habas y manzanas cocidas, con un poco de queso, era nuestra comida ordinaria. Decia que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no queria que

nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon. Pero si á la criada y á mí nos prohibia comer mucho, en recompensa nos permitia beber agua á discrecion. Lejos de andar en esto con escasez, nos decia muchas veces: bebed, hijos mios ; la salud consiste en que todas las partes de la máquina se conserven blandas, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella lo acelera. Está rápido y precipitado? lo detiene. Estaba el buen doctor tan persuadido á esto, que aun él mismo no bebia mas que agua, sin embargo de hallarse ya enedad muy avanzada. Definia la vejez diciendo era una tísis natural, que nos deseca y nos consume. Fundado en esta definicion, deploraba la ignorancia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. Sostenia que antes bien los desgasta y los destruye, diciendo muy elegantemente que aquel licor, asi para los viejos como para todos los demas, era un amigo traidor, y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos raciocinios, á los ocho dias que estuve en aquella casa padecí una disenteria, acompañada de crueles dolores de estómago , lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal* y á la mala calidad de los alimentos que usaba. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendria á condescender y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor

para rendirse á semejante condescendencia. Si te disgusta mucho el agua pura, me dijo, hay mil arbitrios para corregir el desabrimiento de las bebidas acuosas. La flor de sauco y la betónica las comunica un gusto delicioso, y si quieres que lo sea mucho mas mezcla un poco de flor de romero, de clavel, ó de cocliaria.

Por mas que ponderase las escelencias del agua, y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas esquisitas (sin que para nada fuese necesario el vino) la bebia yo con tanta moderacion, que advirtiéndolo él me dijo un dia: ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud. Tú, amigo mio, no bebes lo que basta. El agua bebida en poca cantidad solo sirve para desenredar las partecillas de la bilis y darlas mayor vigor y mayor actividad, cuando era necesario anegarlas en algun líquido diluyente. No temas, hijo, que la abundancia del agua debilite, ni enfrie demasiado tu estómago. Lejos de tí ese terror pánico con que miras la frecuencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador del buen suceso, y si no tienes satisfaccion de la fianza, el divino Celso saldrá á confirmarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos espresos, que los que por beber vino se escusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña para encubrir su sensualidad.

Como yo iba á perder mucho en dar pruebas

de indócil, cuando daba principio á la carrera de la medicina, mostré que me hacia fuerza la razon, y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí, pues, en beber agua, bajo la garantía de Celso; ó por mejor decir comencé á anegar la bilis, bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas incomodado, pudo mas la preocupacion que la esperiencia. Tenia, como se ve, una admirable disposicion para ser médico. Sin embargo, no pudiendo resistir mas á la violencia de los males que me atormentaban, tomé la resolucion de abandonar la casa del doctor Sangredo; pero este me honró con un nuevo empleo, el cual me hizo mudar de pensamiento. Mira, hijo, me dijo un dia, yo no soy de aquellos amos ingratos y duros, que dejan envejecer los criados en la servidumbre, sin pasarles por el pensamiento el recompensar los servicios. Estoy contento de tí, te amo, y sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo quiero hacer tu fortuna. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas fino del saludable arte que profeso tantos años ha. Los otros médicos le hacen consistir en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas : yo pretendo abreviar un camino tan largo, y ahorrarte el trabajo de estudiar la física, la farmacia, la botánica y la anatomía. Sábete, amigo, que para curar todo género de males no es menester mas que sangrar y beber agua caliente. Este es el gran secreto

para curar todas las enfermedades del mundo. Sí : este maravilloso secreto que yo te comunico y la naturaleza no pudo ocultar á mis profundas observaciones, quedándose impenetrable á mis hermanos y compañeros, se reduce á solos dos puntos : sangrías y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes á fondo toda la medicina, y si te aprovechas de mis largas esperiencias serás tan gran médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro, y por las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo cuidaré de la nobleza y del clero : tú visitarás los del estado general que me llamaren, y cuando hayas trabajado algun tiempo haré que seas incorporado en nuestro gremio. Hé aqui, Gil Blas, que ya eres sabio sin ser médico, cuando otros por muchos años y quizá por toda la vida, son médicos sin ser ni haber sido jamas sabios.

Rendí gracias al doctor por haberme hecho en tan poco tiempo capaz de ser sustituto suyo, y en señal de mi agradecimiento le dí palabra de que toda la vida seguiria á ciegas sus opiniones, aunque fuesen contrarias á las del mismo Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo sincera, porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua, y en mi corazon determiné beber vino siempre que tuviese ocasion cuando visitase los enfermos. Se-

gunda vez me desnudé de mi vestido, y tomé otro de mi amo para comparecer en aire de médico. Hecho esto me dispuse á ejercitar la medicina á costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un alguacil que adolecia de la pleura. Ordené que le sangrasen sin misericordia, y le diesen de beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un pastelero á quien la gota le hacia poner los gritos en el cielo. No perdoné á su sangre, ni fui con él menos liberal de agua que lo habia sido con el alguacil. Valiéronme doce reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo oficio, que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del pastelero encontré con Fabricio, á quien no habia visto desde la muerte del licenciado Sedillo. Miróme atento y suspenso por algun tiempo, y despues prorumpió en una carcajada tan grande que parecia iba á reventar de risa. No era ello sin razon. Llevaba yo una capa tan larga, que me llegaba á los talones; la chupa y el calzon eran tan anchos, que sobraria mucho á dos cuerpos como el mio. En fin mi figura podia pasar por una muy grotesca y original. Dejéle desahogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado si no me contuviera el decoro de la calle y la representacion de médico, que no parece animal risible por su seria gravedad. Si mi ridículo trage habia escitado la risa de Fabricio, mi mas

ridícula y afectada seriedad se la redobló, y despues que se rió á toda satisfaccion: ¡vive Dios, Gil Blas, esclamó, que estás magníficamente equipado! ¿Quién diablos te ha enmascarado asi? Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sábete que soy sustituto del doctor Sangredo, el médico mas famoso de Valladolid. Tres semanas ha que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado á fondo la medicina, de manera que visito parte de sus enfermos por aliviarle. Él va á las casas grandes, y yo á las pequeñas. ¡Bellamente! replicó Fabricio: eso en buen romance quiere decir te ha abandonado á tí la sangre plebeya, y él se ha reservado la ilustre. Te doy el parabien de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque á un médico le conviene mas ejercitar su oficio con la gente pobre que con la del gran mundo. ¡Vivan los médicos de aldea y de arrabal! sus yerros son menos conocidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo: tu suerte me parece la mas envidiable, y (por hablar á manera de Alejandro) si yo no fuera Fabricio querria ser Gil Blas.

Para que conociese el hijo del barbero Nuñez que no exageraba ni mentia en dar tantas alabanzas á mi presente condicion, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y despues nos entramos los dos en una taberna para

beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el cual me pareció mucho mejor de lo que era, por la gran gana que tenia de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos, y (con licencia del oráculo latino) al paso que iba bebiendo conocí que el estómago se me quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvímonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos burlamos largamente de nuestros respectivos amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche nos retiramos, quedando apalabrados de que á la tarde siguiente nos volveríamos á ver en el mismo sitio.

CAPITULO IV.

Prosigue Gil Blas ejerciendo la medicina con tanta felicidad como talento. Aventura de la sortija perdida y despues recobrada.

No bien habia yo entrado en casa cuando tambien volvió á ella el doctor Sangredo. Díle cuenta de las visitas que habia hecho, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habian valido mis recetas. Ocho reales, me dijo, por dos visitas, son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos, y embolsándose los seis me dió solos dos. Toma, Gil Blas, prosiguió, ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la cuarta parte de lo que me

toca á mí. Presto serás rico, amigo mio, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la cuarta parte de lo que recibia, y cediéndome el doctor la otra cuarta parte de lo que yo le entregaba, venia á ser, si no me engaña mi aritmética, tocarme la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al dia siguiente, luego que comí volví á echarme á cuestas el hábito de sustituto, y proseguí mi campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo habia registrado, y á todos receté los mismos medicamentos aunque adolecian de muy diferentes enfermedades. Hasta aqui las cosas caminaban viento en popa, y ninguno, gracias al cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un médico, por escelente que sea. Entré en casa de un droguista que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto mediquillo de color amulatado, que se llamaba el doctor Cuchilla, traido alli por un pariente del mercader. Hice profundas reverencias á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teníamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad, y despues de haberme mirado atentamente: señor doctor, me dijo, yo conozco á todos los

médicos de Valladolid, hermanos y compañeros mios, pero confieso que la cara de V. me es absolutamente desconocida, por lo que es preciso que V. haya venido á establecerse en esta ciudad de muy poco tiempo á esta parte. Yo, señor, le respondí, soy un jóven platicante, que trabajo á la sombra y bajo los auspicios del doctor Sangredo, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca. Doy á V. el parabien, me replicó muy cortesanamente, de que haya abrazado el método de un hombre tan grande. No dudo que será V. habilísimo aunque tan mozo todavía. Dijo esto en un tono tan natural, que no pude discernir si hablaba de veras ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que le habia de replicar, cuando el especiero tomó la palabra y nos dijo: señores, tengo por cierto que Vds. saben perfectamente la medicina, y asi les suplico que si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo yo hacer para lograr el consuelo de ver á mi hijo sano.

Oyendo esto el doctorcillo enano comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo tratarla. Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los dias, y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. Al oir esto el médico pulga, me preguntó con cierto airecillo maligno y socarron: ¿y cree V. que con esos escelentes remedios se salvará la

vida del enfermo? Y como que lo creo, respondí con resolucion y firmeza: sin duda se conseguirá ese efecto, pues son los dos específicos mas universales y mas seguros contra todo género de enfermedades; y sino que lo diga el doctor Sangredo. Segun eso, replicó el doctor Cuchilla, se engañó mucho Celso, y escribió un disparate muy gordo cuando firmó de su mano que para facilitar la curacion de un hidrópico será muy conveniente dejarle padecer mucha hambre y mucha sed. Oh! le respondí: yo no tengo á Celso por mi oráculo. Engañóse, como se engañaron otros, y algunas veces tengo gran gusto en ir abiertamente contra sus opiniones. Conozco en el discurso de V., repuso Cuchilla, la práctica segura y llena de satisfaccion que el doctor Sangredo pretende inspirar á todos los jóvenes profesores. La sangría y la bebida es su medicina universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres de bien perezcan entre sus manos.... Dejémonos de invectivas, le interrumpí yo algo secamente. Cae mal en un hombre de la profesion de V. tocar esa tecla. Sin sacar sangre, y sin dejarlos beber, se han enviado muchos hombres á la sepultura, y quizá V. habrá despachado á ella mas que otros. Si V. tiene algo contra el señor Sangredo, escriba contra él, que el señor Sangredo responderá, y entonces verémos por cuál de los dos estan los silbos. Por Santiago, prorumpió lleno ya de cólera el doctorcillo

mostaza, que V. no conoce al doctor Cuchilla. Sepa, pues, amigo mio, que tengo garras y pico, y que de ningun modo me pone miedo Sangredo, el cual, mal que le pese á su vanidad y presuncion, en suma no es mas que un original sin copia. La figura del mediquillo pimienta me hizo despreciar su cólera. Respondíle con desprecio: correspondióme con el mismo; y dentro de poco vinimos á las manos. Dímonos algunos cachetes, y nos arrancamos uno á otro un puñado de cabellos antes que el especiero y su parienta nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido pagáronme mi visita, y detuvieron á mi antagonista, que verisímilmente les pareció mas hábil y mas inteligente que yo.

Pasada esta aventura faltó poco para que me sucediese otra. Fui á visitar á cierto sochantre, hombre corpulento y de un grueso vozarron, que estaba con calentura. Apenas me oyó hablar de agua caliente cuando se mostró tan contrario á este remedio, que comenzó á jurar. Díjome un millon de injurias, y aun me amenazó que me echaria por una ventana. Salí de aquella casa mas apriesa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel dia, y me fui derecho á la taberna de lo caro, donde la víspera habiamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teniamos buenas ganas de beber, bebimos largamente, y despues nos retiramos cada uno á su respectiva casa, entrambos en buen estado, quiero

decir entre dos vinos. No conoció el doctor Sangredo el achaque de que yo adolecia: porque le conté con tanta viveza lo que me habia sucedido con el otro doctorcillo, que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas á la mocion y cólera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró un poco con el doctor Cuchilla; y asi me dijo: hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, ó por mejor decir, embrion de nuestra facultad. Pues qué ¿ pretende el grandísimo ignorante que no se deben permitir á los hidrópicos las bebidas acuosas? ¡ Pobre mentecato! Pues yo sustentaré delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías, y que es un específico igualmente adaptado para estas, como para los reumatismos y la opilacion. Es tambien muy oportuna para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo y por otra le hielan, y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios, serosos, flegmáticos y pituitosos. Esta opinion solo parece estraña á los mediquillos desbarbados, principiantes, incapaces de pensar y de hablar como filósofos; pero es muy probable en buena medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar la razon en que se funda, en vez de desacreditarme se harian todos dis-

cípulos mios, ó á lo menos mis mas zelosos partidarios.

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido; pues por irritarle mas adredemente habia yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dejó de advertir que aquella noche habia bebido mas agua de la que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia alterado un poco. Cualquiera otro que no fuese el doctor Sangredo habria maliciado un poco de la grande sed que me aquejaba y de los sendos vasos de agua que bebia; pero él creyó buenamente que yo iba entrando en devocion con las bebidas acuosas: y asi me dijo sonriéndose: amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mia que la bebes como pudieras el mas delicioso néctar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarias á este soberano licor. Señor, le respondí, dice bien aquel refran: *cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento.* Lo que es ahora, crea su merced que daria una cuba entera de vino por un solo azumbre de agua. Quedó tan encantado el doctor con esta respuesta, que tomó de ella ocasion para ponderar las escelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frio,

sino como un orador entusiasmado. Mil, y aun mil millones de veces (esclamó) eran mas estimables y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos los termópolis de los siglos pasados, donde no se iba á prostituir vergonzosamente la hacienda y la vida anegándose en el vino, sino que concurrian á divertirse honestamente, y á beber agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sabia providencia de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente recurrir á beber agua á su satisfaccion, haciendo encerrar el vino en las bodegas de los boticarios, con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber sino por receta de médico. ¡O qué rasgo de prudencia! sin duda (añadió) que por una reliquia de la antigua frugalidad, digna del siglo de oro, se conservan aun el dia de hoy algunas pocas personas que, como tú y como yo, solamente beben agua, persuadidas á que se preservarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente, que no haya hervido, porque tengo observado que la hervida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir se queda solo caliente.

Mas de una vez temí reventar de risa mientras mi amo discurria en el asunto con tanta elocuencia. Con todo eso me mantuve serio, y aun hice mas. Mostré ser del mismo

sentir que el doctor Sangredo; abominé el uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenian la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Despues de esto, como todavía me sentia con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo. Vamos, señor (dije á mi amo), hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellos antiguos termópolis, de cuya falta tanto se lamenta V. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo exortando á que bebiese siempre agua. Prometíle que la beberia toda la vida; y para cumplir mejor mi palabra me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pasado que habia tenido en casa del especiero no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrías y agua caliente. Al salir de casa de un poeta, que padecia una especie de frenesí, me encontré con una vieja la cual se llegó á mí y me preguntó si era médico. Respondíla que sí, y ella me suplicó con mucha humildad que me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispuesta una nieta suya, que se sentia mal desde el dia anterior, ignorando cuál fuese su enfermedad. Seguíla, y guiándome á su casa me hizo entrar en un cuarto adornado con muebles muy decentes, donde ví á una muger en la cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde

luego me dió golpe su traza, y despues de haberla mirado con alguna (mayor) atencion por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que toca á ella me pareció que no me habia conocido, ya fuese por el abatimiento de su mal, ó ya por el trage de médico en que me veia. Pedíla el brazo para tomar el pulso, y ví que tenia en un dedo una sortija. Sentí una terrible conmocion cuando reconocí una alhaja á la cual tenia yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mugeres luego comienzan á gritar, y temiendo que acudiese á su defensa el dichoso D. Rafael, ó algun otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexo para acudir á sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme que era mejor disimular por entonces, hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Mientras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecia su pretendida ó su verdadera nieta. No fui tan mentecato que quisiese confesar que no le conocia. Antes bien, haciendo del hombre sabio, dije con mucha gravedad que todo pendia de falta de transpiracion, y por consiguiente era menester sangrarla cuanto antes, y humedecerla bien, haciéndola beber agua caliente en cantidad, para curarla segun las reglas,

Abrevié la visita cuanto pude, y fuime derecho á buscar al hijo de Nuñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecia conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja prendiendo á Camila. No por cierto, me respondió: no pienses en tal disparate: ese seria el medio mas seguro para que nunca vieses en tu mano la sortija. Esta gente no es muy inclinada á hacer restituciones. (Acuérdate de lo que te sucedió en Astorga. Tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar á nuestra industria si quieres volver á juntarte con tu desgraciado diamante.) Déjamelo pensar á mí mientras voy á dar un recado de mi amo al proveedor del hospital; tú espérame á la taberna de que somos parroquianos, y tén un poco de paciencia, que presto nos verémos.

Habia mas de tres horas que le estaba esperando cuando al cabo pareció. Al principio no le conocí. Habia mudado de trage: traia el pelo tendido, que le cubria parte de la cara, y unos mostachos postizos, que le tapaban lo demas de ella: del cinto le colgaba una espada larga, cuya empuñadura tenia, por lo menos, tres pies de circunferencia; y venia al frente de cinco hombres, todos con las cabezas erguidas, y con semblantes determinados ni mas ni menos como él, y todos con sus bigotes retor-

cidos, apuntalados con sendas perillazas. Servitor, señor Gil Blas, me dijo acercándose á mí con resolucion y despejo. Aqui tiene V. un alguacil de nuevo cuño, y en esta brava gente que me acompaña unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de V. el guiarnos á casa de la muger que le robó el diamante, y yo le empeño mi palabra que le recobrará. Abracé á Fabricio luego que le oí este discurso, conociendo por él el estratagema que habia discurrido por favorecerme, aprobando mucho el arbitrio que habia imaginado. Saludé tambien á los fingidos ministriles, los cuales eran tres criados y dos aprendices de barberos, todos amigos suyos, á quienes habia persuadido que hiciesen aquel papel. Mandé que trajesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos enderezamos todos á la casa de Camila. Llamamos á la puerta, que ya encontramos cerrada. Vino á abrirla la vieja, y creyendo que eran ministros de justicia los que venian conmigo, y que no iban á su casa sin algun mal fin, se llenó la pobre de terror. No se turbe, madre, la dijo Fabricio con cierta maligna dulzura, que no venimos por mal, sino por un negocio de poca consideracion que presto se acabará. Diciendo esto nos fuimos introduciendo hasta el cuarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba delante alumbrando con una vela en un candelero de plata. Tomé yo el candelero, y acercándo-

me á la cama, aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor: infame (la dije) ¿conoces ahora aquel crédulo Gil Blas, á quien tan villanamente engañaste? En fin ya te he encontrado, malvada. El corregidor dió oidos á mi querella, y órden á estos señores para arrestarte y encerrarte en un calabozo. Ea, pues, señor alguacil, dije á Fabricio, cumpla lo que le han mandado, y haga lo que le toca. No necesito, respondió con voz ronca y desabrida, que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena alhaja, pues tiempo ha que está escrita y registrada en mi libro de memoria. Levántese, reina mia, y vístase prontamente, que yo tendré el honor de irla sirviendo de escudero, si lo lleva á bien, hasta la cárcel pública de esta ciudad.

Al oir esto Camila, aunque parecia tan postrada, advirtiendo que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y con las manos juntas, en tono de suplicante, mirándome con ojos en que se veia pintada la desolacion y el terror: señor Gil Blas, me dijo, tenga V. misericordia de mí: esto le pido por aquella su casta madre que le dió á luz despues de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa todavía fui mas desgraciada que delincuente. Voy á restituirle su diamante, y por amor de Dios no me quiera perder. Diciendo esto sacó del dedo la sortija y me la puso

en la mano. Pero yo la respondí que no me contentaba con solo el diamante, sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que me habia robado en la posada. Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida V. á mí; pídaselos al traidor D. Rafael, á quien no he visto desde entonces acá, que aquella misma noche se los llevó. ¡Ah bribona! interrumpió Fabricio, ¿pues qué? ¿no hay mas que decir que no tuviste arte ni parte en ello, para darte por legítimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice de D. Rafael para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida. Sin duda que tendrás archivadas en tu conciencia bellas cosas. Ven, ven á la cárcel, donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañía á esta buena vieja, que juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos que el señor corregidor no sentirá saber.

Al oir esto las dos mugeres no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos, llantos y lamentos. Mientras la vieja puesta de hinojos, ya delante del alguacil, ya delante de los ministriles, procuraba escitar su compasion, Camila del modo mas tierno y patético del mundo me suplicaba y conjuraba la librase de manos de la justicia. Fingí que me ablandaba, y dije al hijo de Nuñez: señor alguacil, puesto que ya he recobrado mi diamante se me da poco por lo demas.

No deseo que se hagan mas vejaciones, ni sea mas afligida esta pobre muger; porque no quiero la muerte del pecador. ¡Bueno por Dios! (me respondió); V. es muy flojo de muelles, y no valia un cuerno para alguacil. Yo no puedo menos de cumplir con mi obligacion, y el señor corregidor espresamente me mandó que prendiese á estas damas, porque quiere su señoría hacer con ellas un ejemplar que sirva de escarmiento. De gracia, le repliqué, sírvase V. hacer por mí alguna cosa, y aflojar un tantico el rigor de la órden, en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. Oh, señor doctor, repuso Fabricio, eso es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea, pues, veamos lo que me quiere regalar. Daréle á V., dijo Camila, un collar de perlas y unos pendientes de piedras que valen buen dinero. Sí, respondió Fabricio taimadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tio el gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Respondo que son finas, dijo Camila; y al mismo tiempo mandó á la vieja trajese una cajita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del señor alguacil. Y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dejó de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas asi las piedras de los pendientes, como las perlas del collar. Estas alhajas (dijo

despues de haberlas atentamente considerado) me parecen de buena ley: si se añade á ellas el candelero que el señor Gil Blas tiene en la mano, ni yo mismo me atreveré á salir por fiador de mi obediencia al señor corregidor. No creo, dije entonces á Camila, que por tal friolera querrá V. romper una composicion que la tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero, se la entregué á la vieja, y alargué este á Fabricio, que contentándose con ello, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar fácilmente, dijo á las dos mugeres: á Dios, reinas mias, y pierdan cuidado, que voy á hablar al señor corregidor, y á dejarlas con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino cuando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.

CAPITULO V.

Prosigue la aventura de la sortija; deja Gil Blas la medicina, y se ausenta de Valladolid.

Ejecutado tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio, salimos de casa de Camila alabándonos de un suceso que habia superado nuestras esperanzas, porque solo habiamos ido

á recobrar una sortija y nos llevamos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mugeres del partido, creiamos haber hecho un acto meritorio. Señores, dijo Fabricio luego que estuvimos en la calle, soy de parecer que para coronar esta bella hazaña, vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasarémos alegremente la noche. Mañana venderémos el collar, los pendientes y el candelero: harémos nuestras cuentas, y repartirémos el dinero como hermanos. Hecho esto cada uno se irá á su casa, y discurrirá lo que mejor le pareciere para escusarse de haber pasado la noche fuera de ella. Tuvimos por muy prudente y juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos, pues, todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que fácilmente encontrarian algun buen pretesto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse órden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos á la mesa con tanto apetito como alegría. Durante la cena se suscitaron especies graciosísimas; sobre todo Fabricio, que era fecundísimo, y hombre de gran talento para mantener siempre viva la conversacion, y divertir á toda la compañía. Ocurriéronle mil dichos llenos de sal española, que nada debe á la sal ática; pero estando en lo mejor de la diversion y de la risa, turbó nues-

tra alegría un lance inesperado, y sumamente desagradable. Entró en el cuarto donde estábamos un hombre bastante bien plantado, á quien acompañaban otros dos de muy mala catadura. Tras estos entraron otros tres, y en fin de tres en tres fueron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas. Conocimos que eran ministros verdaderos de justicia, y fácilmente penetramos su intencion. Al principio pensamos en defendernos, pero en un instante nos rodearon y nos contuvieron, asi por su mayor número como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego. «Señores, nos dijo el comandante con cierto airecillo burlon, tengo noticia de la delicada y graciosa invencion con que Vds. han retirado de las manos de cierta aventurera no sé qué preciosa sortija. El estratagema fue ingenioso y escelente, tanto que merece ser públicamente premiado: recompensa que no se les puede á Vds. negar. La justicia, que tiene destinado á Vds. digno alojamiento en su misma casa, no dejará ciertamente de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio.» Quedaron desconcertadas todas las personas á quienes se dirigió aquel discurso. Mudamos todos de tono y de semblante, llegándonos la vez de esperimentar el mismo terror que habiamos inspirado en casa de Camila. Sin embargo Fabricio, aunque pálido y casi enteramente perdido, intentó justificarnos. Señor, dijo todo trémulo, nuestra intencion fue

sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente superchería. ¿Qué diablos? replicó el comandante con viveza, ¿á esa llamas tú superchería inocente? ¿Ignoras por ventura que huele á cáñamo, ó cuando menos á baqueta, esa inocentísima superchería? Fuera de que á ninguno le es lícito hacerse justicia á sí mismo por sus propias manos, os llevasteis, ademas de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata, y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es, que para hacer este robo os fingisteis ministros de justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villanía y cometer tal maldad! ¿Os parece esta una venialidad que se lava con agua bendita? Muy dichosos seréis si solo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla. Cuando acabamos de comprender que la cosa era mas seria de lo que nosotros nos habiamos imaginado, nos arrojamos todos á sus pies, y le suplicamos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud; pero fueron inútiles todos nuestros clamores. Despreció con indignacion la proposicion que le hicimos de abandonarle el collar, los pendientes y el candelero. Ni tampoco quiso admitir la sortija que verdaderamente era mia, quizá porque se la ofrecia á presencia de tantos testigos. En fin estuvo inexorable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la cárcel. En el

camino me contó uno de los alguaciles como la vieja que vivia con Camila, sospechando que no éramos gente de justicia, nos habia seguido á lo lejos hasta la taberna, y que teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda.

En la cárcel nos registraron á todos hasta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes y el candelero, como tambien á mí aquella sortija con rubíes de las Filipinas, que por desgracia habia metido en un bolsillo : ni aun siquiera me dejaron los pocos reales que aquel dia me habian valido mis recetas. Por donde conocí que los ministriles de Valladolid sabian tan bien su oficio como los de Astorga, y que toda aquella gentecilla vestia el mismo uniforme y tenian unas mismísimas modales. Mientras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demas que encontraron, el oficial que mandaba la ronda, y se hallaba presente, referia nuestra aventura á los ejecutores del espolio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban la horca sin remedio. Otros menos severos decian que la cosa se podia componer con doscientos azotes y algunos años de servicio en galeras. Mientras resolvia sobre esto el corregidor, nos encerraron en un oscuro calabozo, donde dormimos sobre paja estendida ni mas ni menos como se estiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo y no salir de alli sino

para ir á galeras, si al dia siguiente no hubiera oido el señor Manuel Ordoñez lo que habia sucedido, y desde luego resolvió hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la cárcel, lo que no podia ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre muy bien quisto en todo Valladolid. Hizo tantos empeños y removió tanto, que al cabo de tres dias nos vimos todos libres. Pero no salimos de prision como habiamos entrado. El collar, los pendientes, el candelero, y hasta mi pobre rubí, todo se quedó allá. Esto me trajo á la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos, non vobis*, etc.

Luego que nos vimos fuera de la cárcel, nos fuimos todos á buscar nuestros respectivos amos. Recibióme muy bien el doctor Sangredo: mi pobre Gil Blas, me dijo, no supe tu desgracia hasta esta mañana, y estaba pensando en empeñarme fuertemente por tí. Es menester, amigo, no desconsolarte ni acobardarte por este accidente; antes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la medicina. Respondíle que ese era mi ánimo, y con efecto me apliqué enteramente á ella. Lejos de faltarme en qué trabajar, nunca hubo mas enfermos, como me lo habia pronosticado mi amo. Introdujéronse fiebres epidémicas en la ciudad y arrabales. Teniamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos, por lo que se deja conocer la mucha agua que se beberia, y la gran cantidad de sangre que se derramaria.

Mas yo no sé cómo era esto: todos se nos morian, ó porque nosotros los curábamos mal (lo cual claro está que no podia ser) ó porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo haciamos tercera visita, porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enterrado, ó á lo menos que estaba agonizando. Como todavía era yo un médico novicio, poco acostumbrado á los homicidios, me afligia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar. Señor (dije un dia al doctor Sangredo): yo protesto al cielo y á la tierra, que sigo exactamente el método de V., con todo eso mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir, no mas que por tener el gusto de desacreditar nuestra medicina. Hoy mismo encontré dos que llevaban á enterrar. Hijo, me respondió, poco mas poco menos lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos: y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creeria que mis remedios eran enteramente contrarios á las enfermedades que trato. Señor, le repliqué, si V. quisiera creerme seria yo de sentir que mudásemos de método. Probemos por curiosidad á usar en nuestras recetas de preparaciones químicas. Lo peor que nos podrá suceder será lo mismo que esperimentamos con nuestra agua y con nuestras sangrías. De buena gana, me respondió, haria yo esa prueba

si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que exalto hasta los cielos el frecuente uso de la sangría y del agua; ¿y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra? ¡Oh! repuse yo, siendo asi no es razon dar ese triunfo á sus enemigos. Dirian que V. se habia desengañado, y le quitarian el crédito. Perezca antes el pueblo, nobleza y clero, y vamos nosotros adelante con nuestra tema. Al cabo nuestros compañeros, á pesar de lo mal que estan con la lanceta, no veo que hagan mas milagros que nosotros, y creo que valen tanto sus drogas como nuestros específicos.

Fuimos, pues, continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas hicimos mas viudas y huérfanos que vió el famoso sitio de Troya. Parecia que habia entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros que habia. Todos los dias se dejaba ver en nuestra casa un padre que nos pedia un hijo, á quien habiamos echado en la sepultura, ó un tio que se quejaba de que habiamos muerto á su sobrino. Pero nunca veiamos á un sobrino ó á un hijo que viniese á darnos las gracias porque con nuestros remedios hubiésemos dado la salud á su padre ó á su tio. Por lo que toca á los maridos tambien eran discretos: ninguno vino á lamentarse de nosotros porque hubiese perdido á su muger. Con todo eso algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su dolor. Tratábannos de ignorantes, de

asesinos, de verdugos, sin perdonar á los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epitetos groseros; pero mi maestro, que estaba muy hecho á ellos, los oia con la mayor tranquilidad y con una sangre muy fresca. Acaso tambien yo me hubiera acostumbrado con el tiempo á las injurias, si el cielo, quizá por librar de ese azote mas á los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que apagó en mí el gusto á la medicina, que ejercitaba con tan infeliz suceso.

Habia cerca de nuestra casa un juego de pelota, donde concurria diariamente toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdona-vidas de profesion, que se erigen en maestros y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes ocasiones. Era vizcaíno, y se hacia llamar D. Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco, pero muy fornido de miembros. Sus ojos pequeños y centelleantes, que parecian girarle por la cabeza, y amenazar á todos los que le miraban; nariz chata y espatarrada, como derramada sobre una cara de figura piramidal, y unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna subian hasta las sienes. Su voz era tan áspera y tan bronca, que bastaba oirla para cobrar terror. Este rompe-palas se levantó con el mando del juego de la pelota. Resol-

via soberana y definitivamente todas las disputas que se suscitaban entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con ellas tenia seguro al dia siguiente un desafío. Tal cual le acabo de pintar, ni mas ni menos, era el señor D. Rodrigo, sin que el *Don*, que siempre iba delante de su nombre, le dispensase de ser un hombre plebeyo. Este tal hizo una grande impresion en el corazon de una muger que era la dueña del juego. Tenia esta cuarenta años, era rica, agradable, y habia quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. (Seria sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan y ninguno sabe esplicar.) Sea lo que fuere, el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Cuando estaba ya para concluirse el tratado cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mí el ser su médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarian mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de cuatro dias llené de luto el juego de pelota, porque envié la pelotera donde enviaba á mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de cuanto dejó. Don Rodrigo con la desesperacion de haber perdido á su dama, ó por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan venta-

joso, no contento con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me pasaria de parte á parte la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mio caritativo, y me aconsejó que no saliese de casa por no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no debia despreciar, me llenó de miedo y turbacion. Continuamente me imaginaba que veia entrar en casa al furioso vizcaíno; y este pensamiento no me dejaba reposar. Obligóme en fin á abandonar la medicina y á buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á tomar mi vestido bordado; despedíme de mi amo, que por mas que hizo no me pudo contener, y al amanecer del dia siguiente salí de la ciudad, temiendo siempre de encontrar á D. Rodrigo de Mondragon en el camino.

Cap. XXI

CAPITULO VI.

A dónde se encaminó Gil Blas cuando salió de Valladolid, y qué especie de hombre se incorporó con él.

Caminaba muy aprisa, y de cuando en cuando volvia á mirar atras para ver si me seguia el formidable vizcaíno. Teníale tan presente en mi imaginacion, que cada bulto y cada árbol me parecia que era él. Cada instante me estaba dando saltos el corazon. Pero despues que anduve una buena legua me sosegué, y prose-

guí mi viage con mayor quietud, dirigiéndome á Madrid, donde habia hecho ánimo de ir. Dejé á Valladolid sin dolor. Solo tenia el de haberme separado de Fabricio, mi amado Pílades, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina: antes bien pedia perdon á Dios de haberla ejercitado. No por eso dejé de contar el dinero que me llevaba aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos (semejante á las mugeres públicas, que despues de arrepentidas de su libertinage, no por eso dejan de contar con gusto el dinero que les ha valido). Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creia hacer fortuna. Fuera de eso tenia gran gana de ver aquella corte, que me habian pintado como un compendio de todas las maravillas del mundo.

Mientras iba pensando en lo que habia oido decir de ella, y complaciéndome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba habia de gozar, oí la voz de un hombre, que venia cantando tras de mí á gaznate tendido. Traia á cuestas una maleta, en la mano una guitarra, y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio, que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habian estado presos en la cárcel conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, aunque uno y

otro estábamos en tan diferente trage, y quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel parage. Si yo me mostré alegre por ir en su compañía durante el viage, él no manifestó menos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa por qué dejaba á Valladolid; y él me correspondió diciéndome que habia tenido una pelotera con su maestro, de cuya resulta uno y otro se habian despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aun en Valladolid (añadió él) hubiera encontrado diez tiendas por una; porque, sin vanidad, me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos bigotes. Pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de donde ha diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el aire nativo, y saber en qué estado se hallan mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa muy conocida, mas acá de Segovia.

Resolví ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde alli pasar á Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzamos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor y de muy grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si me sentia con apetito. En llegando al meson lo verémos, le respondí yo. ¿Pe-

ro no se puede tomar antes alguna parva? me replicó él. Yo traigo en las alforjas alguna cosa para almorzar. Cuando camino tengo siempre cuidado de llevar para la bucólica. No gusto de cargar con vestidos, ropa blanca, ni otros trapos inútiles: en mis alforjas solo meto municiones de boca, mis navajas y un poco de jabon, con la vacía á la cinta. Alabé su providencia, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Tenia hambre, y consentí en un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado. Alli sacó su provision el barberillo, y toda consistia en media docena de nueces, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó, como lo mejor y mas precioso de las alforjas, fue una botita llena de un vino que aseguró ser muy delicado y generoso. Aunque los manjares no eran los mas esquisitos ni los mas apetitosos, todavía, como teniamos hambre uno y otro, nos supieron muy bien, y no los desairamos. Vaciamos tambien toda la bota, que hacia dos azumbres, de un vino que, á mi parecer, no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refeccion nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viage con mas vigor y con mayor alegría. El barberillo á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me suplicó que se las con-

tase, para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Parecióme que nada podia negar á un hombre que acaba de regalarme con tan espléndido almuerzo. Díle el gusto que deseaba, y en correspondencia le dije que era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia, no merece cierto ser contada, porque toda ella se reduce á simples hechos. Todavía, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que divertirnos, se la referiré á V. tal cual ella ha sido, y diciendo y haciendo comenzó á referirla poco mas ó menos en los términos siguientes.

CAPITULO VII.

Historia del mancebillo barbero.

Fernando Perez de la Fuente, mi abuelo (porque me gusta tomar las cosas muy de atras), despues de haber ejercitado el oficio de barbero en la noble villa de Olmedo por espacio de cincuenta años, murió dejando cuatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolas, heredó la tienda, y siguió la misma profesion. Beltran, que fue el segundo, se aplicó á mercader, y trató en especiería. El tercero, llamado Tomas, se dedicó á maestro de escuela. El cuarto que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su herencia, y se fue á Madrid, donde esperaba darse á conocer al-

gun dia por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron. Mantuviéronse en Olmedo, y alli se casaron todos tres con hijas de labradores, que trajeron en matrimonio poca dote, pero en cambio de ella una gran fecundidad. Parece que habian apostado á cuál habia de parir mas. Mi madre, que era la muger del barbero, por su parte parió seis en los cinco primeros años de casada, y yo fui uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas, me puso á su oficio. Apenas cumplí quince años cuando un dia me echó á cuestas las alforjas que veis, y ciñéndome esta misma espada á la cinta: ea, Diego (me dijo), ya puedes ganar la vida, vete á correr mundo. Estás algo basto, y te conviene viajar para limarte, como tambien para perfeccionarte en tu oficio. Vete, pues, y no vuelvas á Olmedo hasta haber girado toda España. No quiero oir hablar de tí hasta que hayas hecho todo esto. Dióme un paternal abrazo, tomóme por la mano, y boniticamente me condujo hasta ponerme de paticas en la calle.

Esta fue la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio mas dulce, se mostró mas sentida de mi marcha. Dejó caer de los ojos algunas lágrimas, y aun me metió en la mano un ducado ocultamente y como á escondidas del marido. Salí, pues, de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado doscientos pasos cuando examiné mis alforjas, picándome la cu-

riosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del cual habia dos navajas de afeitar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas, y con un pedacito de jabon. Ademas de eso hallé una camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fueron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. A esto se reducia todo mi haber. Por aqui podrá V. conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, cuando me echó de su casa con tan poca provision. Sin embargo la posesion de un ducado y veinte reales mas no dejó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable; y lleno de alegría proseguí mi camino, mirando de cuando en cuando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba, y me impedia el caminar.

Hácia el anochecer llegué al reducido lugar de Ataquines, con una hambre que ya no podia sufrir. Entré en el meson, y como si me sobrase mucho para el gasto, ordené con voz alta que me trajesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atencion por algun tiempo, y conociendo lo que podia ser yo: sí, me dijo con mucha dulzura, sí, caballerito mio, V. quedará satisfecho, y será servido como un príncipe.

Condújome á un zaquizamí tan pequeño como oscuro, y un cuarto de hora despues me sirvió un plato de machorra, que comí con tanto apetito como si fuera de cabrito ó de ternera mongana. Acompañó el escelente plato con un vino, que (segun él decia) el rey no le bebia mejor. Y aunque conocí muy bien que ya era un vino embrion de vinagre, sin embargo le hice tanto honor como habia hecho á la machorra. Despues era menester, para ser tratado en todo como un príncipe, que me dispusiesen una cama mas propia para despertar á una piedra que para dormir. Figúrese V. una tarima tan corta, que, aun siendo yo pequeño, no podia estender las piernas sin que saliese fuera la mitad. Fuera de eso el colchon de plumas se reducia á una especie de jergon ético y estrujado, sobre el cual se tendia una manta raida y dos ó tres veces doblada, con una sábana de estopa tan negra, que habria servido á cien pasageros despues de la última lavadura. Con todo eso, en la cama que fielmente acabo de dibujar, con la barriga llena de machorra y de aquel precioso vino, que antes describí, gracias á mis pocos años y á mi natural robustez, dormí profundamente, y pasé la noche sin la mas leve indigestion.

Al dia siguiente, despues de haber almorzado, y pagado bien el principesco tratamiento que me habian hecho, me puse de un solo trote en Segovia. Luego que llegué tuve la fortuna

de que me recibieron en una tienda, solamente por la casa y la comida; pero no me detuve alli mas que seis meses. Otro mancebo barbero con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid, me alborotó los cascos, y me enganchó para que le hiciese compañía. Acomodéme luego sin trabajo sobre el mismo pie que en Segovia. Entré en una tienda de las mas frecuentadas, pues su vecindad al corral del Príncipe atraia tanta multitud de parroquianos, que el maestro, dos mancebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Veíanse en esta tienda personas de todas clases y condiciones, pero, entre otras, autores y comediantes. Una vez concurrieron á un mismo tiempo dos personages de la primera clase. Comenzaron á discurrir sobre los poetas y las poesías del tiempo, nombrando á mi tio entre los primeros. Entonces me apliqué á oirlos con mayor atencion. Don Juan de Zavala, dijo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó furiosamente. ¿Y Luis Velez de Guevara, dijo el otro, no acaba de regalarnos con una bellísima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable que su última comedia? Nombraron no sé á cuántos otros poetas, de cuyos nombres no me acuerdo, pero me acuerdo bien que hablaron de ellos muy mal. De mi tio hicieron ambos mas honorífica mencion. Sí, dijo uno de

ellos, Don Pedro de la Fuente es un escelente autor. Sus escritos estan llenos de una gracia y de una erudicion, que al mismo tiempo instruyen y deleitan por su delicada sal. No me admiro de que sea tan estimado en la corte y entre el pueblo, ni de que muchos señores le hayan señalado pensiones. Ha muchos años que goza una gruesa renta. El duque de Medinaceli le da casa y mesa; por lo que gasta poco, y precisamente ha de estar muy bien y tener dinero.

No perdí una sílaba de todo lo que dijeron de mi tio aquellos poetas. Ya sabiamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas que pasaban por Olmedo nos habian informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos habia escrito, y se mostraba tan desviado de nosotros, oiamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien, y que me informé dónde vivia, tuve tentacion de ir á verle y darme á conocer. Solo me detenia el haber oido á los poetas llamarle *Don Pedro*. Aquel *Don* me hacia titubear, recelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tio. Con todo eso vencí al cabo este temor, pareciéndome que asi como habia sabido hacerse sabio podia tambien haber sabido hacerse noble y caballero, y en virtud de eso resolví presentarme á él. Para

esto el dia siguiente, con licencia de mi amo, me vestí lo mas decentemente que pude, y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuelli-erguido por verme sobrino de un hombre cuyo ingenio metia en la corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gente del mundo menos sujeta á la vanidad. Comencé, pues, á tenerme en grande opinion, y caminando con orgullosa gravedad pregunté por la casa de Medinaceli. Enseñáronmela, y entrando en ella supliqué al portero que me dijese cuál era el cuarto del señor D. Pedro de la Fuente. Suba V., me dijo, por aquella escalerilla escusada, mostrándome una que estaba á un rincon del patio, y llame á la primera puerta que encontrare á mano derecha. Hícelo así; llamé á la puerta, y salió á abrir un mocito, á quien pregunté si vivia alli el señor D. Pedro de la Fuente. Sí señor, me respondió, pero ahora no se le puede entrar recado. Lo siento mucho, repliqué yo, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traigo noticias de su familia. Aunque se las trajera V. del Padre Santo de Roma seria lo mismo, ni en este momento le introduciria yo en su cuarto. Está actualmente componiendo; y mientras trabaja no quiere que ninguno entre á interrumpirle ni á distraerle. De nadie se deja ver hasta mediodía, y asi puede V. ir á dar una vuelta, y volver hácia aquel tiempo.

Salíme, pues, y fuime á pasear por Madrid toda la mañana, pensando siempre en el modo

con que mi tio me recibiria. Sin duda, decia yo entre mí mismo, que tendrá un grandísimo gusto de verme y conocerme, porque media su corazon por el mio, y todo se me iba en prevenirme para mostrarle el mas vivo y mas tierno agradecimiento. Al fin volví con toda diligencia á la hora que se me habia señalado. Viene V. muy á tiempo, me dijo el page: presto saldrá mi amo, espere V. aqui, que voy á entrar el recado. Volvió dentro de un instante, y me hizo entrar donde estaba mi tio, cuya vista me dió golpe, porque luego observé en su cara ciertos rasgos de familia. Era tan parecido á mi tio Tomas, que le hubiera tenido por el mismo, si no le viera en aquel trage y en aquel estado. Saludéle con el mas profundo respeto, y le dije que era hijo de Nicolas el barbero de Olmedo, y hermano de su señoría, y que habia tres semanas que estaba en Madrid ejercitando el mismo oficio de mi padre en calidad de mancebo, con ánimo de girar por toda España para perfeccionarme en mi profesion. Mientras le estaba hablando reconocí que mi tio estaba distraido y pensativo, dudando verisímilmente si me reconoceria ó no me reconoceria por sobrino, ó discurriendo algun arbitrio para librarse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido, y afectando un cierto aire jovial y risueño, me dijo: y bien, amigo, ¿cómo están de salud tus padres y tus tios? ¿en qué estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á infor-

marle de su fecunda propagacion: fuile nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprendiendo en la lista hasta los nombres de sus padrinos y de sus madrinas. Parecióme que no se interesaba infinitamente en tan menuda relacion; y queriendo atajar el discurso para venir á las inmediatas: hora bien, querido Diego, me dijo, apruebo mucho que pienses correr mundo para perfeccionarte en tu oficio, y te aconsejo que no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso para la juventud, y tú te perderias en él. Mucho mejor harás en recorrer otras ciudades del reino, donde no estan tan estragadas las costumbres. Vete, pues, y cuando estés ya para partir vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viage. Diciendo esto me fue llevando poco á poco hácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

No conocí, por mi poca malicia, que solo buscaba pretestos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y dí cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que no penetró mas que yo la verdadera intencion del señor Don Pedro, me dijo: yo no soy del parecer de tu tio. En lugar de exortarte á correr mundo, me parece que te debia aconsejar que te mantuvieses en Madrid. Él trata con tantas personas de la primera distincion, que fácilmente podria colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo hicieses gran

fortuna. Enamorado de un discurso que me pintaba en la imaginacion grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa del señor tio, y le representé que podia emplear su valimiento en acomodarme con algun personage de la corte. Disgustóle mucho la proposicion. Un hombre vano, que entra francamente en casa de los grandes y se sienta con ellos á la mesa, no puede sufrir que un sobrino suyo coma con los criados mientras él está comiendo con los amos, pues en tal caso el pequeño Diego llenaria de confusion y vergüenza al señor Don Pedro. Este, pues, se irritó furiosamente, y lleno de cólera me dijo: ¿cómo, bribon, quieres abandonar tu oficio? Anda, y vete, que yo te dejo en manos de los que te dan tan perniciosos consejos. Sal de mi cuarto, repito, y no vuelvas á poner los pies en él, si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oir estas palabras, y me espantó mucho mas la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme con lágrimas en los ojos, penetrado de dolor por la dureza con que me habia tratado mi tio. Con todo eso, como siempre he sido de natural fiero y altivo, presto se me enjugó el llanto. Antes bien pasé del dolor á la indignacion, y resolví no hacer caso de un mal pariente, sin el cual habia vivido hasta alli, y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

No pensé entonces sino en cultivar mi ta-

lento y en aplicarme al trabajo. Rasuraba todo el dia, y por la noche aprendia á tocar la guitarra. Era mi maestro un buen viejo, á quien yo afeitaba. Aunque su nombre era *Marcos Obregon*, comunmente le llamaban el *señor escudero*, á causa que lo era de su ama. Sabia perfectamente la música, porque habia sido cantor en una iglesia. Era hombre muy cuerdo, de mucha capacidad, y de grande esperiencia, y me amaba como si fuera hijo suyo. Servia á la muger de un médico, que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Ibale á ver todos los dias al anochecer, cuando no habia que hacer en la tienda, y sentados los dos en ciertos asientos de piedra que habia á los lados de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero suavizándolas lo mejor que podiamos, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, dábamos gusto á las gentes que nos oian. Divertiase particularmente con nuestra música D.ª Marcelina, que asi se llamaba la muger del médico. Bajaba algunas veces á oirnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que la caian mas en gracia. Su marido no la impedia esta diversion; pues aunque estremeño y viejo, no era zeloso. Por otra parte, su profesion le tenia ocupado todo el dia, y cuando se retiraba á su casa por la noche venia tan fatigado de visitar enfermos, que se acostaba

muy temprano, y ninguna aprension le daba el gusto que su muger tenia en nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de escitar en ella perniciosas impresiones. A esto se añadia que aunque su muger era á la verdad jóven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo recelo: era de una virtud tan rústica y tan agreste, que no podia sufrir que ni aun siquiera los hombres la mirasen. Y asi no llevaba á mal que tomase aquel honesto é inocente pasatiempo, y nos dejaba cantar todo el tiempo que queriamos.

Una noche que fui á la puerta del médico para divertirme como acostumbraba, encontré al viejo escudero, que me estaba esperando. Tomóme por la mano, y me dijo que queria nos fuésemos los dos á pasear un poco antes de dar principio á la música. Luego que nos vimos en una calle escusada y solitaria, donde conoció que me podia hablar con libertad: querido Diego, me dijo con semblante triste y en tono doloroso, tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi ama. No puedes dudar lo mucho que te quiero. He tenido gran gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar; pero si hubiera previsto lo que habia de suceder, protesto á Dios que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme este discurso, y supliqué al escudero que

se esplicase mas claro, diciéndome francamente qué cosa era la que podiamos temer, porque yo no era muy valiente, ni gustaba meterme en los peligros, y mas cuando de nada podia tener esperiencia, no habiendo dado aun el giro que pensaba dar por España. Voy, me respondió, á decirte lo que debes sáber para conocer todo el peligro en que nos hallamos.

Cuando un año ha entré á servir al médico me llevó una mañana al cuarto de su muger, y presentándome á ella me dijo: Marcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á cualquiera parte donde vaya. Quedé admirado al ver á Doña Marcelina. Encontréme con una dama jóven, y sumamente bella, gustándome sobre todo lo airoso de su talle, y lo apacible de su semblante. Señor, respondí al amo, me tengo por muy dichoso en servir á una dama tan amable. Desagradó tanto á Doña Marcelina mi respuesta, que con semblante airado me dijo: *Oiga el impertinente, el atrevido. ¿Quién le ha enseñado á tomarse esas licencias? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas ni puedo sufrir requiebros.* Sorprendiéronme estrañamente unas palabras tan ásperas, pronunciadas por aquella boca, y tan agenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á componer aquel modo de hablar rústico, grosero y desabrido, con todo lo demas que veia en una muger de presencia tan grata. El marido, acostumbrado ya á ello, le-

jos de enfadarse, se tenia por muy afortunado en haberle tocado una muger de aquel estraño carácter, tanto que me dijo: Marcos, mi muger es un prodigio de virtud; y viendo que se ponia el manto para salir de casa, me mandó que la fuese sirviendo á la iglesia. Apenas nos vimos en la calle, cuando encontramos dos mozalvetes, que, pagados del aire y garbo de Doña Marcelina, la dijeron, como es tan ordinario, algunas cosas muy lisongeras. Pero ella les respondió con tanto sacudimiento, y les dijo tantas necedades, que los pobres quedaron corridos y admirados, no sabiendo concebir cómo podia haber en el mundo una muger que no gustase de ser alabada y aplaudida. ¡Ah! señora, la dije: haga V. que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que le dicen: menos malo es callar que responder con grosería y con desabrimiento. Eso no, replicó ella: quiero enseñar á esos insolentes que yo no soy muger que pueda sufrir me pierdan el respeto. En fin á cada paso se la escapaban tantas impertinencias, que al cabo me resolví á decirla todo lo que sentia, aunque fuese á peligro de disgustarla. Representéla del mejor modo que me fue posible que hacia injuria á la naturaleza, echando á perder tantas bellas prendas de que la habia dotado, malográndolas todas por aquel su humor desabrido, rústico y cerril. Que una muger de genio dulce, y de modales atentas, graciosas y cortesanas, se hacia amar de todos

sin el socorro de la hermosura, cuando por el contrario la mas hermosa, sin el ausilio de estas otras prendas, era el objeto del desprecio de todos. A este discurso añadí otros, dirigidos al gobierno y arreglo de las costumbres. Despues de haber moralizado á mi satisfaccion, temí que me costase caro mi zelo y mi fidelidad, escitando la cólera del ama, y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto; mas no sucedió asi. No se inquietó contra mi representacion; contentóse con hacerla inútil por entonces; y el mismo efecto produjeron otras que la fui haciendo los dias siguientes.

Canséme de advertirla en vano sus defectos, y abandonéla á la rusticidad de su genio. Pero ¿quién lo creyera? Aquel natural tan feroz, aquella muger tan orgullosa y tan selvática, de dos meses á esta parte mudó enteramente de humor. Hoy mira á todos con agrado, y á todos trata con dulcísimas modales. Ya no es aquella Marcelina, que no respondia sino desprecios y necedades á los hombres que la saludaban ó alababan. Ya no se muestra insensible á las lisonjas que la dan, ni á los obsequios que la tributan. Gusta de oir que es hermosa, y de que la digan que ningun hombre la puede mirar sin peligro. Son muy de su gusto los requiebros, y en suma ya es otra muger muy distinta de lo que era. Esta mudanza apenas se puede concebir; pero lo que mas te ha

de admirar es el asegurarte yo, que tú mismo, sin saberlo, has hecho este gran milagro. Sí, querido Diego, tú has sido el autor de una metamórfosis tan estraña: tú has convertido aquel tigre feroz en una mansísima oveja. En una palabra: tú la has merecido su atencion, como lo he observado mas de una vez; y yo conozco mal á las mugeres, ó mi ama se abrasa por tí en un vehementísimo amor. Esta es, hijo mio, la triste noticia que tenia yo que darte, y esta la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

Yo no veo, respondí al viejo, gran motivo de afligirnos en todo lo que V. me ha dicho, ni mucho menos que sea tan grande desgracia mia, que me ame una muger hermosa. ¡Ah Diego! me replicó; bien se conoce que discurres y piensas como mozo. Solo miras al cebo y no descubres el anzuelo. Te paras solo en el placer; pero yo, como viejo y esperimentado, preveo los disgustos que despues se han de seguir, porque no hay cosa que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta, con tu vista se irritará cada dia mas la pasion de Doña Marcelina, y olvidada de todo recato llegará á conocerla el doctor Oloroso su marido; el cual se ha mostrado tan condescendiente hasta aqui, porque no tenia el mas mínimo motivo para ser zeloso, pero despues entrará en furor, se vengará de su muger, y podrá hacernos á los dos un

flaco servicio. Y bien, señor Marcos, le repliqué, yo me rindo á vuestras razones, y me pongo enteramente en vuestras manos. Dígame V. lo que debo hacer, y cómo me he de portar para precaver todo siniestro accidénte. Dejando los dos nuestras músicas, me respondió, y procurando tú que no te vuelva á ver mi señora. Cuando ya no te vea, poco á poco se la irá entibiando la pasion, y volverá á su tranquilidad. Espérame tú en casa del maestro, que yo te iré á buscar, y allá tocarémos y cantarémos sin peligro. Ofrecílo asi; y con efecto hice propósito de no volver mas á la puerta del médico, y estarme encerrado en mi tienda, pues que era un hombre que no podia ser visto sin perjuicio de las mugeres.

Mientras tanto el buen Marcos, á pesar de su prudencia esperimentó dentro de pocos dias que el medio discurrido, y aconsejado por él, no habia bastado para templar el fuego de Doña Marcelina, antes bien habia producido un efecto enteramente contrario. Esta dama, á la segunda noche que no nos oyó cantar, le preguntó porqué razon habiamos suspendido nuestra música, y cuál era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondióla que me habian ocurrido tantas ocupaciones, que no me dejaban un instante para divertirme. Mostróse satisfecha de esta escusa, y por tres dias sufrió mi ausencia con valor y disimulo: mas al cabo perdió la paciencia, y no sin alguna viveza dijo

al escudero: Marcos, tú me engañas : aqui se encierra algun misterio, que absolutamente quiero aclarar. Habla, y no me ocultes nada, que asi te lo mando. Señora, respondió él, pagándola con otra mentira, ya que V. quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse ya sin cena. ¡Cómo sin cena! esclamó ella entre compasiva y colérica. ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡Pobre mozo! Anda al instante y tráemele contigo, asegurándole que nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré órden que se le reserve siempre algun plato.

¡Qué es lo que oigo! esclamó el escudero admirado de oirla hablar de aquella manera. ¿Sois vos, señora, la que proferis tales palabras? ¿Pues de cuándo acá os habeis hecho tan sensible y piadosa? Desde que tú veniste á esta casa, me respondió con enojo, ó por mejor decir, desde que comenzaste á predicarme contra mis desdenes y á exortarme á que corrigiese mi soberbia, que llamabas rusticidad. Mas ¡ay de mí! prosiguió ella, que sin saber cómo, he pasado de un estremo á otro. De altanera y de insensible, me veo ya demasiadamente mansa y tierna. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar. Su ausencia en vez de templar mi amor le enciende mas y mas. ¿Es posible, señora, replicó el viejo, que un mozo que nada tie-

ne de airoso ni de lindo haya escitado en vos una pasion tan vehemente? Disculparia acaso vuestra pasion si os la hubiera inspirado algun caballero jóven y de algun gran mérito. ¡Ah Marcos! replicó Marcelina, ó yo no me parezco en nada á las otras mugeres, ó tú, no obstante tu larga esperiencia, todavía no las conoces bien, si te persuades á que el mérito determina su eleccion. Si he de juzgar á las demas por mí, nunca deliberan para empeñarse. El amor es un desórden de la razon, que á nuestro pesar nos arrastra tras del objeto amado. Es una enfermedad que nace en nosotros, y nos atormenta como la rabia á los perros. No te canses, pues, en representarme que Diego no es digno de mi amor. Basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no me descubres tú, y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en persuadirme que ni su talle ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion: á mí me parece mas bello que el mismo dia. Fuera de que tiene una voz que me encanta, y toca la guitarra con una gracia y primor particular. Pero, señora, replicó Marcos, ¿habeis pensado bien lo que es el tal Diego? Su baja y humilde condicion..... Yo no soy mejor que él, me interrumpió, pero aun cuando fuera una muger de la primera calidad nunca repararia en ello.

Lo que resultó de esta conferencia fue, que desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dejó

en su capricho, y se retiró como cede un diestro piloto á la tempestad, que le desvia del puerto cuando mas forceja por desembarcar en él. Aun hizo mas por dar gusto á su ama: víname á buscar, y despues de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él: bien ves, Diego, me dijo, que no podemos escusarnos de continuar nuestras músicas á la puerta de Marcelina. Es necesario absolutamente que esta dama te vuelva á ver: de otra manera nos esponemos á que haga alguna locura que perjudique á su reputacion. Yo no me hice de rogar. Respondí á Marcos que iria á su casa asi que anocheciese, y que podia llevar á su ama esta buena noticia. Hízolo asi, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de verme y de oirme aquella noche.

Pero faltó poco para que un accidente pesado no la hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de muy anochecido, y por mis pecados era la noche muy oscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá habia andado ya la mitad del camino, cuando desde una ventana me regalaron de pies á cabeza con cierto agua va, que lisongeaba poco al sentido del olfato. Viéndome en tal situacion no sabia qué partido tomar. Volverme á mi casa era esponerme á las pesadas zumbas y molestas carcajadas de los otros mancebos compañeros mios: ir á la de Marcelina en aquel magnífico equipage no me lo permitia la ver-

güenza. Resolvíme no obstante á ganar la casa del médico, persuadido á que encontraria á Marcos en la puerta, y que todo se remediaria, antes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fue asi ; encontréle que me estaba esperando á la puerta, y luego que me vió me dijo que el doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podiamos divertir muy á nuestra libertad. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme bien el vestido, y le conté lo que me habia pasado. Mostróse muy condolido de ello, y me hizo entrar donde me estaba esperando su ama. Apenas oyó esta señora mi puerquísima aventura, y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorumpió en espresiones del mayor dolor, como si fuera la mas funesta desgracia que me hubiese sucedido ; y despues, apostrofando á la puerca que me habia acomodado de aquella manera, se desfogó echándola mil maldiciones. Señora, la dijo Marcos, moderad esos furores, considerad que todo fue un puro efecto de la casualidad, y no conviene mostrar tan vivo resentimiento. ¿Cómo quieres, respondió ella, que no sienta vivamente la ofensa que se hizo á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel, que ni siquiera ha alentado una queja por el ultrage que recibió? ¡Ojalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle por mis propias manos!

Otras mil cosas dijo, pruebas todas de la vehemencia de su amor, que igualmente acreditó

con las acciones; porque mientras Marcos me estaba limpiando, Marcelina corrió á su cuarto, trajo una cajita llena de perfumes y aromas, quemó cantidad de esto, zahumó todos mis vestidos, y los aspergeó con quintas esencias en abundancia. Concluido el zahumerio y el aspersorio, la caritativa señora fue en persona á la cocina, y me trajo pan, vino, y algunos bocados de carnero asado, que habia separado en la mesa para mí. Obligóme á comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacia plato, ya me daba de beber, á pesar de cuanto Marcos y yo podiamos hacer y decir para que no se abatiese á semejantes demostraciones. Concluida la cena, los músicos templaron los instrumentos y las voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó encantada de oirnos. Es verdad que de propósito escogí ciertos cantares patéticos, y ciertas letrillas amorosas que lisongeaban su corazon; y debo confesar que mientras cantábamos, de cuando en cuando lanzaba hácia ella unas ojeadas lánguidas y tiernas, que añadian mucho fuego á las estopas, porque verdaderamente ya me iba gustando el juego. No me cansaba el concierto, aunque ya duraba mucho. Por lo que toca á la dama las horas le parecian momentos, y de buena gana se hubiera estado oyéndonos toda la noche, si su escudero, á quien los momentos se le hacian semanas, no la hubiera advertido que ya era muy

tarde. Dejóselo decir mas de diez veces; pero daba con un hombre duro y cabezudo, que no la dejó respirar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y vió á su ama tan ciegamente apasionada, temia que nos sucediese algun mal lance. El efecto justificó su temor; porque el médico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospechas, y á dudar de algun enredo, ó ya porque el diablillo de los zelos, que hasta entonces le habia respetado, quiso probar á inquietarle, comenzó á no gustar de nuestras músicas. Hizo mas: nos las prohibió absolutamente, y en tono de amo, que queria ser obedecido sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no sufriria jamas que se admitiese en su casa á ningun forastero.

Avisóme Marcos de esta resolucion, que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entonces me mortificó mucho, porque me hacia perder las dulces esperanzas que habia concebido. Con todo eso, por no faltar á la obligacion de fiel historiador, debo confesar que á corta reflexion me costó poco el conformarme, y llevar en paciencia aquel revés de la fortuna. No asi Marcelina, cuyo dolor fue mucho mas vivo. Querido Marcos, dijo al escudero, de tí solo espero algun alivio: haz todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á mi Diego. ¿Qué es lo que V. me pide, señora? la respondió colérico: demasiada condescendencia he tenido

con V. No, no quiera Dios que por fomentar una insensata pasion contribuya yo al deshonor de mi amo, á la pérdida de vuestra reputacion, y á mancharme á mí mismo con el borron de tal infamia despues de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel, y de una conducta irreprensible. Antes dejaré la casa que mantenerme en ella para hacer un papel tan indecente y vergonzoso. ¡Ah Marcos! replicó la dama asustada de estas últimas palabras, me atraviesas de parte á parte el corazon cuando hablas de retirarte. ¡Pues qué! ¡piensas cruel abandonarme, despues que tú me has reducido al lastimoso estado en que me veo! Restitúyeme primero aquel orgullo, y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste. ¡Oh y quién tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! Gozaria de gran paz mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvenciones. Tú, tú estragaste mis costumbres cuando pretendias enmendarlas.... Pero ¡qué es lo que digo, desdichada de mí! ¡A qué fin darte en cara con tan injustas quejas! No, amado padre, no, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fue la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso por Dios de las necias palabras que se me escapan. Mi dolor me ha trastornado el juicio; compadécete de mi debilidad. Tú eres mi único consuelo, y si te es cara mi vida no me niegues tu asistencia,

Al decir estas palabras redobló el llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse el rostro, y se dejó caer sobre una silla, como una persona que no puede resistir al peso de su afliccion. El buen Marcos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamas se ha visto, no pudo resistir á un espectáculo tan tierno; sintióse vivamente penetrado, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndola lleno de ternura: ¡Ah, señora, y qué atractivo es el vuestro! No me admiro ya de que el amor haya tenido fuerza para haceros olvidar vuestro deber, cuando la compasion le ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprensible conducta, se sacrificó buenamente á la pasion de Marcelina. A la mañana siguiente vino á contarme todo lo que habia sucedido, y me dijo que tenia pensado ya modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza, pero dos horas despues llegó á mis oidos una novedad tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Mientras me disponia á rasurarle me dijo: señor Diego, ¿cómo le va á V. con su amigo el viejo escudero Marcos Obregon? ¿Ya sabrá V. que está para ser despedido de casa del doctor Oloroso? No por cierto, le respondí. Pues sépalo V., me replicó, y no

dude que la cosa es muy cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban ahora de tener una conversacion, á que me hallé presente, en la cual dijo el primero al segundo: señor boticario, tengo que hacerle una súplica. No estoy satisfecho con el viejo escudero de Marcelina, y en su lugar quisiera una dueña fiel, adusta y vigilante, que fuese guardia de mi muger. Ya entiendo, respondió mi amo: sin duda que tiene V. necesidad de la señora Melancia, que fue el ángel custodio de mi difunta esposa, y aunque ha seis semanas que enviudé todavía la mantengo en casa. A la verdad me seria muy útil para gobernarla; pero con gusto se la cedo á V. por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su frente y de su cabeza. Es la perla de las dueñas, y un verdadero dragon para guardar la castidad del sexo débil. Doce años enteros estuvo en casa, y siempre sin perder de vista á mi muger, que, como V. sabe, era moza, y nada fea. En tan largo tiempo no se vió en mi casa ni aun la sombra de un galan ni pisaverde. Sí por cierto: buena era la dueña para sufrirlo. En aquella materia no entendia de chanzas. Aun diré mas: mi muger á los principios gustaba mucho de conversaciones y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la inclinó enteramente á la virtud. En fin es un tesoro para vuestra seguridad. Quedó el se-

ñor doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero.

Esta noticia, que tuve por cierta, como con efecto lo era, turbó las ideas de todos los buenos ratos que yo me habia figurado ya: y Marcos, que vino despues de comer, acabó de desvanecérmelas, confirmando todo lo que me habia dicho el mancebo. Amigo Diego, me dijo: estoy contentísimo de que el doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Ademas de haberme echado á cuestas, muy contra mi inclinacion, un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar á Marcelina. ¡Qué embrollo! Gracias al cielo me veo libre ya de estos cuidados, y sobre todo de los remordimientos y peligros que los acompañaban. Por lo que toca á tí, hijo mio, tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentáneo, á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos, ademas de la ofensa de Dios. Agradóme mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podia esperar, y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era yo (lo confieso) de aquellos amantes obstinados que hacen vanidad de luchar contra todos los impedimentos; pero aun cuando lo

fuera, la señora Melancia dejaria bien burlado mi empeño y mi obstinacion. El carácter de que suponian á aquella muger era capaz de desesperar á los amantes mas obstinados y mas atrevidos. Con todo eso, y no obstante los colores con que me la habian pintado, no dejé de entender, dos ó tres dias despues, que habia tenido maña para adormecer á aquel Argos, faltando á su fidelidad. Salia yo una mañana de casa para rasurar á cierto vecino, cuando una buena vieja se llegó á mí, y me preguntó si era yo el señor Diego de la Fuente. Respondíla que sí, y ella me replicó: pues á V. venia yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de Doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta. Y bien, la repliqué yo: es preciso que quedemos de acuerdo en la señal que he de dar. Yo sé remedar el gato á maravilla, y maullaré dos ó tres veces. Basta eso, repuso el postillon del amor. Voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de V. señor Diego: el cielo le conserve. ¡O qué mozo tan galan! A fe que si yo fuera una niña de quince años no le buscaria para otras. Diciendo esto se desvió de mí aquella dueña tan adusta y vigilante.

Agitóme furiosamente este mensage, y allá se fue toda la moral de Marcos. Esperé con toda impaciencia la noche, y cuando me pareció que ya estaria durmiendo el doctor Oloroso me encaminé hácia su puerta. Alli dí principio á mis

maúllos, que podian oirse de lejos, y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado el idioma de los gatos. Un momento despues vino Marcelina en persona á abrirme la puerta, y á cerrarla luego que estuve dentro. Llevóme á la sala donde habiamos tocado el último concierto. La alumbraba una lamparilla que habia junto á la chiminea, comunicando al cuarto una luz muy escasa. Sentámonos uno junto á otro, pero entrambos gravemente agitados y conmovidos, con esta diferencia, que en Marcelina el gusto era la causa de toda su conmocion, y en mí la ocasionaba el sobresalto y el temor. Vanamente me aseguraba mi princesa que nada teniamos que temer de parte de su marido; porque yo sentia en todo mi cuerpo un temblor que turbaba mi alegría. Madama, la pregunté, ¿de qué arbitrio se valió V. para burlar la vigilancia de su nueva dueña? En fuerza de lo que oí decir de la señora Melancia no me pareció posible que lograse jamas tener noticia de V., y mucho menos de vernos donde nos vemos. Sonrióse Doña Marcelina al oirme hablar de esta manera, y me respondió prontamente: dejarás de admirarte de esta visita tan reservada y secreta cuando yo te cuente todo lo que ha pasado entre la dueña y entre mí. Luego que entró en casa la hizo mil finezas mi marido, y me dijo: Marcelina, yo te entrego enteramente á la direccion de esta discreta muger, que es un compendio de todas las virtudes: un es-

pejo que debes tener siempre delante para mirarte en él y arreglarte á su modelo. Esta admirable matrona gobernó por espacio de doce años la muger de un boticario amigo mio; y la gobernó de manera que hizo de ella una santa.

Este elogio que no desmentia la adusta y severa traza de Melancia, me costó muchas lágrimas y faltó poco para que me desesperase. Representáronseme inmediatamente las enfadosas lecciones que tendria que oir desde la mañana hasta la noche, y las insufribles reprensiones que habria de tolerar. Con esto me consideraba la muger mas desgraciada del mundo. Poseida de tan tristes pensamientos atropellaba por todo cuanto se me ponia delante, y la primera vez que me ví á solas con la dueña : tú, la dije, sin duda estarás ya disponiendo cómo darme bien que padecer; pero te advierto que no tengo mucha paciencia. Te haré todos los desaires que pueda, y te daré todas las mortificaciones que me sean posibles. Te declaro desde luego que tengo dentro de mi pecho una pasion que no serán capaces de arrancar todos tus consejos importunos, ni todas tus impertinentes advertencias. Sobre este pie deberás gobernarte, y tomar tus medidas como quisieres ; lo que yo te puedo asegurar es, que no perdonaré á medio alguno para burlar tus desvelos y tu vigilancia. Al oir estas palabras, dichas con la mayor entereza y con la mayor resolucion, cuando consentia en que la frunci-

da dueña me iba á espetar una grande arenga como por golpe de ensayo, veo que alisadas en parte las rugas, y con risueño semblante me responde de esta manera. Vos, señora, me hablais con una franqueza que me enamora y me encanta. Seria yo la muger mas ruin del mundo si no os correspondiera con la misma: veo que las dos hemos nacido la una para la otra. ¡ Ah, bella Marcelina, y qué mal me conoceis, si haceis juicio de mí por el bien que ha dicho el señor doctor vuestro esposo, ó por lo que manifiesta mi cara severa, desdeñosa y de pocos amigos! Nada menos soy que enemiga de los placeres á que es tan inclinada la gente moza. Fínjome ministra de los maridos celosos, para servir mejor y mas á mi salvo á las mugeres bien parecidas. Ha mucho tiempo que poseo á la perfeccion el arte de enmascararme: asi disfruto al mismo tiempo la comodidad del vicio y las conveniencias de la virtud. Hablando entre las dos: muchas personas de las que pasan en el mundo por virtuosas no lo son, ni lo quieren ser de otra manera. Cuesta mucho el fondo de las virtudes, y asi se contentan los tales con solas las apariencias.

Dejaos gobernar, prosiguió la dueña: vos y yo nos divertirémos bien á costa de la credulidad de nuestro señor doctor. Yo prometo que tendrá el mismo destino que el bueno y honrado boticario. No me parece que se debe respetar mas la frente de un doctor en medicina que

la de un boticario. ¡Cuántas burlas hemos hecho á este pobre infeliz su difunta muger y yo! ¡Qué amable dama! ¡Qué bello natural! Dios le haya perdonado. Os aseguro que pasó alegremente su juventud. Tenia no sé cuántos amantes, que yo misma los introducia en su casa, sin que jamas lo sospechase su marido. Miradme, pues, señora, con mejores ojos, y estad bien persuadida á que, por mucho talento que tuviese vuestro escudero para serviros, nada habeis perdido en el trueque.

Figúrate tú, Diego mio, continuó Marcelina, el gusto con que oiria yo á la dueña cuando me hablaba con aquella franqueza. Habiala tenido por muger de una virtud austera. Por aqui conocerás cuán mal se juzga de las mugeres. Desde luego me ganó el corazon con su sinceridad, y la dí un estrechísimo abrazo, significándola lo mucho que me complacia de tenerla por mi guardia. Hícela despues entera y total confianza de la pasion que te tengo, y la rogué que cuanto antes dispusiese un secreto abocamiento contigo. Hízolo á maravilla. Desde la mañana siguiente puso en campaña á la vieja que te habló, diestrísima en el asunto, y como tal echaba mano de ella para el mismo empleo con la muger del boticario. Pero lo mas gracioso de esta aventura, añadió riéndose, es que Melancia, asegurada por mí de que mi marido pasaba toda la noche durmiendo tranquilamente, ahora mismo está en la cama con

él ocupando mi lugar. Pero señora, dije á Marcelina, esa invencion no me agrada. Puede despertar y conocer el engaño. No hay peligro de eso, me respondió con precipitacion. Sosiégate y no turbe un vano temor el gusto que debes tener de verte con una muger moza, y que te quiere bien.

A este tiempo comenzaron á dar fuertes golpes á la puerta de la calle. Asustéme grandemente, y Marcelina me escondió con la mayor prontitud bajo una mesa que estaba en la misma sala: apagó la lamparilla, y segun lo que habia acordado con la dueña en caso de algun contratiempo, se acercó á la puerta del cuarto donde dormia su marido. Mientras tanto se redoblaban los golpes, que resonaban en toda la casa. Despertó el médico sobresaltado, y llamó á Melancia. Esta saltó prontamente de la cama sin hablar palabra, y creyendo el doctor que era su muger, la gritaba que se volviese á ella porque no se resfriase. Melancia se arrimó hácia donde estaba su ama, y cuando esta conoció que se hallaba cerca comenzó tambien á llamarla, y á decirla que fuese á ver quien golpeaba la puerta. Aqui estoy, señora respondió la dueña, vuélvase V. á la cama, que yo voy á ver quién es. Marcelina se desnudó boniticamente, y se acostó con su marido, al cual no le pasó por la imaginacion ni aun la menor sospecha del chasco que le habian pegado. Es verdad que la habian repre-

sentado dos actrices, una de las cuales era incomparable, y la otra tenia todas las prendas necesarias para llegar á serlo con el tiempo.

Poco tiempo despues se dejó ver la dueña en paños menores, con una vela en la mano, y dijo al doctor: señor, habrá de tener V. el trabajo de levantarse, porque el librero Fernando de Buendia, nuestro vecino, está con un insulto apoplético, y le llama á V. para que vaya prontamente á socorrerle. Levantóse el médico con la mayor presteza que pudo, salió, y Marcelina con la dueña, ambas á medio vestir, vinieron donde yo estaba, y me sacaron de bajo de la mesa mas muerto que vivo. No temas, Diego, me dijo Marcelina, sosiégate, y vuelve en tí. Al mismo tiempo me refirió en dos palabras todo lo que habia pasado. Quiso despues que renovásemos la conversacion que se habia interrumpido; pero se opuso á ello Melancia, diciendo: señora, puede suceder que vuestro esposo encuentre ya muerto al librero, y que se vuelva luego. Ademas, que estando este pobre mozo tan lleno de sobresalto y de temor, ¿qué quereis hacer de él? No se halla capaz de manteneros conversacion. Mejor será dilatarlo para mañana. Vino Marcelina en ello, aunque muy contra su gusto, porque estimaba mas lo presente que lo futuro, y la dolia mucho malograr la ocasion de regalar á su marido con el nuevo título que ya le habia destinado.

Por lo que toca á mí, siendo menos el sentimiento de estar privado de sus preciosos favores, que el deseo de verme cuanto antes fuera de tan inminente peligro, me volví á casa de mi maestro, donde pasé toda la noche pensando en mi aventura, y dudando si la noche siguiente volveria á tentar fortuna con mayor provision de ánimo y serenidad. Pero el diablo, que no duerme, y que antes bien en semejantes ocasiones es mas dueño de nosotros, me representaba con la mayor viveza que seria un grandísimo mentecato si no seguia la caza cuando estaba á lo mejor de ella, y al mismo tiempo me iba descubriendo en Marcelina nuevos atractivos, pintándome con vivísimos colores la dulzura de los gustos que me estaban esperando. Caí en el lazo, y determiné ir adelante con mi empeño. Tomada esta resolucion, la noche siguiente, entre diez y doce, me presenté á la puerta del doctor. Era la noche muy oscura y no se descubria ni una estrella. Comencé á maullar dos ó tres veces para que conociesen que estaba en la calle, y como ninguno me respondia, me puse á remedar todos los maúllos de los gatos, que me habia enseñado un pastor de Olmedo. Hacialo con tanta propiedad, que uno de los vecinos, que volvia á su casa, creyendo que verdaderamente era uno de los animales que remedaba, cogió un guijarro que por casualidad halló á sus pies, y me le disparó con tanta fuerza, diciendo *maldito sea el gato*, que

dándome en la cabeza quedé aturdido un momento, y faltó poco para que no cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro visitó y reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas consecuencias, y se cerró antes de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí la hiciese con algun otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me importaba; pues salí de Madrid para continuar el giro de toda España luego que me ví perfectamente curado.

CAPITULO VIII.

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba remojando unas cortezas de pan en una fuente, y la conversacion que con él tuvieron.

Contóme el señor Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron despues, pero todas de tan poca sustancia, que no merecen la pena de referirlas. Sin embargo me ví obligado á oírselas contar, y en verdad no fue breve la relacion. Ella duró hasta que llegamos á Puente Duro, donde nos detuvimos lo restante de aquel dia. Hicimos en el meson que nos dis-

pusiesen una buena sopa y nos asasen una liebre, despnes de haber reconocido que era verdaderamente tal. Al amanecer del dia siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo antes provisto la bota de un vino mediano, y las alforjas de algunos mendrugos, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas nos sentimos con gana de almorzar, y habiendo visto como á doscientos pasos del camino, muchos grandes y copetudos árboles que hacian una sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio, é hicimos alto en él. Alli encontramos á un hombre como de veinte y siete á veinte ocho años, que estaba remojando en una fuente algunas cortezas de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido, mas por otra parte de buena traza, y bien hecho. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con la misma cortesanía. Presentónos luego sus cortezas remojadas, y con cierto aire risueño y desenvuelto nos preguntó si éramos servidos. Aceptamos el convite en el mismo tono, mas con la condicion que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vino en ello con mucho gusto y nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó. O señores, esclamó trasportado de alegría, verdaderamente que

Vds. vienen bien provistos de municiones de boca. Se conoce que son hombres prevenidos, y que miran á lo futuro. Yo me fio demasiado en la fortuna. Sin embargo, no obstante el miserable estado en que Vds. me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago una figura muy brillante. Sepan Vds. que no pocas me tratan de príncipe y estoy rodeado de guardias. Segun eso, dijo Diego, será V. comediante. Adivinólo V., respondió el desconocido. Por lo menos ha quince años que no tengo otro oficio. Era todavía niño cuando ya representaba ciertos papeles pequeños, esto es, que tuviesen poco que decorar. Hablemos francamente, replicó el barbero, meneando ladinamente la cabeza, yo dudo mucho en creerlo, porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran caminar á pie, ni hacer almuerzos de San Anton; y me temo, me temo, que si V. ha hecho algun papel no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas. Piense V. de mí lo que quisiere, respondió el histrion, lo cierto es que entro en los primeros papeles, y comunmente me hacen representar el de primer galan. Siendo asi, repuso mi camarada, doy á V. la enhorabuena, y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo hayamos tenido la honra de desayunarnos en compañía de tan gran personage.

Comenzamos entonces á roer nuestros rehojos y las preciosas reliquias de la liebre, al-

ternando con tan frecuentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dejamos enteramente vacía, sin que en todo este tiempo desplegase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el barberillo el silencio diciendo al comediante : estoy admirado de ver á V. en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un héroe de teatro, y perdone V. si le hablo con tanta claridad. Por cierto, replicó el autor, qne se conoce no ha oido V. hablar del famoso comediante Melchor Zapata ; porque ha de saber V. que, por la misericordia de Dios, no tengo un genio delicado. Me da V. mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque tambien gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico; y sino miren Vds. esta chupa. Diciendo esto nos mostró el forro de la chupa, que era todo de los carteles de comedia que se fijan en las esquinas. Este es todo mi abrigo, y si todavía tienen curiosidad de ver mi guardaropa, yo se la enseñaré. Héla aqui : y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de pasamanos viejos de plata falsa, un gorro muy raido, con penacho de viejísimas plumas, unas medias de seda con mas agujeros que un crivo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de badanilla encarnada. Ya ven Vds. ahora que soy medianamente infeliz. Esto es lo que me admira, le replicó Diego. ¡Pues qué! ¿No tiene V. muger ni alguna

hija bien parecida? Sí señor, respondió Zapata, pero vea V. la desgracia de mi estrella : tengo muger moza, mas no por eso estoy mas adelantado. Caséme con una linda comedianta esperando que no me dejaria morir de hambre; mas, por mi poca fortuna, dí con una muger de un juicio y de un honor incorruptible. ¡Quién diablos no se engañaria como yo! Una muger virtuosa que se hallaba entre los comediantes de la legua me habia forzosamente de tocar á mí en suerte. Seguramente es desgracia, dijo el barbero. Mas ¿por qué no se casó V. con una bella comedianta de las compañías de Madrid? Entonces sí que lograria su intento. Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de lugar no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroinas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del corral del Príncipe, y aun en ella tal vez se ven algunos precisados á proveerse en las provincias. Es verdad que no les suele salir mal, porque no pocas veces encuentran aldeanas que se las pueden apostar á las princesas de teatro.

¿Pero qué, le replicó mi compañero, nunca pensó V. en entrar en alguna de las compañías de la corte? ¿Acaso se necesita un mérito infinito para lograrlo? ¡Bravo! respondió Melchor. V. se burla con su mérito infinito. Veinte hombres hay en cada compañía, pregunte V. al público lo que siente de ellos, y oirá cosas

bellísimas. Mas de la mitad merecian, por lo menos, cargar con un costal, como yo con mi mochila, y en medio de eso no es tan fácil como se piensa ser recibido entre ellos; pues hasta en esto valen mas los empeños que la habilidad. Ninguno lo puede saber mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas cargado de silbos que todos los diablos, sin embargo de que esperaba ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome, y torciendo el cuerpo hácia todas partes con mil gesticulaciones y posturas, cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama mientras yo estaba declamando. En una palabra, representaba en el gusto con que el vulgo celebra á los grandes actores; y en medio de eso lo que aplaudia tanto en otros no lo podia sufrir en mí. Vea V. cuánto puede la preocupacion. En vista de ello, no acertando á dar gusto, y faltándome el modo de introducirme, á pesar de todos los silbos de la mosquetería, dejé á Madrid, y me vuelvo á mi Zamora. Alli estan mi muger y mis compañeros, que me parece no han hecho tampoco gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder ir á otra ciudad, como mas de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto nuestro príncipe dramático se levantó, echóse á cuestas su mochila, ciñóse su

espada, y despidiéndose de nosotros: á Dios, nos dijo con mucha gravedad, quieran los dioses inmortales derramar sobre Vds. dos á manos llenas sus favores. Y quieran los mismos, le respondió Diego en el propio tono, que halle V. en Zamora á su muger mudada y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos enseñó sus talones comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzamos á silbar para que no se le olvidasen tan presto los silbos de Madrid. Con efecto creyó que todavía le duraban en los oidos: volvió la cara, y viendo que nosotros nos divertiamos á su costa, lejos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba, y prosiguió su camino dando grandísimas carcajadas. Correspondímosle por nuestra parte, y volviéndonos al camino seguimos nuestro viage.

CAPITULO IX.

Estado en que encontró Diego su familia, y como Gil Blas se separó de él despues de haberse divertido.

Fuimos aquel dia á dormir en un lugarcillo entre Mojados y Valpuesta, cuyo nombre se me ha olvidado; y al dia siguiente á las once de la mañana entramos en la llanada de Olmedo. Señor Gil Blas, me dijo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo ver sin llenarme de alborozo: tan natural es en to-

dos el amar su propia patria. Señor Diego, le respondí, un hombre como V. que tiene tanto amor á su pais, parece que habia de hablar de él con mayor estimacion. V. me le pintó como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y yo veo que es una grande, y al parecer muy poblada villa. Asi era razon que por lo menos la tratase V. Yo la pido perdon, respondió el barbero, pero diré que despues de haber visto á Madrid, Toledo, Zaragoza y otras grandes ciudades de España en el giro que hice de ella, todo me parece aldea. Conforme íbamos adelantando en la llanura y acercándonos á Olmedo nos pareció ver cerca del pueblo gran multitud de gente, y cuando nos hallamos á distancia de poder discernir los objetos tuvimos mucho en que divertir la vista.

Vimos tres pabellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y al rededor de ellas gran número de cocineros, que estaban disponiendo una gran comida para algun festin. Unos cubrian las mesas, que estaban bajo las tiendas; otros echaban vino en grandes vasijas de barro; estos atendian á que cociesen las ollas, y aquellos revolvian luengos asadores, todos cubiertos de diferentes viandas. Pero á mí nada me llevó tanto la atencion como un espacioso teatro que observé bastantemente elevado. Adornábale una decoracion de carton, pintada de diferentes colores, y con una multitud de emblemas ó de divisas griegas y

latínas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dijo: esto me huele terriblemente á mi tio Tomas; apuesto algo á que ha andado aqui su mano, porque tiene una máquina de libretes de gramática. Lo que me enfada es que en las conversaciones encaja sin cesar pasages enteros de los tales libros, cosa que no á todos agrada. Fuera de eso, ha traducido varios poetas griegos y latinos. Posee la antigüedad; lo cual se conoce por las notas con que los ha enriquecido, como v. gr. aquella de que *en Atenas lloraban los niños cuando los azotaban*: cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion nosotros no la sabriamos.

Despues que mi camarada y yo vimos todas las cosas que acabo de decir, nos vino ganas de preguntar ¿por qué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al mismo tiempo que nos íbamos á informar se encontró Diego con un hombre, que conoció ser su tio el señor Tomas de la Fuente, y se daba un cierto aire como de director de la fiesta. Fuímonos á él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó un poco en conocer á su sobrino: tanta mudanza habia hecho en aquel pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin, le abrazó estrechísimamente, y le dijo: ¡O querido sobrino Diego, con que al cabo has vuelto á ver á tus dioses penates, y el cielo te ha restituido bueno y sano á tu fa-

milia! ¡O dia tres y cuatro veces beato! *albo dies notanda lapillo.* Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tio Pedro, aquel ingenio espanta-Madrid, ya es víctima de Pluton: tres meses ha que murió. Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo que le habian de faltar siete pies de tierra para enterrarse: *argenti pallebat amore.* Tenia muchas pensiones de los grandes, y no gastaba diez doblones al año para comer y vestirse. No daba de comer al único criado que le servia. Mas insensato que aquel griego Aristipo, el cual, caminando por los desiertos de Libia, hizo á sus esclavos que dejasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manos. Mas ¿para qué? Para que lo gozasen sus herederos, á quienes no podia sufrir. Dejó á su muerte treinta mil ducados, que se repartieron entre tu padre, tu tio Beltran, y yo. Todos nos hallamos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolas acomodó ya á su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros alcaldes: *connubio junxit stabili, propriamque dicavit.* Este himeneo, concluido bajo los mas felices auspicios, es el que ahora celebramos con todo el aparato que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro costeamos cada uno la suya y cada uno

costea tambien la fiesta del dia. Hubiera celebrado mucho que tú hubieses llegado antes para que gozases de todas. Antes de ayer, dia en que se celebró el matrimonio, corrió tu padre con el gasto. Dió una soberbia comida, y despues hubo parejas, y se corrió sortija. Tu tio el mercader tomó de su cuenta el dia de ayer, y nos regaló con una bellísima fiesta pastoral. Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y mas agraciados del lugar, y de pastoras á las diez muchachas mas bellas y mas aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los mas preciosos dijes que se hallaron en su tienda. Toda aquella brillante juventud hizo mil graciosísimas danzas, cantando despues otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecia posible cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja todavía no hemos tomado el gusto á las pastorelas.

Hoy lo he tomado yo de mi cuenta, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *finis coronabit opus*. Mandé alzar un teatro, en el cual, con la ayuda de Dios, haré representar por mis discípulos una de mis tragedias, intitulada: *Los pasatiempos de Mulei-Bugentuf, Rey de Marruecos*. Se ejecutará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los mas célebres comediantes

de Madrid. Son todos hijos de familia, naturales de Peñafiel y de Segovia, y los tengo en mi casa á pupilo. ¡Escelentes representantes! Verdad es que los he enseñado yo. Su declamacion está acuñada en cuño maestro, *ut ita dicam.* En cuanto á la tragedia no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oir, por no privarte del placer de la sorpresa. Solo diré sencillamente que hará arquear las cejas á todos los espectadores. Es uno de aquellos sucesos trájicos que ponen toda el alma en conmocion, por las terribles imágenes de la muerte que presentan á la fantasía. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles, que es necesario escitar el terror. ¡Ah! Si yo me hubiera dedicado al teatro nunca saldrian á él sino héroes sanguinarios y príncipes asesinos. Me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se verian morir no solo á los primeros personages, sino hasta las mismas guardias. ¿Qué digo *hasta las mismas guardias?* Haria tambien degollar al mismo apuntador. En fin solo me agrada lo terrible: este es todo mi gusto. De esta manera los poemas de esta especie se levantan con el aplanso de la muchedumbre, mantienen el lujo de los comediantes, y hacen célebre el nombre de los autores.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando vimos salir de la villa y entrar en la llanura un gran gentío de uno y otro sexo. Eran los dos esposos, acompañados de sus amigos

y de sus parientes, y precedidos de diez ó doce tocadores de instrumentos, que tañian todos á un tiempo, haciendo un concierto de ruidoso estruendo nada apacible. Salióles luego al encuentro, y dióse á conocer. Inmediatamente resonaron por el campo los gritos de alegría con que fue recibido del acompañamiento, corriendo todos á abrazarle, y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder á todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hicieron. Sofocábanle á abrazos todos los de la familia, y todos los que se hallaban presentes: y cuando se aquietó un poco aquel primer turbion, le dijo su padre : seas bien venido, amigo Diego; en verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes. ¿No es asi? Por ahora no te digo mas, á su tiempo lo sabrás mas por menor. Mientras tanto todo el mundo se fue avanzando hácia la llanura, llegó á ella, entróse en las tiendas, y fuese sentando á las mesas, que ya estaban puestas y aderezadas. Yo no dejé á mi compañero; sentéme junto á él, y entrambos comimos con los dos novios, que me parecieron corresponder bien el uno al otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el preceptor ó el maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa y se mudasen los manteles, para quedar superior á sus hermanos, que no habian dispuesto las cosas

tan á la moda ni con tanta magnificencia.

Despues del festin todos los convidados mostraron grande impaciencia por ver la representacion de la obra del señor Tomas, no dudando (decian) que seria dignísima de oirse una produccion de ingenio tan superior. Acercámonos, pues, al teatro, donde todos los tocadores de instrumentos ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los instrumentos. Esperaban todos con el mayor silencio á que se diese principio á la tragedia. Dejáronse ver los actores de la primera escena, y el autor con su obra en la mano estaba tras las cortinas, en sitio donde pudiese apuntar y ser oido de los que representaban. Con mucha razon nos habia prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el rey de Marruecos, por via de diversion, mató cien esclavos á flechazos. En el segundo hizo degollar á treinta oficiales portugueses, que uno de sus capitanes habia hecho prisioneros : finalmente en el tercero aquel monarca, zeloso de sus mugeres, puso él mismo por su mano fuego á un palacio aislado, donde estaban encerradas, y juntamente con él las redujo todas á ceniza. Los esclavos moros y los oficiales portugueses estaban representados por unas figuras de paja hechas con algun primor ; y el palacio, que era de carton, se aparentaba abrasado por un fuego artificial, Este incendio, acompañado de lastimosos gritos, que parecian salir de enmedio de las lla-

mas, dió fin á la tragedia, y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonaron en toda la llanura los *vivas* y los aplausos con que fue celebrado un drama de tan ingeniosa invencion ; lo que acreditó el buen gusto del poeta, y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creia yo que ya nada habia que ver despues de los *pasatiempos de Mulei-Bugentuf ;* pero engañéme como hombre. Anunciáronnos un nuevo espectáculo los timbales y las trompetas. Era esta la distribucion de los premios, porque Tomas de la Fuente, para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, asi pupilos como los que no lo eran, los habia hecho trabajar varias composiciones, y en aquel dia se habian de repartir los prémios á los mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el mismo preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segovia. De repente, pues, se dejaron ver en el teatro dos bancos largos de escuela, y un armario ó estante lleno de libros pequeños, encuadernados en papel pintado con bastante aseo. Entonces todos los actores y compositores se presentaron en la escena, y formaron un semicírculo delante del señor Tomas, el cual se dejaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera el prefecto de un colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregósela al rey de Marruecos,

acompañándola con una profunda reverencia, y aquel monarca la comenzó á leer en alta voz, llamando uno por uno á los que estaban nombrados para recibir el premio. Cada cual iba con el mayor respeto á recibir su libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver, cuando pasaban delante del monarca marroquí. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una guirnalda de laurel, y despues se iban sentando en unos taburetes colocados junto al borde del teatro, para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos, pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por mas cuidado que puso el preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir; porque observándose que la mayor parte de los premios habian tocado á los pupilos, como regularmente se practica, las madres de los otros discípulos lo llevaron muy á mal, entraron en cólera, y acusaron al maestro de parcialidad; y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto, faltó poco para que no se acabase tan desgraciadamente como el festin de los Lapithas.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO TERCERO.

*****

CAPITULO PRIMERO.

Llegada de Gil Blas á Madrid, y primer amo á quien sirvió alli.

Detúveme algunos dias en casa del barbero, y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con cuatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvia á su casa con todas ellas vacías. Hízome montar en una, y contrajimos tanta amistad en el camino, que cuando llegamos á Segovia quiso absolutamente que me hospedase en su casa. Dos dias descansé en ella, y cuando me vió resuelto á partir para Madrid me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendacion. Hícelo asi poniéndola yo mismo en las manos

del señor Mateo Melendez. Era este un mercader de paños, que vivia en la Puerta del Sol. Apenas abrió el pliego y leyó su contenido, cuando me dijo con un modo muy cordial y gracioso: señor Gil Blas, mi corresponsal Pedro Palacios me recomienda la persona de V. con tan vivas espresiones, que no puedo dejar de ofrecerle un cuarto en mi casa. Ademas de eso me suplica que le solicite una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto, y con esperanza de que no me será muy difícil colocar á V. ventajosamente.

Acepté la generosa oferta de Melendez sin hacer del quijote ni del melindroso, con tanto mayor gusto cuanto veia que mis provisiones poco á poco se iban disminuyendo; pero no le fui gravoso largo tiempo. Pasados ocho dias me dijo que acababa de proponerme á un caballero amigo suyo, que tenia necesidad de un ayuda de cámara, y que, segun todas las señas, no se me escaparia esta conveniencia. Con efecto, habiéndose dejado ver el tal caballero en aquel mismo momento: señor, le dijo Melendez tomándome por la mano, este es aquel mozo de quien hablamos poco ha, de cuyo proceder me constituyo por fiador, como pudiera del mio mismo. Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomía, y que desde luego me recibia en su servicio. Sígame, añadió, que yo le instruiré en lo que deberá hacer. Diciendo esto se despi-

dió del mercader, y me llevó consigo á la calle Mayor, frente por frente de san Felipe. Entramos en una casa muy buena, donde él ocupaba un cuarto : subimos una escalera, y á cinco ó seis pasos de ella me introdujo en una sala cerrada con dos buenas puertas, en la primera de las cuales habia una rejilla de hierro para ver á los que llamaban antes de abrir. Pasamos despues á otra sala, donde, por no haber alcoba, tenia su cama con otros varios muebles mas aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me habia considerado bien en casa de Melendez, tambien yo le examiné á él con particular atencion. Era un hombre como poco mas de cincuenta años, de un aire frio y serio. Parecióme de buen natural, y no formé mal concepto de él. Hízome muchas preguntas acerca de mi familia, y satisfecho con mis respuestas : Gil Blas, me dijo, yo contemplo que eres un mozo de entendimiento y juicio, y me alegro mucho de tenerte en mi servicio. Por tu parte espero que estarás contento de tu condicion. Cada dia te daré seis reales para que comas y te vistas, sin perjuicio de otros gages y provechos que podrás tener conmigo. Yo no soy hombre que dé mucha molestia á los criados : nunca como en casa, siempre como con mis amigos. Por la mañana no tienes otra cosa que hacer sino limpiar bien mis vestidos ; lo restante del dia eres libre, y podrás hacer lo que quisieres: basta que por la noche

te retires á casa á buena hora, y me esperes á la puerta de mi cuarto: esto es todo lo que exijo de tí. Despues de haberme dado esta instruccion sacó seis reales del bolsillo y me los entregó para empezar á cumplir nuestro tratado. Salimos los dos juntos, cerró él mismo las puertas, llevóse consigo la llave, y me dijo: no tienes que seguirme, y puedes irte á donde te diere la gana; pero cuidado que te encuentre en la escalera cuando vuelva á casa por la noche. Diciendo esto partió él, y me dejó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

Vamos claros, Gil Blas (me dije entonces á mí mismo), que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves á un hombre que por limpiar sus vestidos, hacerle la cama, y barrer su cuarto por la mañana te da seis reales cada dia, con libertad de hacer despues lo que quisieres, ni mas ni menos como un estudiante en tiempo de vacaciones. A fe que no será fácil encontrar otra conveniencia igual. Ya no me admiro del hipo que tenia por venir á Madrid; sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba. Pasé todo el dia en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogian de nuevo, y que no me daban poca ocupacion. Por la noche cené en un meson, poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me habia ordenado le esperase. Llegó tres cuartos de hora despues, y pa-

reció contento de mi puntualidad. Muy bien, me dijo, esto me gusta, yo quiero criados que sean atentos y exactos en hacer lo que les mando. Dicho esto abrió las puertas del cuarto, cerrólas tras de nosotros, y como nos hallábamos á oscuras hizo fuego con un eslabon, y encendió un velon. Ayudéle despues á desnudar, y luego que se metió en la cama encendí por su órden una lamparilla que estaba en la chiminea, tomé el velon y llevélo á la antesala donde me acosté en una camita ó catre sin colgadura ni cortinas. Al dia siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana: acepillé sus vestidos, dióme mis seis reales, y despidióme hasta la noche. Salióse fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las dos puertas, y ételé aqui que uno y otro nos separamos para todo lo restante del dia.

Tal era nuestra vida, que á mí me parecia muy dulce y muy acomodada. Lo mas gracioso de todo era, que yo aun no sabia cómo se llamaba mi amo. Melendez lo ignoraba tambien. Solo conocia al tal caballero por uno de tantos como concurrian á su lonja á comprar géneros de los que vendia. Ni los vecinos pudieron tampoco satisfacer mi curiosidad. Aseguráronme todos que no sabian de qué clase de hombres era mi amo, aunque habia dos años que habitaba en aquel barrio. Dijéronme que no trataba con ninguno de los vecinos, y algunos, acostumbrados á juzgar mal de todo

temerariamente, inferian de esto que era un hombre de quien no se podia hacer juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó mas: sospechóse fuese una espía de Portugal; y alguno me advirtió con caridad que corria yo gran peligro de visitar los calabozos de Madrid, no mejores, segun infiero, que los demas. Mi inocencia no me podia asegurar, pues no bastaba esta para no tener miedo á la justicia. Habia probado dos ó tres veces que si la justicia no quitaba la vida á los inocentes, á lo menos no era la que mejor guardaba con ellos las leyes de la hospitalidad, y que siempre es gran desgracia hospedarse en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Melendez lo que debia hacer en tan críticas y delicadas circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podia creer que mi amo fuese espía, mas tampoco tenia razon fuerte y positiva para negarlo. Tomé, pues, el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubriese que verdaderamente era un enemigo del estado, abandonarle enteramente; pero al mismo tiempo me pareció que la prudencia y lo bien hallado que estaba con él, pedian que caminase con el mayor tiento y circunspeccion en poner en práctica lo que habia determinado hasta asegurarme de la verdad. Comencé, pues, á examinar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor: señor (le dije una noche mientras le estaba des-

nudando) no sabe un hombre cómo ha de vivir para librarse de las malas lenguas. El mundo está perdido, y nosotros tenemos unos vecinos que no valen un demonio. ¡Malditas bestias! No creerá su merced cómo hablan de nosotros. Y bien, Gil Blas, me respondió, ¿qué es lo que pueden decir? Ah, señor, repliqué yo, á la murmuracion nunca le falta asunto. Encuéntralos ó los sueña hasta en la misma virtud. ¿No es bueno que nuestros vecinos tengan aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa, y que la corte nos observa con particular atencion? En una palabra, dicen que su merced es espía del rey de Portugal. (Entonces levanté los ojos y le miré fijamente á la cara, como Alejandro á su médico, para notar el efecto que producia lo que acababa de decirle.) Parecióme que se turbaba algun tanto, lo que era una gran confirmacion de lo que decia la vecindad; y noté que poco despues se quedó pensativo y cabizbajo, lo que tampoco interpreté muy favorablemente. Asi estuvo por un breve rato; pero luego, como quien vuelve en sí, me dijo con voz y semblante muy tranquilo: Gil Blas, dejemos á los vecinos que digan lo que quisieren; nuestra quietud no ha de depender de sus malignas bocanadas. No hagamos caso de lo que dicen los hombres, mientras no démos motivo á que lo digan.

Acostóse despues con mucha paz, y yo hice lo mismo sin saber á qué habia de atener-

me. Al dia siguiente, cuando nos estábamos disponiendo para salir de casa, oímos llamar fuertemente á la primera puerta de la escalera. Abrió el amo la segunda, y mirando por la rejilla, vió un hombre bien vestido, que le dijo: señor caballero, yo soy alguacil, y vengo de parte del señor corregidor á decir á V. que su señoría desea hablarle dos palabras. ¿Qué me quiere el señor corregidor? respondió mi amo, no sin algun desabrimiento. Eso es lo que yo no sé, replicó el aguacil; pero no tiene V. mas que ir á su casa, y muy presto lo sabrá. Servidor del señor corregidor, repuso su merced; yo no tengo que hacer con su señoría. Diciendo estas palabras cerró enfadado la segunda puerta, y comenzándose á pasear por el cuarto en tono de un hombre, segun lo que á mí me parecia, á quien habia dado mucho en que pensar el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales, y me dijo: amigo Gil Blas, tú te puedes ir á pasear donde quisieres, que yo no pienso salir de casa tan presto, y en toda esta mañana no te he de menester. Persuadíme al oir estas palabras que tenia miedo de que le prendiesen, y que por eso no queria salir á la calle. Dejéle pues, y para ver si me engañaba en mi sospecha, me escondí en cierto parage, de donde podia observar si salia ó no salia. Hubiera tenido paciencia para mantenerme alli toda la mañana, si él mismo no me hubiera aliviado de

este trabajo; pues pasado una hora le ví salir, y presentarse en la calle con un desembarazo y con un aire de seguridad, que dejó confundida mi penetracion. Mas no me deslumbraron estas apariencias; antes bien ellas mismas me hicieron entrar en mayor desconfianza. Parecióme que todo aquello podia muy bien ser afectado, y aun llegué casi á creer que se habia detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y su dinero, y que probablemente iba á ponerse en seguro con la fuga. Perdí la esperanza de volverle á ver, y aun dudé si iria aquella noche á esperarle en la puerta de la escalera: tan persuadido estaba, á que saldria aquel dia de Madrid para librarse del peligro que le amenazaba. Sin embargo no dejé de ir á esperarle, y me sorprendió cuando le ví volver como acostumbraba. Acostóse sin la menor señal de cuidado ni inquietud, y por la mañana se levantó y se vistió con la mayor tranquilidad.

No bien habia acabado de vestirse cuando llamaron de repente á la puerta. Fue él mismo á reconocer por la rejilla quién llamaba. Vió que era el alguacil del dia antecedente; preguntóle qué se le ofrecia, y el alguacil respondió que abriese al señor corregidor. Al oir esto se me heló toda la sangre de las venas. Tenia yo concebido un endiablado miedo y mas que pánico terror á toda esta casta de pájaros desde que habia tenido la desgracia de caer en sus manos; y en aquel momento quisiera

estar cien leguas distante de Madrid. Pero mi amo, que no era tan espantadizo ni tan meticuloso como yo, abrió la puerta con sosiego y recibió al señor corregidor con el debido respeto. Ya ve V. (dijo á mi amo) que no vengo á su casa con grande acompañamiento, porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables á V. que corren por el pueblo, me ha parecido que su persona era acreedora á ser tratada con atencion. Sírvase V. decirme cómo se llama, quién es, y qué hace en Madrid. Señor, lè respondió mi amo, mi nombre es Don Bernardo de Castelblanco, familia conocida en Castilla la Nueva. Mi ocupacion en Madrid se reduce á pasearme, frecuentar los teatros, y divertirme con algunos pocos amigos, gente toda muy honrada, de honesta y grata conversacion. Sin duda (preguntó el juez) que tendrá V. una grande y gruesa renta. No señor (repuso mi amo), no tengo rentas, ni tierras, y ni aun casa. ¿Pues de qué vive V.? (le replicó el corregidor). De lo que voy á mostrar á V. S., respondió Don Bernardo; y al mismo tiempo levantó un tapiz, y abrió una puerta que estaba tras de él, sin que yo la hubiese observado, y luego otra que estaba despues de aquella, é hizo entrar al juez en un gabinete, donde habia un gran cofre todo lleno de oro, que quiso viese con sus mismos ojos.

Ya sabe V. S., le dijo entonces, que nosotros los castellanos somos por lo general poco amigos del trabajo; mas por grande que sea la aversion con que otros le miran, puedo asegurar que ninguna es comparable con la mia. Tengo un fondo de pereza y de holgazanería tal, que me hace incapaz de todo empleo y cuidado. Si quisiera canonizar mis vicios dándoles el nombre de virtudes, diria que mi pereza era una indolencia filosófica, un rasgo del espíritu desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor; pero debo confesar de buena fe, que soy haragan y perezoso por temperamento, tanto que si me viera precisado á trabajar para comer, creo que me dejaria morir de hambre. En virtud de esto, á fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor, para no tener el trabajo de cuidar de mi hacienda, y mucho mas por no tener que lidiar con administradores ni mayordomos, convertí en dinero contante todo mi patrimonio, que consistia en muchas posesiones considerables. Cincuenta mil ducados en oro hay en este cofre, lo que basta, y aun sobra, para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo, pues no llegan á mil los que gasto cada año, y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado lo futuro, porque, gracias al cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios, que comunmente arruinan á los hombres. Soy poco inclinado á comilonas y meriendas: juego poco, y por me-

ra diversion; y estoy ya muy desengañado de las mugeres. No temo que en mi vejez me cuenten entre el número de viejos lascivos, á quienes las mozuelas venden sus mentidos é interesados favores á precio de oro.

¡Oh y qué dichoso es V.! esclamó el corregidor. Teníanle contra toda razon por una espía, personage que de ningun modo podia convenir á un hombre de su carácter. Prosiga V., Don Bernardo, en vivir como ha vivido hasta aqui. Tan lejos estaré de turbar sus dias tranquilos y serenos, que desde luego los envidio, y me declaro por su defensor. Pídole á V. su amistad, y yo le ofrezco la mia. ¡Ah señor! esclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras, acepto el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es la mayor de mis riquezas, y el último complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion, que el alguacil y yo oimos desde la puerta del gabinete, el corregidor se despidió de mi amo, que no hallaba espresiones para manifestarle su reconocimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de cortesías y profundas reverencias, aunque en el corazon le miraba con aquel desprecio y aquella aversion con que todo hombre de bien mira á un alguacil.

CAPITULO II.

De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel bandolero.

Cuando Don Bernardo de Castelblanco hubo despedido al corregidor acompañándole hasta la calle, volvió prontamente y con toda priesa á cerrar el cofre y todas las puertas que le aseguraban. Hecha esta diligencia salió de casa muy contento por haber adquirido tan importante amistad, y yo no menos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Melendez me obligó á enderezarme á su casa; pero cuando estaba ya cerca de ella me encontré con el capitan Rolando. No puedo esplicar lo sorprendido que quedé con este encuentro, ni pude menos de estremecerme y de temblar á su vista. Conocióme desde luego, acercóse á mí gravemente, y conservando todavía cierto airecillo de superioridad, me ordenó que le siguiese. Obedecíle temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo: ¡pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿Dónde me llevará? puede ser que tenga aqui alguna cueva oscura. No lo creo; pero si lo creyera, en este mismo punto le haria ver que no tengo gota en los pies. Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento á observar el sitio

donde paraba, con resolucion de alejarme de él á carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado, y me disipó todo temor. Entróse en el figon mas famoso de Madrid, seguíle yo, mandó traer el mejor vino, y ordenó que se dispusiese comida para los dos. Mientras se disponia nos metimos en un cuarto, y asi que Rolando se vió solo conmigo me habló de esta suerte. Sin duda, Gil Blas, que estarás muy admirado de verte aqui con tu antiguo comandante; pero aun te has de admirar mas cuando me hayas oido lo que te voy á contar. El dia que te dejé en la cueva, y partí con mis compañeros á Mansilla para vender las mulas y caballos que habiamos robado la noche anterior, encontramos al hijo del corregidor de Leon, acompañado de cuatro hombres á caballo, todos bien armados, que seguian su coche. Acometímoslos: hicimos morder la tierra á dos de ellos, los otros dos huyeron á cuatro pies. Temiendo el buen cochero por su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios tuviésemos piedad, y no quitásemos la vida al hijo único del señor corregidor de Leon. Estas palabras en vez de enternecer á mis compañeros, les irritó mucho mas. Señores, dijo uno, no dejemos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion. ¿A cuántos de estos no ha hecho morir su padre? Venguémosles, y sacrifique-

mos esta víctima á sus cenizas. Todos los demas aplaudieron tan inhumano consejo; y hasta mi teniente se disponia ya á ser el gran sacerdote en aquel sangriento sacrificio, si yo no le hubiera detenido el brazo. Detente, le dije, ¿á qué fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y pues no hace resistencia, seria una barbaridad el matarle. Fuera de que el hijo no es responsable de las acciones de su padre, ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que cumplir con la obligacion de su oficio, asi como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar á los caminantes y pasageros.

Intercedí, pues, por el hijo del corregidor, y no le fue inútil mi intercesion. Cogímosle todo el dinero, juntamente con los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendímoslos en Mansilla con los demas que conduciamos. Volvímonos despues á nuestro subterráneo, donde arribamos al dia siguiente poco antes de amanecer. No quedamos poco sorprendidos cuando vimos levantada la trampa y mucho mas cuando encontramos á Leonarda fuertemente amarrada en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo sucedido, y nos admiramos mucho de que hubieses podido engañarnos; pero te perdonamos la burla en gracia de la invencion. Luego que desatamos á la cocinera, la dí órden de que nos dispusiese de comer. Entre tanto fuimos á la caballeriza á cuidar de

los caballos, y encontramos casi espirando al viejo negro, que en veinte y cuatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguna que le socorriese. Deseábamos darle algun alivio, pero habia perdido ya todo conocimiento, y nos pareció caso tan desesperado, que á pesar de nuestra buena voluntad abandonamos aquel pobre diablo entre la vida y la muerte. No por eso dejamos de sentarnos á la mesa, y despues de haber almorzado opíparamente nos retiramos á nuestros cuartos, donde estuvimos durmiendo ó descansando todo el dia. Cuando despertamos nos dijo Leonarda que ya habia muerto Domingo. Llevamos el cadáver á la cámara ó cueva donde te acordarás que dormias, y alli le hicimos los funerales, como si hubiera sido uno de nuestros compañeros.

Cinco ó seis dias despues sucedió que queriendo hacer una salida, encontramos muy de mañana á la entrada del bosque tres brigadas de la santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para acometernos. Al principio no descubriamos mas que una: No la temimos, y aunque superior en número á nuestra tropa, la atacamos ; pero al mismo tiempo que estábamos peleando con ella, las otras dos, que habian hallado modo de mantenerse emboscadas, se echaron de repente sobre nosotros, y nos rodearon de manera que de nada nos sirvió nuestro valor. Fuenos necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente, y

dos de nuestros camaradas murieron en la funcion. Los otros dos y yo, envueltos y encerrados por todas partes, nos vimos precisados á rendirnos; y mientras las dos brigadas nos llevaban presos á Leon, la tercera fue á cegar y destruir la cueva, que habia sido descubierta de este modo. Atravesando el bosque un labrador de las inmediaciones para volver á su casa, vió por casualidad alzada la trampa de la cueva, que dejaste abierta el mismo dia que te escapaste con la dama: sospechó que aquella era nuestra habitacion, y no teniendo valor para entrar en ella se contentó con observar bien sus contornos; y para acertar mejor con el sitio, descortezó ligeramente algunos árboles vecinos, y otros mas de trecho en trecho, hasta que se vió fuera del bosque. Pasó despues á Leon, dió parte de aquel descubrimiento al corregidor, cuyo gozo fue mucho mayor, por cuanto estaba informado de que su hijo habia sido robado por nuestra compañía. El corregidor hizo juntar las tres brigadas y las dió por guia al labrador que habia descubierto el subterráneo.

Mi arribo á la ciudad de Leon fue un grande espectáculo para todos los vecinos. Aunque yo hubiera sido un general enemigo hecho prisionero de guerra no hubiera sido mayor la curiosidad con que todos corrian y se atropellaban por verme. Aquel es, decian, aquel es el capitan, y el terror de toda esta tierra. Merecia ser atenaceado, y no menos sus dos compañeros.

Presentáronnos al corregidor, que desde luego comenzó á insultarme. Ya lo ves, malvado, me dijo, el cielo cansado de tus delitos te ha abandonado á mi justicia. Señor (le respondí) es cierto que he cometido muchos; pero á lo menos no tengo que acusarme el de haber quitado la vida al hijo de V. S. Si vive, á mí me lo debe, y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento. ¡Ah miserable! (replicó) sin duda que estaria bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter. Y aun cuando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiria por ventura la obligacion de mi empleo? Despues de decir esto nos mandó encerrar en un calabozo, donde no dejó pudrir á mis compañeros. Salieron de él al cabo de tres dias para representar un papel un poco trágico en medio de la plaza. Por lo que toca á mí estuve tres semanas enteras en la prision. Tuve por cierto que se dilataba mi suplicio para hacerle mas terrible, y en fin cada dia estaba esperando un nuevo género de muerte, cuando al cabo mandó el corregidor que me llevasen á su presencia, y estando en ella me dijo: oye tu sentencia. Quedas libre. Si no fuera por tí mi hijo hubiera sido asesinado en medio de un camino. Como padre deseaba agradecerte este gran servicio; pero no pudiendo absolverte como juez, escribí á la corte en tu favor. Pedí al rey el perdon de tus delitos, y le conseguí. Vete donde quisieres: pero créeme (añadió),

aprovéchate de tan feliz como no esperado suceso. Entra en tí, y abandona para siempre esa desgarrada vida.

Atravesado el corazon con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid, con resolucion de vivir tranquila y dulcemente en esta villa. Encontré ya muertos á mis padres, y su herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbran los tutores. Solo pude lograr tres mil ducados, que acaso no hacian la cuarta parte de lo que debia heredar. ¿Pero qué habia de hacer? Nada adelantaria con ponerle pleito sino tener de menos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad compré una vara de alguacil; y segun cumplo con mi empleo parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros se habrian opuesto á mi admision si hubieran sabido mi historia, pero por fortuna mia la ignoraban, ó (lo que viene á ser lo mismo) afectaron ignorarla, porque en aquel honrado cuerpo todo el mundo se interesa mucho en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los otros, porque el mejor es un diablo. Con todo eso, amigo mio (continuó Rolando), yo quiero descubrirte todo el interior de mi alma. No me gusta el oficio que he abrazado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa que solo da lugar á sutilezas y raposerías. ¡Oh y

cuánto echo de menos mi antigua y noble profesion! Confieso que es mas segura la nueva, pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegría y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de exonerarme de este empleo, y desaparecer una mañanita muy temprano para retirarme á las montañas que estan en el nacimiento del Tajo. Sé que hay alli una cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa, llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir irémos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitan de tan ilustre compañía; y haré que te reciban en ella, asegurándolos que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré de tí como informa un general de un oficial cuando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haria sospechoso, y asi no diré palabra de la aventura consabida. Hora bien (añadió) ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando. V. es inclinado á las empresas árduas y peligrosas; yo á una vida tranquila y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió, aquella dama, cuyo amor te hizo emprender lo que emprendiste, te está todavía muy dentro del corazon; y sin duda que en su amable compa-



P. Alabern la grabó.

GIL BLAS.

ñía gozas aquella vida tranquila y sosegada á que te llama tu inclinacion. Confiesa con sinceridad que despues de haberle restituido sus muebles estais comiendo juntos los doblones que recogisteis y robasteis de la cueva. Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle en pocas palabras le conté toda la historia de la dama, con todo lo demas que me habia sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir me miró con un aire fiero, y me dijo con cierta seriedad feroz : ya que tienes un corazon tan vil y bajo, que prefieres tu servil condicion al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones. Pero escucha bien las palabras que voy á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoy, y jamas me tomes en boca con persona viviente de este mundo ; porque si llego á saber que alguna vez has hablado de mí... Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al figonero, pagó la comida, y nos levantamos de la mesa para ir cada cual por su camino.

CAPITULO III.

Cap. XXIV

Deja Gil Blas á Don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un petimetre.

Cuando salimos del figon, y nos estábamos despidiendo uno de otro, pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez se volvió á mirar con cuidado al capitan. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante personage. A la verdad la traza de Rolando no escitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, cara larga, y nariz de papagayo; y aunque no era desgraciada la figura, tenia no sé qué trazas de un grandísimo bribon.

No me engañé en mi sospecha. Cuando D. Bernardo se retiró á casa por la noche le hallé enteramente preocupado contra la catadura del capitan, y muy dispuesto á creer todas las cosas que yo le pudiera contar, si me hubiera atrevido á confesarlas. Gil Blas, me dijo, ¿quién era aquel pajarraco con quien te ví salir del figon? Respondíle que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese embarazado en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion, y metióse en la cama. La mañana siguiente luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias, me

entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dijo: toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aqui y vete á servir á otra casa que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid aquel alguacil, con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad cuando ejercitaba yo la medicina. ¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿por qué no respondiste anoche lo mismo en vez de turbarte y tragar saliva? Señor, le dije, no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad. Ciertamente, me replicó dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenia por tanto. Anda, hijo mio, vete en paz, y date por despedido. Un criado que trata con alguaciles no es lo que me acomoda.

Partíme inmediatamente, y fuime en derechura á dar esta noticia á mi protector Melendez; el cual me dijo por consolarme que estaba haciendo diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto pocos dias despues me dijo: amigo Gil Blas, muy lejos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy á anunciarte. Tendrás el mejor puesto del mundo. Sábete que te he acomodado con Don Matias de Silva. Es un señor de la primera distincion, y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman *pe-*

timetres. Tengo la honra de ser su mercader. Acude á mi tienda por todo cuanto se le ofrece: es verdad que todo va fiado, pero nada se va á perder nunca con estos señores. Comunmente se casan con herederas ricas, que pagan todas sus deudas; y cuando esto no, se les cargan los géneros á tan subido precio, que aunque no se cobre mas que la cuarta parte de las partidas, siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de Don Matias es amigo mio: vamos á buscarle, que él es quien te ha de presentar á su amo, y puedes estar seguro de que, por respeto mio, hara de tí particular estimacion.

Mientras íbamos caminando al palacio de D. Matias me dijo el mercader: paréceme muy conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodriguez, y aqui para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra, y sintiéndose con talento para el manejo económico siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando dos casas, cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre muy vano, y gusta mucho de que los demas criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia, ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodriguez, aun

mas que á tu mismo amo, y no perdones á diligencia alguna para conservarte siempre en su gracia. Su amistad te será de gran provecho. Pagaráte exactamente tu salario, y si logras merecer su confianza no se contentará con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en que ganar. Don Matias es un mozo que solo piensa en divertirse, y de nada menos cuida que de los intereses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.

Luego que llegamos á la casa preguntamos si podiamos hablar al señor Rodriguez. Respondiéronnos que sí, y que le encontrariamos en su cuarto. Efectivamente le hallamos en él, y estaba con un labrador, que tenia en la mano un talego de terliz, lleno, á lo que parecia, de dinero. El mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Melendez. El mercader espalancó tambien los suyos, y se abrazaron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor habia, por lo menos, tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mí. Rodriguez me examinó de pies á cabeza, y me dijo con afabilidad y buena gracia que yo era el mismísimo que convenia á Don Matias, y que él tomaba á su cargo presentarme á este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mí, y suplicó al mayordomo que me tomase bajo su proteccion, y dejándome con él

se retiró, despidiéndose con una multitud de cumplimientos. Luego que salió me dijo Rodriguez: yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al paisano, y tomándole el talego le dijo: veamos si estan aqui los quinientos doblones. Contólos por su misma mano, y hallándolos justos, dió su recibo al labrador, y le despidió. Guardó luego los doblones en el talego, y vuelto á mí: ahora podemos ir, me dijo, á ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta mediodía, y ya es cerca de la una, que es la hora en que amanece en su cuarto.

Con efecto acababa entonces de levantarse Don Matias. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre el brazo de la silla, y era su ocupacion aderezar tabaco rapé. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor, le dijo el mayordomo, aqui está este mocito, que tengo el honor de presentar á V. S. para reemplazar el criado que se sirvió despedir antes de ayer. Su fiador es Melendez el mercader de V. S.: asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que V. S. se hallará contento con él, y se dará por bien servido. Basta que tú me le presentes, respondió su señoría, para que yo le reciba; yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara, y queda ya evacuado este negocio. Rodriguez, hablemos de otras cosas, pues has venido cuando iba á mandar que te llamasen. Te voy á dar una

p. 253

mala nueva, mi caro Rodriguez. Anoche estuve muy desgraciado en el juego: perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo, y otros doscientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar cuanto antes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga á satisfacer con puntualidad: las otras basta que se paguen cuando se pueda. Es preciso, pues, que busques en el dia doscientos doblones, y se los envies á la condesa de Pedrosa. Señor, respondió el mayordomo, es mas fácil decir que ejecutar. ¿Dónde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero? No puedo cobrar un maravedí de sus arrendadores por mas amenazas que les hago; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aqui, por la misericordia de Dios, le he podido soportar; pero no sé ya á que santo encomendarme, y me veo reducido al último apuro. Cuanto estás hablando es inútil, respondió Don Matias, y todas esas noticias solo sirven de enfadarme. Rodriguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar sobre mí el gobierno de mi hacienda. Por cierto que seria una muy buena diversion para un hombre como yo. ¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso estoy persuadido á que presto se veria V. S. libre de ese cuidado. Ya me cansas y me asesinas con tanta ba-

chillería, repuso enfadado el señorito. Déjame arruinar, sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos doscientos doblones; vuelvo á decir que es menester, y quiero absolutamente que los busques, y los halles. Voy, pues, dijo Rodriguez, á ver si los quiere dar aquel viejo que otras veces ha prestado dinero á V. S., aunque á crecida usura. Ve, y recurre aunque sea al mismo diablo, respondió Don Matias: como yo tenga los doscientos doblones, todo lo demas no me importa un bledo.

No bien acababa de decir estas palabras colérico y enojado, cuando al irse el mayordomo entró en su cuarto otro señorito mozo llamado D. Antonio Centellas. ¿Qué tienes, amigo? preguntó este á mi amo: parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué, que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto asi el bruto que acaba de salir de aqui. Es cierto, respondió Don Matias: es mi mayordomo, y siempre que viene á mi cuarto me da un mal rato: no sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas y me engullo el capital. ¡Gran bestia! Como si fuera él quien lo perdiese. Amigo, respondió Don Antonio, en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo. Cuando el grandísimo ganapan, en fuerza de mis repetidas órdenes me trae algun dinero, no parece sino que me da lo que es suyo:

me dice que me pierdo, que todas mis rentas estan embargadas. Véome precisado á tomar yo la palabra para cortar la conversacion. Pero lo peor de todo es, dijo Don Matias, que no podemos vivir sin estas gentes, y que para nosotros es este un mal necesario. Convengo en eso, respondió Centellas... pero aguarda un poco (prosiguió reventando de risa) que ahora, ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso y nunca imaginado. Podemos hacer cómicas las escenas serias que cada dia representamos con estos hombres, y que nos sirva de diversion lo mismo que nos da tanto enfado. Hagámoslo de este modo. Yo pediré á tu mayordomo el dinero que hubieses menester, y tú pedirás al mio el que yo necesitare. Dejarémoslos decir todo lo que quisieren, y nosotros los oirémos con orejas de mercader. Al cabo del año tu mayordomo me presentará sus cuentas, y el mio te dará las suyas. De esta manera yo solo oiré hablar de tus gastos, tú solo tendrás noticia de los mios; y verás como nos divertirémos.

A esta ingeniosa invencion se siguieron mil chistosas agudezas, que alegraron á los dos señoritos, y uno y otro las llevaron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodriguez su alegre conversacion, entrando en la sala acompañado de un vejete tan calvo, que apenas se le descubria un cabello. Quiso despedirse Don Antonio, y dijo: á Dios, Don Ma-

tias, que presto nos volverémos á ver. Quiero dejarte con estos señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios serios. No, no, respondió mi amo, estate aqui, que tú en nada nos estorbas. Este buen viejo que ves es un hombre muy de bien, que me presta dinero á cinco por ciento. ¿Cómo *á cinco por ciento?* replicó Centellas como admirado. Vive Dios que has sido afortunado en caer en tan buena mano: yo compro el dinero á peso de oro, porque ninguno me le quiere prestar menos que á un diez por ciento. ¡Qué usura! esclamó entonces el usurerísimo viejo, ¿tienen alma esos bribones? ¿creen por ventura que hay otro mundo? Ya no estraño que se declame tanto contra las personas que prestan á interes. El exorbitante precio á que venden sus empréstitos es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo á lo menos solo presto puramente por servir á los que se valen de mí, y si todos mis compañeros siguieran mi ejemplo, no estariamos tan desacreditados. ¡Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados, tendria el mayor gusto de abrir mi bolsa y ofrecérsela á V. sin el mas mínimo interes, pues aun en medio de mi pobreza casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable cinco por ciento. Mas ¡ó Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se encuentra un ochavo, y su escasez me obliga á ensanchar un poco las

estrechas reglas de moral, que he procurado aprender para quietud de mi conciencia.

¿Cuánto dinero ha menester V. S.? preguntó volviéndose hácia mi amo. Doscientos doblones, respondió este. Cuatrocientos traigo en un talego, dijo el usurero, contaré la mitad, y se la entregaré á V. S. Al mismo tiempo sacó de bajo de la capa un talego de terliz, que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dejar con quinientos doblones en el cuarto de Rodriguez. Luego me ocurrió lo que debia pensar de aquella maniobra, y ví por esperiencia la mucha razon con que Melendez me habia ponderado lo diestro que era el mayordomo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa, y púsose á contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. Señor Dímas, dijo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexion, que me parece cuerda. Verdaderamente yo era un pobre mentecato cuando solo pedí á V. el dinero que precisamente habia menester para desempeñar mi honor y mi palabra, no acordándome que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa, y que mañana me veria precisado á recurrir á V. Tomaré, pues, esos cuatrocientos doblones sobre el mismo pie, para escusarle el trabajo de hacer otro viage á mi casa. Señor, respondió el viejo, es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen eclesiás-

tico, heredero de grandes posesiones, que emplea cuanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres mugeres que peligraban en él, manteniéndolas despues en su retiro; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad, ahí la tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digne señalar hipotecas suficientes y libres para asegurar el capital y los réditos. ¡Oh! por lo que toca á la seguridad (interrumpió Rodriguez sacando del bolsillo un pliego de papel) la tendrá Vd. aun mayor de la que pudiera desear, solo con que el señor D. Matias se digne echar su firma en este papel. En virtud de él libra á vuestro favor quinientos doblones contra Talegon, arrendador de los estados de Mondejar. Me contento con él, replicó el usurero, porque no soy hombre que me haga de rogar. Entonces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que inmediatamente firmó, silbando mientras firmaba, sin haberle siquiera leido, ni permitido que le leyesen el papel.

Concluido este negocio se despidió el viejo de D. Matias, y este le dió un estrecho abrazo, diciéndole: hasta la vista, señor Dimas, soy todo de V. No sé cierto por qué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí juzgo que son unos entes muy necesarios al estado: el consuelo de mil hijos de familia, y el recurso de todos los señores que gastan mas de lo que sufren sus rentas. Tienes razon, dijo entonces Centellas, los usureros son unos hombres

de bien, que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á este, que se contenta con un cinco por ciento. Diciendo esto se acercó al viejo para abrazarle, y los dos petimetres para divertirse se lo enviaban recíprocamente uno al otro, como si fuera una pelota. Despues de bien zarandeado le dejaron ir con el mayordomo, que merecia mejor aquellos zarandeos, y aun algunas cosas mas.

Luego que salió Rodriguez con el testaferro de sus maldades, envió D. Matias á la condesa de Pedrosa la mitad de los doblones por mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro, que llevaba ordinariamente en la faldriquera. Contentísimo de verse con tanto dinero, dijo muy alegre á D. Antonio: y bien, ¿en qué hemos de gastar el dia de hoy? Pensémoslo un poco, y tengamos entre los dos consejo privado. Que me place, respondió Centellas, que eso es ser hombre de juicio. Deliberemos pues. Cuando iban á tratar de lo que habian de hacer entraron otros dos señoritos, poco mas ó menos de la misma edad, uno de los cuales se llamaba D. Alejo Seguier, y otro D. Fernando de Gamboa. Luego que se vieron juntos los cuatro comenzaron á darse tantos abrazos y besos como si en diez años no se hubieran visto. Despues de esta ceremonia, D. Fernando, que era de natural muy alegre, dirigiendo la palabra á D. Matias y á D. Antonio: y bien, señores, les dijo,

¿dónde pensais comer hoy? Si no estais empeñados os quiero llevar á una casita de los cielos, donde bebereis un vinito de los dioses. Anoche cené en ella, y no salí hasta las cinco ó seis de la mañana. Ojalá hubiese yo tenido la misma prudencia, esclamó mi amo, pues asi no hubiera perdido mi dinero.

Yo, dijo Centellas, quise tomarme anoche una nueva diversion, porque la variedad es madre de todo gusto. Llevóme un amigo á casa de uno de estos ricazos que hacen sus negocios manejando los del estado; un asentista. En el adorno de la casa se veia magnificencia y eleccion de muebles esquisita; la mesa propiamente cubierta, y bien servida; pero descubrí en los dueños de la casa cierta especie de ridículo, que me divirtió infinitamente. El dueño, aunque de nacimiento bajo y de educacion grosera, afectaba modales caballerescas y á lo grande. Su muger, bien que horriblemente fea, se imaginaba adorable, y decia mil necedades, sazonadas con un acento vizcaíno que las daba un gran realce. Fuera de eso estaban sentados á la mesa cuatro ó cinco niños con su ayo. Considerad ahora cuánto me divertiria aquella cena casera.

Pues yo, señores, dijo D. Alejo Seguier, cené con una comedianta, con Arsenia. Eramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga suya, maja de profesion, el marques de Zenete, D. Juan de Moncada, y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber y en decir equivo-

quillos galantes. ¡Pero qué noche! es verdad que Arsenia y Florimunda no son grandes ingenios, ni de las mas agudas; pero ¿qué importa? Su desembarazo y desenvoltura valen bien las mas delicadas agudezas. Son dos criaturas alegrísimas, vivacísimas y loquísimas; y estas me gustan mas que las juiciosas, modestas, y mas discretas del mundo.

CAPITULO IV.

Adquiere Gil Blas amistad con los criados de los petimetres: secreto que estos le enseñaron para lograr à poca costa la reputacion de hombre agudo; y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena.

Prosiguieron aquellos señoritos en divertirse de esta manera hasta que D. Matias, á quien yo ayudaba á vestir, se halló en tren de poder salir de casa. Díjome entonces que le siguiese; y todos los cuatro petimetres tomaron juntos el camino de la casa donde habia ofrecido conducirlos D. Fernando de Gamboa. Comencé, pues, á marchar detras de ellos, juntamente con los otros tres criados, porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus respectivos amos, imitando su aire y movimientos. Saludélos á todos, como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera, y uno de ellos, despues de haberme mirado atentamente

por un breve rato, me dijo: hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie. Es verdad, le respondí, porque ha muy poco tiempo que llegué á Madrid. Asi me lo parece á mí tambien, replicó él; todavía hueles á provincia, porque te veo tímido, embarazado, y observo en la accion un no sé qué de aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te prometo sobre mi palabra que presto te desbastarémos y te pulirémos. Esa es lisonja, le repliqué. Nada de eso, me respondió. Está cierto y muy cierto que no hay hombre tan desaliñado y tan selvático á quien no sepamos pulir y desbastar.

No necesitó decirme mas para que yo conociese que estaba en la cofradía y en la hermandad de unos buenos hijos, no dudando ya que en breve tiempo me harian un mozo de todo garbo. Cuando llegamos á la tal casa hallamos ya preparada la mesa y dispuesta la comida, que D. Fernando habia tenido cuidado de ordenar desde la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosotros nos dispusimos á servirles. Comenzaron á comer y á chacharear con mucha alegría, y era para mí grandísima diversion el verlos y el oirlos. Su carácter, sus pensamientos y sus espresiones me divertian infinitamente. ¡Qué viveza! qué chistes! qué agudezas! me parecian unos hombres de diferente especie. Cuando se sirvieron los postres y la fruta, les presentamos muchas botellas de los

mejores vinos estrangeros, y levantados los manteles nos retiramos los criados á otro cuarto, donde habia mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi cuadrilla eran hombres de mucho mayor mérito de lo que yo me habia imaginado. No se contentaban con imitar las modales de sus amos; afectaban tambien hablar el mismo lenguage, y los bellacos lo hacian tan á la perfeccion, que á la reserva de un cierto airecillo de nobleza, que no sabian imitar, en todo lo demas parecian los mismos. Admirábame su desenvoltura y su desembarazo; pero mucho mas me admiraba su prontitud y la agudeza de sus dichos, tanto que absolutamente desesperé de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de Don Fernando, en atencion á que su amo era el que regalaba á los nuestros, hacia los honores del festin, y llamando al dueño de la casa, le dijo: maestro Andres Mantuano, traednos diez botellas del vino mas generoso de España que tengais, y segun lo acostumbrado, cargadlas en la partida del que bebieren nuestros amos. Con mucho gusto, respondió él, pero, señor Gaspar, ya sabe V. que el señor Don Fernando me está debiendo muchas comidas; si por medio de V. pudiera cobrar algun dinerillo... ¡Oh! respondió el criado, no tengais pena por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho secuestrar

nuestras rentas; pero mañana harémos que se levante el secuestro, y seréis pagado de todo lo que contuviere la cuenta sin examinarla. Trájonos el vino, no embargante el secuestro, y bebimos poderosamente mientras llegaba el dia de que este se alzase. Eran de ver los brindis que continuamente nos haciamos unos á otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros respectivos amos. El criado de Don Antonio llamaba *Gamboa* al de D. Fernando, y el de D. Fernando llamaba *Centellas* al de Don Antonio, y á mí me llamaban *Silva*. Poco á pocó nos fuimos todos emborrachando bajo estos nombres postizos; ni mas ni menos como lo habian hecho nuestros señores amos bajo los suyos propios.

Aunque en la realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dejaron de mostrarse bastante contentos de mí. Amigo Silva, me dijo uno de los menos tartamudos, espero que harémos de tí algo de bueno. Veo que tienes fondo y genio, pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda: no te atreves á hacerlo por temor de decir algun despropósito; con todo eso ¿cuántos pasan hoy en el mundo por hombres agudos é ingeniosos, solo porque se arriesgan á decir cuanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil impertinencias, como entre

ellas se te escape algun dichico agudo, se olvidarán las otras necedades, y solo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza, haciéndose un concepto superior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos, y esto y no mas debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirla me pareció tan fácil y practicable, que juzgué no debia despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que habia bebido para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro, y tuve la fortuna de mezclar, entre mil estravagancias, algunas agudezas, que me merecieron grandes aplausos de toda la brigada. Llenóme de gran confianza este primer ensayo. Redoblé con tragos la charlanería para que me ocurriese algun conceptillo; y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

Ahora bien, me dijo el que me habia dado la importantísima leccion, ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarte? Aun no ha dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre muy distinto del que eras. Cada dia te irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de calidad. Insensiblemente eleva y ennoblece el espíritu: efecto que no se esperimenta

en el servicio de gente baja, y ni aun en la de mediana condicion. Sin duda, le respondí; y por tanto de hoy en adelante quiero consagrar mis servicios á la nobleza. ¡Bravo, bravo! esclamó el criado de D. Fernando, que ya estaba entre dos vinos. No es dado á la gente baja el tener pensamientos altos, ni genios superiores como nosotros. Ea, señores, añadió, alto todos, y hagamos juramento por la laguna Stigia, de no servir jamas á esa gentecilla de media braga. Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle, y con la botella en una mano y el vaso en otra, hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvímonos sentados á la mesa hasta que plugo á nuestros amos retirarse, que fue á media noche, lo que á mis camaradas pareció un esceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos salieron de alli tan temprano fue por ir á ver una maja que vivia en el barrio de palacio, y que tenia su casa abierta dia y noche á toda la gente del bronce. Era una muger de treinta y cinco á cuarenta años, perfectamente linda todavía, de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar, que (segun se decia) vendia mas caros los rebuscos que lo que habia vendido las primicias de su belleza. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya, que no contribuian poco al concurso de señores que en ella se veia. Ponianse á jugar despues de comer, cenaban alli, y pasaban la noche en be-

ber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta el amanecer, y mientras ellos se divertian con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas, que no eran menos joviales que sus amas. En fin nos separamos todos luego que la aurora se dejó ver, y cada uno se retiró á descansar por su parte.

Mi amo se levantó á mediodía, como acostumbraba. Vistióse, salió, seguíle, y entramos en casa de Don Antonio Centellas, donde encontramos á un tal Don Alvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años, y disoluto de profesion. Todos los mozuelos que querian ser petimetres se ponian en sus manos, y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto enseñándolos á brillar en el gran mundo, y á disipar sus caudales. D. Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazaron los tres, dijo Centellas á mi amo: á fe, Don Matias, que no podias haber llegado á mejor tiempo. D. Alvaro ha venido para llevarme á casa de un mayorazguillo que ha convidado hoy á comer al marques de Zenete y á Don Juan de Moncada; y yo quiero que tú seas de la partida. Pero ¿cómo se llama ese tal? preguntó Don Matias. Se llama Gregorio Noriega, respondió Don Alvaro; y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido á negociar en pedrería á los paises estrangeros, y al partir le de-

jó un grandísimo caudal. Gregorio es un pobre tonto, muy dispuesto á comer y gastar todo su dinero haciendo de petimetre, y que revienta por parecer hombre ingenioso y agudo, á pesar de la naturaleza, que no se lo quiso conceder. Púsose en mis manos para que le gobernase; yo lo hago á mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado, pues el fondo de sus rentas está ya medio comido. Eso es lo que yo no dudo, interrumpió Centellas, y espero verle presto en el hospital. Vamos, Don Matias, conozcamos á ese hombre, y ayudémosle á que acabe de arruinarse. Vengo en ello, dijo mi amo, porque tengo gran gusto de dar en tierra con la fortuna de esos señoritos villanos, que presumen hombrear y confundirse con nosotros. Como, por ejemplo, nada he celebrado tanto como la ruina de aquel hijo del asentista, á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los grandes, obligaron á vender su misma casa. Oh! replicó Don Antonio, ese tal no merece que se tenga lástima de él, porque no es menos necio, ni menos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.

Partieron, pues, mi amo, Centellas y D. Alvaro á casa de Gregorio Noriega. Mogicon, criado de Centellas, y yo fuimos tambien tras de ellos, ambos á dos muy persuadidos á que nos esperaba una gran bucólica, y ambos tambien muy contentos de contribuir por nuestra parte á la ruina de aquel pobre mentecato. Al entrar

en su casa vimos mucha gente ocupada en preparar la comida, y nos vino á las narices un olor de cocina, que prevenia el olfato muy en favor del gusto. Acababan de llegar el marques de Zenete, y D. Juan de Moncada. Dejóse despues ver el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimo tonto aforrado en lo mismo. Afectaba inútilmente el aire y las modales de los petimetres; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, un atolondrado que se esforzaba á ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar cuanto tenia. Señores, dijo D. Alvaro, este es el señor Gregorio Noriega, que, sobre mi palabra, presento á Vds. como uno de los mas cabales y mas perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas, es un jóven muy cultivado. Escojan Vds. lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutil, hasta la mas pura y delicada ortografía. Oh, señor, eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio sonriéndose de muy mala gracia. Yo sí, señor D. Alvaro, que podia retrucar á V. el argumento, porque V. sí que es aquello que se llama un pozo de *cencia*. Cierto, replicó D. Alvaro, que no fue mi ánimo procurarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del señor Gregorio hará gran ruido en el

mundo. Yo, dijo D. Antonio, lo que admiro en él, mas aun que su ortografía, es el acierto en la eleccion de las personas que trata. En lugar de buscar comerciantes solo gusta de tratar con caballeros, sin dársele nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y tan elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se siguieron otros muchos en todo semejantes. Vistieron de pies á cabeza al buen señor; y de cuando en cuando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre babazorro. Al contrario; todo lo convertia en sustancia tomando á la letra cuanto le decian, y se mostraba muy contento de sus taimados huéspedes, pareciéndole que le hacian mucho honor cuando le hacian ridículo. En fin él fue el hazmereir todo el tiempo que duró la mesa, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasaron los señores mios en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni menos como nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos cuando salimos de casa del señor Gregorio.

CAPITULO V.

Vese Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.

Despues de haber dormido algunas horas me levanté de buen humor; y acordándome del consejo que me habia dado Melendez, mientras despertaba el amo fui á hacer mi corte al mayordomo, cuya vanidad me pareció se complacia del cuidado que yo ponia en rendirle mis respetos. Recibióme con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien la vida que hacian los señores. Respondíle que aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fue asi, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que era antes, pasé de repente á vivaracho, atolondrado, intrépido y aturdido. Cumplimentóme sobre mi metamórfosis el criado de D. Antonio, y me dijo, que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener aventuras amorosas. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria en un petimetre; que todos nuestros camaradas estaban amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de ser mirado con buenos ojos por dos damas de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dije: amigo Mogicon, no se puede negar que

eres buen mozo y agudo; pero no acierto á concebir cómo se han podido prendar de un hombre de tu condicion dos damas distinguidas, en cuya casa no estás. ¡Gran dificultad verdaderamente! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quién yo soy. Estas conquistas las he hecho bajo los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestíme de señor, aprendí bien las modales, y fuime al paseo público. Hice guiñadas y cortesías á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis significativas muecas. Seguíla, y logré tambien hablarla. Díme el nombre de Don Antonio Centellas: pedí una cita, hizo algunos esguinces, apreté, convino al fin en ello, etc. Hijo mio, asi me he gobernado yo para lograr tales fortunas, y si tú las quieres tener, sigue mi ejemplo.

Era mucha la gana que yo tenia de hacerme hombre ilustre, para que dejase de poner en ejecucion este consejo, y mas cuando tampoco sentia en mí gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolví, pues, enmascararme de señor para buscar amorosas aventuras. No quise hacerlo en nuestra casa porque no se supiese; pero escogí en el guardaropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquetillo, y llevéle á casa de cierto barberillo amigo mio, donde podia vestirme y desnudarme libremente. Vestíme alli lo mejor que pude, ayudándome el barbero; y cuando nos pareció que ya no cabia

mas, me encaminé hácia el Prado de San Gerónimo, de donde estaba bien persuadido no volveria sin haber hallado alguna fortuna. Mas no tuve necesidad de ir tan lejos para encontrar una de las mas brillantes.

Al atravesar una calle escusada vi salir de cierta casa pequeña, y montar en un coche que estaba á la puerta, una dama ricamente vestida, y perfectamente bella. Paréme á mirarla, y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me habia disgustado. Por su parte me hizo ver que merecia mi atencion mas de lo que yo pensaba, porque levantó disimuladamente el manto, y descubrió un momento la cara mas linda y graciosa del mundo. Fuese en esto el coche, y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparicion. ¡Oh qué hermosura! me decia yo á mí mismo. No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme. Si las dos damas que aman á Mogicon son tan hermosas como esta, digo que es el ganapan mas dichoso de todos los ganapanes. Estaria yo loco con mi suerte si mereciese servir á una dama como esta. Mientras estas reflexiones, volví casualmente los ojos hácia la casa de donde habia visto salir aquella hermosa niña, y ví asomada á la ventana del cuarto bajo una vieja, que me hizo señas de que entrase.

Partí volando á la casa, y en una sala muy decentemente amueblada encontré á la venerable y discreta vieja, que teniéndome por algun marques, me saludó con mucho respeto, y

me dijo: sin duda, señor, que V. S. habrá hecho bajo concepto de una muger, que sin tener la fortuna de conocerle, le hizo señal para que entrase en su casa; pero juzgará mas benignamente de mí cuando sepa que no lo hago asi con todo el mundo, y que V. S. me parece algun señor de la corte. No se engaña V., amiga mia, la interrumpí, poniendo la pierna derecha sobre la izquierda, y ladeando un poco el cuerpo con gracia y autoridad. Soy, sin vanidad, de una de las mejores casas de España. Bien se conoce, prosiguió la vieja, y á cien leguas se echa de ver. Yo, señor, tengo gran gusto (asi lo confieso) en servir de algo á las personas de circunstancias. Este es mi flanco. Y habiendo observado desde mi ventana que V. S. se paraba á mirar con atencion aquella dama que acaba de salir de aqui, me atreveré á suplicarle que me diga con toda franqueza y confianza si le ha gustado. Gustóme tanto, la respondí, que en mi vida he visto criatura que me haya arrebatado mas. Os lo juro como caballero de honor. Asi, pues, madre mia, vamos á una los dos, y contad seguramente con mi agradecimiento. Este es de aquella especie de servicios que nosotros los señores nunca pagamos mal.

Ya he dicho á V. S., replicó la vieja, que toda yo estoy dedicada á servir las personas de mayor condicion, y que todo mi gusto es poderlas ser útil en alguna cosa. Por ejemplo:

yo recibo en mi casa ciertas mugeres, á quienes el concepto en que estan de honestas y virtuosas no las permite admitir en la suya cortejantes: yo las ofrezco la mia para que puedan conciliar en ella su inclinacion ó temperamento con la decencia esterior. ¡Bellamente! la respondí yo, y es muy verisímil que V. acabe de hacer este servicio á la dama de quien estamos hablando. No por cierto, repuso ella, esa es una señora viuda y moza, que desea un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en V. S. lo que busca, aunque sea un señor, á lo que parece, de gran mérito. Tres caballeros le he presentado, todos tres á cual mas galan y mas airoso; y sin embargo ninguno la contentó, despidiéndolos á todos con desden. ¡Oh madre! esclamé yo, eso á mí no me acobarda: disponed que yo la trate, y sobre mi palabra que presto os daré buena cuenta de ella. Tengo gran curiosidad de verme á solas con una muger difícil; porque hasta ahora ninguna he encontrado que me resista. Pues bien, repuso la vieja, venga V. S. mañana á esta hora, y satisfará su curiosidad. No faltaré, respondí, y verémos si un caballero cortesano, mozo, y no corcobado ni cobarde, puede emprender con felicidad esa conquista.

Volví á casa del barberillo sin empeñarme en buscar otras aventuras hasta ver el éxito de la presente. Al siguiente dia, despues

de haberme vestido á lo señor, fui á casa de la vieja una hora antes de la que ella me habia señalado. Señor, me dijo, V. S. ha venido muy puntual, á lo que le estoy verdaderamente agradecida. Es verdad que el motivo lo merece bien. He visto á nuestra viudica, y las dos hemos hablado mucho de esa amabilísima persona. Encargóme que nada le dijese de esto; pero he cobrado tanto amor á V. S. que no puedo menos de decirle que ha quedado muy enamorada de V. S., y que será un señor afortunado. Hablando aqui entre los dos, la tal viudica es un bocado muy dulce. Su marido vivió poco tiempo con ella; fue un relámpago su matrimonio, y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella. Sin duda que la buena vieja queria hablar de aquellas doncellas putativas que saben vivir en el celibato sin echar nada de menos.

Tardó poco nuestra verónica en llegar á casa de la vieja en coche como el dia anterior; pero vestida con ricas galas. Luego que se dejó ver en la sala salí al encuentro, dando principio á mi papel por cinco ó seis profundas reverencias á la petimetra, acompañadas de garbosas y tiernas contorsiones. Acercándome despues á ella con cierto aire de familiaridad, la dije: madama, aqui tiene V. á sus pies, en este caballerito mozo, una de las mas difíciles conquistas; pero desde que ayer tuve la dicha de ver esos bellos ojos, astros del mas hermo-

so cielo, ni un solo instante se ha borrado de mi imaginacion el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramente ofuscó el de cierta duquesa, que ya comenzaba á poseer mi corazon. Sin duda, respondió ella, quitándose el manto, que el triunfo es muy glorioso para mí; mas ni por eso es muy pura mi alegría, porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado á la variedad y á la mudanza, siendo tan dificultoso de guardar como el azogue ó el espíritu volátil. Reina mia, la repliqué yo, si á V. la place, dejemos á un lado lo futuro, y pensemos solo en lo presente. V. es bella, yo la amo: embarquémonos sin reflexion, como lo hacen los marineros; no miremos á los peligros de la navegacion; pongamos solamente los ojos en los placeres y gustos que la acompañan.

Diciendo esto me arrojé precipitadamente á los pies de mi ninfa, y para imitar mejor á los petimetres, la supliqué, y aun importuné de un modo algo demasiadamente natural, que me hiciese feliz, dispensándome su gracia. Parecióme algo tanto conmovida con mis instancias, pero juzgando sin duda que aun no era tiempo de rendirse, me alejó de sí con cierto cariñoso enojo, diciéndome: deténgase V. S., que me parece un poco atrevido, y me temo que sea aun mas libertino. Qué, madama, esclamé yo, ¿será posible que V. aborrezca á un hombre á quien aman las mugeres de la pri-

mer tijera? Solamente á las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas. Eso ya es demasiado, repuso ella, ya no puedo mas, y asi me rindo á razon tan poderosa. Veo que con los señores son inútiles los aspamientos. Es preciso que una pobre muger haga la mitad del camino. Vuestra es ya la victoria, añadió aparentando una especie de vergüenza, como que padecia mucho su pudor en aquella confesion. Vos, señor, me habeis hecho sentir ciertos afectos que jamas he sentido por nadie; solo me falta saber quién es V. S. para determinarme á escogerle por mi amante. Téngole por un señor, y por un señor de nobles y honrados pensamientos. Con todo eso no estoy muy segura, y aunque me confieso inclinada á su persona, no me acabo de resolver á hacer único dueño de mi amor y de mi ternura á un desconocido.

Acordéme entonces del ingenioso modo con que el criado de Don Antonio habia salido de otro apuro semejante, y queriendo yo, á ejemplo suyo, ser tenido por mi amo, la dije: no tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan oscuro que me avergüence de confesarlo. ¿Habeis oido hablar alguna vez de Don Matias de Silva? Sí señor, respondió ella, y aun diré tambien que en cierta ocasion lo ví en casa de una amiga mia. Sonrojóme un poco, á pesar de mi descaro, esta no esperada respuesta, y me turbé algun tanto; pero serenándome en el mismo instante, y co-

brando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo: me alegro, ángel mio, de que conozcais á un caballero á quien tambien conozco yo; pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tio de mi padre, y asi somos, como veis, parientes muy cercanos. Yo me llamo Don César, y soy hijo único del ilustre D. Fernando de Ribera, que murió quince años ha, en la batalla que se dió en la raya de Portugal. Fue una accion endiabladamente viva, y os haria una exacta y menuda relacion de ella, pero seria malograr los momentos preciosos que el amor quiere se empleen en cosas de mayor gusto.

Despues de esta conversacion me mostré mas vivamente encendido y apasionado; pero al fin todo vino á parar en nada. Los favores que mi adorada diosa me permitió solo sirvieron para hacerme suspirar mas por los otros, que se me negaron. La cruel se volvió á meter en su coche, que la estaba esperando á la puerta. Yo con todo eso no dejé de retirarme muy satisfecho de mi buena fortuna, aunque todavía no fuese completa mi ventura. Si no he podido hasta ahora conseguir (me decia yo á mí mismo) mas que unos medios favores, sin duda es porque siendo mi princesa una dama tan distinguida, la pareció que no podia, ni debia rendirse al primer abordo. El orgullo de su nacimiento retardó mi dicha; pero esta solo se difirió por al-

gunos dias. Verdad es que por otra parte se me ofrecia tambien que quizá podia ser una de las chuscas mas ladinas y refinadas. Con todo eso me inclinaba más á mirar la cosa por la mejor que por la peor parte, y asi me mantuve firme en el buen concepto que habia formado de la dama. Habiamos quedado de acuerdo cuando nos despedimos que nos volveriamos á ver el dia siguiente; y con la esperanza de estar tan vecino el colmo de mis deseos, me saboreaba en el gusto, cuya posesion creia inefable.

Lleno de tan risueños pensamientos llegué á casa del barbero. Mudé vestido, y fui en busca de mi amo, que sabia estar en cierta casa de juego. Halléle jugando con efecto, y conocí que ganaba, porque no era de aquellos fresquísimos jugadores que, ganen ó pierdan, nunca mudan de semblante. Mi amo era burlon, y aun insolente cuando le daba bien, pero si perdia no se le podia sufrir. Levantóse muy alegre del juego, y se dirigió al corral de la calle del Príncipe. Seguíle hasta la puerta del teatro, y alli me metió en la mano un ducado, diciéndome: toma, Gil Blas, que quiero entres á la parte en mi ganancia. Vete á divertir con tus amigos, y á media noche me irás á buscar en casa de Arsenia, donde he de cenar en compañía de Don Alejo Seguiar. Diciendo esto metióse en el teatro, y yo me quedé pensando en qué habia de emplear mi ducado segun la intencion del donador. Tardé poco en resolverme. Presentóse-

me en aquel mismo punto Clarin, criado de Don Alejo, y le llevé conmigo á la primera taberna, donde estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta media noche. Desde alli nos fuimos á casa de Arsenia, donde Clarin debia tambien hallarse, habiéndosele dado la misma órden que á mí. Abriónos la puerta un lacayuelo, y nos hizo entrar en una sala baja, donde estaban dos criadas, la una de Arsenia, y la otra de Florimunda, riéndose ambas á carcajada tendida, mientras sus dos amas se estaban divirtiendo en el cuarto principal con nuestros amos.

El arribo de dos mozos de buen humor que salian de cenar bien, no podia desagradar á aquellas damiselas, que acababan tambien de acomodarse con las sobras de una cena, y cena de comediantes. Pero ¡cuál fue mi admiracion cuando en una de aquellas criadas reconocí á mi viudica, á mi adorable viuda, que yo habia tenido por una marquesa ó condesa á lo menos! Ella tambien me pareció no menos sorprendida de ver á su querido D. César de Ribera convertido de petimetre en lacayo. Sin embargo nos miramos uno á otro sin desconcertarnos; y aun nos vino á entrambos tal ímpetu de risa, que no la pudimos reprimir. Despues de lo cual, Laura (que este era el nombre de mi princesa) retirándome á parte, mientras Clarin hablaba con su compañera, me tomó con gracia la mano, diciéndome en voz baja: toque V., señor Don César, dejémonos de quejas, y en vez de ellas

hagámonos amistosos cumplimientos. V. hizo su papel á maravilla, y yo no representé desgraciadamente el mio. ¿Qué le parece del lance? Ea, confiese V. que me tuvo por una de aquellas damas que á veces se divierten en imitar á las que hacen por oficio lo que ellas por burla. Es verdad, la respondí; pero reina mia, seas lo que fueres, sábete que aunque he mudado de forma, no he mudado de parecer. Acepta benignamente mi cariño, y permite que acabe el ayuda de cámara de D. Matias lo que comenzó D. César de ribera. Quita allá, repuso ella: ten por cierto que te amo mas en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres entre los hombres lo mismo que yo entre las mugeres: esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis amantes y de mis adoradores. No necesitamos ya de la vieja para nada: puedes venir aqui con toda libertad; porque nosotras las damas de teatro vivimos sin sujecion, mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie, y nuestro oficio, como tú sabes, es solo divertirle.

No pasó la conversacion mas adelante, porque no estábamos solos. Hízose general, fue viva, alegre, festiva y llena de agudezas y de equívocos nada difíciles de entenderse. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, brillaba sobre todos, mostrando mas ingenio y mas agudeza

que virtud. Por otra parte nuestros amos y las comediantas reian tan poderosamente por la parte alta, que se conocia no ser su conversacion mas seria, ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dijeron aquella noche en casa de Arsenia, se podria componer un libro muy instructivo para la juventud. Mientras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa, quiero decir, que ya habia amanecido, y fue preciso separarnos. Clarin siguió á D. Alejo, y yo me retiré con D. Matias.

CAPITULO VI.

De la conversacion de algunos señores sobre los comediantes de la compañia del Príncipe.

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama recibió un billete de Don Alejo Seguiar, en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasamos á ella, y encontramos alli al marques de Zenete y á otro caballerito de buena traza, á quien yo nunca habia visto. Don Matias, dijo Seguiar á mi amo, presentándole el tal caballerito, este caballero es Don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la corte de Varsovia casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Polonia. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañía y conversacion. Yo quiero

aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle mas grato y mas divertido tengo necesidad de tí y del marques de Zenete. Al oir esto mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de Don Alejo, y recíprocamente se hicieron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decia Don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido y de un discernimiento delicado y justo.

Comieron todos en casa de Seguiar, y despues de comer se pusieron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entonces fueron todos al teatro en el corral del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada: *La reina de Cartago.* Acabada la representacion volvieron juntos á cenar donde habian comido, y toda la conversacion se la llevó la comedia que acababan de oir, y los actores que la representaron. En cuanto al drama, dijo Don Matias, hago poco aprecio de él; porque encuentro á Eneas mas frio é insulso que en la Eneida; pero es preciso confesar que se representó divinamente. Veamos lo que nos dice el señor Don Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir. Señores, respondió aquel caballero sonriéndose, veo á Vds. tan pagados de sus actores, y tan hechizados particularmente de sus actrices, que no me atrevo á confesar que en este punto no van de acuerdo nuestras opiniones. Bien dicho, interrumpió burlándose Don

Alejo, porque aqui seria mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar las actrices en presencia de los trompeteros de su reputacion. Nosotros vivimos y bebemos todos los dias con ellas; somos garantes del primor con que representan; y, si fuere menester, darémos certificaciones de que no es posible representar con mayor delicadeza, y ni aun con igual perfeccion. No lo dudo, interrumpió el pariente, y tambien pudieran Vds. darlas de su vida y costumbres, segun la familiaridad con que voy viendo que las tratan.

Sin duda que serán mejores vuestros comediantes de Polonia, dijo entonces zumbándose el marques Zenete. Sí, ciertamente, respondió D. Pompeyo, valen algo mas que los de Madrid. Por lo menos hay algunos en quienes no se nota el mas mínimo defecto. Esos tales, replicó el marques, estarán seguros de vuestras certificaciones. Yo, repuso Don Pompeyo, no tengo trato alguno con ellos, ni concurro á sus francachelas; y asi puedo juzgar de su mérito sin prevencion ni parcialidad. Pero en buena fe, prosiguió, ¿estais verdaderamente persuadidos á que en vuestros comediantes teneis una compañía escelente? No, parblios, respondió el marques, yo solamente defiendo un número muy corto de los actores, y abandono á todos los demas. Pero ¿me negaréis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido? ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda

la magestad y con todo el agrado que nos figuramos en aquella desgraciada reina? y ¿no habeis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diferentes que escitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se consume ó que se exala cuando llega á lo mas fino y mas patético de la declamacion. Convengo, respondió Don Pompeyo, en que mueve á llanto y escita compasion; esto quiere decir que representa bien pero no que no tenga sus defectos. Dos ó tres cosas me chocaron en ella. Por ejemplo: quiere espresar un afecto de admiracion ó de sorpresa. Vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan violento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice muy mal en la magestuosa gravedad de una princesa. Añádese á esto, que intentando engrosar un poco la voz, la cual es naturalmente dulce y delicada, hace una especie de sonido bronco muy desapacible. Fuera de eso, en mas de un lugar de la pieza hacia ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no entendia aquello mismo que decia. Con todo, creo mas bien que fuese alguna distraccion, que no falta de inteligencia.

A lo que veo, dijo Don Matias á este censor, ¿vos no estais de humor de componer versos en aplauso de nuestras comediantas? Perdonadme, respondió Don Pompeyo, antes bien descubro en ellas un gran talento por entre los

celages de algunos ligeros defectos. Y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en los intermedios. ¡Qué gran naturalidad! ¡Con qué gracia se presentó en las tablas! ¿Tiene en su papel un dicho agudo? le sazona con una cierta risita maligna, llena de mil gracias, que le añaden infinita sal. Podrá quizá notársela que alguna vez se deja llevar con un poco de esceso de su viveza, y que pasa los límites de un desembarazo mugeril que siempre debe contenerse en los términos de vergonzoso y honesto; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo solo quisiera que corrigiese una mala costumbre. Muchas veces en medio de la escena, y en un pasage serio, interrumpe de repente la accion, por dejarse llevar de un ímpetu de reir que de repente le viene. Diráseme acaso que entonces es precisamente cuando mas la aplauden el patio y la cazuela. ¡Grande aprobacion por cierto!

¿Y qué nos dice V. de los comediantes? Sin duda que contra estos disparará toda su artillería, cuando no ha perdonado á las comediantas. No es asi, respondió D. Pompeyo, vi algunos actores mozos que dan mucha esperanza; sobre todo me contentó grandemente aquel comediante gordo que hizo el papel de primer ministro de Dido. Recita muy naturalmente y como se debe recitar. Si esos le contentaron á V. tanto, dijo Seguiar, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Eneas. ¿No le pareció á V.

un gran comediante, un actor original? Y aun demasiadamente original, respondió D. Pompeyo, porque tiene tonos que son privativos suyos, por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto que casi todos estan fuera del natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido, y se para en las otras que no tienen alguno. Tal vez hace tambien gran fracaso en las puras conjunciones. Divirtióme infinitamente, con especialidad en aquel pasage en que esplica á su confidente la gran violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su princesa. No es fácil espresar un dolor tan cómicamente. Poco á poco, primo, replicó D. Alejo, al paso que vas nos harás creer que aun no se ha introducido el mejor gusto en la corte de Varsovia. ¿Sabes que el actor de quien se trata es un hombre raro? ¿No oiste las palmadas y los vivas con que fue de todos celebrado? Todo esto prueba que no es tan malo como le pintas. Nada prueban esas palmadas ni esos vivas. Dejemos, señores, si les place, esos aplausos del vulgo de todas clases. Frecuentemente los da fuera de tiempo y contra toda razon; y por lo comun aplaude menos al verdadero mérito que al falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permitidme que os la refiera.

Juntóse en una gran plaza todo el pueblo de cierta ciudad para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos ha-

bia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufon al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado, cubrió la cabeza con la capa, agachóse, y comenzó á remedar el gruñido de un lechoncillo de leche, con tanta propiedad que todos creyeron que verdaderamente tenia escondido debajo de la capa algun marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa; hízolo asi, y viendo que no tenia cosa alguna debajo de ella, se renovaron los aplausos y la furiosa algazara del populacho. Un labrador que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas espresiones de necia admiracion, gritó pidiendo silencio, y dijo: señores, sin razon se admiran Vds. de lo que hace este bufon. No ha hecho el papel de marranito lechal con tanta perfeccion como á Vds. les parece. Yo le sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene mas que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al dia siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, mas para silbar al paisano que por divertirse en ver lo que habia prometido. Dejáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon, y fue mas aplaudido que lo habia sido nunca. Siguióse despues el labrador: agáchase cubierto con su capa, tira de la oreja á un marranito que llevaba escondido ba-

jo el brazo, y el animalito comienza á dar unos gruñidos que taladraban las orejas. Sin embargo el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silbos. No por eso se turbó ni se desconcertó el buen labrador; antes bien mostrando el lechoncillo: al auditorio: señores, dijo con mucha socarronería, *Vds. no me han silbado á mi sino al marrano. Miren ahora qué buenos jueces son.*

Primo, dijo D. Alejo, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, á pesar de tu lechoncillo, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudemos de asunto, prosiguió, porque este ya me empalaga. ¿Con que tú estás resuelto á partir mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendria yo en gozar por mas tiempo de tu amable compañía? Tambien quisiera yo, respondió su pariente, gozar mas despacio de la tuya, pero no puedo. Ya te dije que vine á la corte por cierto negocio de estado. Ayer hablé al primer ministro, mañana debo volver á verle, y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Varsovia. Cátate un polaco hecho y derecho, replicó Seguiar, y segun todas las señas nunca vendrás á establecerte en Madrid. Creo que no, respondió Don Pompeyo, tengo la fortuna de que me quiere el rey de Polonia, y estoy bien hallado en su corte ; ¿pero creerás tú que no obstante la bondad con que me distingue su real benignidad, no faltó un tris para que saliese desterrado para

siempre de sus dominios? ¿Cómo asi? le replicó D. Alejo. Cuéntanoslo por tu vida. Con mucho gusto, respondió D. Pompeyo, y al mismo tiempo contaré tambien la historia de mi vida.

CAPITULO VII.

Historia de D. Pompeyo de Castro.

Ya sabe D. Alejo (prosiguió D. Pompeyo) que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas, y como en España gozábamos una paz octaviana, tomé el partido de ir á Polonia, á quien los turcos acababan de declarar la guerra. Me presenté al rey, y obtuve empleo en su ejército. Era yo un segundon de los menos ricos de España, lo que me puso en precision de señalarme en las funciones con hazañas que mereciesen la atencion del general. Hice mi deber de modo que el rey me adelantó y me puso en parage de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra, cuyo fin no ignoran Vds., me dediqué á seguir la corte, y S. M. por los buenos informes que dieron de mí los generales, me gratificó con una pension considerable. Agradecido á la generosidad del monarca, no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poniame á su presencia en todas aquellas horas en que era permitido verle y hacerle corte. Por esta conducta me introduje in-

sensiblemente en su amor, y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un dia en que se corrieron cañas y sortija en un torneo sobresalió mi buena suerte de manera que toda la corte aplaudió mi valor y mi destreza. Volví á casa colmado de aclamaciones, y halléme con un billete de cierta dama, cuya conquista me lisongeó mas que todo el honor y todos los aplausos de aquel dia. Decíame en él que deseaba hablarme, y que para eso á la entrada de la noche concurriese á cierto sitio que ella misma señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que habia recibido, no dudando fuese una dama de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente creerán Vds. que no me descuidé, y que apenas anocheció volé al parage que se me habia citado. Esperábame en él una vieja para servirme de guia, y me introdujo por una portezuela en el jardin de una gran casa, donde me condujo á un rico gabinete, en que me dejó encerrado, diciéndome: Sírvase V. S. de esperar aqui mientras aviso á mi ama. Ví mil cosas preciosísimas en aquel gabinete que estaba iluminado con gran número de bugías; magnificencia que me confirmó en el concepto que yo habia formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuia á ratificarme en que no podia menos de ser aquella una persona de la mas alta calidad, mucho mas me aseguré en mi opinion cuando ella se

dejó ver con un aire verdaderamente noble, garboso y magestuoso. Sin embargo no era lo que yo habia pensado.

Caballero, me dijo, á vista del paso que acabo de dar en vuestro favor, seria tan impertinente como inútil disimularos los tiernos sentimientos que habeis escitado en mi corazon. Ni penseis que esto me lo inspiró el gran mérito que habeis manifestado á vista de toda la corte; no por cierto: este mérito no hizo mas que precipitar su esplicacion. Tiempo ha que estoy muy informada de lo que sois, y lo mucho bueno que oí me determinó á seguir mi inclinacion. Pero no os lisongeeis, prosiguió ella, creyendo que habeis hecho la conquista de alguna duquesa. Yo no soy mas que la viuda de un oficial de guardias: lo único que puede hacer gloriosa vuestra victoria es la preferencia que os doy sobre uno de los mayores señores del reino. El príncipe de Radrivil me ama, y hace cuanto puede para ser correspondido; pero no lo consigue, y solo sufro sus obsequios por vanidad.

Aunque conocí por este discurso que trataba con una chusca amiga de aventuras amorosas, no dejé de reconocerme agradecido á mi estrella por este encuentro. Madama Hortensia, que asi se llamaba, estaba á la flor de su juventud, y su estraordinaria hermosura me encantaba. Fuera de eso me ofrecia ser dueño de un corazon que se negaba á las pretensio-

nes de un príncipe. ¡Gran triunfo para un caballero mozo y español! Arrojéme á los pies de Hortensia para rendirla gracias por sus favores. Díjela cuanto la podia decir un hombre apasionado, y creo que quedó muy satisfecha de las vivas espresiones con que la protesté mi fidelidad y mi reconocimiento. Separámonos, quedando los dos mejores amigos del mundo, convenidos en que nos veriamos todas las noches que no pudiese venir á su casa el de Radrivil, tomando ella á su cargo el avisarme exactamente. Asi lo hizo, y en fin yo vine á ser el Adónis de aquella nueva Vénus.

Pero los gustos de esta vida duran poco. A pesar de las precauciones que tomó la dama para que nuestro comercio no llegase á noticia de mi competidor, no dejó de saber todo lo que nos importaba tanto que ignorase. Informóle de ello una criada descontenta: y naturalmente generoso, pero fiero, zeloso y arrebatado, se indignó sobre manera de mi audacia. La cólera y los zelos le turbaron la razon, y aconsejándose solo con su furor, determinó tomar venganza de mí, pero del modo mas infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia me esperó á la puerta falsa del jardin, en compañía de sus criados armados todos de garrotes. Luego que salí hizo que se echasen sobre mí aquellos miserables, y les ordenó que me moliesen á palos. Dadle recio, les decia; muera á garrotazos ese temerario, que con esta infamia

quiero castigar su insolencia. Apenas dijo estas palabras cuando todos se echaron sobre mí, y me dieron tantos palos que me dejaron tendido en tierra, sin sentido, y como muerto. Retiráronse despues con su amo, para quien habia sido aquella cruel ejecucion el mas divertido y mas alegre espectáculo. Al amanecer pasaron cerca de mí algunas personas, las cuales observando que todavía respiraba, tuvieron la caridad de llevarme á casa de un cirujano. Por fortuna se halló que no eran mortales los golpes, y tuve tambien la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en menos de dos meses. Al cabo de este tiempo volví á parecer en la corte, donde proseguí en el mismo método que antes, pero sin volver á entrar en casa de Hortensia, la cual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viésemos, porque á este solo precio la habia perdonado el príncipe su infidelidad.

Como todos sabian mi aventura y ninguno me tenia por cobarde, se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber qué imaginarse de mi aparente insensibilidad. Unos creian que á pesar de mi valor, la calidad del agresor me contenia y me obligaba á tragarme el ultrage. Otros, con mayor razon, no se fiaban en mi silencio, y miraban como una calma engañosa la sosegada situacion que aparentaba. El rey pensó, como

estos, que yo no era hombre que olvidase un insulto sin tomar satisfaccion, y que no dejaria de vengarme cuando encontrase oportunidad. Para saber si habia adivinado mi pensamiento, me hizo entrar un dia en su gabinete, y me dijo: Don Pompeyo, ya sé el accidente que te sucedió, y confieso que estoy admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente maquinas y disimulas. Señor, le respondí, ignoro quién pudo ser mi ofensor, porque fui acometido de noche por embozados y gente desconocida, y nada tengo que hacer sino consolarme de mi desgracia. No, no, replicó el rey; no pienses alucinarme con esa respuesta poco sincera. Estoy informado de todo. El príncipe de Radrivil fue el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y español, y sé muy bien en lo que te empeñan estas dos cualidades. Sin duda has formado resolucion de vengarte. Quiero absolutamente que me confieses el partido que has tomado, y no temas que llegue jamas el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.

Pues ya que V. M. lo manda, no puedo menos (respondí yo) de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Sí, señor, solo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo es responsable de su honor á su linage y á su mismo nacimiento. V. M. sabe muy bien el ultrage que se me ha hecho, y yo he resuelto asesinar al príncipe de una manera que corresponda á la indignidad de

la ofensa. Le envainaré un puñal en el pecho, ó le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo, y me refugiaré en España si pudiese. Este, señor, es mi ánimo. A la verdad, repuso el rey, me parece violento; pero ni por eso me atreveré á condenarle, considerada bien la villanía de la injuria que te hizo Radrivil. Conozco que merece el castigo que le tienes preparado; pero suspéndelo por un poco, no le pongas en ejecucion tan presto. Dame tiempo para pensar, y para encontrar algun temperamento que os esté bien á los dos. ¡Ah, señor! esclamé yo no sin alguna conmocion, ¿pues á qué fin me obligó V. M. á descubrirle mi secreto? ¿Qué temperamento puede jamas...? Si no encuentro alguno que os deje á entrambos satisfechos, podrás ejecutar entonces lo que tienes resuelto. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho; no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes estar muy tranquilo.

Andaba yo discurriendo por qué medios podia pretender el rey componer amigablemente este negocio; y hé aqui cómo lo gobernó. Habló en particular á mi enemigo, y le dijo: Radrivil, tú has ofendido á D. Pompeyo de Castro: no ignoras que es un caballero ilustre, á quien yo amo, y que me ha servido bien. Le debes dar satisfaccion. Señor, respondió el príncipe, si él la pide, pronto estoy á dársela con la espada en la mano. Es muy diferente la que le debes dar, replicó el rey. Un español noble sabe de-

masiadamente las leyes del pundonor para querer medir la espada noblemente con un cobarde asesino. No puedo darte otro nombre, ni tú podrás borrar la indecencia de una accion tan villana sino presentando tú mismo un baston á tu enemigo, y ofreciéndote á ser apaleado por su mano. ¡Santo cielo! esclamó mi enemigo. Pues qué, señor, ¿quiere V. M. que un hombre de mi nacimiento se humille delante de un caballero particular hasta llevar con paciencia algunos palos? No llegará ese caso, respondió el rey. Yo obligaré á D. Pompeyo á darme palabra de que no te tocará; solo pretendo que le pidas perdon de tu violencia, presentándole el baston. Señor, replicó el príncipe, eso es pedirme demasiado, y quiero mas quedar espuesto á las ocultas y alevosas asechanzas de su resentimiento. Tu vida es para mí preciosa, repuso el monarca, y yo quisiera que este negocio no tuviera funestas consecuencias. Para terminarlo con menos disgusto tuyo, seré yo solo testigo de dicha satisfaccion, que absolutamente quiero y mando que dés al injuriado español.

Necesitó el rey de todo su poder para conseguir que Radrivil se sujetase á un paso tan humillante; pero al fin lo consiguió. Envióme despues á llamar. Contóme la conversacion que habia tenido con mi enemigo, y me preguntó si me contentaria yo con aquella satisfaccion. Respondíle que sí, y dí palabra de que lejos de ofenderle, ni aun siquiera tomaria en la mano

el baston que me presentase. Regladas asi las cosas concurrimos el príncipe y yo al cuarto del rey en cierto dia y á cierta hora, y su magestad se cerró con nosotros en su gabinete. Ea, dijo al príncipe, reconoced vuestra falta, y mereced el perdon. Hízome entonces sus escusas mi contrario, y presentóme el baston que tenia en la mano. Tomad, D. Pompeyo, ese baston, me dijo el rey, y no os detenga mi presencia para no tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que me disteis de no maltratar al príncipe. No señor, respondí yo: basta que se haya sujetado á ser apaleado por mí: un español ofendido no pide mayor satisfaccion. Pues bien, repuso el rey, ya que los dos os dais por satisfechos, podeis ahora tomar libremente el partido que se acostumbra entre caballeros, segun el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo. Eso es lo que yo deseo vivamente, dijo el príncipe en tono alterado y descompuesto, porque solo esto es capaz de consolarme del vergonzoso paso que acabo de dar.

Dichas estas palabras se retiró lleno de cólera y de confusion, y dos horas despues me envió á decir que me esperaba en cierto sitio escusado. Acudí á él, y le encontré muy prevenido para reñir bien. Tenia unos cuarenta y cinco años, y no le faltaba destreza ni valor. Podiase decir con verdad que era igual el partido entre los dos. Venid, D. Pompeyo, me dijo, y

terminemos de una vez nuestras diferencias. Uno y otro debemos estar furiosos; vos por el tratamiento que os hice, y yo por haberos pedido perdon. Diciendo esto echó mano á la espada arrebatadamente, y tanto que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos ó tres estocadas con la mayor viveza; pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometíle despues, y conocí que reñia con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer, y no sé lo que hubiera sucedido á no haber tropezado el príncipe, y caido de espaldas cuando se defendia retirándose. Paréme inmediatamente luego que le ví en tierra, y le dije que se levantase. ¿Por qué razon me perdonais? me preguntó él. Me ofende mucho esa piadosa generosidad. Tambien quedaria muy oscurecida mi gloria, le respondí yo, si quisiera aprovecharme de vuestra desgracia : vileza que no cabe en un corazon noble y español. Levantaos, vuelvo á decir, y prosigamos nuestro duelo.

No, D. Pompeyo, me dijo mientras se iba levantando, despues de un rasgo tan noble no me permite mi honor empuñar la espada contra vos. ¿Qué diria el mundo de mí, si tuviera la desgracia de pasaros el corazon? Tendriame por un villano cobarde, si quitaba la vida á quien me pudo dar la muerte. No puedo, pues, armarme contra vuestra vida; antes bien mi gratitud ha convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban

mi corazon. D. Pompeyo, cesemos ya de aborrecernos; poco dije: seamos amigos. ¡Ah, señor, esclamé yo, y con qué placer acepto una proposicion tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad, y para daros desde luego la prueba mas concluyente, os prometo no poner mas los pies en casa de Doña Hortensia, aun cuando ella lo deseara. No admito la promesa, dijo él, antes bien yo quiero cederos aquella dama. Es mas razon que yo os la abandone, puesto que su inclinacion es naturalmente por vos. No, no, le interrumpí; vos la amais, y los favores que me dispensaria podrian inquietaros, y asi quiero sacrificarla á vuestra paz y quietud. ¡Oh, gran español, empapado todo en nobleza y en generosidad! esclamó transportado Radrivil, y estrechándome entre sus brazos. Me encanta, me hechiza ese vuestro nobilísimo modo de pensar. ¡Oh, y qué remordimientos de corazon siento al oirlo! ¡Con qué dolor y con cuánta vergüenza se me viene á la memoria el villano ultrage que os hice! Paréceme ahora muy ligera la satisfaccion que os dí en el gabinete del rey. Quiero repararla de un modo mas público, para borrar enteramente la infamia. Tengo una sobrina, de cuya mano puedo absolutamente disponer: yo os ofrezco su mano; es una heredera rica, no tiene mas que quince años, y todavía es mas hermosa que jóven.

Hice al príncipe todos los cumplimientos, y

le dí todas aquellas gracias que me podia inspirar el honor de entrar en su familia; y pocos dias despues me casé con su sobrina. Toda la corte se congratuló con aquel señor, por haber hecho la fortuna de un caballero á quien habia cubierto de ignominia; y mis amigos se alegraron conmigo del feliz remate de una aventura que prometia mas doloroso y mas funesto desenlace. Desde entónces acá, señores mios, vivo con el mayor gusto en Varsovia. Mi esposa me ama, y yo la amo. Su tio me da cada dia nuevos testimonios de su amistad; y puedo asegurar sin ostentacion, que estoy bien puesto en el ánimo y en la gracia del rey. Prueba es de su estimacion la importancia del negocio que de su órden me ha traido á Madrid.

CAPITULO VIII.

Muda Gil Blas de amo por cierto accidente que sucedió.

Esta fue la historia que contó D. Pompeyo, y que oimos el criado de D. Alejo y yo, aunque nos mandaron que nos retirásemos antes que la principiase. Hicímoslo asi, mas nos quedamos á la puerta de la sala, que de propósito dejamos entornada, y pudimos oir todo lo que dijo sin perder una sola palabra. Prosiguieron despues aquellos señores en beber; pero lo dejaron antes del dia, porque como D. Pompeyo habia de hablar por la mañana al ministro, era

razon que le diesen tiempo de reposar algun tanto. El marques de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero abrazándole y dejándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostamos antes de amanecer; y por la mañana mi amo me honró añadiéndome otro nuevo empleo. Gil Blas, me dijo, toma papel, tinta y pluma para escribir dos ó tres cartas que te quiero dictar, pues te hago mi secretario. ¡Bravo! dije entre mí: esto se llama acrecimiento de títulos y de encargos. Lacayo para ir detras de mi amo á todas partes, ayuda de cámara para ayudarle á vestir, y secretario para escribirle las cartas, dictándomelas su señoría. El cielo sea loado. Voy, como la triforme Hecates, á representar tres muy distintos personages. Tú no sabes, prosiguió mi amo, qué fin tengo en escribir estas cartas. Vóitelo á decir; pero sé callado, porque te importa la vida. A cada paso me encuentro con gentes que me apestan alabándose de sus felices aventuras; yo quiero sobrepujar á su vanidad, y para eso he pensado llevar siempre en el bolsillo varios billetes fingidos de diferentes damas, y leérselos cuando ellos hagan necio alarde de sus conquistas. Esto me divertirá un momento, y seré mas afortunado que todos mis compañeros, porque ellos solicitan esas fortunas solo por tener el gusto de publicarlas, y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretender-

las. Pero tú, añadió, procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé, pues, pluma, tinta y papel para obedecer á Don Matias, que me dictó un billete en los términos siguientes: *Anoche faltaste á tu palabra, y no te dejaste ver en el sitio concertado. ¡Ah D. Matias! no sé qué podrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error; pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creia yo que todas las diversiones, y aun todos los negocios del mundo debian ceder al gusto de ver á Doña Clara de Mendoza.* Despues de este billete me hizo escribir otro como de una dama que sacrificaba un gran señor al amor de su persona; y otro en el cual otra dama le decia que si estuviera segura de su discrecion y secreto, harian juntos el viage de Cytherea. No contentándose con hacerme escribir unos billetes tan bellos, me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude dejar de decirle que la cosa me parecia demasiadamente delicada; pero me respondió secamente, que nunca me me metiese en darle consejos mientras no me los pidiese. Víme obligado á callar y á obedecerle. Acabóse de vestir, ayudándole yo; metió los billetes en el bolsillo, y salióse de casa. Seguíle, y fuimos á la de Don Juan de Moncada, que tenia convidados aquel dia á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida, y reinó en toda ella la alegría, que es la salsa mejor de los festines. Todos los convidados contribuyeron á mantener viva la conversacion, unos con chistes, y otros contando historietas que les habian sucedido, siendo ellos mismos los héroes y protágonistas. No malogró mi amo la ocasion de que lo luciesen sus billetes y papeles amorosos. Leyólos en alta voz y en tono natural, que, á escepcion de su secretario, todos los demas pudieron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros que se hallaron presentes á tan donosa lectura habia uno que se llamaba D. Lope de Velasco. Era por casualidad hombre grave y de juicio. Este, en vez de celebrar, como los otros, las imaginarias fortunas, preguntó friamente á mi amo si le habia costado mucho la conquista de Doña Clara. Menos que nada, le respondió D. Matias. Ella dió todos los primeros pasos. Vióme en el paseo; pagóse de mí; mandó que me siguiesen; supo quién era yo; escribióme y citóme para su casa á la una de la noche, cuando todos estaban durmiendo. Fui allá, introdujéronme en su cuarto... Lo demas no sufre mi discrecion que lo diga.

Cuando D. Lope de Velasco oyó aquella lacónica relacion, se turbó tanto que todos se lo conocieron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en el honor de aquella dama. Todos esos billetes, dijo á mi amo mirándole con ojos torvos y airados, son absolu-

tamente falsos, particularmente el de Doña Clara de Mendoza, de que hacen tanta ostentacion y tanta pompa. No hay en España señorita mas reservada ni mas circunspecta que ella. Dos años ha que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento, ni en mérito personal, y apenas ha podido conseguir los mas indiferentes y mas inocentes favores; siendo asi que se puede lisongear de que si fuera ella capaz de dispensar alguno, á ningun otro que á él los dispensaria. ¿Y quién os dice lo contrario? replicó mi amo en un tono burlon. Convengo en que es una señorita muy honesta : yo tambien soy un muy honesto caballerito, con que debeis creer que nada pasaria que no fuese honestísimo. ¡Oh! eso ya es demasiado, interrumpió D. Lope. Dejémonos de truanerias. Vos sois un embustero; y nunca os citó Doña Clara para su casa, ni de dia ni de noche. No puedo sufrir que mancheis su reputacion. Tampoco á mí me permite ahora la discrecion deciros todo lo demas que mereceis. Y diciendo estas palabras volvió broncamente las espaldas á todos, y se retiró con un aire que anunciaba las malas consecuencias que podria tener aquel negocio. Mi amo, que tenia bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco aprecio de las amenazas de D. Lope. ¡Gran tonto! esclamó dando una carcajada. Los caballeros andantes, como D. Quijote de la Mancha, solo defendian la *sin par fermosura* de sus damas; pero este quiere defender la *sin par*

honestidad de la suya; lo que me parece mayor empeño, ó á lo menos mas risible estravagancia.

El retiro de Velasco, al que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar mientes en eso, prosiguieron alegrándose, y no se separaron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostamos á las cinco de la mañana. El sueño ya me vencia, y habia hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huéspeda, ó por mejor decir sin nuestro portero, que una hora despues me vino á despertar y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí. Ah maldito portero, le dije bostezando, entre enfadado y dormido, ¿no consideras que solo ha una hora que me acosté? Dí á ese hombre que estoy durmiendo, y que vuelva de aqui á cinco ó seis horas. Dice, respondió el portero, que tiene precision de hablarle luego, luego, porque es cosa de importancia, y de mucho apuro. Levantéme á estas palabras poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando pestes por la boca fui á ver lo que me queria el mozo que me buscaba. Amigo, le dije, ¿qué negocio tan urgente es el que me ha procurado el poco gustoso honor de verte tan de mañana? Una carta, respondió él, que debo entregar en mano propia al señor D. Matias, y es preciso la lea cuanto mas antes. Su contenido es de la mayor importancia, y asi te ruego que

me introduzcas en su cuarto. Persuadido que debia ser alguna cosa de grande consecuencia, me tomé la libertad de ir á despertar á mi amo. Perdone V. S., le dije, si le vengo á interrumpir el sueño, pero la importancia... ¿Qué diantres me quieres? dijo enfadado. Señor, dijo entonces el mozo que me acompañaba, es una carta de D. Lope de Velasco, que debo poner en mano propia de V. S. Tomó el billete D. Matias, leyóle, y dijo con mucho sosiego al criado de D. Lope: hijo, yo nunca me levanto hasta mediodía, aunque me conviden para la mayor diversion del mundo; mira si me levantaré á las seis de la mañana para ir á reñir. Puedes decir á tu amo, que como me espere hasta las doce y media en el sitio que me dice, seguramente nos verémos en él: dale esta respuesta. Y diciendo esto volvióse á zabullir entre las sábanas, y tardó muy poco en volverse tambien á dormir.

A las once y media se levantó, y se vistió con grandísima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba que le siguiese; pero no pude resistir á la curiosidad de ver en qué paraba aquel negocio. Fuime tras de él á lo largo hasta el Prado de San Gerónimo, donde ví á lo lejos á D. Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos; y ví que se juntaron, y que un momento despues comenzaron á reñir. Duró mucho la riña, pe-

leando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por D. Lope, quien con una estocada pasó de parte á parte á mi amo; dejóle tendido en tierra, y se escapó muy satisfecho de haber tomado venganza.—Corrí exalado á D. Matias; halléle sin sentido y casi muerto; espectáculo que me enterneció, y no pude menos de llorar una muerte, de la cual, sin pensarlo, habia yo servido de instrumento. En medio de eso y de mi justo dolor, no dejé de pensar en hacer lo que me convenia. Volvíme prontamente á casa sin decir palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el cual por inadvertencia metí tambien algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero donde tenia depositado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oir; pero sobre todo fui á contársela á Rodriguez. Este, menos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de D. Matias, mandólos que le siguiesen, y fuimos todos al lugar de la pelea. Levantamos á D. Matias, que aun respiraba; llevámosle á casa, y murió tres horas despues. Tal fue el trágico fin del señor D. Matias, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos y fabricados por él.

CAPITULO IX.

Del amo á quien fue á servir Gil Blas despues de la muerte de D. Matias.

Algunos dias despues del entierro de D. Matias fueron pagados y despedidos todos sus criados. Yo entablé mi alojamiento en casa del barberillo, con quien contraje estrechísima amistad. Prometiame estar alli con mas gusto y con mayor libertad que en casa de Melendez. Como tenia algun dinerillo, no me dí priesa á buscar nueva conveniencia. Por otra parte me habia hecho muy delicado en este particular. Ya no gustaba servir á gente comun y plebeya, y aun entre la noble queria primero examinar bien el empleo á que me destinasen. Aun el mejor no me parecia sobrado para mí, persuadido á que todo era poco para quien habia servido á un caballero rico, mozo y petimetre.

Esperando á que la fortuna me presentase una casa cual me imaginaba yo merecia, juzgué no podia emplear mejor mi ociosidad que dedicándome á obsequiar á la bella Laura, á quien no habia visto desde el dia en que nos desengañamos los dos tan graciosa como pacíficamente. No me pasó por el pensamiento volver á hacer el papel de D. César de Ribera. Seria una grande estravagancia disfrazarme ya con aquel trage, y mas cuando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término

medio entre D. César y Gil Blas, sobre todo hallándome bien calzado, peinado y afeitado, con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fui á casa de Arsenia, y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasion la habia hablado. Esclamó luego que me vió: ¿qué milagro es este? ¿eres tú? paréceme que sueño, porque creí que te habias muerto ó te habias perdido. ¿En siete ú ocho dias no has tenido tiempo para verme? Bien se conoce que no abusas de las licencias que te conceden las damas.

Escuséme con la muerte de mi amo, y con las ocupaciones que ocurrieron, añadiendo muy cortesanamente que aun en medio de ellas tenia siempre muy presente en el corazon y en la memoria á mi amada Laura. Siendo asi, me dijo ella, se acabaron ya las quejas, y te confesaré que tambien yo te he tenido muy presente. Luego que supe la desgracia de D. Matias se me ofreció un pensamiento, que acaso no te desagradará. Dias ha que oí á mi ama el gusto que tendria en encontrar un mozo que entendiese de cuentas y economía para ser su mayordomo, y llevase razon del dinero que se le entregase para el gobierno y gasto de la casa. Inmediatamente puse los ojos en tu señoría, pareciéndome que serias el mas á propósito para este empleo. Tambien me parece á mi, respondí yo, que le desempeñaria á las maravillas. He leido las *Economías de Aristóteles*, y por lo que toca á llevar una cuenta ese ha sido siempre

mi fuerte. Pero, hija mia, añadí, una sola dificultad tengo para entrar en el servicio de Arsenia. ¿Qué dificultad? replicó Laura. He jurado, repuse yo, no servir jamas á gente comun; y lo peor es, que lo juré por la Laguna Stigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú cuánto deberá respetarle un pobre criado. ¿A quién llamas gente comun? replicó Laura con mucho sacudimiento. ¿Por quiénes tienes tú á los comediantes? ¿parécete que son por ahí algunos abogadillos ó algunos procuradores? Sábete, amigo mio, que los comediantes son nobles y archinobles, por los enlaces que contraen con los primeros personages de la corte.

Siendo asi, la dije yo, cuenta conmigo, hija mia, para ese empleo que me destinas; pero con tal que no me degrade, ni me haga menos de lo que soy. No tengas miedo de eso, repuso Laura: pasar de la casa de un petimetre al servicio de una heroina de teatro es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma linea con las personas de la primera distincion: los mismos equipages, la misma mesa, y en el fondo es menester que se nos confunda con ellos en la vida civil. Con efecto, añadió, si se consideran bien un marques y un comediante en el distrito de un dia, vienen casi á ser una misma cosa. Si el marques en las tres partes del dia es superior al comediante, este en la otra parte es muy superior al mar-

ques porque representa el papel de emperador ó de rey. Esta, á mi ver, es una compensacion de nobleza y de grandeza que nos iguala con las personas de la corte. Asi es verdaderamente, respondí yo; sin duda que estais á nivel los unos con los otros. Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aqui, y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado. Me alegro, repuso ella, y no tienes mas que volver de aqui á dos dias. Tomo este tiempo para ir disponiendo á mi ama á que te reciba. Hablaréla en tu favor; puedo algo con ella, y me persuado á que lograré que entres en casa.

Díla las gracias por su buena voluntad, asegurándola quedaba sumamente reconocido á sus finezas, con espresiones tales que no podia dudar de mi agradecimiento. Siguió despues una larga conversacion entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decirla la llamaba su ama. Separámonos; y yo salí con grandes esperanzas de que presto tendria la fortuna de escupir en corte. No dejé de volver al plazo señalado. Ya te estaba esperando, me dijo Laura, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo, que quiero presentarte á mi señora. Diciendo esto me llevó á un cuarto compuesto de cinco ó seis salas, á cual mas rica y mas soberbiamente alhajadas.

¡Qué lujo! ¡qué magnificencia! parecióme que entraba en el cuarto de alguna vireina, ó

por mejor decir, creí estaba viendo todas las riquezas del mundo amontonadas en aquel cuarto. Lo cierto es que habia en él lo mas precioso de todas las naciones, tanto que se podia definir con mucha propiedad: *el templo de una diosa, á cuyas aras ofrecia todo caminante lo mas raro y mas precioso de su respectivo pais.* Descubrí la deidad magestuosamente sentada en un almohadon de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque habia engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso *desabillé*, y ocupaba sus bellísimas manos en acomodar un primoroso tocado para lucirlo aquella noche en el teatro. Señora, la dijo la criada, este es el mayordomo de que tengo hablado; y puedo asegurar á V. que seria difícil encontrar otro que fuese mas á propósito. Miróme Arsenia con particular atencion, y tuve la fortuna que no la desagradé. ¿Cómo asi, Laura (esclamó ella), quién te dió noticia de tan bello mozo? ya estoy viendo que me hallaré muy bien con él. Y volviéndose á mí: querido, me dijo, tú eres el que yo buscaba, y el que verdaderamente me conviene. Solo tengo que decirte una palabra: ¿estarás contento de mí si yo lo estuviere de tí? Respondíla que haria cuanto estuviese de mi parte para darla gusto en todo. Viendo que estábamos acordes, me despedí prontamente para ir á buscar mi hatillo y volver á tomar posesion de la nueva casa.

CAPITULO X.

El cual no es mas largo que el antecedente.

Era poco mas ó menos la hora de la comedia. Díjome mi nueva ama que la siguiese al teatro en compañía de Laura. Entramos en su vestuario, donde se despojó del vestido que llevaba, y se puso otro magnífico y como lo requeria su papel. Cuando comenzó la representacion me condujo Laura á un sitio de donde podiamos oir y ver perfectamente. Gustáronme poco los farsantes por la mayor parte, sin duda porque ya estaba preocupado contra ellos en virtud de lo que habia oido á D. Pompeyo. Con todo eso fueron muy aplaudidos, aunque algunos me hicieron acordar de la fábula del lechoncillo.

Tenia Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de los comediantes y comediantas conforme iban saliendo al teatro. Mas no contenta con nombrarlos, añadia siempre algun repulgo satírico correspondiente á cada uno. Este, decia, es una mala cabeza; aquel es un insolente. Aquella melindrosa que ves, cuyo aire es mas descarado que gracioso, se llama Rosarda, y fue muy mala recluta para la compañía. Habia de ir con la que se estaba formando de órden del virey de nueva España, y partir incesantemente para la América; pero se quedó acá por nuestra desgracia. Mira bien aquel as-

tro luminoso que se adelanta, aquel bello sol que va caminando á su ocaso: llámase Casilda, y si cada uno de los amantes que ha tenido la hubiera contribuido con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta reina de Egipto, podria haber erigido una que llegase al tercer cielo. En fin á cada cual fue aplicando Laura su parchecico, sin perdonar ni aun á su misma ama.

Sin embargo de esto (confieso mi flaqueza) estaba yo hechizado con ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenia de bueno. Hablaba de todos mal, con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si Arsenia necesitaba algo; y en vez de volver prontamente, se entretenia tras del teatro á recoger los requiebros y los galanteos que la decian los hombres. Una vez fui tras de ella para observarla, y ví que tenia muchos conocimientos. Noté que tres comediantes, uno tras de otro, la detuvieron para hablarla, y observé que usaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida, comencé á sentir lo que eran zelos. Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura me lo conoció luego que volvió. ¿Qué tienes, Gil Blas? me preguntó admirada. ¿Qué negro humor se ha apoderado de tí desde que te dejé? Tienes una cara triste y sombría, que me da en qué

pensar. Y lo peor es, reina mia, que es con sobrada razon, la respondí. Me parece que andas algo suelta, y esto me da que pensar á mí mas que á tí mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y muy divertida con los comediantes... Al oir esto dijo ella soltando una grandísima carcajada: vamos claros, que es gracioso el motivo de tu tristeza. ¡Pues qué! ¿de tan poco te espantas? esto es una friolera, y si estás algun tiempo con nosotros verás otras mil bellas cosas. Es menester, hijo mio, que te vayas haciendo á nuestras andanzas. Entre nosotros no se gastan hazañerías, ni mucho menos se usan zelos. En la nacion cómica los zelos se llaman ridículos, y asi apenas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tios, primos, todos son la gente mas buena del mundo, y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias, solicitando las amistades, etc.

Despues de haberme exortado á no sospechar mal de ninguno, y á no inquietarme por nada de cuanto viese, me declaró que yo era el único y feliz mortal que habia encontrado el camino de su corazon, y me protestó que me amaria siempre y únicamente. Despues de una seguridad como esta, de la cual podia yo bien dudar, sin miedo de que me tuviesen por hombre muy desconfiado, la ofrecí no sobresaltarme por nada; y con efecto cumplí honradamente mi palabra. Aquella misma noche la ví hablar en particular, reir y divertirse con

varios hombres, sin dárseme un bledo. Acabada la comedia volvimos á casa con nuestra ama, y poco despues llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venian á cenar en compañía de las dos. Ademas de Laura habia en casa otros tres criados; una cocinera, un cochero y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. El cocinero, que á lo menos tenia tanta habilidad como la señora Jacinta, el ama del canónigo de marras, dispuso las viandas juntamente con el cochero, que era al mismo tiempo mozo de cocina. La camarera y el lacayuelo pusieron la mesa; yo cuidé de cubrir el aparador con la mas bella vajilla de plata, y algunos vasos de oro: votos ofrecidos á la deidad de aquel templo. Adornéla tambien con diferentes botellas de vinos esquisitos, haciendo de maestre sala y de copero, á fin de mostrar que era hombre para todo. Admiréme de ver el porte y aire de las comediantas durante toda la cena. Parecian unas damas de importancia, figurándose ellas mismas unas mugeres de la primera distincion. Lejos de dar á los señores el tratamiento de *Escelencia*, no les daban ni aun el de *Señoría*, contentándose con llamarlos por sus nombres. Es verdad que ellos tenian la culpa, porque se familiarizaban demasiadamente con ellas. El comediante por su parte, como acostumbraba hacer el papel de héroe, los trataba tambien con mucha familiaridad: brindaba frecuentemente

á su salud, y hacia los honores de la mesa. A fe, dije entre mí, que cuando Laura me dijo que un marques y un comediante eran iguales parte del dia, pudo añadir que aun lo eran mucho mas por la noche, pues la pasaban bebiendo y juntos toda ella.

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres y burlonas. Escapáronselas mil dichos tiernos, y algo mas, mezclados con favorcillos y menudencias, bien recibidas y mejor interpretadas, por aquellos viejos pecadores. Mientras mi ama se zumbaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre otros dos, no hacia ciertamente el papel de Susana con los que tenia á su lado. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo, que á la verdad tenia muchos atractivos para un mozo de mi edad, cuando se sirvieron los postres y la fruta. Entonces puse en la mesa las botellas de licores con los vasos correspondientes, y me retiré á cenar con Laura, que me estaba esperando. Y bien, Gil Blas, me dijo, ¿qué te parece de esos señores que has visto? Sin duda, la respondí, pienso que son los amantes de Arsenia y de Florimunda. Te engañas, replicó ella: son dos cortejantes de profesion, que hacen el amor á todas sin fijarse en ninguna. Se contentan solo con un poco de agrado; y son tan generosos que pagan muy caro las friolerillas que se les conceden. Florimunda y mi ama, gracias á Dios, estan ahora sin amantes, quiero decir, de aquellos

amantes que pretenden levantarse con la autoridad de maridos, y quieren para sí solos todos los gustos de la casa precisamente porque hacen el gasto de ella. A mí me va bien con esta moda, y soy de opinion que una muger de juicio debe huir de todo lo que huela á empeño particular. ¿A qué fin sujetarse á ninguno que la domine? Mas cuenta tiene ganar poco á poco su equipage, que comprarle de una vez á costa de tan impertinente sujecion.

Cuando á Laura la venia el prurito de parlar (y la venia casi siempre) era irrestañable. Nada la costaban las palabras: tanta era la soltura de su lengua. Contóme mil aventuras que habian sucedido á las comediantas, y conocí por sus discursos que no podia estar yo en mejor escuela para enterarme perfectamente en los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que estos no causan horror, y añadiase á eso que la tal niña los sabia pintar tan bien, que en ellos solo descubria placeres y delicias. No tuvo tiempo para instruirme ni aun en la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroinas de teatro, porque no habia mas que tres horas que estaba hablando. Los señores y el comediante se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que salieron me dió diez doblones mi ama, diciéndome: toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras: procu-

ra tratarnos bien. Señora, la respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida á toda la cuadrilla cómica. ¿Qué es eso de cuadrilla? repuso ella. Mira cómo hablas. No se debe llamar cuadrilla sino compañía. Se dice muy bien una cuadrilla de vagamundos ó de holgazanes; puede decirse una cuadrilla de autores ó de poetas; pero guárdate de volver á decir cuadrilla de comediantes. La nuestra es compañía; y sobre todo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre; solo á los cómicos de la legua se les puede llamar á veces una cuadrilla. Pedí perdon á mi ama de haber usado una frase tan poco respetosa, suplicándola que disculpase mi ignorancia, y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid, *colectivamente sumptos*, diria compañía, y jamas cuadrilla.

CAPITULO XI.

Del modo con que vivian entre sí los comediantes, y cómo trataban á los autores.

Al dia siguiente muy de mañana salí á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia; y por órden de mi ama compré buenos pollos, buenos capones, y otros pescadillos de semejante especie. Llevé á casa comida que bastaria para hartar á doce gloto-

nes de profesion en los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en qué divertirse toda la mañana. Mientras ella cuidaba de los guisados se levantó Arsenia de la cama, y se metió en el tocador, donde estuvo hasta mediodía. Llegaron entonces los señores comediantes Ricardo y Casimiro. A estos se siguieron dos comediantas, Constancia y Leonor; un momento despues se dejó ver Florimunda acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo. El cabello rojo y rizado á la última moda, un sombrero á la inglesa, con su penacho de plumas en figura de ramillete, calzones ajustados, y de tela rica; chupa bordada con flores de oro, y medio abierta, por donde se descubria una finísima camisa con finísimos encajes; guantes, y pañuelo de cambrai delicadísimo, depositados en la guarnicion ó empuñadura de la espada; capa larga, terciada hácia las espaldas sobre el hombro con mucho garbo y esquisita gracia.

Con todo eso, aunque de tan buena traza, y hombre verdaderamente bien hecho, todavía me pareció descubrir en él un no sé qué de estraño que me chocaba. Es imposible (decia yo entre mí) que no sea un hombre original este personage. No me engañé en mi concepto, porque era un carácter singular. Luego que entró en el cuarto de Arsenia corrió precipitadamente á abrazar á todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el

mozalvete mas atronado. Comenzó á hablar, y me confirmé en mi opinion. Recalcaba sobre cada sílaba, y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionando, gesticulando, y haciendo con los ojos aquellos movimientos que á su parecer estaba pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar á Laura quién era aquel caballero. Disculpo tu curiosidad, me respondió prontamente. Es imposible no tenerla al ver por la primera vez al señor Cárlos Alfonso de la Ventolera. Vóitele á pintar al natural. Primeramente fue en otro tiempo comediante. Retiróse del teatro por fantasía, y se arrepintió despues por razon. ¿Has reparado en su cabello rojo? pues sábete que es teñido, ni mas ni menos como sus cejas y sus mostachos. Es mas viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres, cuando nació, se olvidaron de hacer que se asentase su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido para quitarse veinte años por lo menos. Fuera de eso, es el hombre mas satisfecho de sí mismo que quizá se encontrará en toda España. Pasó los ocho primeros lustros de su vida en una perfectísima ignorancia: y para hacerse sabio encontró despues un cierto preceptor que le enseñó á deletrear algunas palabras griegas y latinas. Aprendió de memoria una multitud de cuentos y chistes, que á fuerza de repetirlos se ha llegado á persuadir que son suyos efectivamente. Hácelos venir á la conversacion aun-

que sea arrastrándolos por los cabellos. y se puede decir de él que lo luce su entendimiento á costa de su memoria. Finalmente, se dice que es un grande actor. Lo creo piadosamente; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le he oido recitar, y entre otros defectos, es muy visible el de una pronunciacion tan afectada, con una voz tan trémula, que da cierto aire antiguo y ridículo á su declamacion.

Tal fue el retrato que la señora Laura me hizo de aquel histrion honorario, de quien puedo decir en verdad que no he visto mortal mas orgulloso en todos los dias de mi vida. Queria hacer tambien del chistoso y deldiscreto, sacando de la manga dos ó tres cuentos, que nos encajó en tono muy estudiado, y con todo el aire de truan. Las comediantas y los comediantes, que ciertamente no habian venido á callar, tampoco estuvieron mudos por su parte. Comenzaron á divertirse á costa de sus camaradas ausentes, á la verdad de un modo no muy caritativo; pero este defectillo es menester absolutamente perdonársele tanto á los comediantes como á los autores. Calentóse un poco la conversacion á espensas del prójimo. ¿Habeis sabido, madamas, dijo Casimiro, la nueva supercheria de Lazarillo? Compró esta mañana un par de medias de seda, cintas y encajes, disponiendo despues que un page se las presentase en el ensayo como de parte de cierta condesa. ¡Gran maldad! esclamó el señor Ventolera con

cierta risita vana y mofadora. En mi tiempo se usaba mas realidad. Ninguno soñaba en semejantes ficciones. Es verdad que las damas, aun las de mayor distincion, nos ahorraban la ruindad y el trabajo de inventarlas. Antes bien las daba la fantasía de venir ellas mismas en persona á presentarnos sus regalos. Pardiez, repuso Ricardo, que esa fantasía aun no se les ha pasado; y si fuera lícito decir todo lo que uno sabe en este punto... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente cuando entran en ellos personas de suposicion.

Señores, interrumpió Florimunda, suplico á Vds. que dejen á un lado esos lances y buenas fortunas, puesto que todo el mundo las sabe. Hablemos un poco de nuestra Ismenia. He oido que se la ha escapado de las manos aquel señor que gastaba tanto con ella. Es muy cierto, respondió Constanza, y aun diré mas: tambien acaba de perder un rico mayordomo de cierta gran casa, á quien indubitablemente hubiera dejado sin camisa. Lo sé todo de buena parte. Su mercurio hizo un fatal *qui pro quo*, trocando dos billetes, porque entregó al señor el que era para el mayordomo, y al mayordomo el que escribia al señor. Dos grandes pérdidas, añadió Florimunda. ¡Oh! replicó prontamente Constanza, por lo que toca á la del señor, es poco considerable. Al tal caballero ya poco le quedaba que dar, porque era cortejante antiguo; pero el mayordomo comenzaba ahora su carrera. No habia he-

cho aun sus caravanas, y asi es una pérdida muy digna de llorarse.

A esto se redujo poco mas ó menos la conversacion antes de comer, y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaria yo si hubiera de contar todas las especies que se tocaron, todas de murmuracion y de vanidad, el lector llevará á bien que las suprima, para referirle el modo con que fue recibido un pobre diablo de autor, que, por su desgracia, llegó á casa de Arsenia hácia el fin del convite.

Entró el lacayo donde estaban comiendo, y en voz alta dijo al ama: señora, ahí está un hombre despilfarrado y mal vestido, que, hablando con el debido respeto, tiene traza de poeta, y dice que desea hablar dos palabras á Vd. Que suba y entre, respondió Arsenia. Sin duda, señores, añadió, que es algun autor. Efectivamente era uno que habia compuesto cierta tragedia aceptada por la compañía, y traia el papel que habia de representar mi ama. Llamábase Pedro de Maya. Al entrar hizo tres profundas reverencias á la compañía, sin que ninguno de ellos se levantase, y ni aun siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una casi imperceptible inclinacion de cabeza. Fuese acercando un poco, pero siempre temblando y muy embarazado: cayéronsele de las manos los guantes y el sombrero: levantólos, y llegándose á mi ama la presentó

unos papeles con mas turbacion y rendimiento que un litigante presenta á su juez un memorial. Dignaos, madama, la dijo, aceptar el papel que tengo el honor de ofrecer á vuestros pies. Recibióle ella con la mayor frialdad y con cierto aire de desprecio, sin dignarse siquiera de responder una sola palabra á su cumplimiento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el cual aprovechando aquella ocasion de distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro y otro á Rosimunda, quienes los recibieron sin mas cortesía ni ceremonias que las que habia practicado Arsenia. Antes por el contrario Casimiro le insultó con ciertas graciosas quemazones picantes; pero el buen Pedro de Maya las llevó en paciencia, y no se atrevió á retrucarle porque no lo pagase despues su trágica composicion. Retiróse sin decir palabra, pero á mi parecer vivamente resentido del recibimiento que le habian hecho. Tengo por cierto que allá dentro de sí no dejaria de apostrofar á los comediantes como merecian; y estos despues que él salió, comenzaron á hablar de los autores como acostumbraban. Paréceme, dijo Florimunda, que el señor Pedro de Maya no ha ido muy contento de nosotros.

Y bien (interrumpió Casimiro con viveza) ¿qué nos importa esto? ¿ni qué cuidado os da? ¿por ventura son dignos de nuestra atencion los autores? Si los hiciéramos iguales á noso-

tros seria el mejor medio para echarlos á perder. Conozco bien á esos pobres diablos y porque los tengo tan conocidos sé que si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarian de lo que son, y nos perderian el respeto. Tratémoslos, pues, como esclavos, y no tengamos miedo de que les apuremos la paciencia. Si enfadados se retiraren de nosotros algun tiempo, no durará mucho: el furor de escribir los hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios si nos dignamos de representar sus obras. Tienes mucha razon, dijo entonces Arsenia: solamente perdemos aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad, pues luego que los hemos acreditado y puesto en parage de que tengan que comer, se dan á la ociosidad y ya no quieren trabajar. Pero al fin la compañía se consuela y el público tiene menos que sufrir.

Aplaudieron todos uno y otro discurso, concluyendo que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les quedaban muy obligados, porque les eran deudores de todo lo que tenian. Asi los abatian los histriones, haciéndolos inferiores á ellos, y ciertamente no podian despreciarlos mas.

CAPITULO XII.

Toma Gil Blas gusto al teatro, entrégase enteramente á los enredos de la vida cómica, y poco despues se disgusta de ella.

Los convidados se quedaron hablando sobre mesa hasta que llegó la hora de ir al teatro. Entonces marcharon todos á él. Seguílos yo, y ví tambien la comedia que se representó aquel dia. Gustóme tanto que resolví no perder ninguna. Asi me fui insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atencion aquellos que hacian mas gestos y mas contorsiones en las tablas, y no era yo solo de este gusto.

No me lo daba menos la discrecion de las piezas que el modo con que se representaban. Algunas verdaderamente me encantaban: sobre todo aquellas en que se dejaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los cardenales, ó los doce pares de Francia. Aprendia de memoria muchos trozos de aquellos incomparables poemas. Acuérdome que en dos dias tomé de memoria toda entera una comedia famosa, intitulada: *La reina de las flores*. La rosa era la reina; tenia por confidenta á la violeta, y por escudero al jazmin. No habia para mí obras mas ingeniosas que las parecidas á estas, persuadido á que hacian mucho honor á nuestra nacion.

No me contentaba con adornar mi memoria atestándola bien de semejantes maravillosas obras, sinó que tambien me apliqué á perfeccionar el gusto; y para conseguirlo escuchaba con la mayor atencion el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza yo la estimaba; y despreciaba todas aquellas de que les oia hablar mal. Pareciame que eran tan inteligentes en esto de comedias, como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo observé que la tragedia de Pedro de Maya fue muy aplaudida, aunque ellos habian pronosticado que todos la silbarian. Pero no bastó esta esperiencia para que su crítica se me hiciese sospechosa; y antes quise creer que al público le faltaba gusto y sentido, que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplausos aquellas nuevas comedias de que los actores tenian mala opinion, y por el contrario, silbadas de la mosquetería todas aquellas que ellos celebraban mas. Decíanme que era regla ó máxima suya general hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil ejemplos de las piezas que habian desmentido sus rotales decisiones. Todo eso fue menester para que al cabo me desengañase.

Jamas me olvidaré de lo que sucedió un dia en que se representó una comedia nueva. Habíales parecido á los comediantes fria y fastidiosa, adelantándose á pronosticar que el auditorio se saldria antes que se acabase. Con esta

preocupacion representaron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representaron la segunda, la cual aun fue mas aplaudida que la primera. Y hé aqui á todos mis pobres actores desconcertados. ¡Cómo diablo es esto! esclamaba Casimiro. Representaron la tercera, que fue sin comparacion mas celebrada que las otras dos. Yo no lo entiendo, dijo Ricardo. Yo sí, dijo entonces con mucha naturalidad otro comediante. A nosotros nos pareció que tendria mala fortuna esta comedia, porque no entendimos mil delicados pensamientos y mil finísimas gracias de que estaba llena.

Desde entonces dejé de tener á los comediantes por buenos jueces, y me hice justo apreciador de su verdadero mérito. Justificaban ellos mismos todo lo ridículo que la gente instruida motejaba. Veia yo claramente que los aplausos nada merecidos tenian echados á perder tanto á los cómicos como á las cómicas, los cuales considerándose como personas de suma importancia y objetos dignos de admiracion, estaban persuadidos á que hacian gran favor al público en divertirle. Dábanme muy en rostro sus defectos; mas, por mi desgracia, su modo de vivir llegó á gustarme demasiado, y asi me ví metido de pies á cabeza en el desenfreno y en la disolucion. Ni podia ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud, y nada veia en ellos que no contribuyese á es-

tragarme. Aun cuando no supiera yo todo lo que pasaba en las casas de Constancia, Casilda y las demas comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Ademas de aquellos señores ya viejos de que hablé antes, concurrian á ella varios petimetres, y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habian menester para arruinarse. Alguna vez recibian tambien á ciertos agentes de quienes se servian, los cuales en vez de ser pagados por su trabajo, las pagaban á ellas porque se dejasen servir.

Florimunda vivia pared en medio de Arsenia, y todos los dias comian y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas que causaban admiracion en gente de su oficio, y se creia que tarde ó temprano se romperia su union á causa de zelos, vanidad ó envidia; pero las conocian mal los que pensaban asi. Era muy verdadera su amistad. En lugar de ser zelosas como las demas mugeres, hacian vida comun. Gustaban mas de repartir entre sí los despojos de los hombres, que disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á ejemplo de estas dos ilustres compañeras, aprovechaba tambien el tiempo, no dejando malograr lo mas florido de sus años. Habiame ella dicho que veria buenas cosas, y no me engañó. Con todo eso yo no hacia del zeloso por haberla prometido que procuraria imbuirme en el espíritu de la compañía. Disimulé

por algun tiempo, contentándome con preguntarla el nombre de los hombres con quienes la veia en conversacion particular. Siempre me respondia que era un tio ó un primo carnal suyo. ¡Oh y cuánta multitud tenia de parientes! Su familia debia ser mas numerosa que la del rey Príamo. Mas no era negocio de atenerse únicamente á su infinita parentela: hacia tambien sus escursiones fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de cuando en cuando á representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de marras. En fin, Laura (por dar al lector una justa y precisa idea de su persona) era tan jóven, tan linda y tan alegre como su ama, escepto que esta divertia al público públicamente, y la criada solo lo divertia en privado. Yo cedí al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué á todo género de placeres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentia despedazado de crueles remordimientos, efectos de mi educacion, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolucion de tan saludables remordimientos: al contrario, eran mayores cuanto mas me abandonaba á mis desórdenes. Comenzaron estos á causarme horror, gracias á las luces del cielo y á la docilidad de mi natural constitucion. ¡Ah desventurado! me decia yo á mí mismo, ¿es esto lo que esperaba de tí tu familia? ¿No te basta haberla engañado habiendo tomado otra carrera que la de preceptor? ¿El verte pre-

cisado á servir te dispensa de cumplir con las leyes de cristiano y de hombre de bien? ¿Paréceté que te puede ser de algun provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos reina la envidia, la cólera y la avaricia; el pudor y la vergüenza estan desterrados de otros; estos se abandonan á la intemperancia y á la pereza; aquellos al orgullo y á la insolencia. Esto es hecho: no quiero vivir mas con los siete pecados capitales.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO CUARTO.

*****

CAPITULO PRIMERO.

No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia.

Un tantico de honor y de religion que conservaba todavía en medio de mis estragadas costumbres me obligó no solo á dejar á Arsenia, sino tambien á romper todo comercio con Laura, á quien sin embargo no podia menos de amar, aun conociendo que me hacia mil infidelidades. Feliz aquel que sabe aprovecharse de ciertas ráfagas de razon que oportunamente vienen á turbar los ilícitos embelesos en que se halla ciegamente enredado. Amaneció, pues, una mañana muy dichosa para mí, en la cual hice mi hatillo, y sin contar con Arsenia, que casi nada me debia, ni con mi querida Laura, salí de aquella casa, que solo respiraba liber-

tad, desahogo y disolucion. Premióme inmediatamente el cielo esta buena obra. Encontré al mayordomo de mi difunto amo D. Matias, á quien saludé. Conocióme luego, y me preguntó á quién servia. Respondíle que habia estado un mes en casa de Arsenia, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dejarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre timorato y escrupuloso, aprobó mi delicadeza, y me dijo que siendo yo un mozo tan honrado y tan cristiano queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, pues en aquel mismo dia me acomodó con D. Vicente Guzman, de cuyo mayordomo era él grande amigo.

No podia entrar en mejor casa; y asi nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era Don Vicente un caballero ya anciano, y muy rico, que habia muchos años vivia sin pleitos y sin muger, porque los médicos le habian privado de la suya, queriéndola curar de una tos que verisímilmente la dejaria vivir mas largo tiempo si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamas en volverse á casar, aplicándose enteramente á la educacion de Aurora, su hija única, que entraba entonces en los veinte y seis años, y era una dama completa. Juntaba á una hermosura poco comun un entendimiento escelente, y gran instruccion. Su padre era hombre de poco talento; pero tenia el de saber gober-

nar su casa. Solo le hallaba un defecto, que á los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de hablar, sobre todo de guerras y de batallas. Si por desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego resonaba en su boca la trompeta heroica, y se tenian por muy afortunados los oyentes si se contentaba con embocarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las tres partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oian con el gusto con que él las relataba. A esto se añadia que era muy prolijo, sobre ser un poco tartamudo, con que sus relaciones se hacian pesadísimas, y verdaderamente intolerables. Por lo demas no era fácil encontrar un señor de mejor carácter. Siempre igual, nada duro ni caprichoso: cosa verdaderamente rara en hombres tan distinguidos. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y con economía, se trataba muy honradamente. Componiase su familia de varios criados, y de tres mugeres que servian á Aurora. Conocí desde luego que el mayordomo de D. Matias me habia metido en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio y las inclinaciones de todos; arreglé despues mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y á todos mis compañeros.

Habiase pasado casi un mes desde mi entra-

da en casa de D. Vicente, cuando me pareció que su hija me miraba con alguna parcialidad, distinguiéndome entre los demas criados. Siempre que se encontraban sus ojos con los mios observaba, á mi parecer, un cierto agrado que no veia en ella cuando miraba á los otros. A no haber tratado yo con petimetres y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginacion que Aurora pudiese pensar en mí: pero me habian abierto los ojos aquellos señores mios, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la mas alta calidad. Si hemos de dar crédito á los histriones (me decia yo á mí mismo) tal vez suelen venir á las señoras mas distinguidas ciertas fantasías, de las cuales saben muy bien aprovecharse. ¿Qué sé yo si mi ama no tendrá de estos caprichos? Pero no, añadia prontamente, no puedo persuadirme tal cosa. No es esta señorita una de aquellas Mesalinas, que olvidadas del noble orgullo que las comunica su nacimiento, se rinden á la indecencia de abatirse hasta el polvo, y se deshonran á sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas, que sin traspasar los límites que la virtud prescribe á su ternura, no hacen escrúpulo de inspirar, ni de sentir ellas mismas una pasion delicada que las ocupa sin peligro.

Este era el juicio que yo hacia de mi ama, bien que dudoso y vacilante, no sabiendo pre-

cisamente á qué atenerme. Mientras tanto siempre que me veia no dejaba de sonreirse y de alegrarse: apariencias todas que podian muy bien hacerme consentir en mi fortuna, sin pasar por vano ni por tonto. Y asi no hallé modo para resistirme á ellas. Consentí, pues, en que Aurora estaba grandemente prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos afortunados criados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme menos indigno del bien que parecia querer procurarme mi fortuna, comencé á cuidar del aseo de mi persona mas de lo que habia cuidado hasta alli. Gastaba todo mi dinero en comprar telas, aguas de olor y pomadas. La primera cosa que hacia por la mañana luego que me levantaba de la cama, era lavarme, perfumarme bien, y vestirme con toda la posible propiedad, para no presentarme con desaliño á mi ama en caso que me llamase. Con este cuidado de mi aseo, y con otros medios que aplicaba por dar gusto y hacerme grato, me lisongeaba de que no tardaria mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora habia una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que habia mas de veinte años que servia en casa de Don Vicente. Habia criado á su hija, y conservaba todavia el título de dueña, aunque ya no ejercia aquel empleo. Por el contrario, en lugar de velar sobre las acciones de Aurora, como lo ha-

cia en otro tiempo, ahora solo atendia á encubrirlas y ocultarlas, con lo cual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche, habiendo buscado la dueña la ocasion de hablarme, sin que nadie pudiese oirnos, me dijo en voz baja que si era discreto que bajase al jardin á media noche, donde oiria cosas que no me disgustarian. Respondíla, apretándola la mano, que sin falta alguna bajaria, y prontamente nos separamos por miedo de ser sorprendidos. Ya no dudé entonces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡Oh, y qué largo se me hizo el tiempo hasta la cena, sin embargo de que siempre se cenaba temprano, y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Pareciame que aquella noche todo se hacia en casa con estraordinaria lentitud. Y para que mi rabia fuese mayor, cuando D. Vicente se retiró á su cuarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á contarme por la centésima vez sus campañas, con que tanto nos habia á todos matraqueado. Pero lo que jamas habia hecho, y lo que precisamente reservó para regalarme aquella noche, fue irme nombrando uno por uno todos los oficiales que se habian hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas que cada uno habia hecho. No puedo ponderar cuánto me costó el reprimir mi cólera y el estarle oyendo hasta que al fin acabó y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al cuarto donde estaba la mia, y donde terminaba una escalera secreta que conducia al jar-

din. Díme un bu en baño de pomada por todo el cuerpo; vestíme una camisola limpia bien perfumada; nada omití de cuanto me pareció podia contribuir á fomentar el capricho que me habia figurado en mi ama, y fuime al sitio para donde estaba citado.

No encontré en él á la Ortiz, y juzgué que cansada de esperarme se habia vuelto á su cuarto, perdiendo yo todas mis esperanzas. Eché la culpa á D. Vicente, y cuando estaba dando al diablo sus campañas, sonó el reloj, conté las horas, y hallé que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el reloj andaba mal, creyendo imposible que no fuese ya la una de la noche; pero estaba tan engañado, que un cuarto de hora despues volví á contar las diez de otro reloj. ¡Bravo! dije entonces entre mí: todavía me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ¿qué haré hasta las doce? Paseémonos, y pensemos en el papel que hago hoy. Es para mí harto nuevo. No estoy acostumbrado á las fantasías de las damas; solamente sé lo que se practica con las comediantas y las mugercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad y franqueza, las dice su atrevido pensamiento sin ceremonia; pero con las damas se observa otro ritual. Es menester que el galan sea cortés, tierno y comedido, pero no tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna; para lograrla debe esperar un momento favorable.

Asi discurria yo, y asi me prometia proceder con Aurora. Figurábame que dentro de poco tendria la dicha de verme á los pies de aquel adorable objeto, y de decirla mil cosas amorosas, pero de manera que el respeto no se quejase de la pasion. Con este fin llamaba á la memoria varios trozos de las piezas de teatro, que me pareció podrian servirme y hacerme mucho honor en nuestra primera visita. Lisonjeábame de que los aplicaria con oportunidad, y esperaba que, á ejemplo de algunos comediantes, pasaria por discreto y hombre de espíritu, siendo asi que solo era hombre de memoria. Mientras me ocupaba en estos pensamientos, los cuales divertian mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo, oí sonar las once. Alegréme de que solo faltaban sesenta minutos, y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginacion, parte paseándome y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el centro del jardin. Dió en fin la hora tan deseada, es decir, la media noche. Pocos instantes despues se dejó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero menos impaciente. Señor Gil Blas, me dijo, ¿cuánto ha que está V. aqui? Dos horas, la respondí. En verdad, añadió ella riéndose, que es V. muy cumplido, y da gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió ya en tono serio, que eso y mucho mas merece la fortuna que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con V., y



P. Alabern la grabó.

GIL BLAS.

le está esperando en su cuarto: no tengo otra cosa que decirle; lo demas es razon que lo oiga de su propia boca. Sígame á donde le conduzca. Diciendo esto me tomó de la mano, y ella misma me introdujo en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenia la llave.

CAPITULO II.

Cómo recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que tuvo con él.

Estaba Aurora medio desnuda, lo que no me desagradó. Saludéla con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fue posible. Recibióme con una cara risueña; hízome sentar junto á sí, y lo que mas me gustó, mandó á la dueña que se retirase á su cuarto. Despues de este preludio, volviéndose hácia mí, me dijo: Gil Blas, ya habrás conocido que yo te miro con buenos ojos, y que te distingo entre todos los criados de mi padre; cuando esto no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dejará dudarlo este paso que ahora doy.

No la dí tiempo para que dijese mas. Parecióme que como hombre discreto y cortesano debia respetar su pudor, y no darla lugar á mayor esplicacion. Levantéme, y arrojándome á sus pies todo transportado, como un hérœ de teatro que se arrodilla delante de su princesa, esclamé en tono declamatorio: ¡ah, señora! se-

rá posible que Gil Blas, juguete hasta aqui de la fortuna, sea tan feliz que haya podido inspiraros sentimientos... Baja un pcco la voz, me interrumpió sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el cuarto vecino. Levántate, y escúchame sin interrumpirme. Sí, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad: es cierto que te estimo y te quiero bien, y en prueba de eso voy á fiarte un secreto, del cual pende la quietud y tranquilidad de mi vida. Sabe que amo á un caballerito mozo, galan, airoso y de ilustre nacimiento. Llámase D. Luis Pacheco. Le he visto algunas veces en el paseo y en la comedia, pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter, como tambien cuáles sean sus inclinaciones, si virtuosas ó viciosas. En esto quisiera ser instruida con toda exactitud; para lo cual necesito de un hombre sagaz y sincero, que, informándose bien de sus costumbres, sepa darme una cuenta fiel y puntual. He puesto los ojos en tí, persuadida á que nada arriesgo en encargarte esta comision. Espero que la desempeñarás con tanta discrecion y con tanta destreza, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló Aurora esperando mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí, y venciendo la vergüenza que causa siem-

pre la temeridad cuando no la acompaña la fortuna, supe mostrarla un zelo tan vivo y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no fue bastante á desimpresionarla del mal concepto en que la pudo haber puesto mi temeraria presuncion, bastaria por lo menos para que conociese que yo sabia enmendar con prontitud y con decoro una inconsiderada necedad. Pedíla no mas que dos dias de tiempo para poderla dar buena razon de D. Luis. Otorgómelos; y llamando ella misma á la Ortiz, esta me volvió á conducir al jardin, diciéndome al despedirse: á Dios, Gil Blas, no te volveré á encargar otra vez que seas puntual en acudir al sitio consabido ó á cualquiera otro donde fueres citado, porque ya está vista tu puntualidad.

Volvíme á mi cuarto, no sin algun dolor de haberme engañado tanto. Con todo eso tuve bastante juicio para conocer que me tenia mas cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme que esto podia hacerme hombre; que los medianeros de amor eran muy atendidos y mejor pagados: reflexiones que me divirtieron y me consolaron, acostándome con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en cuanto quisiese disponer de mí. Levantéme al dia siguiente, y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era difícil saber dónde vivia un caballero tan conocido como D. Luis. Tomé al instante en la vecindad informes de su con-

ducta; pero los sugetos á quienes recurrí no satisfacieron del todo á lo que yo deseaba. Esto me obligó á solicitar nuevos y mas íntimos informes el dia siguiente, y fui mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia. Parámonos para saludarnos, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos, y le dijo que le habian despedido de casa de D. Juan Pacheco, padre de D. Luis, por haberle acusado que habia bebido un frasco de vino generoso. No perdí una ocasion tan oportuna para saber cuanto deseaba, y lo conseguí á fuerza de preguntas y repreguntas; de manera que volví á casa muy alegre por hallarme en parage de cumplir la palabra que habia dado á mi ama, con quien habia quedado de acuerdo que debia volver á verla en el mismo sitio, y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como en la primera; lejos de impacientarme con las prolijas relaciones de mi amo, yo mismo le metí en la conversacion de sus combates. Esperé á que sonase media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me moví hasta que conté bien las doce en todos los relojes que se podian oir de la casa. Entonces bajé con mucho sosiego al jardin, sin pensar en perfumes ni en pomadas.

Encontré ya á la dueña en el sitio consabido, y la taimada me dijo con un poco de socarronería: en verdad, Gil Blas, que hoy ha rebaja-

do muchas lineas el barómetro de tu puntualidad y de tu diligencia. No la respondí palabra, haciendo como que no la entendia, y ella me condujo al cuarto donde me estaba Aurora esperando. Preguntóme luego que me vió si me habia informado bien de D. Luis. Sí, señora, la respondí, y en dos palabras informaré á V. S. de todo lo que he llegado á entender. En primer lugar sé que muy en breve partirá á Salamanca á continuar sus estudios. Es un caballerito lleno de honor y de bondad; en cuanto al valor, no le puede faltar, basta decir que es caballero y castellano. Fuera de eso es un mozo entendido y de bellas modales; pero lo que quizá dará poco gusto á V. S. es, que vive un poco demasiadamente á la moda de los modernos señoritos; quiero decir, que es furiosamente calavera. ¿Creerá V. S. que siendo todavía tan jóven como es, ha puesto ya á buen recado á dos comediantas? ¿Qué es lo que me dices? esclamó Aurora. ¡Dios mio, y qué costumbres! Pero dime, ¿estás seguro de lo que cuentas? ¿Cómo si estoy seguro? la respondí. No hay cosa mas cierta. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fue despedido de ella esta mañana, y ya se sabe que los criados son muy sinceros siempre que se trata de publicar los defectos y flaquezas de sus amos. Fuera de eso, el tal D. Luis es muy amigo de D. Alejo Seguiar, de D. Antonio Centellas y de D. Fernando de Gamboa; prueba invencible de su di-

solucion. Basta, Gil Blas, dijo suspirando mi pobre ama: en virtud de tu informe comienzo desde este punto á combatir mi indigno amor. Aunque habia echado ya profundas raices en mi pobre corazon, no desconfio de arrancarle. Vete, prosiguió ella, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo, solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu discrecion y silencio.

Aseguréla que en este particular podia vivir sin el menor cuidado, porque yo era el Harpócrates de todos los confidentes. Dicho esto me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda me hubiera dado Aurora mucho mas si yo la hubiera dado á ella otra noticia mas gustosa, cuando pagaba con tanta liberalidad una que la habia sido de tanto disgusto. Arrepentíme de no haber imitado á los escribanos y alguaciles, que disfrazan la verdad; y me enfadé mucho contra mi necedad por haber sofocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades. Pero al fin me consolé con los veinte doblones, que ventajosamente me recompensaban lo que habia gastado en pomadas y aguas de olor.

CAPITULO III.

De la gran novedad que sucedió en casa de D. Vicente, y de la estraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.

Poco despues de esta aventura se sintió enfermo D. Vicente. Sobre ser de una edad bastantemente avanzada, los síntomas de la enfermedad eran tan violentos que desde luego se comenzó á temer algun suceso funesto. Fueron llamados los dos mas famosos médicos de Madrid; uno el doctor Andres, y otro el doctor Oquendo. Pulsaron atentamente al enfermo, y despues de una exacta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto convinieron, y en ninguna otra cosa pudieron concordar. Decia el señor Andres que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de flujo y reflujo, debian ser espelidos con purgantes, antes que se fijasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los humores, se debia esperar á que madurasen antes de echar mano á los purgantes. Pero ese método, replicaba el otro doctor, es directamente contrario al que nos enseña el príncipe de la medicina. Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad, y desde los primeros dias de la

mas ardiente calentura, diciendo en términos espresos que se ha de acudir prontamente con la purga cuando los humores estan en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion. En eso está vuestra equivocacion, repuso Oquendo: vos entendeis por *orgasmo* agitacion, siendo asi que se debe entender madurez.

Recalentáronse nuestros doctores en esta disputa. El uno presentó el testo griego, y citó todos los autores que le esplican como él. El otro se fiaba en la traduccion latina, empeñándose con mayor calor, y tomando el negocio en tono mas alto. ¿A cuál de los dos se ha de creer? D. Vicente no era hombre que pudiese decidir aquella cuestion; pero hallándose precisado á optar, escogió entre los dos la opinion del que habia echado al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto Andres, que era el mas mozo, se retiró, pero no sin decir primero cuatro pullas bien picantes al mas anciano sobre su *orgasmo;* y hé aqui que queda triunfante Oquendo. Habiendo este cursado sin duda la misma escuela, y estudiado los mismos principios que el doctor Sangredo, comenzó á sangrar abundantemente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen maduros y cocidos; pero la muerte, que temió quizá que una purga tan sabiamente diferida no le quitase la presa que ya tenia en la mano, previno la coccion, y se llevó á mi pobre amo. Tal fue el fin del señor Don

Vicente, que perdió la vida porque su médico no sabia el griego.

Aurora despues de haber hecho á su padre unas exequias dignas de un hombre de aquel nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, dándoles recompensas proporcionadas á su lealtad y méritos. Hecho esto se retiró á una quinta que tenia á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendia. Yo fui uno de los que quedaron en la familia, y la siguieron á la aldea. No solo eso, sino que tambien tuve la fortuna de serla necesario. No obstante el fiel informe que yo la habia hecho de D. Luis, todavía le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia abandonado á su torrente. Como ya no necesitaba de precauciones para hablarme, me dijo un dia suspirando: Gil Blas, yo no puedo olvidar á D. Luis: por mas que hago para borrarle de mi pensamiento, se me representa siempre á él, no ya como tú me lo pintaste, encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante. Enternecióse diciendo estas palabras, y no pudo impedir que no se la desprendiesen algunas lágrimas. Tambien á mí me faltó poco para llorar: tanto me conmovió aquel su dulce llanto. No podia hacerla mejor la corte que mostrándome sensible á su ternura. Veo, amigo Blas (continuó ella enju-

gándose los ojos), veo tu buen corazon, y estoy muy satisfecha de tu celo, que prometo recompensar bien como él merece. Nunca me ha sido mas necesario tu ausilio y tu asistencia. Voite á descubrir el pensamiento que ahora me ocupa enteramente; sin duda que te parecerá estravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir cuanto antes á Salamanca. Mi idea es disfrazarme en caballero bajo el nombre de D. Félix, y entablar conocimiento con Pacheco, procurando ganar su amistad y confianza. Hablaréle frecuentemente de Doña Aurora de Guzman, suponiéndome primo suyo. Naturalmente deseará conocerla, y aqui es donde yo le espero. Nosotros tendrémos en Salamanca dos posadas. En una haré el papel de D. Félix, y en otra de Doña Aurora; y dejándome ver de Don Luis unas veces vestida de hombre y otras de muger, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadió ella misma, que es muy estraño mi proyecto; pero la pasion que me arrastra, y la inocente intencion con que procedo acaban de cegarme y de aturdirme sobre el paso á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismísimo parecer que Aurora en punto á la estravagancia y á lo peligroso del proyecto. Sin embargo, aunque le reconocia tan contrario á la razon y al honor, como lo era á la decencia, me guardé muy bien de hacer del pedagogo. Antes al contrario comencé á dorar la píldora, y me esforcé á querer

persuadir que en vez de ser un proyecto disparatado, era un delicado juego de ingenio, sin peligro y sin consecuencia. Esto dió gran gusto á mi ama, porque á los amantes siempre les agrada que se celebren y se aplaudan sus mas locos devaneos. En fin convenimos los dos en que esta temeraria empresa la debiamos mirar como una especie de comedia bufonesca inventada para divertirnos, en la cual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogimos los actores entre los domésticos, y repartimos á cada cual su papel. Cada uno aceptó el que se le encargó sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesion. A la señora Ortiz se le encomendó el de tia de Doña Aurora, señalándosela un criado y una doncella, y debia tomar el nombre de Doña Jimena de Guzman. Yo debia servir á Doña Aurora en calidad de ayuda de cámara, escogiendo entre las mugeres una que, disfrazada en hombre, la asistiese en particular. Arreglados asi los papeles nos restituimos á Madrid, donde supimos que se hallaba D. Luis, pero disponiéndose para partir prontamente á Salamanca. Dimos orden para que se hiciesen cuanto antes los vestidos que habiamos menester, á fin de usar de ellos en tiempo y en sazon. Luego que se concluyeron se plegaron y se metieron en diferentes baules, y dejando al mayordomo el cuidado de la casa, partió Doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del rei-

no de Leon, acompañada de todos los que habiamos de hacer papel en la comedia.

Habiamos ya atravesado toda Castilla la Vieja, cuando se rompió el eje del coche, entre Avila y Villaflor, á trescientos ó cuatrocientos pasos de una quinta que se dejaba ver al pie de una montaña. Hallábamonos muy embarazados porque se acercaba la noche; pero un paisano que casualmente pasó por alli nos sacó de aquel embarazo. Informónos que aquella quinta pertenecia á una tal Doña Elvira, viuda de D. Pedro Pinares, y nos dijo tanto bien de aquella señora, que mi ama se determinó á despacharme para suplicarla de su parte que se sirviese recogernos en su casa por aquella noche. No desmintió Doña Elvira el informe del paisano. Recibióme con el mayor agrado, y respondió á mi súplica en los términos que se deseaba. Pasamos todos á la quinta, tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontramos á la puerta la viuda de D. Pedro, que salió cortesanamente á recibir á mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que se hicieron las dos de parte á parte. Solo diré que Doña Elvira era una dama ya de avanzada edad, pero tan cariñosa, atenta, y de tan señoril educacion, que ninguna la escedia en desempeñar noblemente los deberes de la hospitalidad. Condujo ella misma á Doña Aurora á un soberbio y magnífico cuarto, donde la dejó luego en libertad para que

descansase, y ella fue á dar providencia hasta en las cosas mas menudas que nos podian tocar. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena dió órden que se sirviese en el cuarto de Aurora, donde ambas á dos se sentaron á la mesa. No era la viuda de D. Pedro una de aquellas personas que no saben hacer los honores de una mesa, manteniéndose en ella con un aire enfadosamente grave, silencioso y sostenido. Era de genio desembarazado, alegre y festivo, sabiendo perfectamente el arte de mantener siempre viva la conversacion. Esplicábase noblemente con voces bellas y propias, y esponia sus pensamientos con cierto aire fino y delicado, que hacia parecer originales aun los mas comunes. A mí me tenia encantado, y no menos encantada se manifestaba Aurora. Estrecháronse las dos en una tierna amistad, y quedaron de acuerdo en fomentarla con un comercio recíproco de cartas. No podia componerse nuestro coche hasta el dia siguiente, y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde, por lo que nos detuvimos todo aquel dia en la misma quinta. A nosotros se nos sirvió tambien nuestra cena con gran abundancia, y por consiguiente dormimos todos tan bien como habiamos cenado.

El dia siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de Doña Elvira. Comieron las dos en una sala donde habia muchas pinturas. Entre otras sobresa-

lia una, cuyas figuras se representaban con la mayor propiedad y con esquisita viveza; pero que presentaba á la vista un objeto verdaderamente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, anegado en su misma sangre, cuyo semblante parecia que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dejaba ver, tendido tambien por tierra, el retrato de una dama jóven, aunque en diferente actitud. Atravesaba su pecho una espada, y cuando se representaba exhalando el último aliento, tenia fijos los ojos en un gallardo jóven, que esplicaba un mortal dolor viéndola tan próxima á perderla. El pincel habia estampado tambien en aquel lienzo otra figura, que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermosa y venerable traza, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista no se mostraba menos afligido que el desconsolado jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas escitaban en el mozo y en el anciano los mismos movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo poseido de una profunda tristeza parecia como rendido totalmente á ella; mas en el mozo se reconocia una especie de furor en medio de la afliccion. Todos estos afectos se representaban con espresiones tan vivas, que no nos hartábamosde verlas y admirarlas. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura. Señora, la respondió Doña El-

vira, es una fiel, aunque muda relacion de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, que escitó en ella un vivísimo deseo de saber á fondo lo que en aquello la queria decir la viuda de D. Pedro, y no se pudo contener sin manifestar la este deseo. Elvira se ofreció galantemente á satisfacérsele. Y como esta cortesana oferta se hizo á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y á la mia, todos cuatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama queria que nos retirásemos; pero Doña Elvira, que conoció nuestra gran gana de oir la esplicacion de aquel cuadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos detuviésemos; porque la historia que voy á referir (añadió con mucho agrado) no es de aquellas que estan pidiendo secreto. Un momento despues dió principio á su relacion en los términos siguientes.

CAPITULO IV.

El matrimonio vengado.

NOVELA.

Rogerio, rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo se rebeló contra él, y encendió en el reino una guerra no menos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos ba-

tallas y de caer en manos del rey, que se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebelion: clemencia que solo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de muchos vasallos suyos, persuadidos á que habia perdonado la vida á su hermano para que en la lentitud fuese mayor y mas cruel la venganza. Todos los demas, con mas razon ó con mayor fundamento, atribuian á sola su hermana Matilde el duro tratamiento que Manfredo sufria en la prision. Con efecto esta princesa siempre habia aborrecido á aquel desgraciado príncipe, y no cesó de perseguirle mientras el mismo vivió. Murió Matilde poco despues de Manfredo, y su temprana muerte se consideró como un castigo de su desnaturalizado corazon.

Dejó dos hijos Manfredo, ambos en tierna edad. Dudó por algun tiempo Rogerio si se desharia de ellos, temiendo que en edad mas avanzada no les viniese el pensamiento de vengar el mal trato que se habia hecho á su padre, renovando un partido que todavía se sentia con fuerzas para suscitar peligrosas turbaciones en el estado. Comunicó su pensamiento al senador Leoncio Sifredo, su primer ministro. Este para desviarle de aquel intento se encargó de la educacion del príncipe Enrique, que era el primogénito, y aconsejó al rey que confiase la del mas jóven, por nombre D. Pedro, al condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio á que estos dos fieles ministros educarian á sus sobrinos con toda

la sumision que á él se le debia, los entregó á su fidelidad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constancia. Era esta de la edad de Enrique, hija única de la princesa Matilde. Dióla maestras que la enseñasen y criados que la sirviesen, sin perdonar á medio alguno que condujese á su correspondiente educacion.

Tenia Sifredo una quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en el sitio que se decia Belmonte. Aqui se dedicó este ministro á dar á Enrique una educacion que le hiciese digno de ocupar con el tiempo el real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel príncipe unas prendas tan amables que se dió todo á él como si no tuviera otros hijos, aunque con efecto era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba Doña Blanca, y contaba un año menos que el príncipe, se veia dotada de una perfecta hermosura: la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, estaba aún en la cuna. Amáronse Blanca y Enrique luego que fueron capaces de amar: pero se amaban sin libertad para comunicarse. Sin embargo no dejaba el príncipe de lograr tal vez alguna ocasion. Aprovechó tambien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo le permitiese poner en ejecucion un proyecto que estaba meditando. Sucedió oportunamente por aquel tiempo que Leoncio, de órden del rey, se vió precisado á hacer un viage á una de las provincias mas remotas de la

isla. Durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su cuarto, que estaba inmediato al de Doña Blanca. Cerróla con una portezuela de madera tan ajustada á la abertura, y pintada con un cierto baño del mismo color de la superficie del tabique, de manera que no se distinguia de él, ni era fácil que se conociese el artificio, abriéndose y cerrándose á manera de un estuche: obra toda de un hábil arquitecto á quien el príncipe habia interesado en este servicio, ejecutado con tanto primor como secreto.

Por esta puerta se introducia algunas veces Enrique en el cuarto de Doña Blanca, pero sin abusar jamas de aquella peligrosa licencia. Si en haberla concedido Blanca tuvo mas parte su pasion que su prudencia, por lo menos fue con la precaucion de haber hecho prometer á Enrique que nunca pretenderia de ella otros favores que los mas inocentes. Hallóla una noche estraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso que habia entendido que Rogerio estaba gravemente enfermo, y que habia despachado una estrecha órden á Sifredo, de que pasase á la corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran canciller del reino. Figurábase ver á Enrique ya en el trono; y temia perderle cuando se viese en aquella elevacion. Tenia bañados en lágrimas los ojos cuando entró en su cuarto Enrique. Madama (dijo) ¿qué novedad es esta? ¿cuál es el motivo de esa pro-

funda tristeza? señor, respondió ella, no he sido dueña de reprimir mis lágrimas, ni de disimular mi dolor. El rey vuestro tio dejará presto de vivir, y vos ocuparéis su lugar. Cuando se me representa la gran distancia que va á poner entre vos y mí esta nueva grandeza, confieso que me lleno de inquietud. Un monarca mira las cosas con ojos muy diferentes que un amante; y aquello mismo que era todo su embeleso cuando reconocia un poder superior al suyo, apenas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento, sea razon, siento en mi pecho movimientos que me agitan, y que no puede calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad. No desconfio de vuestro amor; desconfio solamente de mi dicha. Adorable Blanca, respondió el príncipe, tus temores por una parte me ofenden y por otra me obligan; justificando ellos mismos la pasion que tus prendas han encendido en mi corazon. Tu desconfianza es efecto de tu amor, pero el esceso de ella es ofensa del mio, y casi estoy por decir que lo es tambien de aquel concepto tuyo, á que me parece soy acreedor. No, no pienses que mi destino, sea el que fuere, pueda jamas separarse del tuyo. Cree firmemente que tú sola serás siempre toda mi alegría, todo mi consuelo y toda mi felicidad. Destierra, pues, de tí ese vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos? ¡Ah, señor! replicó la hija de Leoncio, luego que vues-

tros vasallos os vean coronado os pedirán por reina una princesa que descienda de una larga generacion de reyes, y añada nuevos estados á los vuestros. ¿Quién sabe ¡ay de mí! si vos os dejaréis rendir, sacrificando á la que se llama razon de estado, y á sus instancias vuestros mas vivos deseos? Mas ¿á qué fin, repuso Enrique, no sin alguna conmocion, á qué fin afligirte de presente con unos pensamientos melancólicos de lo que puede suceder ó no suceder en lo futuro? Si el cielo dispusiere del rey mi tio y señor, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi corte. Asi lo prometo poniendo por testigo á todo lo mas sagrado que se reconoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique. Lo restante de la conversacion se pasó en hablar de la enfermedad del rey, en que manifestó Enrique la bondad y la nobleza de su corazon. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el monarca su tio, pudiendo mas con él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabia Blanca todas las desdichas que la estaban esperando. Habiéndola visto un dia el condestable de Sicilia á tiempo que salia del cuarto de su padre, quedó ciegamente prendado de ella. Pidiósela á Sifredo al dia siguiente, y este se la concedió gustoso y agradecido; pero sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio, se suspendió aquel tratado sin que Doña Blanca hubiese tenido la menor noticia de él.

Una mañana, cuando Enrique acababa de vestirse, quedó estrañamente sorprendido viendo entrar en su cuarto á Leoncio seguido de Doña Blanca. Señor, le dijo aquel ministro, vengo á participaros una noticia que sin duda os afligirá; pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el rey vuestro tio. Por su muerte quedais heredero de la corona. La Sicilia es vuestra ya. Los grandes del reino estan aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, señor, vengo por encargo de ellos á recibirlas de vuestra boca, y acompañado de mi hija Blanca para rendiros los dos el primero y mas sincero homenage que deben rendiros todos vuestros vasallos. No cogió de nuevo al príncipe esta noticia, por estar ya informado dos meses antes de la grave enfermedad que padecia el rey, que poco á poco le iba consumiendo. Sin embargo quedó suspenso algun tiempo; pero rompiendo despues el silencio, y volviéndose á Leoncio le dijo estas palabras: sabio Sifredo, te miro y siempre te miraré como padre. Haré gloria de gobernarme por tus consejos. Tú serás rey de Sicilia mas que yo. Diciendo esto se acercó á una mesa donde habia una escribanía, tomó un pliego de papel, echó en él su firma en blanco... ¿Qué haceis, señor? le interrumpió Sifredo. Mostraros mi amor y mi reconocimiento, respondió Enrique; y dicho esto presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndola: recibid, se-

ñora, esta prenda de mi fe y del dominio que os doy sobre mi arbitrio y voluntad. Recibióla Blanca cubierta su bella cara de un honestísimo rubor, y respondió al príncipe: admito con respeto y agradecimiento las gracias y benignidades de mi rey; pero dependo de un padre, y espero que no llevaréis á mal ponga en sus manos vuestro benignísimo pliego para que use de él como le aconsejare su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el pliego con la firma en blanco de Enrique. Conoció entonces Sifredo lo que hasta aquel punto se le habia escapado á su penetracion. Comprendió todo lo que el príncipe le queria decir, y le contestó diciendo: espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamas abusaré de ella. Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar tal caso: sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel, no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, ordena todo lo necesario para mi coronacion, y di á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el ministro á su nuevo amo, y partió á Palermo, llevando consigo á Doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, mas ocupado de su amor que de la elevacion al trono que le estaba aguardando.

Luego que se dejó ver en la ciudad resonaron en el aire mil gritos de alegría, y entre las aclamaciones del pueblo entró en palacio, donde halló ya concluidas todas las disposiciones para su coronacion. Encontró en él á la princesa Constanza en largos y rigurosos vestidos de luto; mostrándose penetrada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéronse los dos sobre este asunto recíprocos cumplidos, y ambos los desempeñaron con discrecion y con espíritu; pero con un poco de mas frialdad por la parte de Enrique que por la de Constanza, la cual, no obstante los disturbios de la familia, nunca habia querido mal á este príncipe. Ocupó el rey el trono, y la princesa se sentó á su lado en un taburete algo mas bajo que él. Los magnates del reino se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia, y Leoncio, que como gran canciller del reino era depositario del testamento del difunto rey, dió principio á ella leyendo en alta voz el mismo testamento. Contenia este en sustancia que hallándose el rey sin hijos nombraba por sucesor en la corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la princesa Constanza, y cuando no quisiese darla la mano de esposo, quedase escluido de la corona de Sicilia, y pasase al infante D. Pedro, su hermano menor, bajo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oir

esta cláusula. No se puede espresar el dolor que le causó; pero creció hasta lo sumo cuando acabada la lectura del testamento vió que Leoncio hablando con toda la asamblea, dijo asi: señores, habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo monarca la última disposicion del difunto rey, este generoso príncipe consiente en honrar con su real mano á su prima la princesa Constanza. Interrumpió el rey al canciller, diciéndole conturbado: acordaos, Leoncio, del papel que Blanca...Señor (respondió Sifredo cortándole con precipitacion sin darle tiempo á que se esplicase mas) ese papel es este que presento á la asamblea. En él reconocerán los grandes del reino el augusto sello de V. M., la estimacion que hace de la princesa, y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto rey su tio. Acabando de decir estas palabras comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le habia llenado. En él prometia el nuevo monarca á sus pueblos en la forma mas auténtica casarse con la princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplausos y los vivas del magnánimo rey Enrique, en que prorumpieron todos los presentes. Como era notoria á todos la poca inclinacion con que este príncipe habia mirado siempre á la princesa, temian, no sin razon, que despreciando la injusta condicion del testamento, escitase movimientos en el reino, y se encendiese en él una guerra civil que

le desolase; pero asegurados los grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oir, esta seguridad dió motivo á las universales aclamaciones, que despedazaban en secreto el corazon del nuevo rey.

Constanza, que por su propia gloria y por cierto movimiento de cariño tenia en todo esto mas interes que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasion para asegurarle de su eterno reconocimiento. Hizo cuanto pudo el príncipe para disimular su turbacion; pero era tanta la que le agitaba cuando recibió el cumplido de la princesa, que ni aun acertó á corresponder con aquello poco que pedía la cortesana atencion. Rindióse en fin á la violencia que se hacia, y acercándose al oido de Sifredo, que por razon de su empleo estaba al lado de su persona, le dijo en voz baja: ¿qué es esto, Leoncio? El papel que tu hija puso en tus manos no fue para que usases de él de esta manera. Acordaos, señor, de vuestra gloria, le respondió Sifredo con teson y firmeza. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplis la voluntad del rey vuestro tio, perdióse para vos el reino de Sicilia. Apenas dijo esto se separó del rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso. No podia resolverse á abandonar á Blanca, ni á dejar de partir con ella la magestad y la gloria del trono: estando dudoso largo rato del partido que habia de tomar. Determinóse al cabo, pareciéndole haber

encontrado arbitrio para conservar la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Afectó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisongeándose de que mientras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima ganaria con gracias á los grandes del reino, y afirmaria su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abrazada esa idea quedó un poco mas tranquilo, y volviéndose á Constanza la confirmó lo que el gran canciller la habia dicho en público. Pero en el mismo punto en que hacia traicion á su propio corazon ofreciendo su fe á la princesa, entró Blanca en la sala de la junta, donde venia de órden de su padre á cumplimentar á Constanza, y llegaron á sus oidos las palabras que Enrique la decia. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, la dijo presentándola á Constanza: rinde, hija mia, tu fidelidad y tu respeto á la reina tu señora, deseándola todas las prosperidades de un floreciente reinado y de un feliz himeneo. Golpe terrible, que traspasó el corazon de la desgraciada Blanca. Inútilmente se esforzó á disimular su dolor. Inmutósela el semblante encendido de repente, pasando en un momento de encendido á pálido, con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo no entró en sospecha alguna la princesa. Atribuyó el desórden de sus palabras

al natural embarazo y cortedad de una doncella criada lejos de la corte, y poco acostumbrada al despejo de los palacios. No sucedió lo mismo con el rey. Perdió toda su compostura y magestad á vista de Blanca, y salió fuera de sí mismo, leyendo en sus ojos la desesperacion que la agitaba. No dudó, que creyendo las apariencias, ya en su corazon le tenia por un traidor. No seria tan grande su inquietud si pudiera hablarla, pero ¿cómo era esto posible á vista de toda la Sicilia que tenia puestos los ojos en él? Por otra parte el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este ministro todo lo que pasaba en el corazon de los dos amantes, y queriendo prevenir las calamidades que podia causar al estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la asamblea á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones á casarla cuanto antes.

Luego que llegaron á aquel parage la hizo conocer todo el horror de su destino. Declaróla que la habia prometido al condestable. ¡Santo cielo! (esclamó transportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre) y qué espantosos suplicios tenias reservados á la desgraciada Blanca! Fue tan violento su trasporte que todos los sentidos del cuerpo y todas las potencias del alma quedaron suspensos. Helado su cuerpo, frio y pálido, se dejó caer entre los brazos de Leoncio. Conmoviéronse las entrañas

de este cuando la vió en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecia su hija se mantuvo inmoble en su primera resolucion. Volvió Blanca en sí recobrados los espíritus, mas por la violencia de su mismo dolor que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus lánguidos ojos, y reconociendo la priesa que se daba á socorrerla: señor, le dijo con voz desmayada y casi imperceptible, me avergüenzo de que hayais visto mi flaqueza; pero la muerte, que ya no puede tardar de poner fin á mis tormentos, os librará presto de una hija desdichada que sin permiso vuestro pudo disponer de su corazon. No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás: antes bien espero que tu virtud volverá presto á ejercer sobre tí su imperio. La pretension del condestable te hace honor. Bien sabes qué es el primer hombre del estado... Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, señor, el rey me habia hecho esperar... Hija, dijo Sifredo cortándolo la cláusula, sé todo lo que me puedas decir en ese asunto. No ignoro el afecto con que miras á este príncipe, y ciertamente que en otras circunstancias no lo desaprobara; antes yo mismo procuraria con todo ardor asegurarte la mano de Enrique si el interes y la gloria del estado no le pusieran en precision de dársela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por sucesor suyo el difunto rey. ¿Quieres tú que prefiera tu per-

sona á la corona de Sicilia? Créeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te agita. Con todo eso, supuesto que nuestra libertad es muy superior á nuestros destinos, y que el hombre sabio dominará los astros, escita ese tu grande espíritu á un generoso esfuerzo. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el reino que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea: fuera de que tu pasion por el rey podia dar motivo á rumores poco ventajosos á tu honor; y para desvanecerlos ó prevenirlos, el único medio es casarte con el condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar. El rey te deja por un trono, y da su mano á Constanza. El condestable tiene mi palabra, desempéñala tú, te ruego; y si para resolverte fuere necesario que me valga de toda mi autoridad, absolutamente te lo mando.

Dichas estas palabras la dejó, dándola lugar para hacer reflexion sobre cuanto acababa de decirla. Esperaba que despues de haber pesado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra lo que la arrastraba la inclinacion, se determinaria por sí misma á dar la mano al condestable. No se engañó en esto, pero ¡cuánto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolucion! Hallábase en el estado mas digno de lástima. El dolor de ver que habian pasado á evidencias sus sospechas sobre la deslealtad de Enrique, y la precision en que su pérdida la ponia de entregarse á un hombre á quien no le era posible amar, la escitaban ím-

petus de afliccion tan violentos, que cada respiracion era un nuevo suplicio para ella. Si es cierta mi desdicha (esclamaba cuando estaba sola) ¿cómo es posible resistirla sin que me cueste la vida? Implacable y bárbaro destino, ¿á qué fin apacentarme con las mas dulces esperanzas para precipitarme al fin en un abismo de males? Y tú, pérfido amante, tú te has entregado á otra despues de haberme prometido á mí una eterna fidelidad? ¿Tan presto te olvidas de la fe que me prometistes? Quiera el cielo que en castigo de tu cruel engaño el lecho conyugal, que vas á manchar por medio de un perjurio se convierta en teatro de crueles remordimientos en vez de los lícitos placeres que esperas. Que las caricias de Constanza sean una fuente envenenada que derrame de continuo ponzoña en tu corazon infiel. Y por decirlo todo de una vez, que tu himeneo sea tan infeliz y tan desdichado como el mio. Sí, traidor; sí, pérfido, seré esposa del condestable, á quien no amo, para vengarme yo de mí misma, castigando asi el desacierto de mi eleccion en el objeto de mi amor. Ya que la religion no me permite quitarme la vida, quiero que los dias que me restan sean una cadena no interrumpida de desdichas, aflicciones y tormentos. Si en ese corazon ha quedado todavía alguna centella de amor á mi persona, será un tormento para tí verme en los brazos de otro hombre; pero si enteramente te has olvidado de mí, podrá á lo menos glo-

riarse la Sicilia de haber producido una muger que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazon.

En estos y semejantes desahogos del dolor pasó la noche que precedió á su matrimonio con el condestable aquella infeliz víctima del amor y de la obligacion. El dia siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió priesa á no malograr tan favorable ocasion. El mismo dia hizo venir al condestable á Belmonte, y le casó secretamente con su hija en la capilla de su palacio. ¡Oh y qué dia para Blanca! No la bastaba renunciar á una corona; perder un amante amado; entregarse á un objeto aborrecido; era menester hacerse la mayor violencia, y disimular su opresion á vista de un marido naturalmente zeloso y preocupado de la pasion mas vehemente. Encantado el esposo con el gusto de poseerla, no se apartaba un momento de su lado, privándola asi del triste consuelo de llorar en secreto su desdicha. Llegó la noche, y llegó con ella la hora en que á la hija de Leoncio se redobló la afliccion. Pero ¡cuánto creció esta cuando habiéndola desnudado sus criadas se vió á solas con el condestable! Preguntóla este respetosa y tiernamente cuál era el motivo de aquel abatimiento que leia en sus ojos y observaba en su semblante. Turbó esta pregunta á Blanca, y fingió que se sentia indispuesta. Por entonces quedó el esposo engañado, pero duró

poco el engaño. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veia, y la apuraba para que entrase en la cama, sus instancias, que no acertó á esplicar bien, presentaron á su imaginacion la idea mas dolorosa y mas cruel: tanto, que no siendo ya dueña de poderse contener, dió libre curso á sus ahogados suspiros y á su reprimido llanto. ¡Oh qué espectáculo para un hombre que se consideraba en el colmo de sus mas vivos deseos! No dudó ya que en la afliccion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero á su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en un estado casi tan deplorable como el de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándola palabra de que la dejaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas, si juzgaba que esto la podia servir de algun alivio. Respondió Blanca que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento y la debilidad que sentia. Fingió creerla el condestable. Acostóse en esto Blanca, y los dos esposos pasaron aquella noche muy diferente de las que concede himeneo á dos recien casados que tiernamente se aman.

Mientras la hija de Sifredo se entregaba toda á su dolor, andaba el condestable examinando en sí mismo qué cosa podia ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadíase á que tenia algun competidor; pero cuando le queria

descubrir se barajaban y se confundian sus ideas; y sabia solamente que él era el hombre mas infeliz. Habia pasado en esta agitacion las dos terceras partes de la noche cuando llegó á oir un ruido sordo. Quedó altamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos dentro de aquel mismo cuarto. Túvolo por ilusion acordándose de que él mismo habia cerrado la puerta cuando se retiraron las criadas de Blanca. Abrió no obstante la cortina para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose apagado la luz que habia quedado encendida en la chiminea, solo pudo oir una voz lánguida y baja, que repetia varias veces: Blanca, Blanca. Encendiéronse entonces sus zelosas sospechas, convirtiéndose en furor; sobresaltado el honor le hizo salir de la cama, y considerándose obligado á precaver una afrenta ó á tomar venganza de ella, echó mano á la espada, y con ella desnuda acudió furioso hácia donde venia la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya. Ya avanza, ya se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el mas profundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del cuarto al que parecia huir, y no le encuentra. Párase: aplica el oido, y nada escucha. ¡Qué encanto es este! Acércase á la puerta, que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honor; tienta el cerrojo, y hállala cerrada como

la habia dejado. No pudiendo comprender nada de tan estraña aventura llama á los criados mas cercanos, y como para eso abrió la puerta, párase en medio de ella, cerrando la entrada y la salida para que no se le escapase el que buscaba.

A sus repetidas voces acuden algunos domésticos, todos con luces. Toma él mismo una, y vuelve á examinar todos los rincones del cuarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla, y no descubre ni aun el menor indicio de que alguno haya entrado en él, no encontrándose puerta secreta, ni abertura por donde pudiese introducirse. Sin embargo no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadian á no dudar de su desgracia. Esto escitó en su fantasía una confusion de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño parecia recurso inútil igualmente que arriesgado. Era muy interesada á la verdad para que se pudiese esperar de ella una sincera esplicacion. Tomó, pues, el partido de abrir su corazon con Leoncio, diciéndole que le parecia haber sentido algun ruido en su aposento, pero que se habia engañado. Encontró á su suegro que salia de su cuarto, habiéndole despertado el rumor que habia oido, y despedidos los criados le contó menudamente todo lo que le habia pasado, con muestras de estraña agitacion y de profundo dolor.

Sorprendióse altamente Sifredo al escuchar

toda la aventura, y no dudó ni un solo momento de su verdad por mas que las apariencias la representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasion del rey: pensamiento que le cubrió de la mas viva afliccion. Pero lejos de contestar á las zelosas sospechas de su yerno, le representó con aire de seguridad que aquella voz que imaginaba haber oido, y aquella imaginaria espada que se figuraba haberse opuesto á la suya, no podian ser otra cosa que fantasías de una imaginacion alterada con los zelos; que no era posible que alguno tuviese aliento para entrar en el cuarto de su hija; que la tristeza que habia observado en ella podia ser efecto natural de alguna oculta mugeril indisposicion; que el honor nada tenia que ver con las alteraci ones del temperamento, ni con las incomodidades del sexo; que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en soledad, y que se veia entregada á un hombre inopinadamente., sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podia ser la causa muy natural de aquellos suspiros, de aquella afliccion y de aquel amargo llanto; que el amor en las doncellas de sangre noble solo se producia á beneficio del tiempo, y con la continuacion obsequiosa de servicios; que en virtud de esto podia calmar sus inquietudes y antes bien le aconsejaba redoblase su ternura y dar toda libertad á sus finezas, para ir disponiendo poco á poco el corazon de Blanca á mos-

trarse mas sensible; y que le rogaba en fin volviese á su hija, en la inteligencia que su desconfianza y turbacion la ofendian mucho.

Nada respondió el condestable á estas razones, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la turbacion de su espíritu, ó porque le parecia mas conveniente disimular que intentar inútilmente convencer al viejo de un suceso en que lo inverisímil disputaba sus privilegios á lo verdadero. Volvió al cuarto de su muger, restituyóse á la cama, y procuró lograr algun paréntesis de sus molestas inquietudes á beneficio del sueño. Blanca por su parte no estaba mas tranquila que él. Demasiadamente habia oido todo lo que oyó su esposo, y no podia tener por ilusion una aventura de cuyo secreto y motivos estaba tan informada. Es verdad que se admiraba mucho de que Enrique hubiese solicitado introducirse en su cuarto despues de haber dado su palabra con solemnidad á la princesa Constanza. Y en vez de celebrar este paso y de que le causase alguna alegría, lo consideró como un nuevo ultrage, encendió en su corazon mayor y mas irritada cólera.

Mientras la hija de Sifredo, preocupada contra el jóven rey le miraba como el mas pérfido de todos los mortales, el desgraciado monarca, mas ciegamente apasionado que nunca por su amada Blanca, deseaba avocarse á solas con ella para justificar su constante fidelidad á pe-

sar de todas las contrarias apariencias. Hubiera venido mucho mas presto á Belmonte para este efecto si se lo hubieran permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si antes de aquella noche se hubiera podido escapar á los ojos de la corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obstáculo tenia para hallar modo de introducirse secretamente en la quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba al jardin. Por esta llegó á su antiguo cuarto, y desde él se introdujo en el de Blanca, mediante la consabida y oculta puerta. Fácil es imaginar cuánta seria la admiracion de este príncipe cuando se encontró con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar sobre el mismo hecho al temerario que tenia atrevimiento para hacer resistencia y levantar su mano sacrílega contra su propio rey; pero suspendió su resentimiento el respeto que debia al honor de la hija de Leoncio, y mas turbado que antes volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la ciudad poco antes que despuntase el dia, y se encerró en su cuarto tan agitado que no le fue posible lograr algun reposo. Solo pensó en restituirse á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo la vehemencia de su amor le estaba ejecutando para procurar instruirse cuanto antes en todas las circunstancias de tan cruel aventura.

Apenas se levantó dió órden que se previniese el equipage de caza, y con pretesto de querer divertirse en ella se fue al bosque de Belmonte. Cazó por disimulo algun tiempo, y cuando vió que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó, y partió solo hácia la quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenia muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurriendo algun pretesto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo, cuando al atravesar un sendero que iba á dar en una de las puertas del parque, vió no distantes de sí á dos mugeres que estaban sentadas sobre la fresca yerba á la sombra de un corpulento y frondoso árbol. No dudó que eran algunas personas de la quinta, y esta vista le causó algun sobresalto; pero su agitacion llegó al estremo cuando volviendo aquellas mugeres la cabeza al ruido que hacia el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Habiase escapado de la quinta, llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel retirado sitio.

Luego que Enrique la conoció voló hácia ella, precipitóse, por decirlo asi, del caballo, arrojóse á sus pies, y descubriendo en sus ojos todas las señales de la mas viva afliccion, la dijo

enternecido: suspended, bella Blanca, esos injustos ímpetus de vuestro acerbo dolor. Las apariencias (confiésolo asi) me condenan justamente; mas cuando esteis informada de mis ocultos intentos, puede ser que lo que se os representa delito sea para vos la mayor prueba de mi inocencia y del esceso de mi amor. Estas palabras, que en el concepto de Enrique le parecian capaces de templar la afliccion de Blanca, solo sirvieron para exacerbarla mas. Quiso responderle, pero atropellándose en el pecho los suspiros cerraban el camino á los esfuerzos de la voz. Asombrado el príncipe de verla tan embargada prosiguió diciéndola: ¿pues qué, señora, es posible que no pueda yo calmar la inquietud que os agita? ¿por qué desgracia ha perdido vuesta confianza un hombre que despreció una corona y su propia vida por conservarla solo para vos? Entonces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo para poderse esplicar, le respondió, articulando mal las palabras, cortadas con sollozos: señor, ya llegan tarde vuestras promesas: no hay ya poder en el mundo para que sea uno mismo el destino de los dos. ¡Ah, Blanca, interrumpió Enrique broncamente, qué palabras tan crueles han salido de tu boca! ¿Quién será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor? ¿Quién será tan temerario que tenga aliento para oponerse á un rey que reducirá á ceniza toda la Sicilia antes de sufrir que ninguno os robe á sus amo-

rosas esperanzas? Inútil será, señor, todo vuestro poder (respondió con desmayada voz la hija de Sifredo) para deshacer el invencible impedimento que nos separa. Sabed que ya soy muger del condestable.

¡Muger del condestable! esclamó el rey dando algunos pasos hácia atras; y no pudo decir mas, tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas, y cayó desmayado al pie de un árbol que estaba cerca de él. Quedó pálido, trémulo y tan enagenado, que solo tenia libres los ojos para fijarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dejaba comprender cuánto le habia penetrado el infortunio que le anunciaba. Blanca por su parte miraba tambien al príncipe en aire que se conocia ser muy parecidos los afectos de su corazon á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos amantes con un silencio en que á vueltas de la ternura se dejaba traslucir cierta especie de horror. Volvió finalmente algun tanto de su desmayo, y esforzándose como pudo, dijo con suspiros: ¿qué habeis hecho señora? Vuestra crédula aprension me ha perdido á mí, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el rey á su parecer la culpase. cuando ella vivia persuadida á que tenia de su parte toda la razon para estar quejosa de él, y le dijo no sin alguna viveza: ¡qué, señor! ¿pretendeis por ventura añadir el disimulo á la traicion? ¿Quereis que desmienta á mis

propios oidos, y que á pesar de su informe os tenga por inocente? No, señor; confieso que no me siento con fuerzas para hacer esta violencia á mi corazon. Sin embargo, dijo el rey, esos testigos de que tanto os fiais os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos y os han hecho traicion. Tan verdad es que yo estoy inocente y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del condestable. ¿Pues qué, señor, repuso Blanca, negaréis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano, y con ella el de vuestro corazon? ¿No asegurasteis á los grandes del reino que os conformariais con la voluntad del rey difunto, y á la princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los homenages que se debian á una reina y esposa del príncipe Enrique? Sin duda que mis ojos estarian alucinados como mis oidos. Confesad antes bien que no creisteis debia contrabalanzar el corazon de Blanca al interes de una corona, y sin abatiros á fingir lo que no sentis, ni quizá habeis sentido jamas, confesad que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con la dichosa Constanza que con la desgraciada hija de Leoncio. Al cabo, señor, teneis razon : igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazon de un príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesion de uno y otro; pero vos tampoco debiais mantenerme en este error. No ignorais los sobresaltos que me ha

costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿A qué fin asegurarme lo contrario? ¿A qué fin tanto empeño en disipar mis temores? Entonces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera siempre sido vuestro mi corazon, ya que no podia serlo una mano que ningun otro pudiera jamas haber obtenido de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del condestable, y por no esponerme á las consecuencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla, y para que deje á un príncipe á quien ya no me es lícito escuchar.

Diciendo esto hizo una gran reverencia á Enrique, y se alejó de él con toda la aceleracion que la permitia el estado en que se hallaba. Aguardaos, señora, clamaba Enrique, haciendo ademan de detenerla por un brazo. No desespereis á un príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara de haber preferido á vos, antes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos. Ya es inútil ese sacrificio, respondió Blanca caminando siempre, aunque con paso mas lento. Debierais haber impedido diese la mano al condestable antes de abandonaros á tan generosos transportes; y puesto que ya no soy libre, me importa poco que Sicilia sea reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisiereis. Si tuve la flaqueza de dejar que mi pobre corazon fuese sor-

prendido, tendré á lo menos valor para sofocar sus movimientos, y para que vea el rey de Sicilia que la esposa del condestable ya no es ni puede ser amante del príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque, entróse en él con despecho, acompañada de Nise, cerró la puerta con ímpetu, y dejó al rey traspasado de dolor. No podia menos de sentir el de la profunda herida que habia abierto en su corazon la noticia del matrimonio de Blanca. ¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel! esclamaba. ¿Es posible que asi hubieses perdido la memoria de nuestros recíprocos empeños? ¿A pesar de mis juramentos y los tuyos estamos ya separados? ¿Con que no fue mas que una ilusion la idea que yo me habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo? ¡Ah cruel, y qué cara me cuesta la gloria que tanto me lisongeaba de haber logrado que mi amor fuese por tí correspondido.

Representósele entonces á la imaginacion con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada con todo el horror de los mas rabiosos zelos; y esta pasion se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para inmolar á su dolor al condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razon á calmar los impetuosos movimientos de la desordenada pasion. Con todo eso cuando consideraba imposible desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad,

entraba en una especie de ira desesperada, que se acercaba á furor. Lisongeábase de que la borraria aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla sin testigos y con plena libertad. Calentado á este pensamiento concluyó que era menester alejar de su compañía al condestable, y resolvió hacerle prender como á sospechoso reo de estado en las presentes circunstancias. En esta conformidad dió la órden al capitan de sus guardias, el cual partió á Belmonte, apoderóse de su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo, dejándole preso en el castillo de Palermo.

Consternóse el palacio de Belmonte á vista de un incidente tan ruidoso como impensado. Sifredo montó inmediatamente á caballo, y partió en posta á responder al rey por la inocencia de su yerno, y á representarle las funestas consecuencias de una prision en que la venganza y el despecho pretendian disfrazarse con el trage de la justicia. Previendo bien el rey este paso que daria su ministro, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca antes de dar libertad al condestable, habia dado órden que á ninguno se dejase entrar en su cuarto aquella noche. Sin embargo Sifredo pudo persuadir á la guardia que en esta universal órden del rey no se debia entender comprendido su primer ministro mientras espresamente no se le nombrase, y facilitándose asi la entrada en el cuarto real: señor, le dijo luego que se vió en

su presencia, si es permitido á un respetoso y fiel vasallo quejarse de su señor, vengo á quejarme á vos de vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi yerno? ¿Ha considerado V. M. el eterno oprobio de que cubre á mi familia, y las consecuencias de una prision que puede enagenar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del estado? Tengo avisos ciertos, respondió el rey, de que el condestable mantiene delincuentes inteligencias con el infante D. Pedro. ¡El condestable inteligencias secretas y delincuentes! interrumpió admirado y sorprendido Leoncio. ¡Ah señor! no lo crea V. M. Sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazon. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al condestable ser yerno mio, para estar en este punto á cubierto de toda sospecha. Él está inocente; vos lo sabeis: otros motivos secretos son los que os han inducido á prenderle.

Ya que me hablas con tanta claridad, repuso el rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al condestable. ¡Ah! ¿y no podré tambien quejarme de tu crueldad? Tú, barbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente toda mi dicha, toda mi quietud y todo mi reposo, poniéndome en estado por tus oficiosas máximas de que mire con envidia al mas vil de todos los mortales. No, no te lisonjees de que yo entre jamas en tus ideas. Vanamente está

resuelto mi matriomonio con Constanza... ¡Qué, señor! interrumpió Leoncio fuera de sí. ¿Cómo será posible que no os caseis con la princesa, despues de haberla lisongeado con esta esperanza á vista de todo el reino? Si es que engañé su esperanza, repuso el monarca, échate á tí solo la culpa. ¿Por qué me pusiste tú mismo en precision de ofrecer lo que no podia cumplir? ¿Quién te obligó á escribir el nombre de Constanza en un papel que se habia hecho para tu hija? Sabias muy bien mi intencion. ¿Quién te dió autoridad para tiranizar el corazon de Blanca, obligándola á casarse con un hombre á quien no amaba? ¿Y quién te la dió sobre el mio, para disponer de él en favor de una princesa á quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de Matilde, de aquella cruel Matilde que atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio? ¿Y á esta querias tú que yo diese mi mano? No, Sifredo, no esperes de mí esta locura, ni este profano sacrificio. Antes de ver encendidas las teas de tan bárbaro himeneo verás arder á toda la Sicilia, y anegados en sangre sus campos.

¡Qué es lo que escucho! esclamó Leoncio. ¡Qué terribles amenazas! ¡qué funestos anuncios me haceis! pero en vano me sobresalto, continuó mudando de tono. No, señor, nada de esto temo. Es muy grande el amor que profesais á vuestros vasallos para que se pueda recelar que

vuestro tierno corazon les solicite jamas tan lastimoso destino. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razon. Echariais un eterno borron á vuestras virtudes si os dejarais llevar de las flaquezas propias de hombres ordinarios. Si yo dí mi hija al condestable fue, señor, únicamente por ganar para vuestro servicio á un hombre valeroso, que con la fuerza de su brazo y del ejército que tiene á su disposicion apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del príncipe Don Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos...¡Ah! que esos lazos (interrumpió esclamando Enrique) son el funesto cordel que á mí me ha sofocado, me ha perdido. ¡Cruel amigo! ¿qué te habia hecho para que descargases sobre mí tan duro y tan intolerable golpe? Habiate encargado que manejases mis intereses; pero ¿cuándo te dí facultad para que esto fuese á costa de mi corazon? ¿Por qué no dejaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿Parécete que no tendria valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el condestable fuese uno de ellos sabria muy bien castigarle. Ya sé que los reyes no han de ser tiranos, y que su primera obligacion debe ser la felicidad de sus pueblos; ¿pero han de ser esclavos de estos los mismos soberanos? ¿Pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres de ser dueños de sus afectos desde el mismo

punto que la providencia los destinó para el supremo gobierno? ¡Ah Leoncio! si los reyes han de perder aquella preciosa libertad que goza el último de los mortales, ahí te abandono una corona que tú me aseguraste á costa de mi sosiego.

Señor, replicó el ministro, no puede ignorar V. M. que el rey su tio aligó la sucesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la princesa Constanza. ¿Y quién dió autoridad al rey mi tio (repuso Enrique con calor y viveza) para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Habia recibido acaso él tan bárbara ley de su hermano el rey Don Cárlos cuando entró á sucederle? ¿Y por ventura tenias tú obligacion desujetarte á una condicion tan inicua? Cierto que para un gran canciller te muestras poco instruido en nuestros usos y costumbres. En una palabra, cuando prometí mi mano á Constanza fue involuntaria mi promesa, nunca tuve ánimo de cumplirla. Si Don Pedro funda su esperanza de ascender al trono en mi constante resolucion de no cumplir aquella palabra, no mezclemos á los pueblos en una diferencia que derramaria mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede resolver la disputa y decidir cuál de los dos será digno de reinar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas. Contentósecon volverle á pedir de rodillas la libertad de su yerno, que consiguió diciéndole el rey: anda, y vuélvete á Belmonte, que presto

te seguirá el condestable. Retiróse el ministro, y se restituyó á su quinta, persuadido á que su yerno vendria luego tras de él; pero engañóse, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Mientras tanto entregado este á sus tristes pensamientos, hacia dentro de sí crueles reflexiones. La prision le habia abierto los ojos, y conoció cuál era la verdadera causa de su desgracia. Abandonado enteramente á la violencia de los zelos, y olvidado de la fidelidad que hasta alli le habia hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Persuadido á que el rey no malograria la ocasion y no dejaria de ir aquella noche á visitar á Doña Blanca, para sorprenderlos á entrambos suplicó al gobernador del castillo que le dejase salir de la prision por algunas pocas horas, bajo su palabra de honor de que antes del amanecer se restituiria á la prision. El gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas habiendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del rey su libertad. No contento con esto le dió un caballo para que fuese á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una portezuela, cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la quinta sin que ninguno le sintiese. Llegó hasta el cuarto de su muger y se escondió tras un biombo que estaba en la antesala. Pensaba

observar desde alli todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dejar á su ama, y se retiraba á un gabinete inmediato donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente habia penetrado el verdadero motivo de la prision de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria á Belmonte, aunque su padre la habia dicho que el rey le habia asegurado le seguiria presto. Igualmente se persuadió á que el rey aprovecharia aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que podia tener terribles consecuencias para ella. Efectivamente poco tiempo despues que Nise se habia retirado, se abrió la falsa puerta y apareció el rey que se arrojó á los pies de Blanca, diciéndola: no me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delincuente este artificio, la culpa es de vos sola. ¿Para qué os negasteis á oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo, y entonces ¡ay de mí! ya no tendré modo para hablaros. Oidme, pues, por la última vez, que quiero sincerarme del cargo de traidor. Si confirmé á Constanza la promesa de mi mano, fue porque en las circunstancias en que me puso Sifredo no podia hacer otra cosa. Erame preciso engañar á la princesa por vuestro interes y

por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de conseguirlo, y habia tomado mis medidas para librarme de aquella aparente obligacion: pero vos, disponiendo de vuestra persona con demasiada facilidad, preparasteis un eterno dolor á dos corazones que perfectamente se amaban, y hubieran sido siempre felices.

Dió fin á este breve discurso con tan visibles señales de verdadera desesperacion, que Blanca se sintió conmovida. Ya no tuvo la menor duda de su fidelidad y de su inocencia. Alegróse un poco al principio; pero un momento despues esperimentó mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah señor! dijo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros mi fatal estrella, me causa nueva afliccion el saber que estais inocente. ¡Qué es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado; y arrebatada de despecho recibí la mano del condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah infelice! Yo fui la delincuente, y yo misma fabriqué nuestra desgracia. Cuando estaba tan quejosa de vos, acusándoos en mi corazon de que me habiais engañado, era yo, imprudente y ligerísima amante, la que rompia los lazos que habia jurado de hacer indisolubles. Vengaos, señor, pues os tocó vuestra vez. Aborreced á la ingrata Blanca... Olvidad.... ¿Y os parece que lo podré hacer, señora? interrumpió Enrique tristemente. ¿Que será posible arran-

car de mi corazon una pasion que no podrá sofocar vuestra misma injusticia? Con todo eso, señor (dijo suspirando la hija de Sifredo), es menester esforzaros para conseguirlo. ¿Y vos, señora (replicó el rey), seréis capaz de este esfuerzo? No prometo lograrlo, respondió Blanca, pero nada omitiré para ello: lo intentaré con todas mis fuerzas. ¡Ah cruel! esclamó el rey, fácilmente olvidaréis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento. Y vos, señor, ¿qué es lo que pensais? repuso Blanca con entereza, os lisonjeais que os tolere continuar en obsequiarme? No formeis tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para reina, tampoco me dió un corazon tan bajo que pueda dar oidos á ningun amor que no sea legítimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima casa de Anjou; y aun cuando lo que debo á solo él no fuera obstáculo invencible á vuestros galantes servicios, mi gloria y mi propio honor jamas podrian sufrirlos. Suplico, pues, á V. M. que se retire, y que haga ánimo á no volverme á ver. ¡Oh qué tiranía! esclamó el rey: ¿es posible, Blanca, que me trateis con tanto rigor? ¿No basta para atormentarme el veros entre los brazos del condestable? ¿Quereis tambien privarme de vuestra vista, único consuelo que me ha quedado? Huid cuanto antes, señor, respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas: la vista de los que tiernamente se han amado deja de ser un bien luego que se pierde la esperanza de po-

seerse. A Dios, señor, retiraos de mi presencia. Este esfuerzo le debeis á vuestra gloria y á mi reputacion. Tambien os le pido por mi reposo y quietud. Porque al fin, aunque mi virtud no se sobresalta con los movimientos del corazon, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles, que me cuesta estraordinarios esfuerzos el valor de resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta viveza, que, sin advertirlo, derribó en el suelo un candelero que estaba á sus espaldas. Apagóse la bugía, cogióla Blanca á tientas; abre la puerta de la antesala, y para encenderla va al gabinete de Nise, que aun no se habia acostado. Vuelve con luz; y apenas la vió el rey volvió á repetirla las instancias para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del monarca entró el condestable con la espada en la mano en el cuarto de su esposa, casi al mismo tiempo que entraba ella; encara con Enrique lleno del resentimiento que su rabia le inspiraba. Ya es demasiado, tirano (gritaba enfurecido), no me tengas por tan vil y tan cobarde que pueda tolerar la afrenta que pretendes hacer á mi honor. ¡Ah traidor! respondió el rey desenvainada la espada para defenderse; ¿piensas por ventura ejecutar tu intento impunemente? Diciendo esto dan principio á un combate demasiadamente vivo para que durase mucho. Temiendo el condestable qne Sifredo y sus criados acudiesen á los gritos que daba Doña Blanca y le estorba-

sen su venganza, peleaba ya sin juicio, sin conocimiento y sin reserva. Fuera de sí con el furor, él mismo se metió por la espada de su enemigo, atravesándose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra, y viéndole el rey derribado, se paró.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado se arrojó al suelo para socorrerle, á pesar de la repugnancia con que le miraba. Preocupado el infeliz esposo contra ella, no se enterneció ni aun á vista de aquel testimonio que le daba de su dolorosa compasion. La muerte, que tenia tan cercana, no bastó para sofocar en él los rebatos de los zelos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de la fortuna de su rival, idea tan ingrata y espantosa, que reanimando los espíritus y dando un momentáneo vigor á las pocas fuerzas que le restaban, le hizo levantar la espada que aun tenia en la mano, y la metió entera por el seno de su muger, diciéndola: muere, esposa infiel, ya que los sagrados lazos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fe que me habias jurado al pie de los altares. Y tú, Enrique (prosiguió con voz apagada) no te glories ya de tu destino, puesto que no te aprovecharás de mi desgracia: con esto muero contento. Dijo estas palabras, y espiró; pero con un semblante que, entre las sombras de la muerte, dejaba ver un cierto no sé qué de fiero y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un es-

pectáculo bien diverso. Habia caido mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo, y mezclada la sangre de esta inocente víctima se confundia con la del bárbaro homicida, cuya ejecucion fue tan pronta y tan impensada, que no dió lugar al rey para precaver el efecto.

Prorumpió este en un horrible y lastimoso grito cuando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que la quitaba la vida, quiso acudir á prestarla el mismo ausilio que ella habia deseado prestar á su marido; pero Blanca hizo ademan de detenerle, diciéndole con voz desfallecida: señor, esta es la víctima que estaba pidiendo la suerte inexorable; y asi son igualmente inútiles vuestro socorro y vuestro dolor. Quiera el cielo que este sacrificio aplaque la cólera de nuestro fatal destino, y asegure la felicidad de vuestro reinado. Al acabar estas palabras, Leoncio, que habia acudido al eco de sus lastimosos gritos, entró en el cuarto; y enteramente embargado de los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó sin movimiento. Blanca, que no le habia visto, prosiguiendo su discurso con el rey: á Dios, señor, le dijo, conservad tiernamente mi memoria: mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre. Respetad sus canas, compadeceos de su dolor y haced justicia á su zelo. Sobre todo haced notoria á todo el mundo mi inocencia.

esta es la cosa mas principal que os encomiendo. A Dios, amado Enrique... Yo me muero.... Recibid mi postrer aliento.

Dijo, y falleció. Quedóse inmoble el rey, guardando por algun tiempo el mas lúgubre y mas sombrío silencio. Rompióle en fin diciendo á Sifredo: mira, Leoncio, esta es la obra de tus manos. Contémplala bien, y considera en ese trágico suceso el fruto de tu oficioso zelo por mi servicio. Nada respondió el afligidísimo anciano, preocupado todo del dolor que le añudaba la voz y le cortaba el aliento. ¿Pero á qué fin empeñarme en querer describir lo que es superior á toda esplicacion? Basta decir que uno y otro se hicieron las mas tiernas y vivas reconvenciones y quejas luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los internos afectos.

El rey conservó toda la vida la mas dulce memoria de su fidelísima y honradísima amante, sin poderse jamas resolver á dar la mano á Constanza. El infante se coligó con ella para hacer que subsistiese lo dispuesto por Rogerio en su testamento: pero se vieron precisados á ceder al príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió del mundo, y aun de su misma patria, el insoportable tedio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta quinta. En ella sobrevivió

quince años á la muerte de Blanca, y tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir. Casóla con Don Pedro de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es, prosiguió la viuda de Don Pedro de Pinares, la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa este cuadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de tan funesta aventura.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

De los capítulos contenidos

EN ESTE PRIMER TOMO.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

Luisa

